



CHARLIE LOVETT

EL
COLECCIONISTA
DE
❁ LIBROS ❁

*Amor y obsesión se unen en una historia
sobre el enigma de Shakespeare*



L≡LIBROS

Libro proporcionado por el equipo

Le Libros

Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros

<http://LeLibros.org/>

[Descargar Libros Gratis](#), [Libros PDF](#), [Libros Online](#)

Tras la muerte de su esposa Amanda, Peter Byerly, coleccionista y vendedor de libros antiguos, deja Estados Unidos y se retira del mundo. Nueve meses más tarde, Peter, instalado ya en una casita de la campiña inglesa, se atreve por fin a entrar de nuevo en una librería de viejo. Mientras hojea un manual del siglo XVIII sobre falsificaciones de escritores clásicos, encuentra entre las páginas del libro una acuarela victoriana que representa a una mujer idéntica a Amanda.

Peter, obsesionado por averiguar quiénes fueron el autor y la mujer del retrato, se embarca en una investigación que le permitirá resolver uno de los debates más controvertidos de la historia de la literatura: la verdadera identidad de las obras atribuidas a William Shakespeare.

El coleccionista de libros es una original novela de misterio que nos lleva desde la actualidad hasta el mundo de Shakespeare, pasando por la Inglaterra del siglo XIX. Asimismo es un canto de amor a los libros destinado a hacer las delicias de todos los amantes de la lectura.

L≡**LIBROS**

Charlie Lovett

El coleccionista de libros

*A mi padre, Bob Lovett,
que me contagió una bibliomanía incurable*

No es oro todo lo que reluce.

WILLIAM SHAKESPEARE,
El mercader de Venecia

*Pocas cosas son lo que parecen.
la leche desnatada como nata la venden,
las botas toscas pasan por charol
y el grajo se pasea con plumas de pavón.*

GILBERT Y SULLIVAN,
H. M. S. Pinafore

*Hay-on-Wye, Gales,
miércoles, 15 de febrero de 1995*

En febrero podía llegar a hacer mucho frío en Gales. Aunque no nevara ni hiciera viento, el aire húmedo del invierno traspasaba el abrigo de Peter y le calaba hasta los huesos mientras permanecía delante de una de las docenas de librerías que se sucedían en las estrechas calles de Hay. A pesar de que el tibio resplandor del escaparate iluminaba una atractiva muestra de novelas victorianas, Peter no tenía prisa por abrir la puerta. Habían pasado nueve meses desde que entrara por última vez en una librería, así que unos minutos más tampoco importarían mucho. Hubo una época en la que todo eso le resultaba muy familiar, seguro; cuando entrar en una librería de ejemplares raros suponía un momento de excitación, y conocer a un amante de los libros como él era una gran aventura.

Peter Byerly era, después de todo, librero. Era la profesión que lo había llevado a Inglaterra una y otra vez, y la profesión que lo había llevado aquella sombría tarde hasta Hay-on-Wye, el famoso pueblo para los amantes de los libros situado en la frontera de Gales. Había visitado Hay muchas veces, pero esa era la primera ocasión en la que iba solo.

Sin embargo en aquel instante, mientras el frío le mordía las extremidades y le calaba hasta lo más hondo, aquello no le parecía una gran aventura, sino solo un lugar incómodo donde él era un extraño, y su timidez y su desasosiego se transformaban en ansiedad y pánico. Pensar en lo que podía ocurrir le producía un sudor frío. ¿Por qué había ido? Podría haberse quedado tranquilamente en su sala de estar tomando una taza de té, en lugar de pasar frío en una esquina mientras el miedo se le asentaba en la boca del estómago.

Antes de poder cambiar de opinión, se obligó a rodear con la mano el pomo de la puerta, y al momento siguiente accedía a lo que debería haber sido una agradable calidez.

—Buenas tardes —dijo una voz seca a través de una neblina de humo de pipa que flotaba sobre un amplio escritorio.

Peter murmuró unas sílabas y se dirigió hacia una entrada abierta que conducía a la trastienda, donde los libros cubrían las paredes. Cerró los ojos unos segundos e intentó imaginar que aquel envoltorio de ejemplares lo protegía de todo peligro, aspirando profundamente ese aroma familiar de tela y cuero, polvo y palabras. El acelerado pulso se le fue calmando poco a poco, y cuando abrió los ojos empezó a examinar los estantes en busca de algo familiar (un título, un autor, el diseño de una sobrecubierta que recordara), cualquier cosa que pudiera anclarlo en el mundo que conocía.

Justo a la altura de sus ojos, divisó el lomo de un hermoso color azul que le recordó la piel de becerro que él había utilizado para encuadernar otro libro...

¿De verdad habían pasado ya casi diez años? Sacó el ejemplar de la estantería, disfrutando del tacto terso y suntuoso del cuero. Al observar más de cerca las letras doradas que había estampadas, Peter sonrió. Si no un viejo amigo, desde luego era un conocido, y la perspectiva de pasar unos minutos entre sus tapas le calmó los nervios.

Investigación de la autenticidad de ciertos documentos misceláneos, de Edmond Malone, era un análisis ejemplar que desenmascaraba a uno de los grandes falsificadores de todos los tiempos, William Henry Ireland. Ireland había falsificado documentos y cartas supuestamente escritos por William Shakespeare, e incluso los «manuscritos originales» de *Hamlet* y *El rey Lear*. Peter pasó las guardas marmoladas y llegó a la portada: era un ejemplar de 1796, de la primera edición. Le encantaba el tacto del papel grueso del siglo XVIII, la textura del surco que la impresión dejaba en la página. Pasó unas cuantas páginas y leyó:

Se ha dicho que todos los individuos de este país que poseen algo de cultura se enorgullecen de poder jactarse de ser compatriotas de nuestro gran poeta dramático, Shakespeare: y en la misma medida en que respetamos y veneramos a ese hombre extraordinario, deberíamos cuidar su fama, y los valiosos textos que nos legó.

Peter sonrió mientras recordaba haber leído «los valiosos textos» en una copia del Primer Infolio, ese pesado volumen de 1623 de las obras de Shakespeare en el que muchas de sus piezas dramáticas se imprimieron por primera vez. Ahora estaba tranquilo: cualquier temor o pánico habían quedado olvidados por el simple hecho de perderse en un libro antiguo. Al recordar que ese Primer Infolio, cuando se le concedía la oportunidad, se abría siempre en el tercer acto de *Hamlet*, separó las tapas del volumen de Malone y dejó que el azar le mostrase una página. Apareció la 289, y en ella un papelito de unos diez centímetros. La mancha marrón que este había dejado en las hojas le indicó que llevaba allí al menos un siglo. Más por costumbre que por curiosidad, lo desdobló.

El agudo dolor que le atravesó el pecho casi hizo que dejara caer el libro al suelo. Pensaba que con la distancia y la distracción podría huir de aquel dolor, haberlo dejado atrás, pero incluso en un rincón de una librería de Hay-on-Wye lo había encontrado. De repente se le aflojaron las rodillas, se apoyó en uno de los estantes y observó, igual que en un sueño, como el papel caía flotando hasta el suelo. El rostro seguía allí; cerró los ojos deseando que la cara y todo lo que la acompañaba se alejara, deseando que su pulso se normalizara y que las manos dejaran de temblarle. Aspiró profundamente y abrió los ojos. Ella seguía allí, tranquila, serena, con la vista levantada hacia él, esperando. Era su mujer.

Amanda.

Pero Amanda estaba muerta; la había enterrado nueve meses atrás en la rojiza tierra de Carolina del Norte, con un océano de por medio. Le pareció que había pasado apenas un instante. Y esa pintura, mucho más antigua que Amanda, su madre o su abuela, no podía ser su retrato. Pero lo era.

Peter se inclinó para recoger el papel del suelo y examinarlo atentamente. Era una acuarela bien hecha, firmada de manera casi imperceptible con las iniciales « A. H. ». Volvió a mirar el libro del que había caído, con la esperanza de encontrar alguna pista referente al origen de la acuarela. En la guarda delantera habían escrito a lápiz las iniciales entrelazadas « E. H. », el monograma de algún propietario olvidado mucho tiempo atrás. La descripción impresa en una tarjeta dentro de la tapa no mencionaba ninguna acuarela, solo el precio del libro: 400 libras. Había visto ejemplares catalogados por la mitad de su precio. Ejemplares de un siglo de antigüedad que no escondían una pintura de su difunta esposa.

En el estante que tenía delante había un raído ejemplar de la novela inacabada de Dickens, *El misterio de Edwin Drood*. La encuadernación en tela original estaba gastada en las esquinas y el lomo, los cordeles estaban rotos, y había algunas páginas sueltas. Pero no faltaba nada. Podría restaurarse fácilmente y venderlo por dos o tres veces el precio que pedían.

Miró a su alrededor y descubrió que seguía solo en la trastienda. Con mano temblorosa, deslizó la acuarela dentro del *Edwin Drood*. No podía dejar a Amanda allí, tan lejos de casa. Volvió a colocar el Malone en el estante y se puso el *Drood* bajo el brazo. Veinte minutos más tarde había comprado un montón de libros, entre ellos el Dickens, y caminaba hacia el aparcamiento de las afueras de la población sosteniendo dos pesadas bolsas, una en cada mano.

Peter tardó más de dos horas en ir desde la frontera galesa hasta su casa en el pueblo de Kingham, en Oxfordshire. La casa quedaba al final de una angosta calleja que salía de la plaza del pueblo; al igual que los demás, era una construcción de piedra caliza roja de Cotswold. Estaba situada en medio de una serie de casas apareadas, pero en los cinco meses que llevaba residiendo allí, Peter aún no había conocido a ninguno de los vecinos con los que compartía los gruesos muros de piedra.

A las siete ya tenía un buen fuego en la chimenea, una taza de té en la mano y la acuarela vertical sobre la mesita baja. Aunque el doctor Strayer se lo había desaconsejado, había metido en cajas todas las fotos de Amanda y las había dejado en el desván de su casa de Ridgefield. ¿Cómo era posible entonces que estuviera allí, en lo que de repente parecía su casa? Después de todo, ella había escogido la tela William Morris del sofá y las cortinas. Había supervisado la

reforma de la cocina y el añadido de un jardín de invierno. Había pasado semanas en Portobello Road comprando los jarrones Pilkington que adornaban todos los alféizares y los grabados de Burne-Jones que colgaban en el pasillo de arriba. Había ido a las subastas de la zona para adquirir los muebles, y había encontrado al carpintero que instaló las estanterías que ocupaban toda la pared de la sala de estar. Esas estanterías habían sido su regalo a Peter, el signo bien visible de la pasión de ella por la pasión de él; aun así, el resto de la casa era pura Amanda. No había pasado allí ni una noche, pero que Peter llevara ya cinco meses habitándola y pensara en ella como su casa parecía un tanto estúpido ahora que su esposa lo miraba desde la mesita baja.

La acuarela mostraba a una mujer sentada delante de un espejo, peinándose un largo mechón de pelo. Tenía los hombros desnudos y el cabello apenas le cubría los pechos. Aquel pelo oscuro y aquella piel pálida eran los de Amanda, al igual que sus hombros rectos, e incluso la manera apremiante en que agarraba el cepillo, pero la similitud más sorprendente estaba en el rostro que lo observaba desde el espejo, en su gesto de burla y desafío. El parecido era extraordinario: la cara estrecha, la frente alta y pálida; y sobre todo aquellos ojos verdes intensos capaces de reír y de exigir al mismo tiempo que se los tomara en serio. Amanda era capaz de eso. Naturalmente, aquel rostro no podía ser el suyo. Había nacido en 1966, y la acuarela era definitivamente victoriana. Y sin embargo, Peter permanecía sentado mirando los ojos de Amanda, preguntándose de dónde había llegado y deseando que no se hubiera marchado nunca.

Durante unos minutos se quedó absorto en aquellos ojos, ensimismado en el pasado. Poco a poco volvió en sí. Se incorporó y comenzó a caminar por la sala. Aquel era un misterio que exigía solución. Durante los años que había vendido libros antiguos, había resuelto bastantes enigmas bibliográficos, y lo había hecho con el mismo desapego emocional con el que rellenaba un crucigrama. Aquello era distinto. El misterio del origen de la acuarela era algo tremendamente personal, y Peter ya sentía que la curiosidad y el dolor se combinaban para transformarse en obsesión. Tenía que saber de dónde procedía esa pintura, de qué manera un retrato de cien años de antigüedad de su mujer, que había nacido hacía solo veintinueve, había acabado dentro de un libro del siglo XVIII que trataba de las falsificaciones de Shakespeare.

El problema era por dónde empezar. Peter nunca había trabajado con pinturas. Le llevó otra hora de contemplación y paseos por la sala recordar unos volúmenes que había en uno de los estantes de la habitación de invitados de la planta de arriba. No había puesto el pie en esa habitación desde que se mudara a Kingham. Aquello debía haber sido el sanctasanctorum de Amanda, y aunque ella ya nunca pasaría las tardes sentada en la butaca leyendo, a Peter le seguía

pareciendo un espacio inviolable. Abrió la puerta lentamente y escrutó el silencio estancado. A lo lejos oyó el repique de la campana de la iglesia que daba las nueve, y esperó hasta que el último tañido se apagara en el húmedo aire de invierno antes de encender la luz.

En el estante que había junto a la ventana se veían sesenta y cinco volúmenes casi idénticos: el regalo de bodas que Peter había hecho a Amanda. Como lo que los había unido había sido el catálogo de una exposición de la Real Academia, y como a Amanda le gustaban tanto las pinturas victorianas, él había decidido regalarle un ejemplar del catálogo de cada año del reinado de Victoria, un viaje ilustrado a través de siete décadas del arte inglés. Le había llevado un año seguir la pista de todos los volúmenes, pero a su esposa le había llevado casi el mismo tiempo planear la boda. En ese momento los libros aguardaban pacientes en los estantes de la habitación que ella ya nunca utilizaría.

Peter se quedó de pie en la puerta durante unos minutos, enfrentándose a la fantasmagórica sensación de la presencia de Amanda. No era solo que esa fuera su habitación y estuviera amueblada con sus libros y su butaca favorita, y la lámpara que había escogido en un anticuario de Stow-on-the-Wold; Peter estaba acostumbrado a vivir según el gusto de Amanda. Aquello era diferente. Tenía la sensación de que ella podía volver en cualquier momento; no la evanescente Amanda que a veces hablaba con él, sino la Amanda de carne y hueso. Era una sensación que anhelaba abrazar, pero sabía que debía luchar contra ella. Sintió al mismo tiempo la náusea y el vértigo que experimentó cuando se conocieron, y tuvo que apoyarse en la jamba de la puerta para no caerse.

—No pasa nada —dijo Amanda—. Puedes entrar.

Ella estaba al final del pasillo, y Peter se volvió justo a tiempo para ver como se desvanecía. De todos modos, sus palabras le dieron el valor que necesitaba. Cruzó el cuarto hasta la estantería y sacó el volumen con la etiqueta de « 1837 », tras lo cual se sentó con cautela en el borde de la butaca. « No son más que libros; no son más que objetos; esto no es más que una habitación, y todo lo demás lo he imaginado », se dijo. Y aunque en realidad no lo creyó, abrió el libro y comenzó a mirar las ilustraciones.

Antes de que Peter se marchara a Inglaterra, el doctor Strayer le había entregado un listado de cuanto tenía que hacer para pasar página. El segundo punto era: « Instaurar unos hábitos de alimentación y sueño regulares ». En eso había hecho progresos: se iba a la cama a las once de la noche, y a veces a la una de la madrugada ya estaba dormido, y no se despertaba hasta las diez de la mañana. No era lo ideal, pero al menos era regular.

Peter había abierto el primer volumen de la Real Academia a las nueve de la noche. Cerró el último a las siete de la tarde siguiente, sin haber dormido ni

comido nada. Tenía los ojos enrojecidos y estaba agotado, sentado entre los montones de libros que alfombraban el suelo de la habitación de Amanda. Había mirado miles de pinturas, leído miles de pies de foto. No había visto la cara de Amanda; tampoco había visto las iniciales A. H. ni descubierto ningún artista que respondiera a ellas.

Hasta que no se encontró de pie en la entrada, la cabeza vuelta hacia los libros que había dejado amontonados en el suelo, no comprendió que la presencia de Amanda, que había sentido con tanta intensidad al entrar en su salita, había desaparecido. Después de veintidós horas sin dormir, estaba sinceramente convencido de que no era más que una habitación. Aguzó el oído por si escuchaba la voz de su mujer diciéndole que no dejara los libros en el suelo, pero no oyó nada. Apagó la luz, dejó la puerta abierta y bajó la escalera tambaleándose.

Durante los primeros dos meses, Peter solo salió de casa para comprar comida en la tienda del pueblo. Antes de Navidad se aventuró hasta la vecina población de Chipping Norton para hacer un par de recados, pero evitaba la librería, donde el propietario podría reconocerlo. La excursión a Hay había sido el comienzo de un intento de abordar el cuarto punto de la lista del doctor Strayer: «Retomar su carrera», y tenía que admitir que no había sido una experiencia completamente desagradable descubrir que el mundo de los libros todavía existía, y que podía escapar de lo que el doctor Strayer denominaba su «guarida secreta».

—¿A qué se refiere con eso? —había preguntado Peter al doctor.

—Se ha pasado casi toda la vida escondido. Su guarida secreta es el único lugar donde se siente completamente a salvo. Cuando era niño se escondió en su habitación para no tener que relacionarse con sus padres. En la universidad era la sala de libros raros; después de casarse con Amanda era la habitación de los libros del sótano. Se entierra en esos lugares, Peter. En ellos es donde evita la vida.

—Con Amanda conseguí abandonar mi guarida —había replicado Peter.

—Sí, con Amanda. Ella era su fiel compañera, la persona que hacía que el mundo fuera seguro para usted. Sea honesto, Peter; los únicos lugares a los que iba sin ella eran las librerías y las bibliotecas, y allí no necesitaba a Amanda porque podía interponer los libros entre usted y cualquier contacto humano digno de mención.

Y así era como había iniciado el proceso de salir de su guarida secreta de Kingham con una excursión a las librerías. Y tal como había predicho el doctor Strayer, había hecho todo lo posible para evitar cualquier conversación.

Sin embargo, ¿acaso el doctor Strayer no estaría satisfecho al descubrir que Peter había dado un pequeño paso para retomar su carrera? No había vuelto a

mirar sus propios libros (la biblioteca de referencia bibliográfica que había creado a lo largo de los últimos años) desde la muerte de Amanda. E incluso cuando los había metido en cajas para trasladarlos a Inglaterra, no los había considerado más que unos objetos rectangulares que había que colocar en cajas vacías, cajas que en ese momento se apilaban en el cobertizo de piedra del jardín.

Se dijo que a lo mejor tenía un par de libros de ilustradores victorianos, así que encendió las luces del diminuto jardín trasero, abrió la puerta del cobertizo y comenzó a trasladar las cajas a la sala de estar. Dos horas después las había abierto todas y había colocado el contenido, aunque sin orden ni concierto, en las estanterías que cubrían las paredes. Sobre la mesita baja había dos libros, *Tésoro de grandes ilustradores infantiles*, y el imprescindible estudio de Percy Muir, *Libros ilustrados victorianos*. Se dijo que antes de meterse en otro callejón sin salida necesitaba dormir al menos un poco, así que dejó los libros donde estaban, cogió la acuarela y se fue a la cama. Durmió como un tronco durante doce horas, soñando con esos catálogos de la Real Academia y el edificio donde los había descubierto.

En 1957, cuando se inauguró, la Biblioteca Robert Ridgefield era el edificio más alto del pueblo, una mole neoclásica de nueve plantas de granito y cristal, columnas y cornisas, con una cúpula incongruente que parecía sentirse a disgusto allí arriba.

Los Ridgefield habían llegado a Carolina del Norte procedentes de Escocia justo después de la revolución, y durante dos siglos habían conquistado un éxito tras otro. En el siglo XIX eran una familia de mercaderes moderadamente ricos, y se habían hecho impresionantemente ricos gracias al tabaco, luego excesivamente ricos gracias al textil y ahora obscenamente ricos después de dedicarse a la banca. En ese tiempo habían convertido un atrasado colegio de estudios bíblicos de dos años en la Universidad Ridgefield, reconocida en todo el país.

La biblioteca se había construido en lo alto del punto más elevado de Ridgefield, una colina situada en el borde del campus, anteriormente el lugar donde los estudiantes solían encontrarse para sus correrías nocturnas. Desde los pisos superiores se veía una extensión de kilómetros y kilómetros de campos de cultivo, un mosaico de plantas de maíz y de tabaco en cuyo horizonte se alzaban nubes de polvo cuando las camionetas recorrían las carreteras de grava. En el granito de Georgia que se veía sobre la entrada principal de la biblioteca, se habían labrado las palabras: «Que aquellos que entren no busquen solo conocimiento, sino también sabiduría».

La primera vez que Peter entró en la biblioteca, pasando del ardiente sol de agosto de Carolina del Norte a la fresca penumbra de sus estrechos pasillos, sus kilómetros de estanterías, su millón y medio de libros, sintió que ese era su lugar. Tenía dieciocho años y había vivido en una de esas tierras de labranza visibles desde lo alto de la biblioteca, un mundo en el que siempre se había sentido incómodo y fuera de lugar. Su familia tenía una tienda en un pueblo situado a doce kilómetros, hasta que la actitud negligente de su progenitor en el negocio los llevó a la bancarrota. Después de eso, sus padres parecían más interesados en beber y pelearse que en pasar algo de tiempo con su hijo. Peter a menudo se quedaba mirando el extraño edificio blanco que se veía en el horizonte y soñaba con una vida distinta, una vida libre del estorbo de la familia y del trato diario con las personas de la escuela, que lo comprendían tan poco como él a ellas. Soñaba con una vida protegida de todo lo exterior a él, aunque no imaginaba con qué podía protegerla.

A lo largo de los años intentó aislarse de diversas maneras. De niño pasaba casi todo el tiempo libre en su habitación, con su colección de sellos, clasificándolos con sumo cuidado y procurando no pensar en el mundo más vasto que esos pequeños rectángulos de papel representaban. En el instituto se aficionó

a encerrarse en el sótano con unos auriculares y un montón de discos de música clásica. Pero por mucha atención que dedicara a clasificar los sellos, por muy alta que pusiera la música, le resultaba imposible escapar del todo. Una parte de él sabía que el mundo seguía existiendo más allá de aquella puerta, y que, en última instancia, no podría eludirlo.

Peter había obtenido una beca para ir a Ridgefield, y las orientaciones que le habían dado en su primer año habían constituido una experiencia espantosa, centrada en «conocer gente». Pero él no quería conocer gente. Lo que quería era encontrar ese mundo dentro del mundo donde pudiera estar solo. Durante la visita guiada por el vestíbulo de la biblioteca y sus estanterías, sospechó que quizá había encontrado ese lugar. Mientras se quedaba rezagado y recorría aquellas hileras de estantes que se perdían en la oscuridad, descubrió exactamente qué lo protegería: los libros.

Solo tardó unas semanas en conseguir un puesto de becario en la biblioteca. Aquello era el nirvana. Peter se pasaba horas devolviendo los libros a su lugar. Técnicamente formaba parte del departamento de Circulación, pero trabajaba solo, empujando su carrito por los estrechos pasillos entre torres de libros, y evitando fácilmente el contacto con cualquiera que pudiera estar curioseando.

Incluso cuando tenía que empujar su carrito a través de la sala principal de lectura, con sus anchas mesas de roble y los cajones con el catálogo de fichas, Peter seguía siendo invisible para sus compañeros. El carrito se deslizaba casi en silencio por el suave suelo de mármol, y las cabezas permanecían dobladas sobre los libros, con lo que su paso no llamaba más la atención que el cambio en la luz que llegaba de los ventanales del claristorio cuando una nube ocultaba el sol.

Un día oscuro y lluvioso de octubre, cuando estaba en segundo año (posteriormente diría a Amanda la fecha exacta, el 14 de octubre), Peter Byerly entró con su carrito en la sala de lectura y posó por primera vez los ojos en la mujer con la que se casaría. Estaba sentada sola a una mesa, estudiando una biografía de William Morris. Tenía el tronco totalmente recto, y mantenía el libro erguido en la mesa delante de ella, en una postura que casi desafiaba a la obra a ver quién aguantaba más, mientras todos los alumnos que la rodeaban se desplomaban bajo el peso de los inminentes exámenes de mitad de trimestre. En lugar del uniforme no oficial de tejanos y camiseta, la muchacha vestía un traje negro impecablemente cortado, con pantalones plisados y una blusa blanca recién planchada. Tenía el pelo negro y le llegaba hasta los hombros, y en él no había ni un cabello fuera de lugar.

Era delgada, aunque no tanto como aspiraban a serlo casi todas las universitarias. Era alta, aunque no tanto como esas chicas cuya estatura despertaba la envidia de sus compañeras. Tanto su figura como su estatura

quedaban realizadas por una cualidad que brillaba por su ausencia en casi todas las demás estudiantes, pero que ella poseía en abundancia: porte.

Al principio a Peter no le pareció guapa, pero no tardó mucho en comprender que se equivocaba. Lo que vio fue que ella era diferente, que, al igual que él, parecía habitar un mundo situado en los márgenes de la Universidad de Ridgefield. No encajaba, y eso le intrigó, le entraron ganas de gritar: «¡Camarada!».

Peter se sentó discretamente en una silla en uno de los extremos de la sala y sacó un libro de su carrito. Durante los siguientes treinta minutos fingió leer mientras la observaba. Excepto para volver una página, cosa que hacía con frecuencia, la chica no se movía. A las seis cerró el libro, lo colocó sobre una pila, recogió los suyos y su bolso de cuero rojo, y se encaminó hacia la salida. Peter la siguió. Cuando ella devolvió varios libros a la mesa de circulación, Peter se los llevó del mostrador en cuanto los hubieron registrado.

Diez minutos más tarde estaba entre la soledad de los estantes examinando los libros que ella había devuelto. Además de la biografía de William Morris, había un libro sobre el pintor prerrafaelista Holman Hunt, un volumen de los grabados de Edward Burne-Jones y dos ejemplares del catálogo de la exposición anual de la Real Academia de las Artes de Londres, los de 1852 y 1853. Hojeó los libros de arte y la biografía de Holman Hunt antes de volver a colocarlos. Pero guardó en su bolsa la biografía de Morris y se la llevó sin registrarla; por alguna razón, sentía la necesidad de poseer de manera ilícita un libro que ella hubiera leído. Lo devolvió a su estantería una semana más tarde, temiendo que si ella era tan compleja y polifacética como Morris, él tenía muy pocas esperanzas de estar a su altura.

Durante el mes siguiente la estuvo observando al menos media hora cada tarde. El horario de la muchacha era preciso: llegaba a la biblioteca cada día a las dos, pasaba quince minutos frente a las estanterías y leía en el mismo lugar de la sala hasta las seis. Jamás cambiaba de postura; siempre iba vestida de manera elegante; tomaba notas con una exquisita estilográfica en un cuaderno negro.

Leía con voracidad: biografías de artistas italianos, la poesía de la época y un poco de historia. Examinaba los catálogos de la Real Academia a un ritmo de uno cada dos o tres días. Tres semanas después de verla por primera vez Peter observó, mientras devolvía al estante el volumen de 1863, que la ilustración de la tapa del volumen de 1865 se había desprendido del todo. No pudo soportar la idea de que ella lo encontrara en ese estado, de manera que con mucho cuidado sacó el libro y la tapa separada de la estantería y subió los tres tramos de escalera hasta una puerta de madera maciza en la que podía leerse CONSERVACIÓN.

La sala vivamente iluminada en la que entró Peter le hizo pensar en cómo

imaginaba que debían de ser las salas de autopsia, solo que, en lugar de cadáveres humanos, sobre las mesas se veían libros más o menos desmontados junto a hileras de cuchillos bien alineados y pilas de papeles de diversos tipos. En un estante a su izquierda había más o menos una docena de libros bellamente restaurados, algunos encuadernados en piel y decorados en oro. La sala no era un depósito de cadáveres, se dijo Peter, sino más bien una unidad de cuidados intensivos de la que los pacientes acababan saliendo, si no curados del todo, al menos sustancialmente mejorados. Un hombre con una bata blanca de laboratorio se inclinaba sobre un extraño tipo de torno en el cual había un libro sin encuadernar. Sobre el lomo a la vista extendía una sustancia que se parecía a las gachas de avena frías.

—¿Puedo ayudarte? —preguntó poniéndose en pie.

El hombre observaba a Peter a través de unas gafas de montura dorada. Tendría unos treinta años y su pelo rubio, casi blanco, le caía perfectamente recto sobre los hombros. La barba era también canosa y recta, de más de diez centímetros de longitud. Sonrió a través de ella, y lo primero que Peter pensó fue que parecía un teleñeco. No pudo evitar devolverle la sonrisa.

—Tengo un libro con un desperfecto —dijo Peter.

—Debes entregarlo al personal de la biblioteca —respondió el hombre.

La desaparición de su sonrisa y el tono de su voz indicaban que Peter no era la primera persona que se colaba en el departamento de Conservación sin estar invitada.

—Soy del personal de la biblioteca —señaló Peter—. Trabajo en Circulación.

—Déjalo ahí.

El hombre suspiró e indicó con la cabeza un elevado montón de libros dañados que había sobre una mesa cercana a la puerta, concentrándose una vez más en su trabajo.

—¿Cuándo cree que estará? —preguntó Peter.

—Ahora el tiempo habitual de espera son seis meses, suponiendo que no llegue nada importante de Colecciones Especiales.

—Seis meses —repitió Peter—. Pero yo tengo... Quiero decir que tenemos un cliente... Es decir, una estudiante que necesita este libro en un par de días. Solo hay que pegarle la tapa.

Peter sujetaba el libro en una mano y la tapa díscola en la otra. El hombre de la bata blanca se volvió y se quedó mirando a Peter y al libro durante un momento. Se le suavizó el gesto y volvió a sonreír.

—Te diré lo que haremos —contestó—. Lo pondré en el montón de las novias.

Cogió el libro y la tapa de las manos de Peter.

—¿El montón de las novias?

—Generalmente cuando un alumno viene aquí con prisas para que le reparen algo es porque es para su novia. Qué puedo decir, mi debilidad es el amor y la

caballerosidad y todo eso. ¿Qué te parece el lunes por la tarde?

—El lunes sería estupendo.

Peter retrocedió lentamente hasta salir de la sala, sin dejar de observar como el hombre seguía esparciendo aquella pasta que parecía gachas de avena.

De vuelta en la biblioteca, Peter no podía más que pensar en el departamento de Conservación. De repente veía libros deteriorados allí donde miraba: un lomo deshilachado aquí, una guarda rota allá. Antes había considerado que los libros eran simplemente un escudo, pero ahora parecían cobrar vida propia, no tanto como obras literarias, históricas o poéticas, sino como objetos, un conjunto de papel e hilo, tela y pegamento, cuero y tinta.

Cuando el lunes por la tarde regresó al departamento de Conservación, el libro le esperaba en la mesa que había junto a la puerta. Inspeccionó la tapa, el lomo y las guardas delanteras.

—Ni se nota que hubiera estado despegada.

—Qué puedo decir, excepto que hago un buen trabajo —dijo el hombre de la bata.

—Supongo que no permiten que los estudiantes trabajen aquí —añadió Peter.

—A veces tenemos algún alumno en prácticas —explicó el hombre—, pero generalmente vienen de Colecciones Especiales.

—¿Colecciones Especiales?

—Sí, ya sabes, la planta de arriba. La sala Devereaux.

—¿Qué es la sala Devereaux?

—¿Nunca has estado en Colecciones Especiales?

—No —dijo Peter.

—Eres un amante de los libros, ¿verdad?

—Desde luego —asintió Peter, quien hasta ese momento no se había considerado un amante de los libros.

—Bueno, pues si te encantan los libros, adorarás la sala Devereaux —dijo el hombre—. Mira, creo que en este momento hay una vacante de becario. Podría interceder por ti con Francis.

—¿Francis?

—Francis Leland, el director de Colecciones Especiales. Le diré que tenemos un bibliófilo en ciernes entre nosotros, y quizá te dé el puesto.

—Eso sería estupendo —dijo Peter, si bien se preguntó qué se hacía exactamente en Colecciones Especiales.

—Por cierto, me llamó Hank —aclaró el hombre tendiéndole la mano—. Hank Christiansen.

—Peter Byerly. —Peter respondió al fuerte apretón de manos de Hank—. Gracias por la... recomendación.

—De nada —dijo Hank

Peter se volvió para marcharse, pero se detuvo en la puerta.

—Y gracias por esto —añadió levantando el volumen restaurado de pinturas de la Real Academia.

—¡Espero que le guste a la chica!

Peter devolvió el libro a su lugar. Al día siguiente, ella lo retiró.

El 15 de noviembre de 1984, un par de libros de la Biblioteca Ridgefield transformaron la vida de Peter. Se había presentado allí después de su clase de las diez, con la esperanza de acabar su turno antes de la entrevista de las tres y media con Francis Leland, el director de Colecciones Especiales. A las tres cogió un carrito de libros para devolverlos a los estantes y lo examinó en busca de algo que la misteriosa muchacha pudiera haber devuelto. En cuestión de segundos descubrió el catálogo de la Real Academia restaurado. Sonriendo, llevó el carrito hacia el ascensor.

Hasta que no hubo sacado el libro, cuando estaba ya a punto de devolverlo a su sitio, no halló un crujiente papelito marfileño que asomaba del volumen. Ella nunca había dejado un punto. Peter retiró el papel con suavidad. En la parte de arriba, impreso en un azul regio, se veía la inicial «A». Debajo, con una letra perfecta, había una nota: «A mi admirador».

En primer lugar, gracias por haber hecho reparar este libro. No sabes como detesto manejar libros deteriorados; siempre me da miedo estropearlos aún más. Me he dado cuenta de que me observas, ¿sabes? Incluso un día te seguí hasta las estanterías. Tenía la esperanza de que me saludaras, pero puesto que ha pasado un mes y todavía no lo has hecho, supongo que tendré que dar yo el primer paso. Veámonos esta noche a las 10.30 en la cafetería del club de estudiantes.

En la nota figuraba simplemente el nombre de «Amanda». Peter se apoyó en los estantes de acero y sintió el frío metal a través de la tela de su camisa. Había contenido el aliento mientras leía la carta, y en ese momento lo exhaló pesadamente mientras los libros parecían dar vueltas a su alrededor. Al cabo de un minuto, cuando le pareció que ya se le había pasado el mareo, volvió a leer la nota para asegurarse de que no la había malinterpretado. Ella quería encontrarse con él, hablarle. Se había fijado en él y se llamaba Amanda. ¿Dónde había oído antes ese nombre? De repente se acordó de su cita en Colecciones Especiales. Solo tenía cinco minutos para llegar a la planta superior de la biblioteca. Dobló meticulosamente la carta y se la metió en el bolsillo de la camisa. A continuación se encaminó a paso vivo a la sala de Libros Raros Amanda Devereaux.

En Luisiana, la familia Devereaux era tan antigua como los Ridgefield en Carolina del Norte, y la gran inconformista de la familia era Amanda. Rica como pocos desde que tenía veinte años debido a la temprana muerte de sus padres, había empezado a coleccionar libros justo después de la Primera Guerra Mundial. Comenzó reuniendo una de las mejores colecciones de literatura del siglo XVIII del mundo. A continuación pasó al siglo XVII, y con el tiempo se expandió para cubrir la literatura inglesa de todas las épocas.

En 1939 dejó estupefacta a su familia cuando, a la edad de cuarenta años, y cuando ya todos la veían como una eterna solterona, se convirtió en la segunda esposa de Robert Ridgefield, de sesenta, viudo y patriarca del clan que llevaba su apellido. Hubo quien sospechó que se había casado con él porque la universidad que Robert estaba construyendo constituiría un depósito perfecto para sus libros, pero todos los signos aparentes indicaban que su relación era estrecha y cariñosa. Su única hija había nacido un año después de la boda.

Amanda Devereaux, que conservaba su nombre de soltera, había fumado toda la vida, y murió de un cáncer de pulmón a los cincuenta y siete años, dos semanas antes de la ceremonia de colocación de la primera piedra de la biblioteca. Robert Ridgefield nunca se recuperó de su muerte, pero construyó un magnífico hogar para su colección, tal como le había prometido. En el centro del departamento de Colecciones Especiales estaba la sala de Libros Raros Amanda Devereaux, un monumento a la difunta bibliófila en la que se exhibían de manera permanente sus mayores tesoros.

A las tres y media, todavía un tanto aturrido después de leer la carta de otra Amanda, Peter estaba sentado ante una inmensa mesa de roble en el centro de la sala Devereaux, esperando la llegada del doctor Francis Leland. La silla de madera labrada que ocupaba era una magnífica pieza de anticuario; a sus pies había una enorme alfombra oriental y delante tenía una vitrina de cristal en la que se mostraban diversos manuscritos miniados medievales. Sobre esa vitrina colgaba un imponente retrato de Amanda Devereaux. Rodeando la habitación había catorce vitrinas de caoba, cada una de ellas rematada por un busto. Desde donde estaba sentado, Peter podía leer los nombres de Julio César, Augusto, Cleopatra y Calígula. En cada una de las vitrinas había libros de aspecto antiguo.

Vio delante de él un delgado volumen encuadernado en un ajado cuero marrón oscuro, sin ninguna marca en la tapa. A su lado había unos guantes de algodón blancos. Al cabo de unos minutos de espera, en un silencio en el que no se oía ni el tictac de un reloj, Peter decidió que aquello debía de ser una prueba. Se puso los guantes y abrió el libro con mucho cuidado. Las páginas estaban gastadas en los bordes y parecían blandas como franela. Peter observó la portada y leyó: *La trágica historia de Hamlet, príncipe de Dinamarca*. Al pie de la página

estaba la fecha de la publicación: 1603. Ese año Shakespeare todavía estaba vivo, se dijo Peter, y por segunda vez aquel día la simple combinación de tinta y papel lo dejó literalmente sin aliento. Se sentía exultante, sobrecogido, un privilegiado. ¿Cuánta gente había tenido la oportunidad de tener entre sus manos un ejemplar de *Hamlet* impreso en vida de Shakespeare? Los dedos le temblaban al pasar la primera página del texto.

Había leído *Hamlet* en el instituto, y otra vez en su primer año de literatura inglesa, pero ese ejemplar era diferente. Había pasado la primera página y leído casi hasta la llegada del fantasma cuando oyó una voz suave detrás de él.

—¿Una lectura interesante?

—No es exactamente tal como lo recordaba —dijo Peter.

Cerró con cuidado el libro y lo dejó sobre la mesa con aire reverente. Al darse la vuelta se encontró con un hombre bajito de pelo gris y rizado y gafas con montura de pasta. No llevaba la chaqueta de tweed que Peter había supuesto, sino unos tejanos y un polo rojo.

—Se lo denomina el cuarto defectuoso —dijo el hombre—. Es la primera impresión de *Hamlet*, pero el texto es de inferior calidad a ediciones posteriores. Algunos estudiosos creen que lo plagió de memoria alguien que vio la representación.

—Sin embargo, sigue siendo el primer texto impreso de *Hamlet* —observó Peter.

—Sí, es todo un hallazgo.

—No pretendía tocarlo, es solo que...

—No pasa nada —dijo el hombre—. No tendría sentido poseer cosas como esta si no pudiéramos darnos el placer de mirarlas. ¿Qué te parece?

—Es... es...

Peter se esforzaba por encontrar las palabras que describieran la experiencia de tener ese libro en sus manos, volver sus páginas, leer esas frases impresas mientras el autor aún vivía, respiraba y caminaba por las calles de Londres. Hasta hacía poco, los libros no habían sido para él más que algo detrás de lo que esconderse, y ahora comenzaba a verlos como objetos esmeradamente elaborados, pero aquello era distinto. Era una revelación. Aquel libro estaba lleno de historia y misterio. El mero hecho de estar cerca de él coloreaba sus mejillas de emoción.

—Es asombroso —dijo por fin. Posó con suavidad una de sus manos enguantadas sobre el libro. Casi podía sentir la vida de aquel volumen penetrándole por las puntas de los dedos—. Me refiero a que la primera persona que poseyó este libro, que leyó sus páginas, quizá había visto la representación teatral original de *Hamlet*. Puede que conociera a Shakespeare.

—Es nuestra última adquisición —dijo el hombre—. Un ejemplar recién descubierto. La señorita Devereaux habría estado entusiasmada.

—¿La conoció?

Peter señaló con la cabeza el retrato de Amanda Devereaux.

—La traté poco tiempo —explicó el hombre—. Ya estaba bastante enferma cuando su marido me contrató para que supervisara Colecciones Especiales en Ridgefield. Me llamo Francis Leland.

Le tendió la mano, y Peter se la estrechó.

—Peter Byerly. Un placer conocerle, señor.

—Hay dos cosas que deberías saber de Colecciones Especiales, Peter. La primera es que todos los libros están a tu disposición, siempre y cuando sepas tratarlos debidamente. La segunda es que no me llamo señor, sino Francis.

—Muy bien. Gracias... mmm... Francis —dijo Peter, sintiéndose un tanto incómodo ante esa repentina familiaridad. Apartó la mirada del bibliotecario y la dirigió al libro que había sobre la mesa—. Dígame... dime, ¿cómo es posible que algo tan antiguo como la primera edición de *Hamlet* se haya descubierto ahora? —preguntó.

—La gente encuentra libros perdidos continuamente —dijo Francis—. Los estudiosos ni siquiera conocieron la existencia del cuarto defectuoso hasta 1823. Creíamos que solo existían dos copias hasta que apareció esta en una biblioteca teológica de Suiza. Nadie lo había sacado de la estantería en varios siglos, por lo que nadie sabía que estaba allí. Lo compramos privadamente el mes pasado.

—Debe de ser increíble descubrir un libro del que nadie ha oído hablar o que todos pensaban que estaba perdido.

—Es el sueño de todo bibliófilo —dijo Francis.

Peter supo al instante que también era el suyo. No podía imaginar nada más glorioso que encontrar algún tesoro literario perdido (el manuscrito de alguna obra de Shakespeare desconocida o quizá incluso una edición de *Hamlet* anterior a la que acababa de tener en sus manos) y conservarlo para el mundo. Incluso la remota posibilidad de que tal cosa pudiera ocurrir produjo a Peter una descarga de adrenalina.

—Y ahora —dijo Francis—, ¿cuándo puedes escaparte del departamento de Circulación y comenzar a trabajar aquí?

—¿Quieres decir que he conseguido el trabajo? —preguntó Peter.

Francis sacó un par de guantes blancos de algodón del bolsillo y se los puso mientras hablaba.

—Peter, se es experto en libros raros o no se es. Eso no puedo cambiarlo. Tú has sentido el poder de esto. —Levantó la edición en cuarto de *Hamlet*—. Casi todos los estudiantes no ven más que un libro antiguo, pero tú has sentido su significado más profundo. Esta carrera no se elige, ella te elige a ti. Yo puedo ayudarte y enseñarte, pero tienes que saber una cosa: después de hoy, ya nunca mirarás los libros de la misma manera. Nada de lo que yo haga o deje de hacer cambiará ese hecho.

Peter se quedó sentado un momento contemplando aquellas vitrinas llenas de libros y considerando la circunstancia de que cada uno de esos ejemplares podía proporcionarle la misma descarga emocional que había recibido del *Hamlet*. Se sintió como un adicto que acababa de descubrir un suministro infinito de la droga perfecta. Francis devolvió el *Hamlet* a un anaquel dentro de una vitrina rematada por un busto de Cleopatra.

—Todas las ediciones isabelinas están en la vitrina de Cleopatra —dijo—. De entre todos los libros de la colección de la señorita Devereaux, esos eran sus preferidos. Este es el Primer Infolio. —Señaló un volumen grueso y alto colocado de lado en el estante superior de la vitrina—. Creo que te encantará.

—¿Por qué hay bustos sobre todas las vitrinas? —preguntó Peter.

—Ah, veo que te has fijado. —Francis sonrió—. Un homenaje de la señorita Devereaux a su más admirado coleccionista. Ya ves, la señorita Devereaux también soñaba con encontrar un tesoro desconocido, y sintió mucho respeto por esos coleccionistas que habían salvado algún objeto cultural para las generaciones futuras. ¿Sabías, Peter, que fue gracias a un coleccionista de libros que has podido leer *Beowulf* en tu clase de literatura inglesa de primero? Un hombre salvó el único manuscrito conocido del primer gran poema en inglés. Y salvó muchas cosas más. *Sir Gawain y el Caballero Verde*, los Evangelios de Lindisfarne, algunos de los más grandes tesoros del mundo del libro. Su biblioteca de Londres estaba dividida en catorce vitrinas, y sobre cada una de ellas había el busto de un emperador romano o de una dama imperial. La señorita Devereaux me pidió que organizara esta habitación de la misma manera.

—¿Quién era ese coleccionista? —preguntó Peter.

—Era una de esas personas que, como tú dices, quizá conoció a Shakespeare personalmente. Se llamaba Robert Cotton.

Bartholomew Harbottle recorrió a paso vivo Borough High Street, irrumpió enérgicamente en la taberna George and Dragon y se sacudió el polvo del camino de su jubón nuevo. Del fondo de la taberna le llegaron los sonidos familiares de los clientes que estaban de jarana... y no eran mucho más de las cuatro. Caminó con decisión sobre los tablones, abrió la puerta de un empujón y apareció delante de sus amigos.

—¡Barty! —gritó Lyly—. Creíamos que estabas en Winchester.

—Y yo creía que estabais sobrios —dijo Bartholomew tomando asiento y la jarra de cerveza que Peele le ofrecía.

—No hay razón para estar sobrio —replicó Peele—. No hay trabajo.

—Pero ¡si es temporada alta! —exclamó Bartholomew—. Creía que con este tiempo los teatros estarían llenos cada día.

—No se ha enterado —dijo Lyly—. Los teatros han cerrado durante dos meses. Primero por los disturbios y ahora por la peste.

—La peste os la regalo —bromeó Bartholomew—, pero lamento haberme perdido los disturbios. ¿Y tú qué me cuentas, Lyly? ¿Todavía no eres maestro de ceremonias de la reina?

—Edmond Tylney se niega terminantemente a morir. Volveré a solicitárselo a la reina en primavera. Quizá 1593 sea mi año de la suerte.

—Bueno, dile que los disturbios favorecen los negocios, hazme el favor —dijo Peele con una atronadora carcajada.

—Pero ¿a quién veo regresando de la barra cargado como un caballo de arrastre? —preguntó Bartholomew—. ¿Es posible que sea la cara de Christopher Marlowe la que asoma detrás de esas jarras?

—Ni más ni menos —dijo Marlowe, salpicando de cerveza a Bartholomew mientras depositaba la ronda sobre la mesa.

—Me sorprende encontrarte aquí, ahora que la peste ha llegado a la ciudad.

—Mi visita será breve, te lo aseguro —afirmó Marlowe.

—Si por mí fuera —dijo Peele—, el tiempo suficiente de remojarme el gaznate con un buen trago y disfrutar de una mejor puta.

—Entonces sería realmente breve —apostilló Bartholomew—, pues nunca he visto tu jarra mucho tiempo llena.

Todos los reunidos en torno a la mesa prorrumpieron en una carcajada, y Bartholomew echó un trago largo de cerveza al tiempo que observaba las caras animadas de aquellas cultivadas inteligencias, la clase de hombres que había esperado tener como amigos cuando entró en el negocio del libro, hacía solo tres años. Y ahora los ingenios más sutiles de Londres le daban la bienvenida; aquellos hombres de mundo sobrados de talento componían el grupo de escritores más importantes que jamás habían vivido juntos.

Thomas Nashe estaba sentado silenciosamente en un rincón. Bartholomew había vendido centenares de ejemplares de los opúsculos de Nashe en su librería de Paternoster Row. También estaba George Peele, cuyo drama *El juicio de París* se había representado ante la reina. Las payasadas de Peele se remontaban a su época de Oxford, y era capaz de beber, jugar e ir de putas con la misma falta de moderación que el propio Bartholomew, y eso eran palabras mayores. El paciente John Lyly era tan buen escritor como cualquiera de ellos, opinaba Bartholomew, exceptuando, por supuesto, a Kit Marlowe. Para él, Marlowe no tenía parangón.

Que él, Bartholomew Harbottle, que había nacido y se había criado en un pueblo carente de alfabetización, pudiera estar sentado allí, a sus veintiséis años, bebiendo y riendo con el mayor dramaturgo de la época era algo inexplicable. Pero lo cierto es que Bartholomew siempre tuvo talento para mejorar su destino, primero poniéndose al servicio de la casa de una de las familias de la pequeña nobleza local, luego obligando a ese caballero a reconocer su intelecto y enviarlo a Cambridge, y por fin estableciéndose en Londres, donde su éxito en el mundo del libro le había abierto la puerta de tan distinguidos cenáculos literarios. Bartholomew había ganado dinero a Marlowe haciendo trampas a las cartas; incluso le había ganado alguna puta haciendo trampas a las cartas. Él, cuya familia, en la que no pensaba hacía ya mucho, se ganaba la vida como podía con un trozo de terruño, había retozado alegremente con meretrices pagadas por el mayor escritor inglés que había pisado la tierra.

—O sea, que todos los poetas están sin trabajo —dijo Bartholomew—. ¿Incluso el hijo del guantero?

—¿Will Shakespeare? —dijo Peele—. No está exactamente sin trabajo. Es decir, no está escribiendo ninguna obra.

—¿Qué está escribiendo, entonces? —preguntó Bartholomew a sabiendas de que burlarse del advenedizo Shakespeare, que no procedía ni de Oxford ni de Cambridge, sino de la escuela secundaria de un lugar llamado Stratford, era uno de los pasatiempos preferidos de esos ingenios.

Peele miró a los presentes, esperando que todos le prestaran atención antes de soltar su ocurrencia.

—¡El hijo del guantero está escribiendo sonetos! —exclamó, y una carcajada recorrió la sala—. Sonetos, ¿os lo podéis imaginar? A ver cuántos consigues vender, Barty.

—Pero háblanos de Winchester —dijo Lyly—. A juzgar por la elegancia de tu nuevo jubón, parece que el viaje ha tenido sus recompensas.

—Caballeros... —Bartholomew se reclinó en su silla—. Hoy he ganado más dinero como librero que en los últimos doce meses. He ganado tanto que no solo voy a pagar la ronda siguiente mientras os cuento la historia, sino que, para todo aquel que desee pasarse luego por el piso de arriba, pagaré también una ronda de

diversión carnal.

Se dejó impregnar por los vítores de sus amigos, sopló la espuma de otra jarra de cerveza y comenzó a relatar su historia.

Explicó a los presentes cómo había conocido a Robert Cotton, un joven coleccionista de libros y manuscritos, en una reunión de la Sociedad Isabelina de Anticuarios. Apenas una semana después, mientras estaba bebiendo con un canónigo de Winchester, al reverendo se le escapó una leyenda local que hizo que Bartholomew pusiera rumbo a Hampshire.

—Tardé casi dos meses en trazar mi plan, pero en estas cosas nunca hay que andarse con prisas. Después de todo, necesitaba un imbécil musculoso y un sacristán senil, y ambos tenían que ser aficionados a la bebida. El sacristán fue fácil de encontrar. Solo tuve que pasar unas cuantas noches bebiendo en las tabernas cercanas a la catedral. Lo del imbécil fue más complicado. Finalmente encontré un peón de labranza que encajaba a la perfección con mis necesidades. Al principio parecía un poco desconfiado, pero tras una semana o dos pagándole la cerveza cada noche, y un par de visitas a un burdel, lo tuve dispuesto a seguirme a cualquier parte. Escogí un martes al anochecer, cuando la zona estaba tranquila.

Bartholomew dio dos buenos sorbos de cerveza antes de continuar.

—Como sabéis, mi familia es de Wickham.

—No son de allí —negó Peele.

—No, pero eso en Winchester casi nadie lo sabe. Cuando llamé a la puerta de mi viejo sacristán, al que había emborrachado a conciencia esa misma tarde, yo era un pobre peregrino de Wickham que acudía a rezar por la salud de mi padre en la tumba del obispo más famoso de nuestra población.

—William de Wykeham —dijo Lyly.

—Ni más ni menos. Veréis, según el canónigo al que estuve invitando en esa misma posada, una leyenda poco conocida en Winchester sostiene que Wykeham fue enterrado con un libro antiguo entre sus brazos.

—¿La clase de libro que podría interesar al joven Robert Cotton? —preguntó Nashe.

—Exactamente. —Bartholomew sonrió—. Al sacristán no parecía preocuparle que, a pesar del calor de aquella noche de verano, tanto mi «hermano» como yo fuéramos cubiertos con una gruesa capa. Nos dejó entrar por el transepto sur y regresó a sus aposentos.

—¿Y qué había bajo las capas? —preguntó Marlowe.

—Bueno, yo antes le había rezado al obispo William. Había pasado largas tardes en la capilla inspeccionando su tumba, tomando todas sus medidas. Tardé un poco en encontrar un buen carpintero en el que pudiera confiar, pero finalmente di con uno que me construyó algo parecido al caballete de una mesa grande. Estaba desmontada en partes para que el imbécil y yo pudiéramos

ensamblarla junto a la tumba del obispo. Luego tuvimos que combinar nuestras fuerzas, ayudados por un par de barras de hierro, para levantar la efigie del obispo y su losa de mármol de la tumba y colocarlos sobre el soporte de madera.

—¿Y qué encontrasteis? —preguntó Lyly.

—Polvo, el olor de siglos de podredumbre y al buen obispo. Me miraba de una manera turbadora, con las cuencas de los ojos vacías, y juro que la primera vez que le eché la vista encima oí un gemido resonando por toda la catedral.

—¿El viento? —aventuró Peele.

—Eso fue lo que me dije —contestó Bartholomew.

—¿Y qué nos dices del libro? —se interesó Marlowe.

—El obispo lo tenía bien agarrado entre las manos, allí donde había estado durante casi doscientos años. Tardé un minuto en conseguir que lo soltara, y me temo que durante ese proceso rompí algunos de sus dedos episcopales, pero cuando lo tuve en mi poder y le soplé el polvo, bueno... era un salterio miniado tan hermoso como no habéis visto nunca. Yo diría que databa del siglo XI, quizá fuera anterior. Una vez que lo tuve en mi zurrón, ya solo era cuestión de volver a colocar la tapa de la tumba, salir de la catedral y hacer beber a mi compañero lo bastante para que no recordara nada a la mañana siguiente.

—¿Y qué le pareció tu hallazgo a Robert Cotton? —preguntó Peele.

—Solo tuvo dos cosas que decir —replicó Bartholomew—. Que no quería saber de dónde venía y si serían suficientes veinte libras.

—¡Veinte libras! —exclamó Peele, salpicando toda la mesa de cerveza—. ¿Por un libro?

—¡Veinte libras deberían permitirnos beber hasta que se acabe la peste! —Marlowe dejó su jarra vacía sobre la mesa con un golpe—. ¿Qué te parece si nos pagas otra ronda y brindamos por el difunto obispo de Winchester?

Cuando sirvieron la siguiente ronda, Bartholomew, sonrojado por el éxito de su relato y por su tercera jarra de cerveza, se volvió hacia el gran dramaturgo.

—Marlowe —dijo—, todavía no me has contado qué te trae a Londres mientras la peste corre por sus calles.

—He venido a despedirme de nuestro querido amigo Robert Greene.

—¿Greene? ¿Por qué? ¿Adónde va?

—Esa es una pregunta curiosa —observó Lyly—. Porque está en su lecho de muerte.

Bartholomew dejó su jarra sobre la mesa y se sintió palidecer. Entre todos ellos, no había mejor bebedor, ni hombre más putero, ni nadie más dispuesto a perder media corona en una partida de naipes y reírse de esa pérdida mientras meaba en el Támesis que el poeta Robert Greene. Bartholomew había tenido la extraordinaria buena suerte de no haber perdido todavía ningún amigo íntimo, y a pesar de su estilo de vida no desconocía el afecto. Que Greene ya no estuviera con ellos para pasar una cordial noche de disipación le afectó más de lo que

habría esperado.

—¿La peste? —susurró.

—La mala vida —concretó Marlowe—. Dice que se puso enfermo después de cenar arenques en vinagre, pero creo que todos sabemos que hace falta algo más que una cena para llevar a Robert Greene a las puertas de la muerte.

—¿Dónde está? —preguntó Bartholomew.

—Se aloja con un zapatero en Dowgate —dijo Marlowe—, un tal señor Isam. Su mujer es quien lo cuida. Yo diría que está un poco enamorada de él. Greene no tiene ni medio penique a su nombre para corresponderle.

—Me gustaría verlo —dijo Bartholomew.

—No eres el único —replicó Peele riendo—. Emma Ball estuvo aquí no hace ni una hora, buscándolo.

—¿Su amante? —preguntó Bartholomew.

—A juzgar por el fardo lloroso que llevaba en brazos, yo diría que algo más —sugirió Peele.

—Te enseñaré el camino.

Marlowe apuró su cerveza y empujó las sillas hacia atrás.

Bartholomew no deseaba delatar sus sentimientos ante sus ebrios compañeros, con lo que golpeó la jarra sobre la mesa con falso entusiasmo.

—Adelante —le dijo a Marlowe—. Pues aunque afirmas que muere en la pobreza, un librero siempre puede encontrar beneficio en un lecho de muerte.

Bartholomew se separó de Marlowe delante de la estrecha casa de Dowgate en la que Robert Greene agonizaba. La señora Isam lo dejó entrar.

—Hoy tiene muchas visitas —dijo—. Aunque ninguna de ellas puede pagar sus deudas.

Estaba a punto de llamar a la puerta que había en lo alto de la escalera, cuando oyó una voz estridente que llegaba del otro lado.

—Naturalmente que es tuyo, sinvergüenza. Ahora que estás aquí muriéndote deberías admitirlo. Ya no puede hacerte ningún daño. Solo quiero que este pobre bastardo tenga la posibilidad de decir que tuvo un padre.

Bartholomew pegó la oreja a la puerta, pero no consiguió entender la respuesta de Greene a ese arrebato, ya que hablaba en susurros. No tardó en oírse de nuevo la voz de la mujer. Solo podía ser Emma Ball.

—Debería darte vergüenza... Solo me has dado dos cosas en tu vida: nuestro hijo y este inútil fajo de papeles. —Se escuchó un golpe seco. Al parecer acababa de tirar algo contra la pared—. Pues te los puedes guardar, ya veremos de qué te servirán allí a donde vas. Lo único que harán será arder deprisa. Y yo elegiré a alguien más decente como padre de mi hijo.

Bartholomew oyó unas furiosas pisadas acercándose a la puerta, y apenas tuvo tiempo de lanzarse contra la pared antes de que la puerta se abriera violentamente y una mujer de aspecto feroz, cubierta por unas sucias ropas, que

llevaba en los brazos unos harapos de los que surgía un lloriqueo, saliera de la habitación y bajara la escalera. Bartholomew esperó a oír el portazo que indicaba que ya se hallaba en la calle antes de entrar en el cuarto.

—Supongo que es tu madre —dijo su viejo amigo.

—¡Barty! —exclamó Greene, cediendo a un ataque de tos mezclada con risa—. No sabes cuánto me alegro de verte.

El rostro habitualmente rubicundo de Robert Greene estaba pálido y consumido. Costaba creer que fuera el mismo hombre que había producido novelas como *Mamillia* y *Pandosto*, y escrito esos maravillosos opúsculos sobre la vida oculta de Londres. Era el hombre que había vivido con vigor todas esas divertidas aventuras acerca de las que había escrito; pero en ese momento su característico pelo tieso no era más que una rala maraña, llevaba la barba descuidada y apenas lo cubría un camisón prestado, después de vender, según contó a Bartholomew, su jubón de color verde caca de ganso para saldar algunas de sus deudas.

—Todavía escribiendo, veo —dijo Bartholomew al observar el papel y la pluma sobre la tosca mesa que había junto a la cama de Greene.

—Mis confesiones en el lecho de muerte —explicó Greene—. Esta parte te encantará, creo. Trata del hijo del guantero.

Greene cogió los papeles que había junto a su cama y leyó con un débil eco de su antiguo vozarrón:

—Hay un cuervo advenedizo, embellecido con nuestras plumas, que con su «corazón de tigre envuelto en la piel de un dramaturgo» se cree capaz de crear grandilocuentes versos blancos como los mejores de entre vosotros, y es, en su propio parecer, el único *shake*-dramaturgo del país.

La voz de Greene volvió a disolverse en toses y risas.

—Será una pena verte marchar —se lamentó Bartholomew—, pues nadie ríe con más ganas que tú de tus propios chistes.

—Cierto, cierto —afirmó Greene dejándose caer sobre el almohadón—. Dudo que el señor Shakespeare riera de esta broma.

—¿Y qué me dices de tu otro visitante? —preguntó Bartholomew.

—¿Marlowe?

—Me refiero a la de la voz chillona y el fardo en los brazos.

—Ah, vigila con quién te acuestas, buen Barty, pues el fornicar a menudo lleva a engendrar.

—Bien dicho, señor —replicó Bartholomew—. Y ese fardo que olía a mierda y leche agria... ¿me equivoco al pensar que lo engendraste tú?

—Eso dice la puta de su madre. Fortunatus, lo llama, aunque totalmente sin motivo. Criatura más desafortunada no ha llegado a este mundo, y no pienso reconocerlo cuando me vaya de él.

Le entró otro ataque de tos, ese más prolongado que los anteriores. Por

primera vez, Bartholomew pensó realmente que su amigo estaba a punto de morir. Volvió a sentir un inesperado arrebató de emoción, no por la disipación perdida, sino, sorprendentemente, por el alma perdida. No había duda de que después de la vida que había llevado, Robert Greene no podía esperar las recompensas del cielo.

—Hazme un último favor, Barty —dijo Greene cuando hubo remitido la tos.

—Lo que quieras, viejo amigo.

—¿Ves ese libro que hay en el suelo?

Señaló al otro lado de la cama, y Bartholomew recogió un fino volumen en cuarto.

—*Pandosto*. Una de tus novelas.

—Exacto —afirmó Greene—. En un momento de insensatez se lo regalé a esa bribona, y me lo ha devuelto en el lecho de muerte. ¿Te importa venderlo por mí, Barty? No vale gran cosa, pero véndelo y da el dinero a la señora Isam. Si no fuera por esa mujer, moriría en la calle, y tengo una deuda contraída con ella que no podré saldar en este mundo.

—Considéralo hecho —dijo Bartholomew colocándose el volumen debajo del brazo.

—Y ahora vete —dijo Greene—. Hay mujeres en Southwark que me echarán de menos esta noche, y alguien tiene que atenderlas.

Robert Greene volvió a reír otra vez, y Bartholomew se dio cuenta de que era incapaz de responder, así que le hizo una profunda reverencia al pie de la cama y salió reculando de la habitación, cerrando suavemente la puerta a su espalda. En la penumbra de la escalera observó el libro que Greene le había entregado. Le procuraría unos cuantos chelines, quizá más tras la muerte de su autor. Al salir a la luz de última hora de la tarde, de repente se dijo que le gustaría conservar ese volumen, como recuerdo del que en breve sería su difunto amigo. Tras hurgar en su jubón, sacó media corona y se aproximó a la señora Isam, quien estaba sentada delante de la casa desplumando un pollo.

—Para las deudas de su inquilino —dijo.

—Bendito sea, señor —agradeció la señora Isam—. Al menos es algo.

Bartholomew volvió a colocarse el libro debajo del brazo y se alejó en dirección a Saint Paul. Las lágrimas de sus ojos desdibujaban el sol de la tarde.

Kingham,
viernes, 17 de febrero de 1995

Peter se frotó el sueño de los ojos mientras esperaba a que el pan se tostara y el agua para su té hirviera. Había estado examinando los índices de sus libros sobre ilustradores, pero eso tampoco le había ayudado a identificar a A. H. En ese momento contemplaba la lista del doctor Strayer, clavada en el tablón para los mensajes de la cocina. Sus instrucciones originales mecanografiadas estaban casi oscurecidas por las notas que Peter había garabateado en los márgenes durante los últimos meses. Debajo de una mancha circular de té y un resto de mermelada todavía podía leer la lista:

1. Llorar a Amanda; reconocer sus sentimientos.
2. Instaurar unos hábitos de alimentación y sueño regulares.
3. Conocer gente nueva.
4. Retomar su carrera.
5. Utilizar su carrera para acercarse a la gente, no para mantenerla alejada.
6. Buscar algo que le apasione, además de los libros.
7. Aprender algo nuevo.
8. Ponerse en contacto con viejos amigos.
9. Reemprender las relaciones con la familia de Amanda.
10. No huir de las cosas, sino ir hacia ellas.

Junto a «Buscar algo que le apasione» había escrito y luego tachado «poesía» y «pintura». Casi había olvidado que había comprado un juego de acuarelas en Chipping Norton hacía dos meses. Lo había dejado al primer intento. Junto a «Ponerse en contacto con viejos amigos» estaba el número de teléfono de Francis Leland, aunque Peter no lo había llamado desde su llegada a Kingham. Junto a «Conocer gente nueva» había garabateado el horario de las misas de la parroquia local, si bien no tenía intención de asistir. La verdad era que había descuidado bastante sus tareas.

Decidió que se olvidaría del retrato a la acuarela. Aquel día trabajaría el punto número cuatro. Retomaría su carrera. Después de todo, había comprado unas cuantas docenas de libros en Hay-on-Wye para los que tenía clientes en Estados Unidos. Pasó el resto de la mañana organizando sus libros de referencia. Desenvolvió cuidadosamente las compras que había hecho en Hay y las colocó en un estante aparte. El *Edwin Drood* de cuyo interior había sacado a escondidas la acuarela precisaba algunos arreglos, y se pondría a ello. Hank había sido un buen profesor, y aunque Peter no era un experto conservador, sin duda podría

afrontar un trabajo como ese. Entró a rastras en la penumbra del pequeño cuarto trastero que había debajo de la escalera y comenzó a sacar las cajas que contenían sus herramientas y sustancias para proceder a la restauración de los libros. Cuando lo hubo colocado todo a la luz, se dio cuenta de que también había sacado su juego abandonado de acuarelas.

Ya estaba a punto de volver a meterlo en el cuartito cuando recordó algo que el dependiente le dijo cuando compró las acuarelas. « Hay otro artista que vive por aquí. Siempre está comprando pinturas en esta tienda. Es un experto. Incluso vende acuarelas antiguas en las tiendas de antigüedades». Sin molestarse en apartar las cajas que estaban por en medio, Peter corrió al piso de arriba, cogió la acuarela y las llaves del coche y salió de casa a toda prisa.

Chipping Norton, o Chippy para los de la zona, era la población con mercado más cercana a Kingham, y el lugar donde Peter compraba todo aquello que no podía conseguir en la tienda de su pueblo. No estaba invadido de turistas, por lo que era mucho más agradable que muchos pueblos famosos de Cotswold. La plaza del mercado, situada sobre una colina empinada, estaba flanqueada en sus cuatro costados de viejos edificios de piedra. Además de las tiendas habituales de la calle mayor, había un pequeño teatro, en el que Peter nunca había estado, varios restaurantes que tenían buena pinta, en los que Peter no había comido nunca, y una feria permanente de antigüedades.

La campanilla de la puerta que sonó cuando Peter entró no provocó ninguna reacción, de modo que se abrió paso entre un laberinto de muebles, porcelana, jarrones y otras cosas, en busca de alguna acuarela. Al pasar junto a un puesto de libros antiguos tomó nota mental de regresar algún día y examinarlos más atentamente. En la segunda planta encontró lo que estaba buscando: más o menos dos docenas de piezas bellamente enmarcadas y con un hermoso paspartú, casi todas victorianas, si bien había algunas del siglo XVIII. No era ningún experto, pero sospechó que solo una o dos estaban a la altura del retrato de Amanda. De la esquina de cada una de ellas colgaba una etiqueta con el precio, en cuyo anverso podía leerse: M. WELLS, ROSE COTTAGE, CHURCHILL.

Peter había cruzado la población de Churchill cada vez que había ido a Chippy, pero nunca se había detenido ni prestado la menor atención a las casas que flanqueaban las escasas calles. Sin embargo, solo tardó cinco minutos en encontrar Rose Cottage, un tanto apartada de la carretera de Kingham.

Mientras estaba en la entrada, en ese incierto intervalo entre llamar y prestar atención por si había alguien dentro, se le ocurrió que al buscar a M. Wells estaba siguiendo la tercera instrucción del doctor Strayer: conocer gente nueva. Nada más cruzar por su mente ese pensamiento, experimentó las sensaciones que siempre acompañaban el encuentro forzado con desconocidos: el estómago

revuelto, las palmas pegajosas y una sensación de mareo. Apoyándose con una mano en una de las jambas de piedra de la puerta de Rose Cottage, se forzó a librarse de esos malestares y a concentrarse en el papelito que llevaba en el bolsillo de la chaqueta. Quizá, si seguir el rastro de esa acuarela lo convertía en su nueva pasión, podría matar dos puntos de un tiro de la lista del doctor Strayer.

Se abrió la puerta y apareció un hombre alto de pelo blanco peinado hacia atrás que parecía no haberse afeitado en una semana. Llevaba un suéter marrón salpicado de pintura y comido por las polillas, y la expresión de su semblante era irritada.

—¿Vende algo? —preguntó.

—No —dijo Peter.

—Entonces viene a hablarme de Dios, ¿verdad?

—No, quiero hablarle de una acuarela.

El hombre escudriñó a Peter como si fuera un mueble que estuviera considerando comprar. Por fin su expresión se suavizó un poco. Se volvió y añadió:

—Muy bien, acabo de poner agua a calentar. Entre y tomaremos una taza de té.

Peter siguió al hombre a través de una sala oscura y abarrotada de trastos, y salieron a una galería amplia y soleada. Sobre un caballete había una acuarela de los campos que se divisaban a lo lejos. Había añadido una hermosa casa solariega de la época jacobina donde ahora se veía una arboleda.

—Evenlode House —dijo el anfitrión de Peter—. Ya no se puede ver porque los árboles han crecido mucho, pero todavía está ahí, o al menos las partes que quedan.

—No tenía ni idea de que hubiera una casa solariega tan hermosa cerca de Kingham —comentó Peter.

—¿Es usted de Kingham?

—No —respondió Peter—. Es decir, soy estadounidense. Vivo en Kingham. Me llamo Peter Byerly.

—Martín —dijo el artista, sin añadir su apellido ni ofrecer la mano tendida, y desapareció en el interior de lo que Peter supuso debía de ser la cocina—. Evenlode House no le parecerá especialmente hermosa —dijo Martín desde la habitación de al lado—, si es que la encuentra. Hace unas cuantas generaciones que la familia se quedó sin dinero. Ni siquiera estoy seguro de que sigan viviendo en la casa. Sin embargo, les queda bastante orgullo para ahuyentar a los curiosos con una buena descarga de perdigones.

Martín regresó con una bandeja en la que había una tetera, dos tazas y dos galletas digestivas. Colocó la bandeja sobre la mesa, ofreció una taza de té a Peter y se quedó con las dos galletas.

—Así pues, señor Byerly, ¿le interesa una acuarela nueva o antigua?

—Antigua —dijo Peter—. Pero no estoy buscándola para comprar. Pensé que podría decirme algo de esta. —Sacó el retrato y lo depositó sobre la mesa—. Intento averiguar quién la pintó. O quién es la mujer.

Martin frunció el entrecejo, dejó sobre la bandeja la mitad de la galleta que todavía no se había comido y cogió la acuarela. Se la quedó mirando durante casi un minuto, examinándola meticulosamente por ambos lados.

—Victoriana —explicó—. El papel parece de 1870 o de 1880. Se ve mucho en los álbumes de recortes. Un magnífico trabajo. Buenas líneas. No es fácil reproducir todos estos detalles a la acuarela. Era alguien que realmente sabía manejar el pincel. Un buen artista, diría yo. —Hizo una pausa y entrecerró los ojos para mirar la pintura—. A. H. No he oído hablar de él. ¿Qué día es hoy?

—Mmm... viernes —dijo Peter, desconcertado por ese cambio de tema.

—¿El tercer viernes del mes?

—Eso creo, sí.

—Entonces lo que necesita es ir a Londres.

—¿Perdón?

—La Sociedad de Historia de la Acuarela se reúne el tercer viernes de cada mes. A las seis y media en la sala Hadane, University College. Es posible que encuentre allí a alguien que pueda ayudarle.

—Gracias —dijo Peter—, muchas gracias por el consejo. Y si se encuentra con alguna otra pintura de A. H., le agradeceré mucho que me llame.

Sacó una tarjeta en la que simplemente ponía «Peter Byerly, Libros Antiguos, Kingham, Oxfordshire», junto a su número de teléfono. Martin Wells no hizo ademán de coger la tarjeta de la mano extendida de Peter, así que este se la dejó sobre la mesa y se marchó sin que su anfitrión lo acompañara. Veinte minutos más tarde estaba en el andén de la estación de Kingham a punto de subir al tren de las 13.21 con dirección a Paddington, Londres.

Cuando la primavera anterior, durante la restauración de la casa, él y Amanda alquilaron un piso en Chippy, tomaban ese tren a menudo ya que pasaban algunos fines de semana en Londres visitando museos y yendo al teatro. En su último viaje a la ciudad se dieron un largo paseo por la orilla sur del Támesis. Peter había llevado a Amanda a la catedral de Southwark, donde encontraron la tumba de Edmund, el hermano de Shakespeare. Cruzaron el río en Westminster y acabaron la tarde en la Tate Gallery, que tanto le gustaba a Amanda. Peter no había visitado Londres desde entonces.

Cuánto había cambiado en menos de un año. Antes, Peter y Amanda siempre se sentaban frente a frente en el tren, para poder molestarse con los pies por debajo de la mesa. Como siempre, Amanda se sentaba completamente erguida, con el libro inclinado sobre la mesa delante de ella. Le gustaba ir de cara a la marcha, así que Peter siempre iba de espaldas, viendo el paisaje por el que el tren ya había pasado. En ese momento iba sentado al fondo del vagón, con el

pasaje cruzando de frente, mirando sin expresión lo que tenía delante.

Aunque Martin Wells había sido un poco brusco y ligeramente desagradable, era inofensivo. Lo que desasosegaba a Peter era un temor patológico a lo desconocido. El doctor Strayer contaba con miles de explicaciones a las fobias de Peter, pero solo Amanda había conseguido que Peter se sintiera cómodo entre desconocidos. Con ella a su lado, él había sido capaz no solo de cruzar los océanos, sino de asistir a cócteles y mantener conversaciones intrascendentes. Amanda hacía que todo pareciera fácil. Si por algún motivo Peter se ponía tenso, ella lo percibía desde la otra punta de la habitación, y aparecía a su lado, le ponía la mano en el brazo y toda su tensión desaparecía.

Peter llegó a Paddington a las tres, y se dio cuenta de dos cosas: faltaban más de tres horas para la reunión de la Sociedad de Historia de la Acuarela, y el encuentro probablemente se parecería mucho a un cóctel. Sin dar mucha importancia a la cuestión, dejó que sus pies lo llevaran a la estación de metro, una costumbre que tenía de cuando Amanda y él se separaban para pasar la tarde, y posteriormente se encontraban en Fortnum para tomar el té. Amanda iba al Victoria and Albert Museum, a la National Gallery o a la Tate. Peter siempre iba a Bloomsbury.

Salió de la Piccadilly Line en Russell Square, y diez minutos más tarde subía la escalera del Museo Británico. Había un millón de cosas que ver en Londres, pero Peter siempre regresaba no solo al mismo museo, sino a las mismas salas de este: las exposiciones de la Biblioteca Británica, a la derecha de la entrada principal. Conocía las vitrinas de memoria. Cuando trasladaron el libro manuscrito de *Alicia en el País de las Maravillas* de la vitrina de Libros Infantiles a la de Literatura Inglesa, Peter se dio cuenta.

Aquel día, *Alicia* estaba abierta en la escena donde ella crece tanto que apenas cabe en el pasillo. Delante de la meticulosa letra de imprenta de Lewis Carroll estaba su propia ilustración a toda página de Alicia doblada en un espacio demasiado estrecho para su cuerpo. El dibujo hizo estremecer a Peter, no solo a causa de sus propios ataques de claustrofobia, sino porque, mientras lo miraba, Amanda susurraba: «¿Te has fijado en que su cabello es prerrafaelista? Carroll era amigo de Rossetti». Amanda era así. Descansaba un rato, dejando a Peter en paz, y luego, sin previo aviso, la tenía al lado con sus comentarios.

Peter hizo una breve pausa para admirar a Alicia. Siempre repetía el mismo ritual (echaba un vistazo rápido a algún preciado objeto, como la partitura manuscrita del *Mesías* de Handel o la Biblia de Gutenberg), un aperitivo al plato fuerte, la verdadera razón de su visita al museo. Y ese plato fuerte era la colección conservada para la posteridad por Robert Cotton. Aunque apenas unos pocos tesoros de Cotton estaban en exposición permanente, Peter los visitaba una y otra vez. Cotton le intrigó desde el momento en que Francis Leland mencionó por primera vez al gran coleccionista. Había aprendido inglés antiguo solo para

poder leer un facsímil del manuscrito de *Beowulf* que Cotton había rescatado. En ese momento estaba delante del original, rindiendo un silencioso homenaje a su ídolo. Aunque los bordes de las páginas se habían chamuscado por el incendio de 1731, podía leer fácilmente la esmerada caligrafía de tinta marrón. No era una traducción ni un facsímil, sino el *Beowulf*, el manuscrito que transformó para siempre la literatura inglesa.

La comunión con Cotton siempre conseguía que Peter se sintiera mejor. Gracias a los logros de Cotton, Peter creía que todo era posible, no solo en el coleccionismo de libros, sino en la vida. Amanda lo había comprendido. Lo esperaba en la calle delante de Fortnum, y cuando él aparecía pisando firme por la acera, ella decía: « Veo que has estado visitando a Robert » .

Peter pensaba que no le iría mal algo de ese andar arrogante que Cotton le provocaba mientras se sentaba en una sandwichería de Great Russell Street a las seis y diez, sabiendo que llegaba tarde a la reunión, pero sin prisa por terminar su mixto de jamón y queso. Eran casi las seis y media cuando por fin se aventuró en la noche y emprendió un breve paseo hasta el University College.

El encuentro de la Sociedad de Historia de la Acuarela había empezado ya hacía bastante cuando Peter entró en la sala Haldane. La calefacción estaba demasiado alta, y había la misma penumbra que en las callejuelas de Londres que acababa de recorrer. Al fondo, alguien hablaba con voz monótona mientras se proyectaban una serie de diapositivas sobre una pared desnuda. En varias hileras de sillas, que antaño habían amueblado algún comedor elegante, pero que ahora eran lo que Amanda habría calificado de « indignas hasta de venderse en el patio de tu casa », había una treintena de personas sentadas. Algunas tomaban notas, otras observaban inmóviles, algunas se removían en su asiento y al menos dos parecían dormir. Arrumbados contra las paredes se veían unos cuantos sofás y butacas mullidos, pero solo habían atraído a dos personas.

Peter se había sentado en una butaca con cierta vacilación, y justo delante de él, al otro lado de la sala, una mujer se repantigaba en un sofá, llamando la atención de Peter por ser justo lo contrario de Amanda. Mientras que esta se habría sentado erguida en la primera fila, con un cuaderno sobre las rodillas y con la mano derecha recorriendo veloz la página para registrar todas las palabras pronunciadas por el conferenciante, esa mujer estaba recostada en una esquina del sofá, con las piernas apoyadas en una otomana. A su lado se veía una mezcla de libros y papeles, junto con una bufanda de lana y un suéter arrugado. Al igual que el sofá sobre el que se recostaba, el cuerpo de la mujer se curvaba de manera incitante. El pelo, castaño claro con mechones rubios, se veía tan alborotado que Peter intuyó que no se había peinado desde que estuviera en el andén del metro, donde los trenes, al llegar, arrastraban el viento desde el túnel hacia la gente que esperaba. Lo que podía apreciar en la penumbra le parecía agradable: era más redondeada y fofa que Amanda, pero no menos atractiva.

Contemplaba un punto de la pared situado un poco por encima de la cabeza de Peter, y la luz procedente del proyector de diapositivas de vez en cuando hacía centellear sus elaborados pendientes. Amanda tan solo llevaba los sencillos aretes de diamante que su padre le había regalado el día que cumplió dieciséis años. La mujer no parecía fijarse en Peter, y aunque no miraba al orador ni las diapositivas, este percibió que prestaba más atención a la ponencia que todos los demás presentes. Solo en ese detalle se parecía a Amanda.

De algún modo, la idea de conocer a una sola persona, sobre todo una persona tan distinta de Amanda, le intimidaba menos que la idea de interpretar el papel de invitado americano ante toda una sala llena de excéntricos británicos entusiastas de las acuarelas, por lo que cuando terminó la conferencia y comenzó el turno de preguntas Peter siguió a la mujer, que había recogido sus pertenencias en cuanto se apagó el proyector, hasta el espacioso vestíbulo al que desembocaba la sala Haldane. La mujer se había puesto el suéter y se estaba envolviendo el cuello con la bufanda cuando Peter llegó a su lado. En el suelo estaba su bolso, rebosante de papeles, junto a una mesa plegable en la que había té, café y galletas.

—Perdone —dijo Peter.

—¿Usted también? —preguntó la mujer sin mirarlo mientras acababa de colocarse la bufanda—. Siempre me entra claustrofobia ahí dentro, sobre todo cuando es una conferencia con diapositivas, y en esta Sociedad de la Acuarela siempre hay diapositivas. ¿Qué le ha parecido Richard?

—¿Perdón?

—El profesor Richard Campbell, el orador de esta tarde.

—A decir verdad, no lo escuchaba. No sé mucho de acuarelas.

—Sabe de qué habla, pero tiene tanta personalidad como una patata —dijo.

Peter se imaginó una patata hervida y erguida tocada con un sombrero hongo y dando la conferencia a un grupo de estudiantes dormidos. Era como un cuadro de Magritte. Amanda detestaba a Magritte; para ella la pintura había muerto con la exposición Armory Show.

—Me llamo Peter Byerly —dijo tendiéndole la mano.

La mujer se la estrechó de manera enérgica.

—Byerly —repitió lentamente, demorando la palabra en su boca como si saboreara un vino exquisito—. Había una Amanda Byerly que en una ocasión escribió un artículo para nuestra publicación. Una americana. Una estudiosa realmente buena.

Era algo que Amanda también hacía: le soltaba algo de manera inesperada, y lo sorprendía con algo meritorio que había hecho y que él ignoraba por completo. De repente recordó una noche en Londres, tres años atrás, cuando ella dijo que «se iba para asistir a un encuentro de entusiastas del arte». Peter se quedó en la habitación del hotel y miró una película americana mala. A lo mejor Amanda se

había dirigido a la sala Haldane. Jamás se lo preguntó.

—Mi esposa —murmuró Peter, y a continuación, casi de manera refleja, al observar que la mujer no llevaba ningún anillo en la mano izquierda, añadió—: mi difunta esposa.

—Bueno, Peter Byerly, misterioso viudo americano que aparece en una reunión de la Sociedad de Historia de la Acuarela a pesar de que da la impresión de que no le interesan mucho las acuarelas, ¿qué le parece si vamos a comer algo?

Peter se quedó desconcertado por el carácter espontáneo y despreocupado de la invitación, pero había algo más que le intrigaba. Cuando él había dicho «mi difunta esposa», ella no había replicado: «Lo siento». La gente siempre decía «Lo siento», y Peter había descubierto que ya comenzaba a estar un poco harto de tanta compasión porque condicionaba las conversaciones y establecía rígidos límites en las relaciones. Aun cuando en ese momento solo se trataba con el carterero y el jardinero, estaba ya un poco harto de que lo vieran como si fuera una delicada escultura de cristal.

—Oiga —dijo la mujer—, dentro de un momento todos van a salir por esa puerta y habrá un asalto de diez minutos hasta que no quede una sola galleta ni una gota de té, y entonces todos pondrán rumbo a la Spaghetti House, donde pasarán más tiempo discutiendo acerca de quién debe pagar cincuenta peniques de más porque ha cogido otro bastón de pan que comiendo. Así que me gusta escabullirme antes, lo que significa que casi siempre ceno sola. Usted es un hombre misterioso y no parece un asesino en serie, así que se lo volveré a preguntar: ¿quiere que vayamos a comer algo? Hay un restaurante indio no lejos de aquí.

Peter no sabía qué hacer. Si ese tal Richard «sabía de qué hablaba», como había dicho la mujer, a lo mejor debería esperarlo y abordarlo mientras los demás se bebían el té y se comían las galletas. Por otro lado, si esa mujer leía la revista de la sociedad con la atención suficiente para acordarse de Amanda, quizá pudiera ayudarlo, o al menos encaminarlo en la dirección adecuada.

—¿En Estados Unidos tienen restaurantes indios? —La mujer parecía hacer caso omiso de su vacilación—. Preparan un gran *vindaloo*. A los americanos les gusta la comida picante, ¿verdad? Si no, puede tomar la versión suave.

«¿Por qué no? —se dijo Peter—. ¿Por qué no, demonios?» Estaba hablando con esa mujer tan amable, o al menos escuchándola, y por alguna razón las palmas no le sudaban ni se le encogía el estómago. De hecho, tenía hambre. Los dos últimos días había comido bastante poco. Además, tomar comida picante mientras intentaba hablar con una sola persona parecía una perspectiva mucho más agradable que sentirse perdido entre una multitud de treinta personas que discutían por los bastones de pan.

—Me parece una gran idea —afirmó Peter.

—Magnífico —dijo la mujer—. Por cierto, me llamo Liz. Liz Sutcliffe. Y no, no tengo ningún parentesco.

—¿Parentesco con quién? —preguntó Peter.

—Con Stu Sutcliffe —respondió Liz. Y cuando vio que Peter se la quedaba mirando estupefacto, añadió—: El quinto Beatle.

—Pensaba que solo eran cuatro —dijo Peter abriendo la puerta y dejando que Liz saliera al frío de la calle.

—Un americano que no sabe nada de acuarelas ni de los Beatles —dijo Liz con una carcajada—. ¿De qué hablaremos?

Mientras la seguía por la calle vacía, ciñéndose el abrigo para protegerse del viento, a Peter se le ocurrió que no había reaccionado de ninguna manera extraña al sentir la carne suave de la mano de Liz. No recordaba haber tocado a ninguna mujer en los meses transcurridos desde que abandonara Carolina del Norte, pero no había dado gran importancia a estrechar la mano a Liz Sutcliffe. Era una mano delicada, se decía en ese momento tranquilizador. Pero entonces solo había pensado: «Cómo estás...».

En el restaurante, Peter decidió que Liz le caía bien. No se sentía atraído por ella, pero sí cómodo en su compañía. Se preguntó si estaría aprendiendo a hacer amigos. El doctor Strayer estaría entusiasmado. Lo que más le gustó a Peter fue que en ningún momento Liz se anduvo por las ramas. Eso le evitó tener que hablar por hablar.

—Veamos —dijo Liz—. No le importan en absoluto las acuarelas y tampoco escuchaba al conferenciante. ¿Por qué ha venido?

Peter metió la mano en el bolsillo de su americana y sacó la acuarela, que había colocado en un sobre de papel libre de ácido. La extrajo cuidadosamente y la colocó sobre la mesa, delante de Liz.

—Una mujer guapa —dijo Liz, sin tocar la pintura y sin inclinarse siquiera hacia ella—. Un trabajo exquisito. Y esa cara me suena.

—No me diga —exclamó Peter.

Liz cogió la acuarela y la examinó con más atención.

—Dios santo, la conocí, ¿verdad? Conocí a su esposa. Fue hace dos... no, hace tres años. Asistió a una reunión, y se sentó en la primera fila y estuvo tomando notas todo el rato, y luego hizo seis preguntas... unas preguntas de primera. No se parecía a usted, ¿eh?

—En absoluto —coincidió Peter.

—Es ella, ¿verdad? Es su mujer.

—Sí —afirmó Peter—, solo que esta acuarela tiene cien años.

—Ha envejecido bien —añadió Liz, impertérrita, mientras dejaba la acuarela sobre la mesa.

Peter se sintió como si le hubieran dado un bofetón, y a continuación, incapaz de reprimirse, se echó a reír. Estuvo riendo un buen rato, y tan fuerte que atrajo

la atención de los comensales más próximos. No había reído con tantas ganas... desde la última vez que Amanda había dicho algo divertido.

Cuando por fin recobró la compostura, Liz, a la que se veía un tanto avergonzada, dijo:

—Lo siento. A veces soy un poco insensible.

—Ha sido divertido —dijo Peter—. Y se lo agradezco.

—O sea, que ha venido a la reunión porque busca a un experto que le explique cómo es posible que su difunta esposa haya acabado en una pintura que tiene cien años de antigüedad.

—Algo así.

—¿Por qué le importa?

Peter se quedó pensando un momento. Había procurado no hacerse esa pregunta hasta entonces, era más fácil dejarse arrastrar por el misterio, pero sabía que Liz había dado en el clavo.

—Creo que es porque llevo tanto tiempo intentando despedirme de ella —dijo escogiendo meticulosamente las palabras— que necesito que esta mujer no sea ella. Necesito averiguar quién es, y que no sea ella. Y entonces a lo mejor podré renunciar a mi mujer para siempre.

Liz volvió a coger la acuarela y la miró en silencio. Peter dio un buen trago a su cerveza. Nunca había probado la cerveza india. Era refrescante y sabía como la de su país.

—¿Eso es una firma? —preguntó Liz.

—Sí —dijo Peter—. A. H.

—¿Perdón?

—A. H. No mucho para empezar, lo sé.

—Joder —dijo Liz, desconcertada.

Su cabeza desapareció debajo de la mesa, y cuando volvió a asomar sujetaba su enorme bolso de lona y con un brazo sondeaba las profundidades. Extrajo unas gafas de leer y se las puso con impaciencia. Peter observó cómo palidecía.

—¿Qué ocurre? —dijo, extrañamente temeroso de lo que pudiera contestar.

—¿De verdad es usted Peter Byerly? —Liz se reclinó en la silla y cruzó los brazos sobre el pecho—. ¿Y su mujer está muerta de verdad? —En su voz había un ligerísimo tono acusatorio.

—Sí —dijo Peter fríamente—. Puedo enseñarle el pasaporte, si quiere; aunque me he dejado el certificado de defunción en casa, tonto de mí.

—¿Y de verdad no sabe una puta mierda de acuarelas, de pintores victorianos, ni de A. H.?

—Yo no diría «una puta mierda», como ha expresado usted con tanta delicadeza —dijo Peter—. Amanda era una apasionada del arte victoriano, y algo de lo que sabía se me pegó. Pero desde luego no tengo ni idea de quién era A. H.

—Bueno, pues ha sido una suerte que no sacara esta pintura en la reunión.

—¿Por qué?

—Señor Byerly, ¿puedo confiar en usted?

—Puedes llamarme Peter. —Cruzó los brazos sobre la mesa y se inclinó hacia Liz—. Y sí, puedes confiar en mí.

Peter estaba al lado la puerta en la cafetería del Centro Estudiantil de Ridgefield, merodeando a la sombra de la máquina de Coca-Cola. En una mesa situada al fondo, vio la figura familiar de la chica que ya sabía que se llamaba Amanda. Le daba la espalda, y siempre se sentaba muy erguida, solo que ahora, en lugar de tener un libro sobre la mesa, se limitaba a mirarse las manos perfectamente juntas.

A Peter le sudaban las palmas. La observaba mientras las agujas del reloj de la pared rebasaban las 10.35. Siguió el minutero mientras este recorría otro lento y angustioso minuto. El estómago le daba volteretas y tenía la sensación de que iba a desplomarse. Se apoyó contra la pared y lanzó otra mirada furtiva en dirección a Amanda. Entraron dos chicas, riendo, y Peter inmediatamente dirigió su atención a la máquina de Coca-Cola.

—¿Vas a comprar algo?—preguntó una de las chicas.

—Esto... no... —tartamudeó Peter.

Se dio media vuelta y avanzó un paso hacia Amanda, a continuación se volvió otra vez y se escabulló por la puerta en dirección al frío aire de la noche. Estuvo merodeando por el patio hasta que recuperó el pulso. Cuando volvió a entrar en la cafetería, el reloj marcaba las 10.40. Amanda no se había movido. «Es como cuando te quitan una tirita —se dijo—. Simplemente tengo que hacerlo». Sin pensárselo dos veces, dio una docena de pasos rápidos y de repente ya estaba junto a la mesa de Amanda.

Ella se volvió hacia él, y Peter vio sus ojos por primera vez profundos y verdes, con motas doradas, llenos de seguridad en sí misma y temor a la vez. Por un momento apenas fue capaz de devolverle la mirada. Fue ella quien por fin rompió el silencio y le tendió la mano mientras decía:

—Me llamo Amanda.

Peter sabía que tenía que estrecharle la mano, pero le sudaban las palmas. Además, tenía la sensación de que iba a desmayarse en cualquier momento, y necesitaba las dos manos para mantener el equilibrio. Bajó la mirada, separó con firmeza los pies, aspiró profundamente, se secó la mano en los vaqueros y se la tendió. Cuando notó los fríos y delicados dedos de Amanda, el suave apretón, comenzó a enturbiársele la vista.

—No te preocupes —dijo ella en voz baja—, yo también estoy nerviosa.

Peter intentó contestarle, pero se dio cuenta de que no podía hablar. Era como si todos los átomos de su ser se concentraran en ese lugar en que su carne contactaba con la de ella. Todo lo demás desapareció, incluyendo la agitación de su estómago, el mareo de su cabeza y la flojera de sus pies.

—¿Por qué no te sientas, Peter?

Le soltó la mano, y al fin él volvió a la realidad.

—Vale —consiguió farfullar, y se deslizó entre la mesa y el banco, delante de Liz. Durante un minuto eterno se quedó mirando las manos de ella sobre la mesa —. Estoy un poco nervioso —consiguió decir por fin, maldiciéndose mentalmente por haber expresado lo que ella ya sabía.

—Es divertido —dijo Amanda—. No esperaba que lo fuera.

—Yo soy Peter, por cierto. Peter Byerly.

—Hola, Peter.

Él levantó la mirada y la vio sonreír, y de repente sintió como si lo hubieran aliviado de una inmensa carga. La sonrisa de Amanda simplemente disolvió su ansiedad.

—No eres un alumno de primero —dijo Amanda—. Te recordaría de la jornada de orientación.

—Estoy en segundo —aclaró Peter—. Lamento haber llegado tarde.

—Estaba un poco preocupada —dijo Amanda—. Hoy no me has estado observando. Ya sabes, en la biblioteca.

—Tenía una entrevista. He conseguido un nuevo trabajo.

Amanda permanecía inmóvil, sonriendo. Él volvió a mirarla a los ojos y sintió que se relajaba aún más. Se reclinó en su asiento y finalmente apartó la vista con un estremecimiento ante la intimidad de la mirada de ella. Amanda se mordió el labio en un gesto casi imperceptible y observó las manos de Peter, juntas como las de ella sobre la mesa.

—Háblame de tu nuevo trabajo, Peter Byerly —dijo.

Así fue como Peter le contó todo lo ocurrido aquella tarde en la sala de Libros Raros Amanda Deveraux. Le contó cómo Francis había extraído volumen tras volumen de las estanterías, mostrándole unas cuantas joyas de la colección. Se esforzó en explicarle lo que había sentido al tener entre las manos el Primer Folio de Shakespeare, así como las entregas mensuales originales de *David Copperfield*. Le confesó su sueño de descubrir y conservar algún objeto literario importante, de que algún día los estudiosos y estudiantes llegaran a conocer algo maravilloso que sin él habrían ignorado. Y, sobre todo, intentó transmitir a Amanda su inesperada reacción emocional al cuarto defectuoso de *Hamlet*.

—Fue igual que cuando te vi por primera vez —dijo Peter—. No solo el descubrimiento de algo hermoso y preciado, sino la revelación de todo un mundo nuevo.

—¿Eso es lo que sentiste al verme por primera vez? —preguntó Amanda, con una sonrisa radiante.

—Bueno —respondió Peter—, sí. No puedo explicarlo. En ese momento simplemente supe que había algo especial en ti. Para ser honesto, hasta entonces no me había interesado de verdad ninguna chica.

—Me alegro de que rompas ese hábito.

—Yo también —afirmó Peter.

—Y ahora —dijo Amanda, cuando hacía ya un buen rato que se habían llevado sus platos y tenían los vasos vacíos—, cuéntame algo que no tenga que ver con los libros. Háblame de tus hermanos y hermanas.

—No tengo —dijo Peter.

—Bueno, pues háblame de tus mejores amigos.

—Tampoco tengo ninguno.

—¿Estás solo o simplemente eres una persona solitaria?

Peter nunca se lo había planteado, pero sin pensar contestó:

—Un poco de ambas cosas, supongo.

Amanda extendió el brazo sobre la mesa y le cogió la mano. Su piel suave, al rodear la de él, le produjo una sensación tan eléctrica como antes.

—¿Por qué estás tan solo, Peter? —preguntó.

Por primera vez desde que se sentara, Peter estaba incómodo. Amanda había formulado justamente la pregunta que él no quería contestar, ni siquiera a sí mismo, y podía ver en la cara de ella que percibía su turbación.

—No tienes por qué decírmelo —dijo ella, apretándole la mano, pero sin soltarla.

—No estoy seguro... Si cualquier otra persona me hubiera preguntado al respecto, simplemente habría dicho que me pasé la infancia escondiéndome de unos padres borrachos, pero esa no es toda la verdad. La verdad es que fue culpa mía tanto como de ellos. Siempre me daba miedo conocer gente. Miedo o pereza.

—¿Pereza?

—Sí, como si no pudiera molestarme en hacer el esfuerzo de conocer a alguien, pudiendo estar sentado en el sótano escuchando discos o clasificando sellos. Eso era más fácil.

—Conmigo te estás esforzando —dijo Amanda.

—Quizá porque te he estado esperando —afirmó Peter—. Ahorrando esa energía social para este momento.

—¿Te estás poniendo romántico en la primera cita?

Amanda sonrió.

—No... no era esa mi intención —tartamudeó Peter—. Es solo que... Solo quería decir que...

—No pasa nada, Peter —dijo ella—. No me importa.

—Ah.

Se quedaron en silencio durante un minuto, los dos mirándose las manos entrelazadas sobre la mesa de formica.

—¿Sabes? —dijo Peter—, en la Biblioteca Ridgefield he descubierto dos cosas que me fascinan: los libros raros y tú.

—Me alegro de que te fascine, Peter Byerly. Y ni siquiera me importa estar la segunda en la lista —puntualizó Amanda.

A Peter le encantaba la dulzura con que se metía con él. Por el momento, no sintió la necesidad de decirle que renunciaría a su sueño, renunciaría a los libros raros, que incluso renunciaría a la seguridad de la biblioteca, si con ello podía estar a su lado.

—Tengo la sensación de que este es un día importante —dijo Peter.

—El más importante —convino Amanda, y se inclinó hacia él y lo besó suavemente en los labios.

Por un segundo, Peter pensó que iba a desmayarse de pura alegría.

A mitad del segundo semestre, Peter pasaba gran parte de su tiempo con las dos Amandas. En Colecciones Especiales estudiaba y trabajaba bajo la mirada inflexible de Amanda Devereaux. En cuanto a la Amanda de carne y hueso, era todo menos inflexible. Afectuosa y cordial, habría dicho Peter de la sonrisa que lo saludaba cada noche en la cafetería.

Francis Leland no era solo el director del departamento de Colecciones Especiales, también era miembro del cuerpo docente, y ayudó a Peter a que este creara su propia especialidad dentro del departamento de Humanidades: Bibliografía y Artes del Libro. Además de un curso de literatura inglesa sobre Shakespeare, Peter seguía un curso dirigido por Francis que habían titulado vagamente «Introducción a los libros raros» y asistía a las clases de Hank Christiansen sobre reparación y restauración de libros.

—Es mejor que llamemos a esto curso introductorio —había dicho Hank— porque me llevará al menos dos años impartirte una adecuada introducción al tema.

Peter no podía estar más feliz.

Las lecturas obligatorias de Shakespeare las leyó en la copia del Primer Folio de Amanda Devereaux, y cuando la clase leyó *Hamlet*, él también lo hizo con el texto completo del cuarto defectuoso. Cuando lo mencionó en clase, el profesor no tenía ni idea de qué estaba hablando Peter.

—No saben que se encuentra aquí —dijo Francis al referirle Peter la ignorancia del profesor—. Los docentes están atrapados en el aquí y el ahora; no tienen tiempo para explorar las Colecciones Especiales.

—Pero si das *Hamlet* en clase —observó Peter—, en un edificio que está a doscientos metros del primer texto impreso, ¿cómo no vas a querer leerlo, tenerlo en las manos?

—Somos una raza especial, Peter.

Peter a menudo se avergonzaba de su propia ignorancia. Un día extrajo una primera edición de 1607 de *La puta de Babilonia*, escrito por Thomas Dekker, de

la vitrina de Cleopatra. Intentó abrir el volumen, pero no pudo.

—No es un libro —dijo Francis acudiendo en su auxilio—. Es un estuche.

De lo que debería haber sido el borde delantero del libro, Francis extrajo una funda de tela que se doblaba. Peter se dio cuenta de que lo que él había considerado un libro no era más que una caja forrada de cuero y con un borde abierto para deslizar en su interior lo que ahora Francis desplegaba sobre la mesa. La funda tenía un diseño elaborado, pero una vez que la hubo desplegado, resultó ser una especie de copia ajada de la obra de Dekker.

—No solo protege un libro frágil —dijo Francis—. Tiene la ventaja añadida de hacer que el libro parezca mucho más grande de lo que es.

Peter comprendió que eso se conseguía mediante el inteligente diseño de la funda interior que podía doblarse. Un lado tenía casi una pulgada de grosor, mientras que el otro contenía el fino volumen de Dekker.

—Cuando acabes con Hank —dijo Francis—, serás capaz de fabricar uno de estos.

—¿Por qué te gusto? —le preguntó Peter una noche a Amanda mientras la acompañaba al colegio mayor.

El olor de la primavera impregnaba el aire, y aunque se veían pocos alumnos, Ridgefield parecía más vivo que nunca, más lleno de posibilidades. Fue la nueva vida que sentía a su alrededor lo que le dio el valor de formular la pregunta.

—Tuve un novio cuando iba al instituto —dijo Amanda. A Peter le encantaba su costumbre de responder a sus preguntas con un largo relato que nada parecía tener que ver con el tema, hasta que de repente la respuesta surgía al final de la historia—. Jugaba al fútbol americano, pero no era una estrella. Sacaba unas notas aceptables, pero no era ningún lumbreras. Bebía cerveza de vez en cuando, pero no era un borracho. Era un tipo corriente y simpático, y me gustaba de una manera corriente y simpática. Me di cuenta de que lo que casi todas las chicas consideraban extraordinario en el instituto no me interesaba. Deportistas grandotes, coches rápidos, alcohol y marihuana, y cosas peores. El sexo torpe en la cama de tus padres con algún chico al que apenas conocías. Yo era completamente feliz con mi novio corriente y moliente.

—¿Y qué fue de él? —preguntó Peter.

Se habían parado debajo de un arce con una copa enorme, lejos de las luces artificiales que iluminaban los senderos que cruzaban el campus. Solo la luz de la luna, filtrándose a través de las hojas, iluminaba el rostro de Amanda; el pelo se le veía casi plateado, y Peter se moría de ganas de atraerla hacia él y enterrar la cara en esos mechones.

—Nos graduamos —dijo Amanda enroscando un mechón suelto en el dedo

—. Él siguió su camino y yo el mío. Me llamaba de vez en cuando en verano para ir a un concierto, pero le decía que estaba ocupada. Creo que se sintió aliviado. Fue más fácil. Quiero decir, que me gustaba que fuera una persona ordinaria, pero también lo era la relación.

—Todavía no has contestado mi pregunta.

Peter extendió el brazo, apartó la mano de Amanda de su pelo y, estrechándola en la suya y acercándola lo suficiente para que su aroma lo embriagara, añadió:

—¿Por qué te gusto? ¿Es porque soy una persona ordinaria?

—Todo lo contrario. —Amanda apoyó la cabeza en el hombro de Peter—. Me gustas porque eres extraordinario... pero extraordinario de un modo que no sabía que existiera.

Bartholomew Harbottle se ciñó la capa al cuerpo a pesar del pegajoso calor del verano. El olor a incienso flotaba en el aire, como era habitual durante los años de la peste, pero Bartholomew había llegado a considerarse inmune a la epidemia. Después de todo, había sobrevivido a la de 1592, cuando a su alrededor no había más que muerte. Resultaba extraordinario que todos esos amigos que habían celebrado su regreso triunfal de Winchester aquel verano estuvieran muertos, si bien ninguno a causa de la peste. Greene había fallecido el día después de la visita de Bartholomew. Y había dejado una nota a la esposa que había abandonado pidiéndole que le pagara diez libras al señor Isam, pero la deuda nunca quedó saldada. Peele murió unos años más tarde, de viruela, y Nash sucumbió a un lote de pescado en mal estado en las postrimerías del reinado de Isabel. Con los años, Bartholomew perdió la pista a Lyly, quien nunca consiguió ser Maestro de Ceremonias, pero se enteró de que su viejo amigo había fallecido pobre y olvidado, por ningún motivo en concreto. Quizá había muerto de vergüenza o impaciencia.

La desaparición de Marlowe había resultado la más espantosa de todas. Menos de un año después del fallecimiento de Greene, Bartholomew había entrado con aire arrogante en el George and the Dragon, y lo había recibido un mar de caras abatidas y la noticia de que Christopher Marlowe había muerto apuñalado en una pelea en Deptford. Solo tenía veintinueve años. Bartholomew se había pasado una semana en la cama y luego había ido andando hasta Deptford para visitar la tumba sin nombre labrado de Marlowe.

Bartholomew tenía nuevos amigos, pero la vida en las tabernas de Southwark ya no era lo mismo sin Greene ni Marlowe. Seguía dejándose ver de vez en cuando en el George and the Dragon, y aún era conocido en los ambientes teatrales. Él y Richard Burbage, el gran actor y propietario del Globe, se habían invitado a beber más de una vez, y en diversas ocasiones Bartholomew se había sentado a escuchar el relato que Will Shakespeare hacía del argumento de su siguiente pieza teatral. El hijo del guantero los había superado a todos; Bartholomew fue consciente de ello el soleado día de verano en que se sentó en el Globe para ver a los Hombres del Rey interpretando la tragedia de *Hamlet*. Comparados con el hijo del guantero, casi todos los viejos amigos de Bartholomew habían resultado insignificantes. Pero Bartholomew intuyó que para Shakespeare él no era más que un adlátere de segunda. El gran dramaturgo permitiría a Bartholomew pagar alguna ronda y sentarse alrededor del fuego con algunos de los Hombres del Rey para escucharle contar una historia, si bien Bartholomew sabía que nunca formaría parte del círculo íntimo de Shakespeare.

Casi parecía increíble que hubieran transcurrido veinte años desde que

comenzara su carrera como librero en 1589, pero así era la vida, fugaz como un sueño. En todos esos años no había hecho ningún otro hallazgo parecido al salterio robado que había vendido a Robert Cotton. Este seguía coleccionando, y se había mudado a una hermosa casa en Westminster, pero Bartholomew no le había vuelto a vender ningún libro. Sin embargo, aquellos días vertiginosos de su juventud, cuando todo Londres parecía estar a sus pies, permanecían tan frescos en su memoria como su visita la semana anterior a una nueva chica llamada Penelope en una habitación situada encima del George and the Dragon.

Su visita de ese día a la taberna obedecía a un motivo bastante inusual al sur del río, pues Bartholomew iba a encontrarse con Will Shakespeare en persona y a mostrarle el libro que llevaba oculto bajo la capa, un libro que Bartholomew había conservado durante casi diecisiete años. Había llegado a pensar que nunca se separaría de él, pero cuando por casualidad, unos días antes, vio a Shakespeare y a un pequeño grupo de actores delante del Globe Theater, tuvo ocasión de oír que el dramaturgo se quejaba de que carecía de material para una obra nueva. Bartholomew le dijo que tenía justo lo que necesitaba.

Mientras se sentaba en un banco de la zona del fondo del George and the Dragon, Bartholomew era perfectamente consciente de que esa iba a ser la primera vez que estuviera a solas con el gran dramaturgo, un hombre al que él y sus amigos antaño habían ridiculizado. Bartholomew sentía que se le aceleraba el corazón, como si le hubieran concedido audiencia con la reina.

—¿Tenéis alguna idea de cuándo volverán a abrir los teatros? —preguntó Bartholomew.

—La temporada está perdida —dijo Shakespeare—. Habrá que esperar a que 1610 nos traiga más suerte. Sin embargo, pase lo que pase, una temporada nueva significa una obra nueva, o dos. No puedo esperar que la gente siga viniendo a ver *Hamlet* y *Romeo y Julieta* eternamente.

Bartholomew, que consideraba muy probable que la gente siguiera acudiendo a presenciar aquellas dos fabulosas tragedias eternamente, asintió sin decir nada.

—Veamos, ¿qué me traéis? —dijo Shakespeare.

Bartholomew extrajo de su capa el fino volumen en cuarto. Estaba un poco raído en los bordes, pues lo había sacado de su estante muchas veces cuando el sueño tardaba en visitarlo en las largas noches de invierno. Colocó el libro sobre la mesa.

—Es de Robert Greene —aclaró.

—Greene —dijo Shakespeare con una carcajada—. Era amigo vuestro, ¿no?

—Lo era —convino Bartholomew.

—Un amigo que una vez me llamó « cuervo advenedizo », creo recordar.

—Y qué mejor venganza —dijo Bartholomew, inclinándose hacia delante— que utilizar su historia para vuestra siguiente obra. Una historia que ya nadie lee se convierte en una obra de teatro que todo el público de Londres va a ver. El

cuervo advenedizo tiene la última palabra.

—¿De qué trata?—preguntó Shakespeare.

Bartholomew cogió el libro, abrió la primera página y leyó:

—« Entre todas las pasiones que despierta la perplejidad de la mente humana, no hay ninguna en la que la zozobra y el desprecio duelan tanto como la herida infecciosa de los celos » .

—Ya he escrito una obra sobre los celos —dijo Shakespeare—. Burbage quiere que la repongamos la temporada que viene.

—Esta es distinta —objetó Bartholomew, que no estaba tan seguro de que fuera tan distinta. Después de todo, al igual que Desdémona, la esposa del personaje principal del *Pandosto* de Greene muere al final. Sin embargo, Bartholomew no dio su brazo a torcer—. Además, podéis cambiarla. Podéis convertirla en una comedia. La esposa ve reivindicada su honra, y todos son felices.

—Sois un poco canalla, ¿verdad, Harbottle?

—Disfruto bebiendo y visitando los cuartos de arriba de este magnífico establecimiento, aunque no tanto como en mi juventud, pero soy un hombre de negocios.

—El mayor bribón de todos —dijo Shakespeare riendo—. He oído hablar de vuestras aventuras en la catedral de Winchester.

—Una historia que sin duda se va exagerando cada vez que se cuenta.

—Y ahora deseáis venderme este libro para que pueda vengarme del pobre y olvidado Robert Greene. Quizá debería incluíros en la obra. Un ladrón, un sinvergüenza, pero un tipo simpático. Un granuja cómico, si queréis. No exactamente un bufón. Más sombrío que un bufón. Y un intrigante. Un vendedor.

—Me honráis, señor, aunque dudo que sea todo eso.

—El escenario nos convierte en todo lo que no somos —dijo Shakespeare.

Los dos hombres echaron un buen trago de cerveza mientras esa afirmación flotaba en el aire. Por fin Bartholomew empujó el libro para acercárselo a Shakespeare.

—Vuestra venganza será más dulce cuando sepáis lo siguiente —dijo—. El propio Greene me regaló esta copia del *Pandosto* la noche antes de morir.

Shakespeare levantó el volumen y lo dejó caer sobre la mesa.

—¿Esperáis que lo compre?—preguntó.

—Me habéis malinterpretado, señor. No deseo venderos el libro. Deseo prestaroslo todo el tiempo que lo necesitéis.

—Pero sois librero...

—Casi siempre. Hoy no soy más que un espectador que estará encantado de asistir a una nueva obra de William Shakespeare.

—Sois eso y un adulator —añadió Shakespeare antes de soltar una carcajada.

—Os lo concedo —dijo Bartholomew.

—Muy bien... —Shakespeare cerró el libro y lo atrajo hacia sí—. Leeré lo que vuestro amigo el señor Greene tenía que decir. Pero os lo advierto: si decido convertir esta historia en una obra, puede que tenga que escribir un poco en los márgenes.

—Desde luego —aceptó Bartholomew—, escribid todo lo que preciséis.

—*Pandosto* no es nombre para una obra de teatro —afirmó Shakespeare.

—Yo siempre la he leído en invierno —dijo Bartholomew—. ¿Por qué no *Cuento de invierno*? Para que haga juego con *Sueño de una noche de verano*.

Shakespeare se metió el libro debajo del brazo y apuró su jarra de cerveza. Se puso en pie, guiñó el ojo a Bartholomew y dijo:

—Si fuera vos, seguiría con el negocio de librero.

Bartholomew se reclinó y sonrió en cuanto Shakespeare hubo salido de la taberna. Pues el librero era sin duda un bribón intrigante, y estaba orgulloso de serlo, y sus planes iban mucho más allá del simple hecho de conseguir que el cuervo advenedizo escribiera otra obra.

La calle que desembocaba en el Globe hervía de humanidad. La peste era un recuerdo, el tiempo era perfecto, y una nueva obra de Shakespeare había conseguido que un buen número de londinenses cruzaran el puente y llenaran todo el aforo del teatro, que era de tres mil espectadores. Bartholomew Harbottle temía que si su compañero no llegaba pronto, no encontrarían sitio en la galería, y no imaginaba que Robert Cotton estuviera dispuesto a permanecer durante tres horas en las localidades de pie.

A Bartholomew le había llevado semanas convencer a Cotton de que se acercara hasta el Globe, y solo el cariño que el coleccionista profesaba al salterio de Winchester y la insinuación de Bartholomew de que quizá hubiera en perspectiva otra importante adquisición lo habían convencido para desplazarse desde su casa de Westminster. Entre el barullo del gentío se oía de vez en cuando el repiqueteo de los cascos y el traqueteo de los carruajes cuando algún noble se apeaba a la entrada del teatro, pero los ojos de Bartholomew no se apartaban del río. Ya que iba desde Westminster, Cotton probablemente viajaría en barca. Eran casi las dos cuando Bartholomew por fin atisbó el familiar jubón azul y dorado reluciendo el sol de Cotton, quien caminaba tranquilamente, al parecer sin prisas para llegar con tiempo. Bartholomew rebuscó en su bolsa los cuatro peniques que costaba su entrada y la de su invitado a la galería, y los dos se apretaron al final de una cola cuando sonó la trompeta, el rugido de la multitud se transformó en un murmullo que no cesaría en toda la representación y dos hombres, exquisitamente ataviados con una ropa profusamente bordada, salieron a escena.

—¿Cómo se titula? —preguntó Cotton.

—*Cuento de invierno* —respondió Bartholomew.

Cotton se repantigó en el banco y presenció el resto de la obra sin hacer más comentarios.

Bartholomew no mencionó su participación en la génesis de la obra, aunque sí observó lo fielmente que seguía la historia del *Pandosto*. No había hablado con Shakespeare desde el día que le sugirió que utilizara el romance de Greene como inspiración, tres años atrás. Había oído decir que la nueva obra, presentada en la corte el noviembre anterior, se titulaba *Cuento de invierno*, y tenía cierta esperanza, al ser el título parecido al que él había sugerido, de que Shakespeare hubiera mordido el anzuelo. Hasta abril no lo supo con certeza. Un día frío y húmedo, un mensajero le llevó un paquete a su tienda de Paternoster Row. En el interior, Bartholomew encontró la copia del *Pandosto* que había prestado a Shakespeare y una breve carta de este:

Harbottle:

Disculpad que os envíe un mensajero, pero tengo asuntos que atender en Stratford. Creo que encontraréis algo de vos mismo en *Cuento de invierno*. Os pido perdón por haber pintarrajeado vuestro *Pandosto*, pero os lo devuelvo con mi agradecimiento.

W. SHAKESPEARE

Bartholomew abrió el libro y pasó rápidamente varias páginas. Los márgenes estaban llenos de notas garabateadas del dramaturgo. Esa misma tarde puso rumbo a Westminster para hacer una visita a Robert Cotton.

Bartholomew casi se olvidó de la presencia de Cotton durante la representación de *Cuento de invierno*. La historia del rey Leontes, que acusa falsamente de adulterio a su esposa, Hermione, y la encierra en la cárcel, y que después destierra a su supuestamente hija bastarda Perdita, cautivó la atención de casi todo el público, aunque se escuchó alguna refriega o algún grito procedente de las localidades de pie. Cuando, en las últimas fases del tercer acto, llegan las noticias primero de la muerte del joven hijo de Leontes, Mamilio, y luego de la propia reina Hermione, Bartholomew vio lágrimas reluciendo en muchas caras, e incluso escuchó lamentos entre los espectadores de pie. Comenzó a preguntarse si Shakespeare había seguido su consejo de cambiar el final, pues la historia tenía todas las trazas de ser una tragedia. Tampoco había visto Bartholomew a ningún personaje que estuviera inspirado en él mismo. Sin embargo, eso eran asuntos triviales. Shakespeare había escrito la obra, y Bartholomew tenía ahora todo lo que necesitaba para lograr una fortuna.

Absorto en sus pensamientos, al principio no se fijó en un personaje nuevo que aparecía en escena cantando al comienzo del cuarto acto. Cuando Autólico,

el mercader viajero, se calificaba de «alguien que arrebatara fruslerías sin importancia» y se jactaba de que se ganaba la vida engañando a los bobos, Bartholomew deseó con todas sus fuerzas que Cotton no identificara a ese personaje con su compañero el librero. «Un ladrón, un sinvergüenza, pero un tipo simpático. Un granuja cómico, si queréis», había dicho Shakespeare. Bartholomew se olvidó por un momento de todos sus concienzudos planes, se imaginó al público, en años venideros, contemplando esa obra y viendo a un apenas disimulado Bartholomew Harbottle pisar las tablas del escenario, riendo, cantando y robando.

Mientras se representaban los dos últimos actos, Bartholomew observaba sobrecogido cómo él mismo se iba convirtiendo en el protagonista de la obra encarnado en el personaje de Autólico. Ese granuja no vendía libros, sino baladas. Bartholomew al principio se ofendió un poco cuando Autólico, tras decidir no ayudar a la joven Perdita y a su enamorado, decía: «Si me pareciera honesto contárselo al rey, no lo haría. Me parece más bellaquería ocultarlo, y yo soy fiel a mi profesión». ¿Realmente era la bellaquería la profesión de Bartholomew? Probablemente los momentos que más le enorgullecían de su carrera no rebosaban honestidad, pero Bartholomew tampoco creía haber hecho daño a nadie, y tampoco se lo hacía Autólico, como le alegró ver mientras la obra se encaminaba a su conclusión. Cuando Perdita era devuelta a su padre y Hermione retomada a la vida para que la obra tuviera el final feliz que Bartholomew había sugerido, los tejemanejes de Autólico en última instancia contribuían a la felicidad de los personajes.

A medida que el público inundaba la calle después de la representación, Bartholomew arrastró a Cotton hacia la taberna de George and the Dragon. Casi todos los asistentes se encaminaban de vuelta hacia el puente, pero eran tantos los que hacían escala en las tabernas de Southwark que Bartholomew se alegró de haber encargado al posadero que le reservara mesa en un rincón para después de la obra. Cuando los dos hombres tomaron asiento, a él le esperaba una jarra de cerveza y a Cotton un vaso de vino.

—¿Has oído el estruendo de aprobación del público? —preguntó Bartholomew.

—No me sorprende —respondió Cotton—. Shakespeare es muy popular. Pero todavía no me has dicho por qué nos hemos reunido esta tarde. Disfruto de una buena pieza teatral tanto como cualquiera, pero me has inducido a creer que había una adquisición en perspectiva.

—Y la hay, pero paciencia, amigo mío. Y ahora dime, ¿me concedes que Will Shakespeare es el mayor dramaturgo de nuestro tiempo?

—No pienso llevarte la contraria en eso.

—Yo diría que es el dramaturgo más grande de todas las épocas —dijo Bartholomew—, y es probable que lo siga siendo.

Se imaginaba la carcajada de su viejo amigo Robert Greene de haber oído tal afirmación, pero este no había vivido para ver la meteórica ascensión del cuervo advenedizo.

—Tengo algunos manuscritos medievales de los dramaturgos griegos que podrían contradecir tal opinión —dijo Cotton—. Pero te concedo que es un escritor importante. Aunque no creo que la de hoy sea su mejor obra.

—Eso tiene una explicación. —Bartholomew intuyó que era su oportunidad—. Corre la voz entre los actores de que Shakespeare está enfermo. Planea retirarse a Stratford al final de temporada, y no es probable que sobreviva al invierno.

Bartholomew no había oído ese rumor, aunque se le ocurrió que podría ser útil originarlo.

—Lo lamento —dijo Cotton—. Una vez, hace años, utilizó mi biblioteca. Creo que estaba trabajando en *Enrique V*. Una de sus mejores obras, creo. Conmovedora. Era un hombre tranquilo, nada propenso al alcohol ni a la juerga, ni tampoco al comportamiento inmoral que mucha gente del teatro sigue.

Bartholomew se dijo que le resultaba muy conveniente que Cotton ignorara las correrías menos edificantes de Will Shakespeare. Echó un trago de cerveza y se limpió la boca con la manga en un amplio gesto.

—Cuando muera, todos se pelearán por sus manuscritos —dijo—. Algunos querrán publicarlos, imagino, pero también habrá quien quiera destruirlos.

—¿Destruirlos? —dudó Cotton—. ¿Por qué iba alguien a hacer tal cosa?

Bartholomew sabía que Cotton consideraría una herejía la destrucción de cualquier reliquia literaria.

—Por celos, desde luego —dijo—. No hay duda de que en la representación de hoy hemos visto el poder de ese sentimiento. Pero a lo mejor no sabes lo que los otros dramaturgos piensan de Shakespeare, un muchacho sin educación universitaria que ha acabado eclipsando a los mayores lumbreras de Oxford y Cambridge. ¿Y por qué iban a oponerse los Hombres del Rey? Si las obras se publican, cualquiera podrá representarlas. De hecho, los actores conocen sus papeles. ¿Por qué no iban a destruir los manuscritos y asegurarse el monopolio?

—Pero sus obras se han publicado. Yo las he visto —dijo Cotton.

—Algunas —concedió Bartholomew—. Puede que una docena. Pero hay al menos treinta más que no. —Sabía que las obras que se había publicado de Shakespeare no eran menos de dieciocho, y que las no publicadas rebasaban la veintena, pero confiaba en el poder de la exageración—. Y luego hay otras —añadió, entusiasmándose con su engaño— que todavía no se han representado. He visto páginas de una tragedia que eclipsará incluso *Hamlet* y *El rey Lear*. Y puede ser tuya.

—¿Cómo dices?

Cotton no se había dado cuenta de que Bartholomew por fin acababa de llegar

al meollo del asunto.

—Tengo la oportunidad, y no por mucho tiempo, de adquirir todos los manuscritos de Shakespeare. Tiene deudas en Stratford y le gustaría saldarlas antes de morir, y también quiere dejar a su familia en una posición económicamente holgada.

—¿Y me estás proponiendo conseguir esos manuscritos en mi nombre? —dijo Cotton, inclinándose hacia delante por primera vez durante la conversación.

—Exactamente —afirmó Bartholomew.

—Pero ya sabes que yo no colecciono literatura contemporánea.

—Piensa en el futuro. Podrías ser el hombre que salvó las obras del dramaturgo más importante de Inglaterra. Piensa en cómo quedarían esos manuscritos en tus estanterías, junto a tus adorados griegos. Su lugar es tu biblioteca, no el fuego de una cocina cualquiera. —Bartholomew era un vendedor con años de experiencia y sabía cuándo un cliente había traspasado el punto sin retorno. Cotton vacilaba aún en el límite—. Si no por la gloria de tu propia colección —dijo—, hazlo por Inglaterra. Para que el mundo sepa que nadie puede eclipsar a nuestros poetas.

Tal apelación conjunta al patriotismo y a la poesía pareció inclinar la balanza, pues el vendedor captó ese brillo familiar en los ojos de su víctima. Cotton se mordió el labio durante un momento y a continuación preguntó:

—¿Cuánto?

—Cien libras —dijo Bartholomew sin inmutarse—. La mitad en depósito y el resto a la entrega.

—¡Cien libras! —exclamó Cotton—. Eso es un robo a mano armada. Eres tan bribón como el vendedor de la obra.

La indignación de Cotton no alteró a Bartholomew. Sabía que cuando el cliente comenzaba a quejarse del precio, la venta estaba hecha.

—Qué puedo decir, ese hombre tiene deudas. Te aseguro que lo que yo voy a obtener son cuatro perras. Solo lo hago por mi amistad con Shakespeare y por mi amor a la literatura inglesa.

—Sabes que no llevaría cincuenta libras por las calles de Southwark.

—Naturalmente que no.

—Y necesitaría alguna prueba de que realmente puedes conseguirme la mercancía.

—Una muestra —dijo Bartholomew.

—Entonces quedemos el martes —añadió Cotton poniéndose en pie—. Trae esa muestra a mi casa. Si me convences, estoy dispuesto a hacerte el primer pago, pero solo si el resto del material se me entrega en una semana.

No esperó a que Bartholomew le dijera adiós, sino que se abrió paso entre la abarrotada taberna en dirección a la puerta.

Sobre la mesa estaba el vaso de vino de Cotton, intacto. Bartholomew se dijo

que a lo mejor debería probar a actuar en el escenario del Globe. Sin texto, vestuario ni atrezzo había llevado a cabo la interpretación de su vida. Y su público había estado tan sobrio como un obispo.

Londres,
viernes, 17 de febrero de 1995

—Señor Byerly ... —Liz se quitó las gafas, dejó la acuarela sobre la mesa al lado de su vaso de vino y se inclinó hacia Peter como si fueran conspiradores—. Peter, mi mundo es un mundo pequeño. Puede que no le parezca importante a aquel que no lo habita, pero le aseguro que para los que lo habitamos, es importante. Al parecer, usted no pertenece a ese mundo. Su difunta esposa quizá sí, o al menos ella lo comprendía. Mi mundo es el mundo del arte victoriano. Es un mundo de coleccionistas, profesores, marchantes y aficionados, y unas cuantas personas como yo, responsables de editoriales pequeñas que esperan encontrar un manuscrito que deje una huella duradera. Ya no quedan muchos secretos en el mundo del arte victoriano, con lo que se puede imaginar lo que significaría para alguien como yo participar en la publicación de un secreto que sacuda este pequeño mundo, un escándalo acerca del cual la gente hable en años venideros.

Peter se dijo que podía imaginarse exactamente lo que sería. Exactamente lo mismo que encontrar una edición desconocida de *Hamlet* anterior al cuarto defectuoso. Quizá no significara gran cosa para el mundo en general, pero en el de los libros raros dejaría una huella eterna.

—Sí —afirmó—. Me lo puedo imaginar.

—Bueno —dijo Liz—, pues se supone que A. H. ha de ser mi bombazo.

—O sea, ¿que sabe quién lo pintó? —preguntó Peter reprimiendo un temblor que intentó colarse en su voz.

—No exactamente —dijo Liz—. Verá, hay un miembro de la sociedad que vive en Cornualles, un anciano caballero que es un estudioso aficionado. Mi editorial le ha publicado dos monografías, bien investigadas, bien escritas y aburridas. Hace dos años me telefoneó para decirme que tenía la pista de un pintor victoriano que firmaba sus obras « A. H. ». No me contó mucho más, solo que si su corazonada era cierta, ese libro no sería aburrido. Sería excitante. Esa fue la palabra que utilizó. Desde entonces ha ido estimulando mi curiosidad con pistas esporádicas (siempre por teléfono, nunca por escrito), y de lo que me ha contado deduzco dos cosas. A. H. estuvo implicado en algún escándalo que convertirá una pequeña monografía sobre un oscuro pintor en un libro que a lo mejor despierta el interés de la gente.

—¿Y por eso se alegra de que yo mostrara esta pintura a los demás asistentes a la reunión? —dijo Peter.

—Si Richard Campbell hubiera visto su acuarela, a lo mejor habría empezado a husmear para averiguar quién era ese tal A. H.

—¿Cuál es la segunda cosa que dedujo?

—Mi estudioso de Cornualles mataría por tener su maldita pintura para ilustrar su libro. Al parecer ha tenido problemas para conseguir el permiso que lo autorice a reproducir las obras de A. H.

—¿Y quién era ese A. H.?—preguntó Peter.

—No se lo puedo decir.

—¿No confía en mí?

—No es eso. Es que no sé más de lo que le he contado, lo suficiente para tener la certeza de que se trata de una buena historia.

—O sea, ¿que me propone que le entregue esta pintura y que espere pacientemente hasta que salga el libro para averiguar cómo mi difunta esposa consiguió estar en dos siglos a la vez?

—No tendría que quedármela. Simplemente la haría fotografiar y se la devolvería en un par de días.

—¿Y cuánto tendré que esperar para leer esa escandalosa historia?

—De hecho, un día de estos me ha de llegar el manuscrito acabado. Aceleraremos la publicación, con lo que tendría que salir en los próximos seis meses.

—Señorita Sutcliffe... —Peter se inclinó sobre sus brazos cruzados y se dispuso a soltarle un discurso—. Yo soy un hombre de pasiones, algunos incluso dirían que de obsesiones. Por lo que me ha contado de su fascinación por el arte victoriano, creo que lo puede comprender. He tenido dos pasiones en mi vida. No, eso no lo expresa con la suficiente contundencia. Durante una década, dos pasiones fueron mi vida; no existió nada más. Esas pasiones fueron los libros raros y Amanda Byerly. Desde que mi esposa murió, mi vida ha estado vacía. Mi capacidad para apasionarme murió con ella, o eso creía. Ahora, justo cuando comienzo a percibir que renace una levisima chispa de mi pasión por los libros raros, descubro esto. —Con el dedo dio unos golpecitos en la acuarela—. Dentro de un libro raro, encuentro un retrato de mi esposa que es imposible que lo sea. Mis dos pasiones se unen en un retazo de papel. Y este papel... bueno, de algún modo percibo que posee el potencial de liberarme de una de esas pasiones y lanzarme de regreso a la otra. Ya ha conseguido cosas increíbles. Ha vuelto a despertar mi entusiasmo y mi curiosidad; incluso ha conseguido que esté sentado aquí charlando con usted, una perfecta desconocida. O sea, que no se trata de pura curiosidad, señorita Sutcliffe. Esta no es una conversación informal. Para mí es una cuestión de vida o muerte; o si no de vida o muerte, al menos de vida y no vida. Porque la vida que he llevado en estos últimos nueve meses no es vida.

—¿Cómo ha sabido que soy señorita y no señora?—dijo Liz sonriendo.

—Lo he supuesto porque no lleva anillo.

—Su suposición es acertada. Pero no todo lo que ha dicho me parece cierto. No creo que su capacidad para apasionarse esté muerta. Admiro la pasión, Peter, y usted la tiene. Así que le propongo un acuerdo.

—¿Un acuerdo?

—Exactamente. Usted me presta esta acuarela y yo la fotografío para el libro de ese caballero de Cornualles. Se la devuelvo la semana que viene, y en cuanto tenga las pruebas del libro le mando un juego. Lo verá antes que los críticos.

—Me parece justo —dijo Peter intentando disimular la decepción de su voz. No se sentía especialmente paciente.

—Ese no es todo el trato —dijo Liz.

—¿No?

—También tienes que acabar de cenar conmigo, empezar a tutearme, decirme qué piensas sinceramente del *vindaloo*, y llevarme a dar un paseo por el Embankment antes de coger el tren de vuelta a casa.

Sonrió y retiró la acuarela de la mesa cuando el camarero depositó dos platos de aromático curry.

Y eso fue lo que Peter hizo exactamente. Se olvidó de la acuarela, de los libros raros y de Amanda, y pasó una agradable velada en compañía de Liz Sutcliffe. Después de la cena bajaron hasta el río y caminaron por el Embankment hasta Westminster. El viento había amainado, y la luna salió de detrás de las nubes justo cuando el Big Ben dio las diez.

—Debe de ser agradable vivir en Londres —dijo Peter—. Pasear por el río, ver los botes y contemplar esa asombrosa vista del Parlamento.

—Supongo que sí. La verdad es que casi nunca vengo aquí. Vivo en Hampstead y trabajo en Bloomsbury, y no suelo ir a ninguna otra parte.

—Una lástima —opinó Peter, quien inmediatamente se sintió un hipócrita por criticar que alguien viviera encerrado en su propio mundo.

—Bueno, eso es lo que tiene Londres —dijo Liz—. Todo lo que necesitas está en tu barrio. Las vistas las damos por sentadas. —Se detuvo al pie de la escalera del puente de Westminster y levantó la mirada hacia el famoso reloj que resplandecía en lo alto—. Pero tienes razón: es una maravilla.

Era más de medianoche cuando Peter hizo girar la llave de su casa y se resguardó de una fría llovizna en el salón, iluminado solo por la luz parpadeante de su contestador, que indicaba que tenía mensajes. Mientras avanzaba a trompicones hacia el interruptor de la luz, casi se cayó sobre la caja con el material para reparar libros que había dejado en mitad de la habitación. Maldiciendo en silencio al electricista por no habersele ocurrido instalar un interruptor junto a la puerta sino al otro lado del salón, encendió las luces y comenzó a pelearse con el termostato. La calefacción de la casa era, como poco, caprichosa. En ese momento el termostato indicaba veinte grados Celsius, pero la temperatura parecía más bien de veinte grados Fahrenheit. Amanda no lo habría

soportado. Demasiado cansado para quedarse a comprobar si sus manipulaciones caldearían la casa, llenó una botella de agua caliente en la cocina y fue arriba, donde encontró una cama fría y vacía. Abajo, el contestador continuaba parpadeando en la oscuridad.

Peter no recibía mensajes a menudo, y cuando eso ocurría generalmente eran de Francis Leland, de Hank Christiansen o de la mejor amiga de Amanda, Cynthia. Peter se los imaginaba a los tres encontrándose en un café y sacando una pajita para ver a quién le tocaría esa semana. Fuera quien fuese, siempre tenían alguna pregunta que parecía justificada, pero Peter sabía que la verdadera razón por la que lo llamaban era para comprobar si seguía con vida y era capaz de devolver una llamada. Jamás las devolvía. En raras ocasiones le telefoneaba un cliente para pedirle consejo sobre una adquisición o para que lo ayudara a encontrar un volumen en concreto. Esas llamadas a veces las devolvía.

No fue hasta la mañana siguiente, después de desayunar, cuando a Peter se le ocurrió revisar el contestador en busca de mensajes. Esperaba que fueran de algún cliente y que eso le proporcionara una excusa para regresar a Hay. Se había despertado temprano, y mientras estaba en la cama escuchando la lluvia, no podía apartar de su mente la *Investigación* de Malone, el libro en el que había encontrado la acuarela. ¿Por qué no había mirado en todas las páginas por si había notas al margen? ¿Por qué no lo había comprado? Desde luego podía permitírselo, aunque el precio fuera excesivo. Y habría evitado actuar como un ladrón.

El mensaje lo había dejado una voz desconocida: inglesa, masculina, concisa, de clase alta.

«Señor Byerly —decía la voz—. Espero que este sea el teléfono de Peter Byerly. Me llamo John Alderson. Un amigo mío me ha dicho que sabe usted un poco de libros raros. Tengo entendido que también se dedica a la compra y venta. Y creo que está usted aquí mismo, en Kingham. Estoy pensando en vender algunos ejemplares escogidos de mi biblioteca, y me preguntaba si le gustaría encargarse de ese trabajo. Estoy en casa casi todas las mañanas. No dude en pasarse por aquí a tomar una taza de té, así podrá ver si le interesa lo que tengo. Soy John Alderson. Estamos en la carretera de Cornualles. Evenlode...»

El contestador se apagó. Al igual que la calefacción, parecía tener vida propia, y no le gustaba que le hicieran trabajar demasiado.

¿Se refería quizá a Evenlode House, la ruinoso casa solariega de la que le había hablado Martín Wells? John Alderson no le había parecido la clase de persona que ahuyentaba a los visitantes con perdigones. La lluvia había cesado, y Peter llevaba en Inglaterra el tiempo suficiente para saber que a media mañana de un día frío como ese le apetecería tomar una taza de té. Cornualles estaba solo a tres kilómetros de distancia, por lo que Evenlode House debía de estar aún más cerca. Decidió ir andando.

La carretera a Cornualles era apenas lo bastante ancha para un solo vehículo, y estaba flanqueada de altos setos que protegían no solo del viento, sino también de la presencia del mundo exterior. Peter sintió una soledad agradable mientras recorría el kilómetro y medio que lo separaba de una oxidada reja de hierro en la que un cartel en grandes letras rojas proclamaba: EVENLODE HOUSE. ¡PROHIBIDO EL PASO! La verja colgaba de dos pilares de piedra medio desmoronados, y a Peter no le costó sortearla, esperando que el cartel no se refiriera a las personas que habían sido invitadas. Siguió un camino enfangado recorrido de surcos profundos que ascendía a través de un campo y que luego bajaba hasta cruzar otro seto, donde giraba repentinamente a la izquierda, revelando lo que quedaba de Evenlode House. Al parecer, antaño había sido una impresionante mansión jacobina, pero en el estado en que se encontraba en ese momento, desde luego, resultaba inhabitable.

Un ala se había derrumbado y no era más que un montón de escombros en el que husmeaban los perros... «En busca de ratas», se dijo Peter. Casi todas las ventanas estaban rotas, y en el tejado crecían las hierbas y los matorrales, excepto allí donde la pizarra había desaparecido. Varias chimeneas que se alzaban sobre la línea del tejado formaban una acumulación de piedras en el suelo, y habían dejado unos muñones de perfil irregular de los que no salía humo. A Peter no le pareció la clase de casa en la que uno pudiera encontrar grandes rarezas bibliográficas.

Sin embargo, había estado en más de una casa de Carolina del Norte donde el exterior desmentía el valor de los libros que había dentro. Mientras rodeaba Evenlode House, Peter llegó a la conclusión de que debía de estar deshabitada, pues aparcadas en lo que había sido el jardín de la cocina había dos caravanas grandes. Se dijo que esa debía de ser la residencia de John Alderson. Llamar a la puerta no parecía un buen plan. La presencia de los perros ya se le antojaba preocupante.

—¡Señor Alderson! —exclamó casi deseando que nadie contestara.

Sin previo aviso se oyó un estampido. Sin pensar, Peter se tiró al suelo y notó de inmediato que el frío le calaba los pantalones. Los oídos le zumbaban de dolor cuando se dio la vuelta y vio a un anciano entrecano de pie con las piernas separadas sobre el montón de escombros de lo que había sido el ala oeste. Dos perros salivaban, agazapados delante de él, y el anciano apoyaba en el interior del codo una escopeta humeante.

—Eso ha sido una advertencia —le soltó el hombre.

—Señor Alderson, usted me ha telefoneado —farfulló indignado Peter—. Soy Peter Byerly.

—Escopeta o perros, puede elegir, yanqui, si vuelve a repetir ese nombre. «Prohibido el paso» significa «prohibido el paso».

El hombre abrió la escopeta e introdujo un par de cartuchos que sacó del

bolsillo de la chaqueta. Peter decidió que no valía la pena seguir negociando y se puso en pie.

—Lamento la intromisión, señor —dijo—. Creo que he cometido un error.

Peter dio media vuelta y emprendió el camino de regreso por el sendero embarrado. Oyó un chasquido metálico cuando el hombre volvió a cerrar la escopeta.

—¡Seguro que puede caminar más deprisa, y anqui! —chilló el anciano, y su voz resonó por todo el valle—. Los perros le enseñarán.

Peter no esperó a ver si los perros podían impartirle esas instrucciones. Resbalando en el barro, corrió colina arriba lo más deprisa que pudo. A su espalda oyó ladridos y carcajadas, pero no se volvió para comprobar si los perros habían iniciado su persecución. Cuando coronó la colina, otro disparo desgarró la paz del lugar. Peter bajó la colina hacia la verja y llegó jadeando a la carretera.

Mientras regresaba a Kingham, helado, empapado y cubierto de barro, pero con su respiración volviendo poco a poco a la normalidad, se le ocurrió que aquella mañana no se había puesto nervioso al ir a conocer el señor Alderson. Reconoció que había sido la única vez en la que tener miedo a un desconocido le habría resultado útil.

Dos horas más tarde, después de bañarse y ponerse ropa limpia, Peter volvió a escuchar el mensaje del contestador. No había duda de que la voz no era la del hostil anciano de Evenlode House. Era una voz hospitalaria, de esas que Peter detestaba ignorar. Se dijo que quizá podía preguntar a la propietaria de la tienda del pueblo dónde vivía el señor Alderson, pero durante los últimos cinco meses, la única comunicación que había mantenido diariamente con la mujer se había limitado a asentir con la cabeza sin mediar palabra cuando compraba el pan, la leche y el periódico, y no se imaginaba situación más incómoda que romper de repente aquel silencio ya habitual. Las únicas dos personas de la localidad con las que Peter podía decir que se hablaba eran el jardinero, que una vez por semana se entretenía en el diminuto jardín trasero a cambio de un billete de veinte libras, y el cartero. No recordaba el nombre de ninguno de los dos. Entonces se le ocurrió que quizá Martin Wells pudiera ayudarlo. Su número figuraba en la guía, y a Peter le encantó oír el suspiro de exasperación con el que el pintor aceptó su invitación a tomar el té.

—Para corresponder a su hospitalidad y su consejo acerca de la Sociedad de la Acuarela —explicó Peter.

—Más vale acabar con esto cuanto antes —dijo Martin—. Estaré ahí en media hora.

—John Alderson —dijo Martin cogiendo su tercera galleta—. Lo último que ha

de hacer es ir a Evenlode House si quiere hablar con él. El señor Alderson vive en Evenlode Manor, siguiendo la misma carretera, pero un poco más abajo. Me sorprende que saliera vivo de Evenlode House, si pronunció su nombre.

—Me fue por los pelos.

—Los Alderson y los Gardner llevan siglos odiándose —afirmó Martin—. No estoy seguro de cuándo empezó, pero no se han dicho una palabra amable una familia a la otra desde la época de la reina Victoria.

—¿Y son vecinos? —preguntó Peter.

—Viven en lados opuestos del río —dijo Martin—. Lo único que impide que se maten el uno al otro son unos cuantos metros de agua. De todos modos, con Alderson estará a salvo. He oído decir que Evenlode Manor es un sitio bastante agradable.

—¿Cómo es que Evenlode Manor es una casa espléndida con biblioteca y Evenlode House un montón de escombros?

—Depende de a quién pregunte así será la respuesta que obtenga. Gardner le dirá que fueron los Alderson quienes lo redujeron a la pobreza, aunque no sabría por qué. Los Alderson asegurarán que en el siglo pasado su familia estuvo arrojando el hombro mientras los Gardner bebían, rezongaban y mataban faisanes. Tampoco es que los Alderson vivieran como reyes. Tengo entendido que tuvieron que vender bastantes cosas para poder mantener la casa en buen estado. En verano se puede visitar los martes.

En cuanto se terminaron las galletas digestivas de chocolate, a Martin pareció entrarle prisa por marcharse. Con todo, durante la media hora de su visita su actitud se había suavizado. Cuando salió al sol invernal no dio las gracias a Peter, pero le dijo algo mucho más amable:

—Es usted el primer americano que conozco que sabe preparar una taza de té como Dios manda.

Parte del trabajo de Peter en Colecciones Especiales consistía en hacer de anfitrión a los estudiosos que las visitaban. Era una de sus tareas preferidas por dos razones: a menudo le proporcionaba la oportunidad de examinar libros y manuscritos que quizá no habría descubierto de no haber sido porque los sacaba para los investigadores, y le demostraba que, aparte de la mera conservación, Colecciones Especiales tenía también otro propósito. Aunque a veces le frustraba lo poco que los miembros de la comunidad de Ridgefield utilizaban los materiales de Colecciones Especiales, las visitas regulares de eruditos llegados incluso de Europa y Japón consolaba a Peter con la idea de que la colección era algo vivo, que respiraba, inspirando nueva información a medida que se hacían adquisiciones y espirando nuevos conocimientos para los eruditos.

Fue durante la preparación de una de esas visitas cuando Peter manejó la primera edición de *Los cuatro peniques de sabiduría de Greene*, una confesión en el lecho de muerte de Robert Greene, un autor menor, que incluía la primera referencia impresa a William Shakespeare como miembro de la comunidad teatral de Londres. El doctor Yoshi Kashimoto de la Universidad de Tokio había solicitado ese opúsculo junto con algunos otros volúmenes isabelinos.

Peter extrajo el delicado opúsculo del estuche y comenzó a leer el texto de Greene. Su comprensión del idioma isabelino estaba lejos de ser fluida, pero no le costó nada encontrar la referencia, casi al final del texto, a Shakespeare, al que se denomina «cuervo advenedizo».

—¿Todo está preparado para el doctor Kashimoto? —preguntó Francis, que entró en la sala mientras Peter devolvía el opúsculo al estuche.

—Lo está —confirmó Peter—. Me he percatado de que le interesan los dramaturgos isabelinos menos importantes, de manera que también le he preparado unos cuantos volúmenes que no figuran en las bibliografías habituales.

—Estoy seguro de que lo agradecerá —dijo Francis—. Este semestre sigues el curso de Connelly sobre Shakespeare, por lo que a lo mejor te interesa asistir a la conferencia pública de Kashimoto. Creo que te resultará estimulante.

—Es curioso —dijo Peter—, Connelly no ha mencionado que hubiera ninguna conferencia sobre Shakespeare en el campus.

—No me sorprende. Kashimoto es oxfordiano.

—¿O sea, que es inglés? —dijo Peter.

—No —dijo Francis—. Un oxfordiano es alguien que cree que Edward de Vere, el conde de Oxford, escribió las obras habitualmente atribuidas a William Shakespeare de Stratford.

—¿Cómo dices?

—La cuestión de la autoría de las obras de Shakespeare se ha puesto en

entredicho de manera legítima y con argumentos sólidos —explicó Francis.

—Eso nunca nos lo enseñaron en el instituto.

—Bueno —dijo Francis—, los oxfordianos siempre han tenido problemas a la hora de abrirse paso en el mundo académico.

—¿Cómo pueden afirmar que Shakespeare no era Shakespeare? —preguntó Peter, perplejo ante tal absurdo.

—Esencialmente por dos razones —comenzó a explicar Francis—. Para empezar, el hombre de negocios de Stratford conocido como William Shakspere, que jamás escribió su nombre con una «e» después de la «k», llevó una vida que está bastante bien documentada, y sin embargo no existe ninguna prueba de que fuera escritor, y mucho menos el gran William Shakespeare, cuyo nombre siempre lleva una «e» después de la «k».

—Pero eso fue hace mucho tiempo —dijo Peter—. En aquella época la gente no sabía que tuviera que conservar letras o manuscritos.

—Cierto —afirmó Francis—. Eso es justamente lo que argumentan los stratfordianos, es decir, los que creen que las obras fueron escritas por William Shakespeare de Stratford.

—Y lo fueron, ¿no? —dijo Peter.

—El otro problema es que no existe prueba alguna de que Shakespeare recibiera ningún tipo de educación, aunque probablemente asistió a la escuela secundaria de Stratford. Desde luego nunca fue alumno de Oxford o de Cambridge, ni de ninguna otra universidad europea.

—¿Y qué? —dijo Peter estupefacto al comprender que, por primera vez desde que se conocían, estaba discutiendo con Francis—. Era un genio, no necesitaba que le enseñaran a escribir.

—Bien argumentado. Pero el problema no es la calidad de su escritura, sino el contenido. El autor de las obras de Shakespeare poseía importantes conocimientos de leyes, arte, música, medicina, tácticas militares, filosofía y una docena de otros campos especializados y, sobre todo, de la vida en la corte italiana. Utilizó fuentes en varios idiomas, entre ellos el latín y el griego. Se puede nacer con el genio, pero ¿de dónde sacó el señor Shakspere de Stratford toda esa información?

—¿Me estás diciendo que crees realmente que Shakespeare no escribió sus obras? —dijo Peter sin saber muy bien cómo refutar ese argumento.

—No, Dios me libre. Yo sigo siendo un stratfordiano. Pero admito que cabe alguna duda. Incluso podría aducir que lo más razonable es dudar.

—¿Alguna vez lo sabremos, en tu opinión? —preguntó Peter.

—Puede que sí —dijo Francis—, cuando algún bibliófilo sabueso con iniciativa descubra pruebas fehacientes que demuestren la autoridad del señor Shakespeare... o de Edward de Vere, o de Christopher Marlowe o de Francis Bacon. Todos esos nombres se han sugerido como posibles autores.

A Peter le pareció que el suelo habitualmente firme de la sala Devereaux se abría bajo sus pies. Se quedó mirando el montón de libros y opúsculos que esperaban la llegada del doctor Kashimoto. Había contado con que sus ideas preconcebidas acerca del mundo se pusieran en tela de juicio cuando llegara a la universidad, pero que su mentor introdujera una duda como esa, sobre un principio básico de la cultura occidental, era como que a uno le dijeran que la verdad no era cierta, o que la realidad no era real. Notó que Francis le ponía una mano en el hombro y oyó una voz tranquilizadora que convertía una pesadilla estrambótica en una espléndida fantasía.

—¿No sería maravilloso, Peter, descubrir una página de un manuscrito de puño y letra del Shakespeare de Stratford? ¿Una carta de Anne Hathaway en la que se queja de los problemas que le está dando el tercer acto de *Hamlet*?

—El Santo Grial —dijo Peter en tono reverente.

Le sorprendió oír las palabras saliendo de su boca. La comparación había sido instintiva.

—Exacto —convino Francis—. El Santo Grial.

*Kingham,
sábado, 18 de febrero de 1995*

En aquella ocasión, Peter cogió el coche. Si tenía que emprender una segunda huida, no quería que fuera a pie otra vez. Unos centenares de metros después de la poco acogedora entrada de Evenlode House la carretera se encorbaba sobre un pequeño puente de piedra. Debajo corría el río Evenlode, de unos tres metros y medio de ancho, fangoso y crecido por las lluvias recientes. Después de poco menos de medio kilómetro, a la derecha, llegó a unos pilares de piedra rematados por urnas ornamentales. Una piedra grabada sobre una columna indicaba: EVENLODE MANOR. La verja de hierro estaba abierta, y un camino de grava perfectamente liso conducía a través de una hilera de árboles hasta la cima de una colina no muy alta. Peter enfiló el coche en el camino de entrada y al poco se detenía delante de Evenlode Manor. No era el palacio de Blenheim, pero no tenía ni punto de comparación con su decrepita vecina. Al levantar la mirada hacia la fachada georgiana de tres plantas, con una escalera que ascendía majestuosamente hasta unas enormes puertas de madera, Peter tuvo la sensación de haber entrado en una novela de Jane Austen. La hierba estaba imaculadamente cortada, y a la izquierda de la casa se veía una pista de cróquet rematada por los arbustos ornamentales más allá de los cuales se divisaban más jardines. Peter estaba casi seguro de que esa vez había llegado al lugar adecuado.

Una ama de llaves apareció cuando llamó a la puerta y, tras acompañarlo hasta una sala de estar, le dijo, con un marcado acento irlandés, que se pusiera cómodo mientras informaba al señor Alderson de su llegada. Los muebles eran un poco francesados para los gustos de Amanda, pensó Peter, pero la vista le habría encantado. Unos ventanales altos mostraban la amplia extensión del valle del Evenlode. Se preguntó por qué, durante el verano que habían pasado en Chipping Norton, a Amanda no se le había ocurrido visitar esa casa ningún martes, pero luego se respondió que quizá lo había hecho, uno de esos días en que él estaba absorto en algún libro y ella simplemente le había anunciado: «Voy a salir un rato».

—Señor Byerly —dijo una voz enérgica y amistosa a su espalda.

Peter se dio la vuelta y vio a un hombre muy alto con una onda de pelo blanco perfectamente peinada.

—Soy John Alderson —dijo mientras le tendía la mano.

—Es un placer conocerle, señor Alderson —respondió Peter entregándose al firme apretón de su anfitrión.

—Por favor, llámeme John. En Evenlode Manor no somos unos enamorados de las formalidades, a pesar de lo que pueda haberle dicho la señorita O'Hara.

—Ha sido muy amable.

—No quiero hacerle perder el tiempo, señor Byerly. La cuestión es que me

gustaría vender algunos libros. Se lo mencioné al vicario el domingo, y me dijo que en Kingham vivía un americano que se dedicaba al negocio de los libros. Supongo que se refería a usted.

—Exacto —dijo Peter sacando una tarjeta del bolsillo y entregándosela a John.

Era la única que había podido encontrar aquella mañana. Estaba un poco arrugada y con una esquina rota, pero serviría.

—Bien —dijo John—, dispongo de una biblioteca modesta llena de ejemplares antiguos que no me son de ninguna utilidad, y tengo tres dormitorios en los que he amontonado todos mis libros sobre jardinería, arte y leyes... los que leo en realidad. Pero la verdad es que me parece un uso bastante poco eficaz de fondos y de espacio. Así que he pensado que quizá usted podría echar un vistazo a la biblioteca y ver si hay algo que valga la pena vender. Quizá pudiera vaciar un par de estanterías.

—Estaré encantado.

Peter sintió de repente un entusiasmo familiar y ya casi olvidado palpitando en sus venas: la expectativa de poder encontrar un tesoro en alguna parte. Casi nunca había comprado libros en un entorno tan propicio para la búsqueda de un tesoro como Evenlode Manor.

John condujo a Peter hasta la biblioteca, donde ocho estanterías de un color cereza intenso ocupaban dos paredes de la habitación, mientras que otras dos flanqueaban la chimenea. Sobre una gran mesa, en el centro de la sala, había un montón de volúmenes de gran tamaño. Las estanterías que había junto a la chimenea iban del suelo al techo; las otras se extendían hasta el techo desde unas sólidas vitrinas empotradas.

Casi todas las encuadernaciones parecían del siglo XIX, aunque era evidente que algunas eran más antiguas. Peter supo de inmediato que no tendría ningún problema en dar una rápida salida a un par de estanterías. Aun cuando el contenido resultara ser mediocre, vendería los libros a otro marchante por la encuadernación. Parecía probable que encontrara algunas rarezas. Solo una de las estanterías no estaba llena. Por la falta de polvo, Peter intuyó que habían retirado los libros hacía poco. A continuación recordó el severo semblante de la señorita O'Hara y decidió que debía de quitar el polvo a las estanterías al menos dos veces por semana.

—Bueno —dijo John—, si desea echar un vistazo tranquilamente, y yo volveré a mi trabajo. A lo mejor dentro de un par de horas podríamos reunirnos para tomar el té.

Peter sabía que tardaría mucho más de dos horas en examinar la biblioteca con suficiente detalle para poder asesorar a su propietario, pero al menos podría echar una ojeada y hacerse una idea de a qué se enfrenta. Casi notó cómo comenzaban a girar lentamente los oxidados engranajes de su mente de librero,

y el recuerdo de la misteriosa acuarela se desvaneció.

El primer hallazgo fue casi inmediato. Como ya estaban sobre la mesa, comenzó con los libros de gran tamaño. Debajo de la pila vio dos volúmenes que iban juntos. La encuadernación de piel de becerro marrón oscuro indicaba claramente que al menos era cien años más antigua que la de los demás volúmenes, y en el lomo, estampado en oro, se leía *Diccionario de la lengua inglesa*. Cualquier otro librero se habría sentido decepcionado al ver que los dos volúmenes, aunque en excelente estado, no eran una primera edición, pero Peter se entusiasmó simplemente al ver escrito sobre la portada de la obra magna de Samuel Johnson: CUARTA EDICIÓN. La cuarta edición, le había explicado años atrás Francis Leland, incluía las correcciones y los añadidos finales del doctor Johnson. «Me encantaría tener un ejemplar para la colección Devereaux», le había dicho.

Peter decidió en aquel momento que no vendería los volúmenes a Ridgefield; se los compraría a Alderson a un precio justo y los donaría a la sala Devereaux en memoria de Amanda... su Amanda. Aunque había miles de libros que examinar, no pudo resistir la tentación de demorarse unos minutos con el diccionario de Johnson. En el Prefacio leyó palabras de consuelo para un viudo del siglo XX que temía su propia debilidad: «La perfección es inalcanzable, pero uno se puede ir aproximando; y al descubrir que el diccionario iba a reimprimirse, me he esforzado, mediante una revisión, para que resultara menos reprehensible». «Una noble empresa», se dijo Peter. Se preguntó si habría avanzado más rápidamente caso de que el doctor Strayer simplemente le hubiera dicho: «Peter, espero que mediante una revisión podría convertirse en menos reprehensible».

Con la promesa de todas aquellas estanterías llenas de libros, Peter dejó el Johnson y se puso manos a la obra. Al cabo de una hora había encontrado unos cuantos magníficos títulos del siglo XVIII y revisado varios estantes de volúmenes de sermones del siglo XIX sin ningún valor. Acababa de sentarse en el suelo para ponerse a examinar los estantes inferiores cuando oyó que llamaban a la puerta. Levantó la mirada y vio junto a ella a una mujer apocada con los hombros encorvados y el cabello flotando en todas direcciones. Llevaba un sencillo vestido gris que le quedaba como un saco de patatas y calzaba unas katiuskas embarradas. Al principio Peter creyó que debía de tratarse de uno de los jardineros, pero cuando la mujer se apartó el pelo de la cara, vio la misma frente elevada y la misma barbilla afilada que tenía su anfitrión. Era demasiado mayor para ser su hija, por lo que Peter dedujo que solo podía tratarse de la hermana de John Alderson.

—Estaba dando un paseo —dijo la mujer de manera casi inaudible, como si esas cuatro palabras explicaran no solo el barro que manchaba sus botas sino su aspecto general, desde su elección del vestuario hasta su postura a la defensiva,

con los brazos cruzados delante de sus pechos imperceptibles.

—¿Todavía hace sol?

Peter sabía que, en Inglaterra, ante cualquier situación en la que uno no sabía qué decir, siempre se podía acabar recurriendo al tiempo.

Se valió de su pregunta para levantarse del suelo, pero ni la postura ni el tono de voz de la mujer lo invitaron a acercarse más.

Ella se lo quedó mirando unos momentos y a continuación pasó revista a la sala, para finalmente fijarse en la estantería que ya estaba vacía antes de que Peter se pusiera a trabajar. Entonces, cuando él casi se había olvidado de su pregunta, ella contestó en un gruñido:

—No.

—Una pena —dijo Peter forzando una sonrisa.

Cuando hablaba con un desconocido, la torpeza social solía aportarla él. Descubrió que le incomodaba tener que llevar el peso de una conversación trivial.

Tras una larga pausa, y todavía sin moverse, la mujer dijo:

—¿Mi hermano le ha enseñado la caja?

No apartó los ojos de sus pies mientras murmuraba esa enigmática pregunta.

—No —respondió Peter, incapaz de dar más explicaciones y a que ignoraba de qué caja le estaba hablando.

La mujer emitió un leve gruñido de disgusto y acto seguido, arrastrando los pies, cruzó la habitación hasta el escritorio que había junto a la ventana. Peter se dijo que ese no era el paso de alguien que caminaba por el campo. La mujer abrió un cajón, sacó una pequeña llave de latón y, de nuevo arrastrando los pies, cruzó la sala e insertó la llave en la cerradura de una vitrina. Con un chasquido la puerta se abrió, y ella se agachó y extrajo una caja de madera con bisagras, cuyos bordes estaban cubiertos con unos perfiles de latón descoloridos, de un apagado marrón grisáceo. En la parte superior de la caja había una etiqueta y casi despegada, y la mujer rápidamente la arrancó y la arrugó con la mano, aunque no antes de que Peter pudiera leer la caligrafía del siglo XIX: NO VENDER NUNCA.

Colocó la caja en mitad de la mesa de la biblioteca y abrió la tapa.

—Le ahorraré la molestia de examinar toda esta porquería —dijo asintiendo en dirección a las estanterías cerca de donde se encontraba Peter—. Le doy una semana para hacer una oferta, luego pediré a mi hermano que llame a otra persona.

Tras esa críptica amenaza, se dio la vuelta y salió de la biblioteca.

Peter abrió la tapa de la caja y enseguida se dijo que incluso si esa mañana le hubieran pegado un tiro, habría valido la pena solo para encontrarse con aquel tesoro. A pesar de su limitada experiencia con documentos, Peter sospechó que el contenido de la caja en cuestión podía valer más que el resto de los objetos

encuadernados de la biblioteca juntos. Un examen rápido de los documentos de la caja reveló una comisión firmada por Carlos I, una carta de Walter Raleigh y un escrito firmado por Francis Bacon. Había documentos eclesiásticos con la firma de arzobispos de Canterbury y una estrofa de poesía manuscrita con la rúbrica de Robert Greene. Naturalmente, habría que llevar a cabo un estudio cuidadoso y una autenticación, pero aquello bastaba para mantener a Peter ocupado durante meses.

Sacó los documentos de la caja uno por uno y los apiló meticulosamente sobre la mesa de la biblioteca, y cuando estaba a punto de volverlos a introducir, vio algo más en el fondo de la caja. Al principio pensó que se trataba de un libro, pero después se dio cuenta de que era un estuche plegable hecho a medida, mucho más elaborado que todo lo que había visto en las estanterías de la colección Devereaux. Parecía un objeto del siglo XIX, de mediados de la época victoriana, intuyó Peter. Tardó varios minutos en abrirlo, y procuró memorizar cada paso al desplegarlo para luego ser capaz de devolver el estuche a su forma original. Dentro había un delgado volumen en cuarto con una sencilla encuadernación en piel.

Peter levantó delicadamente la tapa. Cuando leyó la portada se quedó sin aliento. Sabía que había encontrado algo que haría palidecer al resto del contenido de la caja. Si el texto era completo, podría tratarse del tesoro que siempre había soñado con encontrar. Cuando comenzó a pasar las páginas, y sus ojos de repente identificaron los garabatos que llenaban los márgenes, el aire salió de los pulmones como si súbitamente le hubieran dado un puñetazo en el vientre. Sin darse cuenta, al soltar el aire pronunció tres palabras:

—El Santo Grial.

Unas nubes espesas flotaban sobre Londres, y Bartholomew agradecía su presencia. La pesada puerta de roble de la casa de Robert Cotton no le había presentado más problemas que la tapa de piedra del sarcófago de William de Wykeham que había abierto hacía tantos años. Solo que en ese momento la puerta la había abierto él solo. Hasta que no se encontró a salvo en el interior, con la puerta cerrada a su espalda, no encendió el farol.

Bartholomew había estado varias veces en casa de Cotton. La primera hacía unos meses, cuando comenzó a hablar de Shakespeare al coleccionista, y la segunda hacía tres días, al entregarle el *Pandosto*. Subió rápidamente la escalera y entró en la biblioteca. A la tenue luz de su farol, los bustos de los emperadores le lanzaron una mirada airada y sus nobles semblantes hicieron un gesto amenazante mientras Bartholomew comenzaba a examinar las estanterías en busca de su presa. Había sido un golpe de buena suerte que a Cotton se le escapara que pensaba marcharse unos días a Cambridge, aunque Bartholomew no se engañaba: sabía que la colección estaría bien protegida. Seguramente Cotton había pagado unos cuantos chelines a algún aldeano corpulento para que vigilara la puerta exterior, y este no tardaría en presentarse; tenía que trabajar deprisa.

En la vitrina de Nerón reconoció el salterio de Winchester que había vendido a Cotton veinte años atrás. Se preguntó si también debería cogerlo y devolverlo a la tumba de Wykeham, como penitencia por sus otras fechorías. Pero el salterio era un libro de gran tamaño, y lo más probable era que Cotton se apercibiera de su ausencia. Además, razonó Bartholomew, llevarse el salterio de la tumba no había sido ningún delito porque había salvado un hermoso libro para las futuras generaciones. Mejor que se conservara en la biblioteca de Cotton que acabar reducido a polvo en una casa de piedra en Winchester.

Bartholomew trataba de convencerse de que lo que estaba haciendo no era un robo. Después de todo, no había vendido exactamente el *Pandosto* a Cotton; más bien se lo había presentado como prueba de que tenía acceso a los papeles de Shakespeare. Haber librado así a Cotton del pago inicial de cincuenta libras por unos papeles que quizá no existieran era para Bartholomew más un acto de bellaquería que un robo. Esperaba estar a la altura del Autólico de Shakespeare: si era un ladrón, era un ladrón inofensivo; si un bribón, un bribón astuto y divertido, simpático, aunque su ética cojeara un poco.

En el segundo estante de la vitrina de Augusto, Bartholomew divisó el *Pandosto*. Lo extrajo y lo envolvió cuidadosamente en una tela. Acababa de darse la vuelta para marcharse cuando oyó voces en la puerta de abajo. Al momento siguiente unas botas pesadas subían la escalera. En la biblioteca solo

había una ventana, y estaba en el otro extremo. Daba al Támesis, a unos treinta metros abajo. Bartholomew, sin tiempo para pensar, saltó por la ventana cuando la puerta de la biblioteca se abrió impetuosamente, cayendo sobre el adoquinado.

Oyó el chasquido del hueso un instante antes de que el dolor se extendiera por su pierna, y en ese momento sintió una paz que jamás había experimentado. Ya no era cuestión de si su plan iba a tener éxito, de si escaparía y se retiraría para vivir sus últimos días cómodamente en el campo. Algunas personas se recuperaban de una pierna rota, otras evitaban la infección que a menudo envenenaba el cuerpo, pero Bartholomew supo con absoluta certeza que ese no sería su caso. Supo al instante que había fracasado, que moriría, probablemente a los pocos días, pero la paz que le llegó con esos pensamientos lo envolvió finalmente mientras permanecía echado sobre los adoquines, con la pierna en una posición antinatural debajo de él. Entonces se intensificó el dolor.

El barquero lo esperaba a una docena de metros, y Bartholomew supo que tenía que darse prisa si quería evitar que lo capturaran. Sus perseguidores tardarían quizá un minuto en comprender adónde se había dirigido y entonces saldría corriendo de la casa por el sendero que llevaba hasta el río. Sin pensar en su dolor, y sin emitir una queja, Bartholomew se puso en pie apoyándose en el lateral de la casa y se dirigió a la pata coja hacia el río. Cada paso le provocaba un dolor mayor que el anterior, hasta un extremo inconcebible, pero él concentraba todo su ser en no hacer ruido, mordiéndose el interior de la boca hasta que notó la tibieza de la sangre. Al llegar al bote se derrumbó sobre la borda y murmuró al barquero que fuera río abajo. Mientras la embarcación se desplazaba hacia el centro del río y quedaba envuelta en la oscuridad, Bartholomew oyó el repiqueteo de las botas sobre los adoquines y se desmayó.

Se despertó en sus aposentos; el dolor de la pierna se extendía por todo su cuerpo. Su patrona le aplicaba un trapo húmedo en la frente y el barquero estaba de pie a su lado. Bartholomew se dijo que debía llevar a cabo otra tarea antes de regresar a la oscuridad. Susurró unas instrucciones al barquero, y le dio un libro envuelto en tela y la bolsa de oro que sacó del interior de su jubón, junto con una nota que había preparado para dicha eventualidad.

Cuando el barquero se hubo marchado, Bartholomew se dejó caer sobre los almohadones y se abandonó a los cuidados de su patrona, quien lo atendió con la amabilidad de alguien que conservaba cariñosos recuerdos de haber compartido su cama de vez en cuando.

Durante lo que, intuyó, debieron de ser varios días, perdió y recobró el conocimiento repetidamente. Estaba dolorosamente despierto cuando el ensalmador vino a inspeccionar la fractura. A medida que su pierna se iba hinchando e inflamando más y más, el farmacéutico lo visitó varias veces, y en cada ocasión le bañó la pierna en vinagre para combatir la infección, y cada vez negaba con la cabeza delante de la patrona cuando se marchaba.

Era por la mañana cuando Bartholomew despertó, sintiéndose lúcido por primera vez desde el accidente. El dolor había remitido un poco, pero sentía que iba a perder otra vez la conciencia. Se le ocurrió que quizá era un buen momento para arrepentirse de sus pecados. No obstante, antes de que pudiera llevar esa idea a la práctica, la oscuridad lo envolvió y él se abandonó a su abrazo.

La tumba de Bartholomew en el cementerio de Saint Paul no se señaló con ninguna lápida. A pesar del cariño que su patrona le profesaba, la mujer destinó los pocos chelines que le había dado a tal fin para saldar parte de su deuda. Sin embargo, lloró cuando lo bajaron a la fría tierra.

Matthew Harbottle nunca supo el origen de su apellido. Antes de que su madre muriera, dos años atrás, esta siempre cambiaba de tema cuando le preguntaba por su padre o por su nombre. Su madre siempre se había hecho llamar simplemente Lil. Había muerto al dar a luz en una habitación situada sobre la taberna de George and the Dragon; el niño también había muerto. Por entonces Matthew tenía dieciséis años, y llevaba algunos trabajando de mozo de cuadra en la taberna. No ignoraba que su madre se dedicaba allí a otros negocios, pero siempre lo había sabido y no le había parecido muy vergonzoso ni inmoral. Poco después de la muerte de su madre, comenzó su nueva carrera entre los actores. Un hombre del Globe Theater se había presentado en la taberna preguntando por Matthew, y aunque este nunca supo por qué ese individuo había aparecido buscando un mozo de cuadra en concreto, aceptó de buena gana el trabajo que le ofrecía.

Matthew era de corta estatura, pero tras años de trabajo se había convertido en un muchacho fuerte y se adaptó perfectamente a su nueva carrera. Acucillado en esa suerte de desván que había sobre los cielos del Globe, Matthew hacía rodar bolas de cañón cuando tenía que oírse un trueno y descendía a los actores que hacían el papel de hadas o dioses. En otras representaciones trabajaba debajo del escenario, imitando el sonido de los cascos de unos caballos al acercarse o haciendo aparecer el atrezzo a través de una trampilla. Cuando la compañía viajaba, Matthew se cuidaba de la utillería y del vestuario, se encargaba de los caballos en la cuadra y de cualquier menester que se necesitara.

Matthew nunca visto había ninguna obra. Ni siquiera había aprendido a leer, por lo que no entendía los textos que a veces entregaba a los actores, pero oía partes de las obras y prestaba atención a sus entradas. Para él, las obras eran fragmentos de diálogo que flotaban hacia la oscuridad y el sonido ondulante del público: ahora un murmullo, ahora un rugido, ahora el inconfundible sonido de tres mil personas ahogando un grito al unísono...

De vez en cuando los actores invitaban a Matthew a tomar una copa con ellos

en la taberna. Entonces se sentía como un rey, compartiendo una jarra de cerveza con los hombres que daban vida a todas aquellas palabras en una taberna en la que antaño había sido mozo de cuadra y el hijo de la ramera que trabajaba arriba. Era lo bastante listo para saber, por los guiños de los actores y la manera en que señalaban hacia los pisos superiores con la cabeza, que muchos de ellos habían gozado de su difunta madre, pero cada vez que preguntaba a alguno de ellos quién era su padre y cuál era su apellido, la respuesta era siempre la misma: una sonora carcajada y la invitación a otra jarra de cerveza. Así, resultó una auténtica sorpresa el que una mañana temprano, mientras dormía en la habitación que compartía con el atrezzo y el vestuario, un desconocido lo despertara y le susurrara:

—Tu padre te manda esto.

Amodorrado como estaba, Matthew apremió al mensajero a que le contara algo de su padre, pero este solo señaló el papel doblado que le había entregado junto con un paquete envuelto en tela y una pesaba bolsa de lona.

—La carta lo explica todo.

El mensajero se marchó antes de que Matthew pudiera pedirle que le leyera la misteriosa carta de un padre al que nunca había conocido. Para él no eran más que trazos ininteligibles.

Sin embargo, comprendía perfectamente lo que había en la bolsa de lona. Contó el dinero tres veces. Cincuenta libras, todas en oro. Más dinero del que nunca había visto ni había esperado ver. Escondió las monedas y el libro, junto con la carta, en los márgenes del colchón. No imaginaba qué podía hacer con la carta, pero le pareció prudente mantenerla oculta, al menos por el momento.

Ese mismo día pidió a uno de los actores que le leyera lo que había escrito en el papel. Se sentó en silencio en el borde de la cama mientras escuchaba las palabras casi incomprensibles.

Querido hijo:

Esta será la primera y última vez que tengas noticias mías, pues si me veo obligado a enviarte esta carta, has de saber que la muerte me ronda, y me habrá alcanzado cuando leas estas líneas. Si las cosas hubieran sido distintas, a lo mejor te habría enviado a buscar, pero ya ninguno de los dos lo sabrá. Te mando esta carta con dos tesoros. El dinero que te confío lo has de utilizar para asegurarte el futuro. Que vivas confortablemente en este mundo me consuela mientras me dispongo a entrar en el otro. El otro tesoro te aconsejo que lo guardes mientras puedas, y si alguna vez te ves obligado a separarte de él, no lo hagas en Londres. Te deseo lo mejor.

Recibe el afecto de tu padre,

BARTHOLOMEW HARBOTTLE

P. S.: Aunque no nos hemos conocido, he oído hablar de tu trabajo. La semana pasada asistí a una obra en el Globe y supe que estabas allí arriba, en los cielos. Ojalá sea ese mi destino.

Así fue como Matthew se convirtió en un silencioso y analfabeto socio en el Red Bull Theater de Clerkenwell con una inversión de cincuenta libras. El trabajo que había hecho en el Globe lo llevó a cabo durante muchos años en el Red Bull para los Hombres del Príncipe Carlos. Como antes, acompañaba a los actores en sus giras por provincias, y fue en una de ellas, ya al final de su vida, cuando acabó en Exeter y, al final de una partida de naipes, contrajo con un noble de la zona una deuda mayor de lo que le habría gustado. Al recordar las palabras de su padre de que vendiera el extraño libro lejos de Londres, le ofreció el volumen para saldar la deuda. El hombre aceptó su oferta, e incluso consintió en escribir el nombre de Matthew en la portada del libro, debajo de lo que, según dijo, era una lista de sus anteriores propietarios. Eso le habría gustado a su padre, pensó, pues uno de los nombres de la lista, según le había contado el hombre, era «Bartholomew Harbottle». Matthew pidió al hombre que escribiera: MATTHEW HARBOTTLE, RED BULL THEATER. A continuación le entregó el libro sin más dilación.

La compañía partió temprano para Bath a la mañana siguiente.

Los hitos que marcaron el tránsito de Peter por la Universidad de Ridgefield no fueron cursos ni semestres, sino sus encuentros con ciertos libros, entre los cuales ocupaba un lugar destacado el *Chaucer* de Kelmescott.

Una noche en la cafetería, durante los exámenes finales, Amanda le preguntó si en Colecciones Especiales había alguna obra impresa por William Morris.

—Claro —dijo Peter—. No te las puedo enumerar de memoria, pero tenemos una buena colección de Kelmescott Press.

Kelmescott era una imprenta privada cuyo propietario e impresor era Morris, el escritor, artista y diseñador victoriano.

—Sé que tenemos el *Chaucer* —añadió.

—¿El *Chaucer* de Kelmescott? —repitió sobrecogida Amanda—. ¿Con las ilustraciones de Burne-Jones? Me refiero a un original, no un facsímil.

—Sí —dijo Peter, y dio un bocado a su hamburguesa—. ¿Por qué lo preguntas?

Amanda acababa de terminar un trabajo sobre Edward Burne-Jones para su asignatura de historia del arte. Había utilizado la edición en facsímil del *Chaucer* a fin de estudiar las ilustraciones de estilo medieval del artista. Cuando Peter le preguntó si quería ver el auténtico, Amanda le rozó la pantorrilla de abajo arriba con el pie y le susurró:

—Sí, por favor.

Durante la semana de exámenes la biblioteca permanecía abierta toda la noche, pero Colecciones Especiales cerraba a las cinco. Peter abrió la puerta y desactivó el sistema de alarma antes de invitar a Amanda a pasar por el estrecho pasillo que daba a la sala Devereaux, a esas horas iluminada tan solo por el verde resplandor de la señal de SALIDA. Encendió una lámpara de lectura situada sobre la gran mesa de la biblioteca y apartó una silla para que Amanda se sentara. A continuación desapareció un momento en la penumbra y regresó con un volumen enorme encuadernado en piel blanca con un delicado estampado ciego. De una caja que había sobre la mesa extrajo dos pares de guantes de algodón blanco, y acto seguido se sentó junto a Amanda y abrió el libro.

Costaba creer que se hubiera impreso hacía menos de cien años. El papel grueso; los exquisitos dibujos de hojas que rodeaban el texto; las ilustraciones, que tanto recordaban los manuscritos miniados; incluso el tipo de letra antiguo: todo hacía pensar en un volumen del siglo XV, que era, naturalmente, lo que Morris había pretendido. Peter sentía el peso de las páginas mientras las pasaba con cuidado. Incluso a través del algodón, las puntas de sus dedos percibían la textura de la letra compuesta a mano y de los grabados. Adoraba al tacto de cualquier libro impreso a mano. El amor y el esmero irradiaban de sus páginas. Llegó a

una página doble que incluía dos ilustraciones de Burne-Jones y se recostó en la silla, dejando que Amanda se emparara de la belleza del arte y el oficio. La joven exhaló un breve y suave suspiro mientras pasaba lentamente por la página un dedo cubierto en algodón.

—Es muy hermoso —susurró con aire reverente.

Peter apartó la vista de la página y miró a Amanda.

—Tú también —dijeron sus labios sin emitir ningún sonido, pues aunque siempre había encontrado su cara adorable, ahora que estaba enfrascada en el libro emitía un resplandor especial. Estaba cautivada, se dijo Peter, y a él le entusiasmaba haber contribuido a que se sintiera así. Se preguntó por qué no se le había ocurrido antes llevar a Amanda a la sala Devereaux. De repente en su mente se agolparon imágenes de libros de la colección que la fascinarían, obras de artistas victorianos y de los medievales que los habían inspirado. En ningún volumen, sin embargo, se conjugaba de manera tan perfecta la pasión de él por los libros exquisitos y la de ella por el arte victoriano como en ese famoso ejemplo de impresión del siglo XIX.

Casi hipnotizado por la interacción de texto, ilustración y diseño, Peter no oyó cómo Amanda desplazaba el cuerpo en la silla, y el único signo de advertencia que le llegó fue la textura levemente áspera del algodón barato al deslizarse por la carne desnuda que remataba el cuello de su chaqueta. Anteriormente el contacto físico de Peter con Amanda se había limitado a darse la mano mientras cada noche iban caminando desde el Centro Estudiantil hasta el colegio mayor, y algún esporádico abrazo, un breve y casto beso de buenas noches en la puerta de la residencia de Amanda. Al igual que todo lo demás en ella, los besos estaban reglamentados, y eso a Peter le gustaba. Ese beso rápido era el momento culminante de su jornada, cada día, pero si se hubiera parado a considerar a qué más podía llevar eso, y cómo se podía llegar allí, su temor a lo desconocido habría invadido la paz que Amanda había creado en su vida. Pero ella se movió tan rápidamente en el silencioso aislamiento de la sala Devereaux que Peter no tuvo tiempo de temer a lo desconocido. Pasados los meses se preguntaría si ella había planeado ese momento, sabiendo que en esa sala Peter se sentiría más a gusto que en ningún otro lugar de la tierra.

La mano enguantada de Amanda atrajo la cabeza de Peter hacia la suya y apretó sus labios contra los de él. No fue el beso rápido y seco al que estaba acostumbrado, sino un beso interminable con la boca abierta, y los labios húmedos y el inconfundible tacto de la lengua de ella explorándole la boca. La otra mano cogió el brazo de Peter y se lo colocó en la zona lumbar, y él apretó ese brazo y atrajo el cuerpo de ella contra el suyo. Peter tenía los ojos cerrados y ya no sabía dónde se encontraba; solo existía la calidez de Amanda en sus brazos y en sus labios. Se besaron durante lo que pareció una eternidad y un instante al mismo tiempo. Él le mordisqueó el cuello y ella le pasó los dedos por

el pelo y le acarició la espalda, y se besaron y todo desapareció salvo Amanda y sus labios y su cuerpo y sus cabellos. Y entonces ella se apartó e hizo lo último que él se esperaba. Se echó a reír. Peter comprendió de inmediato que no se reía de él, sino que reía de pura alegría. Incluso en la penumbra sus ojos centelleaban, y la sonrisa que había visto brevemente cada noche tras el beso delante de su colegio mayor se extendía por su cara con tal entusiasmo que parecía que nunca había de borrarse.

Finalmente ella se recostó en su silla.

—Míranos —dijo—. Don Tímido y la señorita Metódica, locos el uno por el otro y dándose el lote en la sala de libros raros.

Solo posteriormente Peter comprendió que aquello quizá había sido una declaración de amor, si bien en aquel momento le pareció que Amanda solo estaba disfrutando de lo absurdo de todo ello. A continuación la joven llevó a cabo su acto más sorprendente. Inclínándose con aire conspirador hacia Peter, señaló con la cabeza el retrato de Amanda Devereaux que los vigilaba y susurró:

—¿Qué crees que pensaría la abuela?

—¿Amanda Devereaux era tu abuela? —exclamó Peter, apartando su mano enguantada de la zona lumbar de Amanda y volviéndose para mirar el retrato—. Es increíble que no me haya dado cuenta. Tienes sus ojos. ¿La conociste? ¿Cómo era?

—¿Cómo era? —repitió Amanda—. Peter, acabo de contarte mi gran secreto, la información que ha ahuyentado a todos los chicos que me han gustado y ha atraído a un montón de moscardones que no podía soportar. ¿No lo pillas? Soy una heredera riquísima. Ahora tú tienes que formarte todo tipo de ideas preconcebidas acerca de mí.

Peter se inclinó hacia delante y le depositó un beso húmedo en el cuello, atrayéndola hacia él.

—Creo que todas mis ideas acerca de ti y a me las he formado.

—¡Peter! —Amanda soltó una carcajada al tiempo que lo apartaba—. Para mí es muy importante. Por eso me matriculé en Ridgefield con mi segundo nombre de pila. No soy Amanda Middleton; soy Amanda Ridgefield. Eres la primera persona a la que se lo cuento, y esperaba algún tipo de reacción.

—Mira... —Peter se echó hacia atrás—. A mí no me importa. Quiero decir que está muy bien que no tengas que preocuparte por el dinero y todo eso, pero desde luego no deseo que me juzgues por mi familia, así que ¿por qué iba yo a juzgarte por la tuya?

—Sí que importa —dijo Amanda—. Y tú piensas lo mismo, me doy cuenta. Estás sonriendo. —Peter fue incapaz de negarlo—. ¿Ves?, no puedes dejar de sonreír, y ni siquiera te atreves a mirarme a los ojos.

—No te estoy mirando a los ojos porque lo estoy haciendo al chupetón que tienes en el cuello, y sonrío porque me acuerdo de cómo te lo he hecho.

—¿De verdad que no te importa que pertenezca a una familia ilustre como los Ridgefield y tenga un montón de dinero, y que por ese motivo mucha gente vaya a tratarme, y a cualquiera que salga conmigo, de una manera determinada?

—No —dijo Peter, que estaba superando la impresión inicial de descubrir que las dos Amandas estaban relacionadas—. Besémonos un poco más.

—¿Y te da igual que cuando conozcas a mis padres te sometan a todas las pruebas inimaginables para asegurarse de que eres lo bastante bueno para su preciada Amanda de los Ridgefield?

—No esperaría menos, fueran quienes fuesen tus padres.

Peter se inclinó hacia ella, pero esta lo apartó suavemente.

—¿Y no te importa que cuando todo el mundo acabe descubriendo quién soy, cosa que pronto ocurrirá, piensen que vas detrás de mí por mi dinero?

—Amanda —dijo Peter sin levantar la voz, cogiéndole las dos manos y sintiendo la calidez de su nerviosismo a través del fino guante—. Todo eso no me importa nada. Te quiero.

Lo había dicho sin premeditación, y parecía la cosa más natural y cierta del mundo, pero, sin que fuera su intención, aquellas palabras llevaron la conversación a un nivel mucho más serio. Peter notó la tensión en su mano, y buscó la manera de cambiar de tema antes de que Amanda se sintiera presionada para responder. Levantó la vista hacia el retrato de Amanda Devereaux y a continuación la bajó hacia su nieta.

—Y ahora en serio... —Peter se puso en pie y señaló el retrato—. Quiero saberlo todo de Amanda Devereaux.

Oyó un ínfimo suspiro de alivio escapando de los labios de Amanda mientras esta se relajaba en su silla.

—Bueno... Murió antes de que yo naciera, y mamá no habla mucho de ella, pero por lo que he oído creo que la abuela era una mujer increíble.

Ese verano Peter no volvió a su casa. Alquiló el apartamento que Francis Leland tenía en su sótano, donde viviría hasta el fin de sus estudios universitarios, y pasaba las mañanas en la biblioteca ayudando a Hank Christiansen con los trabajos de restauración, en íntima comunión con la colección Devereaux. Por las tardes segaba el césped de Francis o le limpiaba el coche para rebajar un poco el alquiler. Los dos se sentaban en el amplio porche delantero, bebían té helado y hablaban de libros o de cualquier cosa que a Francis se le ocurriera.

Peter veía a Amanda cada día. Daban largos paseos por los jardines de Ridgefield, los terrenos que antaño pertenecían a la familia de ella y ahora eran propiedad de la universidad. En las tardes calurosas iban al cine y nadaban en la piscina de la casa de Amanda cuando sus padres estaban fuera de la ciudad.

—En algún momento tendrás que conocerlos —le dijo un día Amanda—,

pero por ahora disfrutemos del verano.

Aparte de esa mención de que Peter algún día debería conocer a sus padres, no hablaban del futuro; simplemente vivían el presente. Fue un verano perfecto.

Un fin de semana fueron a la playa de Wrightsville en el coche de Amanda y se alojaron en habitaciones separadas en un motel barato que estaba a tres manzanas del mar. Peter insistió en pagar, y el Seaside Inn, cuyos días de gloria hacía mucho que habían quedado atrás, aunque tampoco habían sido especialmente gloriosos, era lo único que se podían permitir. Amanda no se quejó. Tomaban el sol, comían perritos calientes, además de helado y marisco demasiado frito, y caminaban por la playa; con el agua rozándoles los tobillos, se besaban de manera experta. Peter nunca había besado a ninguna chica antes de Amanda, pero sus frecuentes visitas nocturnas a la sala Devereaux de aquella primavera le habían ayudado a tener mucha práctica.

—¿Habías estado alguna vez en la playa? —preguntó Amanda mientras caminaban de la mano donde las olas rompían.

—En quinto hicimos un viaje de estudios —dijo Peter—. Qué tres días tan horribles.

—¿Ah, sí? Cuéntame.

—Me quedé colgado de Rebecca Ferguson, pero naturalmente no tuve valor para hacer nada.

—No me has contado que hubieras tenido novia.

—Créeme —dijo Peter—, ella solo tenía ojos para Glenn Bailey, pero yo me dedicaba a hacerme el melancólico, algo muy típico de quinto, y creía que lo hacía tan bien que Rebecca se fijaría en mí y me compadecería.

—Yo me habría compadecido de ti.

Amanda le rodeó la cintura con el brazo.

—Te aseguro que no, créeme. Yo era el tipo más amuermado de quinto. Los seguía mientras paseaban de la mano por la playa, me la quedaba mirando en la mesa de al lado mientras cenábamos, me sentaba en la oscuridad llorando mientras ellos se sentaban juntitos ante la hoguera. De haber tenido treinta años más, esos dos habrían solicitado una orden de alejamiento. Aunque la verdad es que nadie se dio cuenta.

—Llorabas en la oscuridad. ¡Pobrecillo! —Amanda dejó de caminar y rodeó a Peter con los dos brazos, atrayéndolo hacia un largo y cálido beso—. ¿Esta vez estás disfrutando más de la playa? —preguntó.

—Un poquito —respondió Peter.

Amanda le dio otro beso rápido y a continuación echó a correr a través de las olas. Peter comenzó a perseguirla, los dos riendo, y le embargó esa sensación que experimentaba con Amanda más o menos una vez al día: que nunca había sido tan feliz en su vida.

Aquella noche Peter estaba despierto en su habitación. Todavía se estaba

adaptando a la novedad de tener una compañera y de disfrutar de ese contacto físico apasionado, aunque casto. Estaba satisfecho con el acuerdo tácito de no acostarse juntos por el momento, pero su cuerpo anhelaba a Amanda mientras estaba en la cama reviviendo la imagen de su biquini azul. Abrazó ese anhelo. Le recordaba que Amanda era real. Por primera vez en su vida sabía exactamente qué anhelaba.

A Peter le dio por leer poesía, no solo la de los elegantes estuches de la sala Devereaux, sino también la que encontraba en estanterías más sencillas de las otras salas en las que desembocaba Colecciones Especiales: habitaciones llenas de libros y manuscritos del suelo al techo. De vez en cuando Peter se topaba con un libro que según él merecía una posición de mayor distinción en la sala Devereaux. Exponía el caso a Francis, quien casi siempre lo desestimaba, aunque animaba a Peter a seguir intentándolo.

—La mejor manera de saber de libros —dijo— es pasar mucho tiempo con ellos, hablar de ellos, defenderlos.

Al final del verano, aunque no tan al final para que la idea del fin de ese idilio se hubiera colado en sus sueños, Peter descubrió un libro que sin duda merecía estar en la sala Devereaux. Era un fino opúsculo de sonetos de Elizabeth Barrett Browning. Si unos días antes Peter no hubiera buscado sus poemas, posteriormente conocidos como *Sonetos del portugués*, en su pretendida primera edición de 1850, no habría comprendido la importancia del año 1847 impreso en la portada. Allí había una edición privada de algunos de los poemas más famosos de los últimos dos siglos, editados completos tres años antes de su aparición pública. Era un candidato para el ascenso a la sala Devereaux que Francis no podría rechazar.

—Es un libro de Wise —dijo Francis cuando Peter le enseñó el opúsculo.

—¿Perdón? —dijo Peter.

—Thomas Wise fue uno de los bibliófilos más distinguidos del siglo XIX y principios del XX. Era librero y bibliógrafo, y poseía una espectacular colección de opúsculos del siglo XIX de George Eliot, Charles Dickens, John Ruskin y casi todos los demás escritores victorianos importantes.

—Parece impresionante —dijo Peter.

—Lo fue —afirmó Francis— hasta 1934, cuando dos jóvenes libreros llamados John Carter y Graham Pollard demostraron que esos opúsculos supuestamente raros eran falsificaciones, y que el falsificador era Wise. Este libro —dijo Francis dando unos golpecitos con el índice sobre los *Sonetos* que estaban sobre la mesa— es uno de ellos.

—¿Cómo lo demostraron? —preguntó Peter.

—De dos maneras. Primero observaron lo que llamaban las pruebas negativas. Lo que faltaba en términos de procedencia, menciones contemporáneas, inscripciones contemporáneas, cualquier cosa que, de haber

existido, podría indicar que los opúsculos procedían del período que él afirmaba. Luego pasaron a las pruebas positivas, y realmente fueron los pioneros en el uso del análisis científico en este campo. Hicieron analizar el papel, compararon el tipo de letra con catálogos de fundiciones para ver cuándo se habían fundido. Fue un trabajo extraordinario.

—Parece ser que Wise engañó a mucha gente —opinó Peter.

—Exacto. Fue lo bastante listo para ir sacando los opúsculos al mercado de uno en uno o de dos en dos, para que no resultara evidente que todos tenían el mismo origen. Por desgracia, le tentaba demasiado aprovecharse de los coleccionistas americanos.

—Como Amanda Devereaux.

—Exacto. La época de coleccionista de Amanda Devereaux coincidió con el apogeo de las falsificaciones de Wise. Y el resultado es que poseemos una de las mejores colecciones de esas falsificaciones fuera de la Biblioteca Británica.

Peter recogió el ejemplar ahora vilipendiado de los *Sonetos*.

—Así pues, supongo que su lugar está en las salas del fondo —dijo.

—No estoy de acuerdo —objetó Francis—. La primera vez que archivé la colección, solo habían pasado veinte años desde que Wise fue desenmascarado. Sus opúsculos se veían sobre todo como falsificaciones por las que la gente había pagado demasiado. Pero ahora se considera a Wise uno de los grandes falsificadores de todos los tiempos, e irónicamente sus opúsculos son tan raros como él afirmaba entonces. Yo diría que tienes toda la razón, Peter. Ya va siendo hora de que dediquemos al señor Wise un poco de espacio en la sala Devereaux.

*Kingham,
sábado, 18 de febrero de 1995*

Peter había visto un ejemplar del *Pandosto* de Robert Greene, en el que se basaba *Cuento de invierno*, pero no la primera edición. Había leído la de 1607 en Ridgefield mientras investigaba para un trabajo de su asignatura sobre Shakespeare de primer curso. El ejemplar que tenía ante él sobre la amplia mesa de la biblioteca de Evenlode Manor estaba fechado en 1588. En cuanto vio la fecha, recordó una frase leída en una nota al pie de su antología de Shakespeare: «De la edición original de 1588 del *Pandosto* se conoce tan solo un ejemplar incompleto que se encuentra en la Biblioteca Británica».

Descubrir el primer ejemplar completo de la primera edición de un libro en el que Shakespeare basó una de sus obras habría sido suficiente para que Peter considerara cumplido su sueño de cambiar el curso de la historia literaria. Si ese ejemplar resultaba ser auténtico, y no una hábil falsificación, probablemente podría venderlo con una llamada telefónica a la Biblioteca Folger Shakespeare de Washington por una cantidad de al menos seis cifras. Pero la historia de la impresión de ese libro singular que Peter tenía ante sus ojos era quizá lo menos interesante, y ciertamente lo menos valioso. Mientras pasaba lentamente las páginas y examinaba el libro, Peter recordó las palabras pronunciadas por el doctor Yoshi Kashimoto, el gran defensor japonés de que el auténtico autor de las obras era Edward de Vere: «Si alguien pudiera enseñarme un solo documento contemporáneo que relacionara las obras publicadas bajo el nombre de Shakespeare con William Shakspeare de Stratford, me retractaría de mi postura y me inclinaría ante los stratfordianos». Era un parecer que habían repetido de diversas formas a lo largo de un siglo y medio aquellos que postulaban que las obras de Shakespeare habían sido escritas por uno u otro autor distintos del de Stratford. «Enseñadnos un solo documento —habían gritado— y proclamaremos que se ha resuelto el mayor misterio literario de todos los tiempos». En sus manos temblorosas, Peter sostenía ese documento.

Lo único escrito del puño y letra de William Shakespeare conocido hasta ese momento eran seis firmas y, posiblemente, un pasaje manuscrito de tres páginas de la obra *Sir Thomas More*, escrita en colaboración con otros dramaturgos. Peter había examinado personalmente los originales de todos los ejemplos de la letra de Shakespeare. La tinta marrón del fragmento de *Thomas More* parecía bailar sobre la página en una profusión de curvas y líneas en extraños ángulos, y el texto se desviaba hacia arriba al acercarse al lado derecho de la página.

Llenando los márgenes de todas las páginas del *Pandosto* que ahora tenía en la mano se veía la misma tinta marrón, las mismas curvas y líneas, el mismo texto inclinado hacia arriba. Y durante el examen de Peter, si bien superficial,

tanto la letra como el contenido de todas las notas al margen hacían suponer que procedían de la pluma de William Shakespeare. Lo más asombroso de todo era lo que estaba escrito en la guarda delantera. En la lista de nombres que, supuso Peter, habían sido los propietarios del libro, escrito en la misma letra que las notas marginales, se leía en tercer lugar « W. Shakspeare, Stratford ». Peter se imaginó al doctor Kashimoto delante de un tropel de eruditos shakespearianos internacionales retractándose de sus opiniones. « El señor Peter Byerly me ha presentado todas las pruebas que necesitaba para reconocer que William Shakspeare de Stratford fue el auténtico autor de las obras ». Peter se dijo que ojalá Amanda lo estuviera esperando en casa para poder compartir con ella tan asombroso descubrimiento.

Pensar en Amanda, recordar que no lo esperaba y que no compartiría su entusiasmo, devolvió a Peter a la realidad. Ciertamente, el libro que tenía delante quizá se contara entre los objetos más importantes de la literatura inglesa, pero el mundo exigiría pruebas de su autenticidad. Se contaban historias de falsificaciones de objetos tan importantes como aquel que en un primer momento se habían tomado por auténticos. Y con ese pensamiento le llegó el eco de otra voz: la mujer menuda enfundada en aquel triste vestido gris. « Le doy una semana », había dicho. Si Peter no conseguía demostrar la autenticidad del *Pandosto* en siete días, Alderson llamaría a otro librero, y sería este quien llevaría a cabo el mayor descubrimiento literario del siglo.

Peter se dijo que le esperaba una semana de dormir poco. Tenía que llevar a cabo un análisis textual de las notas al margen, rastrear la procedencia del libro y encontrar un laboratorio que pudiera analizar el papel y la tinta. Probablemente no podría demostrar su autenticidad de una manera definitiva en un espacio de tiempo tan corto, pero le bastaría para hacer público el descubrimiento y asegurarse de ser él el intermediario entre los Alderson y el resto del mundo.

Una de las tareas más apremiantes sería averiguar de dónde procedía el libro: ¿por qué un objeto tan importante había pasado desapercibido durante cuatrocientos años? Peter volvió a mirar la lista de nombres que había en la guarda. Todos estaban escritos con letra diferente. Si esos habían sido, realmente, los propietarios del libro, entonces rastrear su origen no sería difícil. Mientras leía la lista casi le falló la respiración en la cuarta entrada, y se le cortó del todo en la última. En la cuarta entrada se leía: « R. Cotton, Augusto B IV ». Peter comprendió perfectamente las abreviaciones. En algún momento, el libro había estado sobre el segundo estante de la vitrina de Augusto de la biblioteca del gran Robert Cotton. La entrada final de la lista estaba escrita a lápiz, no a tinta, y era considerablemente más críptica, pero para Peter resultaba igualmente enigmática: « A. H./E. H. ». La letra, de manera inconfundible, era la misma que la del artista que había firmado la acuarela robada por Peter con esas iniciales: A. H.

Peter cerró el libro por un momento y respiró. Incapaz de permanecer quieto, se puso en pie y comenzó a caminar por la sala, deteniéndose cada pocos segundos para recolocar con aire ausente los libros de algún estante. Ahora que se había alejado del *Pandosto*, aunque fuera poco más de un metro, tanto su entusiasmo como su curiosidad se vieron atemperados por un repentino acceso de pánico. Fuera cual fuese la razón, le habían confiado un artículo que no tenía precio. ¿Y si lo perdía o se le derramaba el té por encima? ¿Y si se equivocaba y se ponía en ridículo? ¿Y si acertaba y entonces tenía que dar discursos y salir por televisión? Cualquiera visión del futuro se le antojaba lleno de peligros.

Para procurar calmarse, Peter comenzó a introducir de nuevo los documentos en la caja. Hasta que no llegó a una comisión firmada por lord Nelson no se fijó en la esquina superior derecha de uno de esos documentos. Apenas visible, con un levisimo trazo de lápiz, se veían dos de las mismas iniciales que había leído en el *Pandosto*: « E. H. ». Ahí estaban, escritas en una cursiva entrelazada, la clase de monograma que uno encontraba a veces en los libros victorianos. Peter comenzó a repasar los demás documentos, y descubrió que en todos ellos se veía el mismo monograma, escrito con el mismo levisimo trazo en la misma esquina. No lo había visto en el resto de los libros que había examinado aquella mañana: en los que tenían alguna marca del propietario simplemente se leía « Alderson ». ¿Quién era E. H.? ¿Cómo había acabado en poder de los Alderson aquella colección de material autógrafo? ¿Y qué relación tenía con el esquivo A. H.? Peter levantó la mirada del monograma E. H. y vio el anaquel vacío de la estantería que tenía justo delante. Dejó que las piezas del rompecabezas encajaran lentamente, como los resortes de una cerradura forzada con éxito.

Había visto antes ese monograma, en el libro del que había robado la acuarela, un libro sobre las falsificaciones de Shakespeare. Y si poseías ese libro en tu biblioteca, firmado por la misma mano que había escrito en tu valiosísimo objeto shakesperiano, la cosa no tenía buena pinta. Se acordó de la mirada furtiva de la mujer menuda hacia el estante vacío. Sabía lo de la caja y posiblemente lo del *Pandosto*. ¿Había eliminado de la biblioteca el libro de Malone sobre las falsificaciones de Shakespeare? ¿Le estaba tendiendo una trampa? ¿Sabía que el *Pandosto* era una falsificación pero quería que su hermano pudiera venderlo sin levantar los recelos de algún incauto americano? ¿O sabía que era real y simplemente quería evitar que Peter pudiera distraerse con preocupaciones innecesarias? ¿Y qué sabía John Alderson de todo eso? Dos cosas le parecían seguras a Peter: aquella mujer no era de fiar, y no debía olvidarse de la fecha límite. Era evidente que la mujer tenía algún conocimiento del mundo del libro, quizá lo suficiente para ir a Hay y vender el libro falsificado y quizá cualquier otra cosa que hubiera estado en ese anaquel. Peter tuvo la extraña sensación de que era ella quien estaba a cargo de la biblioteca, y que su hermano la

escucharía si le decía que el americano los estaba engañando y había que reemplazarlo.

Peter miró su reloj. Eran más de las cuatro; Alderson no tardaría en regresar. Peter necesitaba que confiara en él, y su experiencia le indicaba que no había nada como un sustancioso cheque para granjearse la confianza de la gente. Devolvió el *Pandosto* a su elaborado estuche y rápidamente colocó otra vez el resto de los documentos en la caja, que retornó a la vitrina. Cerró la puerta con llave y volvió a guardar esta en el cajón del escritorio. De la estantería que quedaba a la derecha de la chimenea extrajo tres volúmenes al azar y los amontonó encima del *Pandosto*. Fingió que seguía examinando libros hasta que oyó unos pasos que se acercaban por la sala.

—Espero que todo vaya bien —dijo John Alderson mientras entraba en la biblioteca con su paso enérgico.

—Sí, bastante bien —afirmó Peter—. Hay aquí algunas cosas muy buenas.

—Excelente, me alegra oírlo.

—De hecho —dijo Peter—, hay un artículo que estoy impaciente por comprar. Un amigo mío lleva años buscándolo. Es su *Diccionario* de Johnson.

—Bueno, ni siquiera es una primera edición —alegó Alderson—. No imaginaba que valiera mucho.

Peter encontró interesante que John Alderson, quien afirmaba saber muy poco de libros, supiera que su *Diccionario* no era una primera edición.

—Puedo darle dos mil libras por él —ofreció Peter.

Era un precio bastante elevado, pero Peter se lo podía permitir sin ningún problema. Estaría encantado de regalar el libro a Ridgefield, y John Alderson, quien, en opinión de Peter, conocía perfectamente el valor del libro, creería que el librero americano del pueblo tenía más dinero que sentido común, una creencia que podía ser de mucha ayuda si su hermana comenzaba a protestar al no ver el libro.

—¿Dos mil? —dudó Alderson visiblemente sorprendido.

—Habrà más cosas que querré comprarle —dijo Peter—, pero tengo un cliente que espera con gran paciencia ese libro en concreto.

—Pues en ese caso, que sean dos mil.

Alderson dejó escapar una risita.

—Me temo que no podré volver en varios días —anunció Peter mientras sacaba el talonario y comenzaba a rellenar el cheque—. Espero que esto no suponga ningún problema.

Arrancó el cheque y se lo entregó a Alderson. Peter percibió en sus ojos ese brillo de codicia que había visto antes en aquellos que pensaban que se les estaba pagando más de lo que valían sus libros viejos.

—No —convino Alderson—, no es ningún problema.

Cogió el cheque y se lo guardó en el bolsillo de la camisa.

—Y me preguntaba —dijo Peter— si podría llevarme algunos volúmenes. — Tomó el *Pandosto* y los tres libros que había encima—. Tengo mi material de referencia en casa, y me gustaría investigar un poco estos de aquí.

Era un momento delicado. Alderson vaciló más de lo que a Peter le habría gustado, lo suficiente para que uno y otro, quizá, percibieran que no estaban siendo del todo sinceros.

Alderson dirigió una rápida mirada a la vitrina cerrada que contenía la caja con los documentos y a continuación sonrió a Peter.

—Naturalmente —dijo, con lo que Peter supo de cierto que era una falsa alegría—. Llévase lo que necesite. ¿Puede quedarse a tomar el té?

—Me temo que no —se lamentó Peter—. Espero una llamada de Estados Unidos a las cinco; debo estar en casa. ¿Le telefoneo en un par de días?

—Estupendo —dijo Alderson—. Le acompaño a la salida.

Peter estaba a mitad de camino de la escalera de la entrada, bajando hacia la penumbra de la tarde, cuando volvió a oír a Alderson a su espalda. Por primera vez desde que Peter lo conocía, le tembló la voz de manera casi imperceptible.

—Creo que no ha conocido a mi hermana Julia.

—No —dijo Peter sin inmutarse—. No he tenido el placer.

—Muy bien, pues —dijo Alderson con una voz más animada—. La próxima vez les presentaré.

Por mucho que detestara regresar a la escena del crimen, Peter creía que tenía que examinar los libros que Julia Alderson había eliminado de su biblioteca familiar. Una rápida llamada a la tienda de Hay-on-Wye le confirmó que aunque el día siguiente era domingo, el librero estaría en su establecimiento casi toda la tarde. Peter también confirmó que su nevera estaba prácticamente vacía, de manera que se puso el abrigo y se adentró en la oscuridad para dar un paseo hasta la tienda del pueblo. Había descubierto que ir andando a aquella tienda una o dos veces al día para comprar comida a medida que la necesitaba era una rutina balsámica.

Peter seleccionó una cena congelada de pollo *tikka masala*, y a continuación representó su ardid habitual de fingir que leía las instrucciones de preparación mientras estaba en la cola, delante de la caja registradora, a fin de evitar un intercambio de miradas con algún cliente. Había leído tantas instrucciones de esas cenas que podía recitarlas de memoria, pero habían conseguido protegerlo durante meses de entablar conversación con las demás personas de la cola. Probablemente por esa razón tardó un momento en darse cuenta de que una persona que estaba detrás de él se le dirigía con un marcado acento irlandés.

—Usted es el señor Byerly, ¿verdad?

—¿Perdón? —dijo Peter, para quien esa palabra era una reacción instintiva

ante cualquiera que lo abordara en público. Cuando menos, le hacía ganar tiempo.

—Usted es el señor Byerly —insistió la mujer al tiempo que daba un paso adelante para situarse a su lado.

—Sí.

Peter levantó la mirada lo suficiente para reconocer al ama de llaves de Evenlode Manor antes de volverse otra vez para escudriñar el expositor de patatas.

—No es usted la primera persona que viene a fisgonear por la casa, ¿sabe? —dijo la señorita O'Hara.

El que Peter evitara hablar con el ama de llaves había sido más fruto del hábito que de una sensación concreta de nerviosismo. El que ese mismo día le hubieran disparado había hecho que conversar en público le resultara menos intimidador. En aquel momento se le ocurrió que la señorita O'Hara podía ser una fuente excelente de información de primera mano sobre lo que ocurría en la familia Alderson. Se volvió hacia ella y la miró a los ojos.

—¿Y quién vino antes que yo? —preguntó.

—Se presentó un anciano de Cornualles que también quiso mirar los cuadros. Eso no gustó nada a la señorita Julia, se lo aseguro.

Peter intentó ocultar su asombro. El anciano debía de haber sido el estudioso secreto de Liz Sutcliffe, y por tanto los cuadros debían de estar pintados por el misterioso A. H. Las conexiones entre la pintura de Amanda, Evenlode Manor y el *Pandosto* parecían multiplicarse.

—Así que Julia no está casada —dijo Peter.

—No lo ha estado nunca —confirmó la señorita O'Hara—. Sus amoríos han acabado siempre en decepción. Siempre se enamora de la persona equivocada, dice el señor John.

—Cuando ese anciano de Cornualles los visitó —dijo Peter—, ¿la señorita Julia le enseñó algo de la biblioteca?

La señorita O'Hara no consideró que aquella fuera una pregunta extraña a la hora de entablar conversación en la cola de una tienda.

—Es imposible que lo hiciera sin mi conocimiento. Aquella semana yo quitaba el polvo a los libros. Dos veces al año vacío por completo las estanterías y las limpio. Estuve en la biblioteca todo el día.

—O sea, que si faltara algún libro se daría cuenta.

—Hace unas semanas la señorita Julia se llevó todo un estante a su habitación. Probablemente intentaba impresionar a algún hombre. No me deja entrar en su cuarto, pero supongo que siguen allí. El señor John ni se acerca a los libros de la planta de abajo.

—El siguiente —dijo el tendero que estaba detrás del mostrador.

Peter intentó sonreír al dar un paso al frente. Comenzaba a sentirse como un

auténtico detective. No sabía si se había cometido algún delito, pero desde luego la menuda señorita Julia empezaba a perfilarse como el principal sospechoso. Estaba más seguro que nunca de que tenía que regresar a Hay. Lo único que deseaba era que el libro encuadernado con esas familiares tapas azules siguiera allí.

Peter quería que la celebración del cumpleaños de Amanda fuera perfecta.

—Es un día extraño para celebrar un cumpleaños —le había dicho ella—. Quiero decir que todo el mundo celebra Halloween todos los años, pero eso no tiene nada que ver conmigo.

Ya habían planeado la velada, por tanto lo único que le faltaba a Peter era encontrar el regalo. Quería que fuera algo que reflejara sus respectivas pasiones, y que de ese modo supusiera un detalle singular para su relación. Las joyas quedaban descartadas. Amanda llevaba el mismo par de pendientes con diamantes cada día, y hasta ahí parecía llegar su interés por los adornos. Los pañuelos, los bolsos, los bombones y las flores, todo ello sugerencias de Francis Leland, parecían igualmente fuera de lugar en su caso.

En la polvorienta trastienda de un anticuario del pueblo, dentro de una caja, Peter descubrió una de las primeras ediciones de la novela fantástica de George MacDonald de 1870 *Tras el viento del norte*. El libro estaba ilustrado por el artista prerrafaelista Arthur Hughes. Sabía que Amanda consideraba a Hughes a la misma altura que su ídolo Edward Burne-Jones. Ese sería el primer libro que Peter regalaría a Amanda. Le faltaba la tapa delantera y la mitad del lomo. Varios cuadernillos estaban sueltos, y uno colgaba literalmente de un hilo en mitad del libro. Muchas páginas estaban rotas en los márgenes. Para cualquier coleccionista serio no valía nada. Peter pagó un dólar.

Cuando se lo enseñó a Hank Christiansen, este estuvo de acuerdo en que era un candidato perfecto para ser encuadernado de nuevo.

—Será un gran proyecto —afirmó Hank—. Y si metes la pata no importa, pues el libro es tuyo.

—¡Preferiría no meter la pata!

—No te preocupes —dijo Hank—. Cuando acabes con este libro, será de lo más elegante. ¿Cuándo es el cumpleaños de Amanda?

—En Halloween —respondió Peter.

—Eso te da un mes. Será mejor que nos pongamos manos a la obra.

En el taller de Hank, Peter se había convertido en algo intermedio entre alumno y ayudante, y a menudo trabajaba solo con él después de que el resto del personal se hubiera marchado. Casi nunca hablaban de otra cosa que no fuera la restauración de libros y estaban con frecuencia uno al lado del otro durante horas en un amigable silencio. Por lo general era Hank quien lo rompía, aconsejando amablemente a Peter en alguna operación o a veces con un ingenioso comentario que parecía haberse pasado una hora pensando. En tales ocasiones, los ojos le centelleaban detrás de las gafas mientras esperaba a que Peter riera. Peter siempre reía. Hank le parecía sabio y divertido, y, debido a esos largos

períodos de silencio, opinaba que era una persona de trato fácil. De haber insistido, quizá podría incluso haber considerado a Hank un amigo.

Aunque la primavera anterior había ayudado a Hank en diversas encuadernaciones, Peter no había hecho ninguna solo. Mientras depositaba el *Viento del norte* sobre la mesa de trabajo para planear cómo afrontaría el trabajo, se decía que ojalá un mes fuera tiempo suficiente.

Lo primero era eliminar lo que quedaba de la cubierta original. Peter colocó el bloque del texto del libro en la prensa de cajos, el mismo torno vertical sobre el que había visto inclinado a Hank un año antes. Utilizando un cuchillo de encuadernación, Peter eliminó los restos del lomo y la tapa posterior. Colocó unas cucharadas de una sustancia viscosa sobre el lomo y dejó que la mezcla aflojara la cola en la parte posterior de las páginas. Al cabo de treinta minutos, la pasta estaba blanda, y Peter la retiró con el cuchillo. Sacó el libro desencuadernado de la prensa y comenzó el proceso de extraer el texto, separando los cuadernillos uno de otro y de los cordeles que los mantenían unidos. Al final de la tarde el libro estaba desparramado sobre la mesa con los cuadernillos sin coser.

Peter pasó la semana siguiente reparando las roturas de las páginas del *Viento del norte*. Había más de las que había visto al principio, pero pocas afectaban al texto y ninguna de las ilustraciones estaba dañada. A Peter eso le hizo muy feliz, porque el *kozo*, el fino pero fibroso papel japonés que había pegado sobre las roturas para reparar el papel, se secaba en un blanco opaco. Un experto podía utilizar diminutos fragmentos de *kozo*, incluso fibras sueltas, para reparar una ilustración rota sin que el arreglo fuera visible, pero Peter no era ningún experto. Aunque algunos habrían encontrado tedioso el proceso de restaurar una rotura en el margen tras otra con un diminuto cepillo, una pasta especial y un fino trozo de *kozo*, Peter alcanzó un estado casi zen durante esas horas de concienzudo trabajo repetitivo. Se ocupaba del libro siete horas al día, saltándose su seminario de literatura inglesa y sin tener ni idea de qué hora era hasta que Hank apagaba las luces y anunciaba que era hora de cerrar.

Antes de comenzar a coser de nuevo las secciones del *Viento del Norte*, Peter escogió el material para las nuevas guardas. Como había planeado una elegante encuadernación completamente en piel, escogió un papel marmolado a mano con volutas de azul, dorado y blanco. Luego puso las secciones del libro en orden y comenzó a coserlas con tres tiras de cordel de lino, prensadas dentro de un bastidor de coser. Las tiras de lino formarían el interior del lomo del libro. Después de un largo día de trabajo, Peter tenía todas las páginas perfectamente cosidas. Ya resultaba sencillo volverlas y no se soltaban ni aunque tirara de ellas. Peter comenzó a percibir que la resurrección del *Viento del norte* había comenzado de verdad.

—Vamos —dijo Amanda—, dame al menos una pista.

Estaban sentados en un banco detrás de la biblioteca disfrutando del aire fresco de una tarde de otoño durante un receso.

—Nada de pistas.

Peter le dio la espalda con fingida indignación.

—Apuesto a que sé cómo hacerte hablar.

Amanda le hizo cosquillas en los costados, pero aunque Peter rió y se retorció, no dijo una palabra.

—No es justo —se quejó Amanda con falsa voz de enfado mientras lo rodeaba con sus brazos por detrás y apoyaba la cabeza sobre sus hombros—. No quiero que tengamos secretos.

—No los tenemos. —De repente, Peter estaba mucho más serio—. No tenemos secretos de verdad. Pero es tu regalo de cumpleaños. Tienes que dejar que me divierta un poco.

—Muy bien, de acuerdo. —Amanda lo besó en la mejilla, retiró los brazos de su cuello y se puso en pie—. Pero tienes que dejarme trabajar un poco.

—Eh —le gritó Peter cuando ella ya había puesto rumbo hacia la biblioteca —, ¡este descanso ha sido idea tuya!

—Un buen trabajo —dijo Hank al día siguiente hojeando las páginas del *Viento del norte* y asintiendo en un gesto de aprobación—. Se nota cuando un trabajo está hecho con auténtico amor.

Peter se sonrojó, sin detenerse a pensar que Hank quizá se refería al amor de Peter por los libros más que a su amor por Amanda.

—Gracias —consiguió farfullar.

—¿Has pensado ya qué tipo de cuero quieres utilizar? —preguntó Hank.

—Había pensado piel de becerro azul, si es que nos queda suficiente —dijo Peter—. Quiero decir, que no estaba seguro de cuánto costaría, pero...

Peter dejó que sus palabras quedaran flotando en el aire. No sabía cómo abordar delante de Hank la cuestión de los costos del material que estaba utilizando. El cuero sería lo más caro, pero todo lo demás, desde el *kozo* hasta el cordel de encuadernar, también costaba dinero. Casi todas las horas que Peter pasaba trabajando en la biblioteca se consideraban de trabajo. Había comenzado a hacer alguna compraventa de libros y a obtener algunos beneficios modestos en esos esfuerzos primerizos, pero casi todo lo que tenía lo había gastado adquiriendo más libros en diversas ventas benéficas y anticuarios. Sus padres le enviaban a regañadientes veinte o treinta dólares al mes como asignación, aunque lo único que eso le permitía era costearse un café en compañía de Amanda. No tenía muy claro cómo iba a pagar los materiales de la encuadernación del *Viento del norte*, pero al menos necesitaba saber a cuánto iba

a ascender la deuda.

—Bueno —dijo Hank—, imagino que un trozo de piel de becerro azul lo bastante grande para este trabajo serán unas cuatro horas.

—¿Cómo dices?

—Me concedes cuatro horas de trabajo extra este semestre y te doy la piel de becerro que necesites, Peter.

—¿Y lo demás? ¿Las cubiertas, las guardas, el pan de oro?

Peter vio un brillo familiar en los ojos de Hank, el mismo que había visto por primera vez cuando este mencionó el montón de las novias.

—Imagino que para cuando hayas metido la pata un par de veces con el cartón de encuadernar, me deberás unas tres horas, además de las cuatro del cuero. Naturalmente, desde agosto ya has hecho unas treinta o cuarenta horas extras, por lo que me parece que soy yo quien está en deuda contigo.

—Gracias —dijo Peter sonriendo.

No se le ocurrió nada que añadir, así que volvió al trabajo.

Al final, no metió la pata cortando el recio cartón de encuadernar que formaba las cubiertas del libro. Una vez que lo hubo pegado a los cordeles de lino con los que estaba cosiendo el bloque del texto, Peter dejó el libro en una prensa durante el resto de la semana.

—Un libro tiene que acostumbrarse a su nueva cubierta —le había dicho Hank

Era 20 de octubre y Peter había llegado a la fase más delicada y enervante de la encuadernación: cubrir el libro con el costoso cuero azul que había escogido. Había cortado meticulosamente una pieza del mismo del tamaño adecuado y recortado los bordes con un cuchillo de precisión mientras el libro estaba en la prensa. La operación de pegar el cuero a las tapas había que hacerla en una sola tarde, por lo que Peter tuvo que trabajar deprisa y con esmero. La pasta humedecía el cuero, por tanto era más fácil extenderlo sobre el cartón y envolver los bordes, pero también era fácil romperlo o dejar alguna marca. Peter era consciente de que Hank lo observaba desde la otra punta de la sala mientras él estiraba y tensaba el cuero sobre el libro, para luego envolver los bordes y alisarlo. Sabía que Hank se moría de ganas de decir: «¿Quieres que te eche una mano?», sobre todo cuando Peter alcanzó momentos críticos en los que deseó que alguien le sostuviera una esquina mientras él doblaba la otra, pero Hank venció la tentación de ofrecer su ayuda, y Peter se resistió a perdersela dado su deseo de ser el único artesano del *Viento del norte*. Al final de la tarde el libro recubierto de piel volvía a estar en la prensa, secándose.

Al día siguiente, Peter lo retiró de la prensa con temor. A pesar de las noches pasadas casi sin dormir temiendo que alguna arruga en el cuero estropeara la tapa, la encuadernación se veía tersa y limpia. Acabó el proceso de pegar las guardas marmoladas y colocó el libro en la prensa de acabado, un torno que

suavemente mantenía el volumen inmovilizado y envuelto en fieltro para que Peter pudiera estampar el lomo. Con unas herramientas de latón calentadas, estampó el título y el autor en el lomo en letras doradas, con una decorativa flor de lis que separaba TRAS EL VIENTO DEL NORTE de GEORGE MACDONALD.

Faltaba casi una semana para el cumpleaños de Amanda cuando Peter dio los últimos retoques al libro, estampando las iniciales A. R. en oro sobre la cubierta. Profundamente orgulloso de su obra, al día siguiente se la enseñó a Hank.

—Un trabajo excelente, Peter. —Hank abrió las tapas y admiró las nuevas articulaciones, que permitían pasar las páginas con suavidad y sin esfuerzo—. Muchos principiantes acaban encuadernando el libro demasiado apretado, pero es un placer manipular este.

Peter sintió que no cabía en sí de satisfacción cuando Hank le devolvió el libro.

Durante los días siguientes dejó el *Viento del norte* en un estante del laboratorio de conservación, pero cada vez que entraba a trabajar lo cogía para acariciar la piel fresca y flexible. El 31 de octubre, justo antes de salir del laboratorio, Peter cogió una pluma y un frasco de tinta muy negra. Había practicado caligrafía durante varios meses. En la portadilla del libro escribió, simulando lo mejor que pudo una letra del siglo XIX: « A Amanda, con amor, del encuadernador, Peter, 31 de octubre de 1985» .

*Kingham,
sábado, 18 de febrero de 1995*

Peter abrió la delicada encuadernación del *Pandosto* y comenzó un examen que le llevaría casi toda la noche. Empezó por la procedencia. La columna de propietarios, desde el propio autor hasta el misterioso A. H., podía ser una de las pruebas más contundentes a favor de la autenticidad. Peter sabía bastante de historia inglesa del coleccionismo de libros para reconocer diversos nombres de la lista, pero necesitaba investigar las relaciones entre los propietarios e intentar identificar nombres como Em Ball, Bartholomew Harbottle y William H. Smith. La lista rezaba:

R. Greene a Em Ball
Bart. Harbottle
Wm. Shakspere, Stratford
R. Cotton, Augusto B IV
Matthew Harbottle, Red Bull Theater
John Bagford
John Warburton
R. Harley, Oxford
B. Mayhew para William H. Smith
A. H./E. H.

Diez entradas. Diez pistas que podrían revelar la historia de aquel valiosísimo volumen que había sobrevivido sin que nadie lo descubriera durante cuatro siglos.

De sus frecuentes visitas nocturnas a la sala Devereaux con Amanda, Peter sabía que Francis nunca entraba fuera de horas pero que los sábados siempre trabajaba en su oficina desde las dos hasta las cinco. Durante esos momentos, Colecciones Especiales no estaba abierta oficialmente, y Francis decía que a menudo eran las únicas horas de la semana en las que podía trabajar sin que lo interrumpieran. Cuando Peter hubo acabado de cenar y confirmado, en su ejemplar de *Coleccionistas ingleses de libros y manuscritos* de De Ricci, lo que recordaba de las identidades de Bagford, Warburton y Harley, telefoneó al número privado de Francis Leland.

Lo hizo sin pensar que no había hablado con Francis desde que se marchara de Ridgefield. Mientras el teléfono sonaba a seis mil kilómetros de distancia, Peter tampoco recordó el octavo punto en la lista del doctor Strayer: «Ponerse en contacto con viejos amigos», aun cuando el número de teléfono de Francis estaba escrito en el listado que había junto a esa entrada. Cuando Peter se dirigió

a la cocina para mirar ese número, ni siquiera se fijó en la lista, solo en las cifras garabateadas al margen.

Desde su llegada a Kingham, Peter no había llamado ni escrito a ninguno de sus amigos de Estados Unidos, ni a Hank, ni a los padres de Amanda, ni a la mejor amiga de esta, Cynthia, aunque todos le habían suplicado que siguieran en contacto cuando lo vieron por última vez, en el funeral, y todos le habían dejado reiterados mensajes en el contestador. En su esfuerzo por huir de todo lo que le recordara a Amanda, Peter había roto cualquier vínculo con su vida en Estados Unidos, y no se había parado a considerar de qué manera estos podían haber interpretado su largo silencio. Así, Peter, que estaba centrado completamente en identificar los nombres que había en la guarda del *Pandosto*, no comprendió la mezcla de entusiasmo y alivio que percibió en la voz de Francis Leland.

—Peter, ¡gracias a Dios! Nos has tenido muy preocupados. ¿Te encuentras bien?

A Peter le pareció una cuestión completamente irrelevante, como si Francis le hubiera preguntado qué zapatos llevaba.

—Estoy intentando seguir la pista de algunas personas —dijo Peter.

—¿Se trata de los Ridgefield? —preguntó Francis—. Están en Nueva York, pero me han dejado sus números de teléfono por si llamabas. Sé que se sentirán igual de aliviados que yo al oír tu voz. No te imaginas todo lo que se nos ha pasado por la cabeza, Peter.

La frustración se coló en la voz de Peter. Él y Francis siempre se habían entendido. ¿Por qué ahora hablaban de cosas distintas?

—No —dijo Peter—, no lo comprendes. Tengo que seguir la pista de unas personas. —Terco como era, no se le ocurrió otra manera de expresar su petición, pero sin esperar a que Francis le contestara, le expuso el caso de carrerilla—. Sospecho que los primeros tres son isabelinos o jacobitas. Uno de ellos guarda relación con Robert Greene. Su nombre es Em Ball. Luego hay dos que se apellidan Harbottle: Bartholomew y Matthew. Matthew tiene algo que ver con el Red Bull Theater. Y luego hay otros dos nombres muy posteriores, del siglo XIX o del XX: Benjamin Mayhew y William H. Smith. Sé que este último es bastante corriente, pero probablemente se trate de un coleccionista de libros.

—Peter, ¿te encuentras bien?

De haberse detenido a considerar la pregunta de Francis, Peter habría reconocido el tono de condescendencia paternal que solía emplear el doctor Strayer cuando Peter se ponía cabezota. Pero decidió no hacer caso de Francis.

—Oh, y tengo buenas noticias. He encontrado un ejemplar de la cuarta edición del *Diccionario* de Johnson. Sé que lo habrías comprado, pero he decidido donarlo a la colección Devereaux en memoria de Amanda. —Peter hizo una pausa y se acordó del retrato de Amanda Devereaux—. Mi Amanda —añadió.

—Eso es maravilloso. Escucha, Peter, ¿estás visitando a alguien en Inglaterra?

Me refiero a un médico.

—¿Por qué iba a ver al médico? —dijo Peter, sin comprender en absoluto a qué se refería Francis—. Me encuentro perfectamente bien. Aparte de que me dispararon.

—¿Que te dispararon? —repitió Francis—. La verdad, Peter, opino que deberías...

—¿Crees que puedes ayudarme con estos nombres o no? —lo interrumpió Peter.

Hubo un silencio en la comunicación, tras el cual Francis volvió a hablar, esa vez con una voz más serena. « El viejo Francis », se dijo Peter.

—Bueno, Em Ball era la amante de Robert Greene —comenzó a relatar—. Era prostituta y hermana de un gángster. Se rumorea que se le presentó cuando estaba en el lecho de muerte e intentó hacerle admitir que era el padre de su hijo ilegítimo, cosa que él negó. Me sorprende que no conozcas a Bartholomew Harbottle. Su nombre aparece en uno de sus libros preferidos. Era librero, murió alrededor de 1610 o 1620. Su firma de propietario aparece en nuestro cuarto defectuoso de *Hamlet*. Los otros dos tendré que buscarlos, pero sé que el Red Bull Theater estaba en Clerkenwell. Creo que se quemó en el gran incendio.

—Escucha —dijo Peter—, ¿puedes dejarme un mensaje en el contestador si averiguas quiénes eran Matthew Harbottle o William H. Smith? A lo mejor estoy fuera.

—Peter, ¿de qué va todo esto? —preguntó Francis.

—Puede que haya encontrado el Santo Grial —respondió Peter, y colgó.

Así que Robert Greene le regaló una copia del *Pandosto* a su amante... No era difícil imaginar que esta se lo vendería a Harbottle y que este se lo vendería a Shakespeare como material en el que inspirarse para su *Cuento de invierno*. Nunca se había demostrado que hubiera ninguna relación entre Shakespeare y Robert Cotton, pero casi todos los estudiosos coincidían en que parecía lógico que el dramaturgo hubiera consultado la biblioteca de Cotton. ¿Quizá el *Pandosto* había sido un regalo? Y Cotton tenía fama de prestar sus libros. Quizá el Red Bull Theater había montado una representación de *Cuento de invierno*, y ese tal Matthew Harbottle había pedido prestado el libro y no lo había devuelto. Esa conjetura parecía menos probable a Peter. Después de todo, las compañías teatrales del siglo XVII no contrataban dramaturgos, y esa hipótesis no explicaría la coincidencia del apellido Harbottle.

Peter se pasó la noche llevando a cabo una cuidadosa transcripción de las notas marginales del *Pandosto* y solo se detuvo antes de desayunar para echar una cabezada. La guarda posterior estaba abarrotada de un batiburrillo de garabatos que rodeaban una versión preliminar de la canción interpretada por Autólico en el Acto IV de *Cuento de invierno*. A Peter le costó horas abrirse paso

por ese caos, y ni siquiera al final estaba seguro de muchas de las marcas y abreviaturas. Peter detectó una breve frase, casi oculta por otras palabras escritas encima, justo sobre la letra de la canción. Con ayuda de luz potente y una lupa, finalmente consiguió descifrarlas. « B. Harbottle = Autólico» .

Si Bartholomew Harbottle había sabido que era el modelo para el mercader y bribón Autólico, se abría un abanico de posibilidades que explicarían cómo la familia Harbottle había recuperado el *Pandosto* de manos de Robert Cotton. Cabía la posibilidad de que Bartholomew Harbottle lo hubiera pedido prestado sin intención de devolverlo, o que simplemente lo hubiera robado. *Cuento de invierno* lo escribió Shakespeare ya al final de su carrera, cuando era un dramaturgo de renombre. Si Harbottle sospechó que el volumen podía ser valioso algún día, quizá se lo legó a un pariente.

Antes de quedarse dormido en el sofá de la sala, Peter se dijo que el recorrido que el *Pandosto* había seguido, de Robert Greene a su amante, de esta a un librero sin escrúpulos, luego a William Shakespeare, de ahí a Robert Cotton, y por fin al desconocido Matthew Harbottle, poseía cierta lógica. Pero si Matthew vivía cuando Bartholomew murió (no después de 1620, como había dicho Francis), era improbable que sobreviviera mucho más allá del gran incendio de 1666, y por entonces casi con toda seguridad el libro ya no estaba en Londres. Sin embargo, el siguiente de la lista era John Bagford, un coleccionista y tratante cuya actividad tuvo su punto culminante allá por 1710. ¿Dónde había estado escondido el *Pandosto* durante cuarenta y cinco años? Y si el libro había pertenecido a Robert Harley, conde de Oxford, ¿por qué no había acabado en el Museo Británico con el resto de su colección?

John Warburton echó un largo trago de whisky y dejó el vaso sobre la mesa. Aunque era cierto que el whisky le había hecho perder su trabajo, si el encuentro de aquella noche iba bien, le proporcionaría dinero suficiente para proveerse de techo y bebida durante una buena temporada.

Sobre la gran mesa situada en el centro de su biblioteca había formado dos montones de manuscritos de su colección en permanente incremento. A la izquierda estaban los que preveía que le reportarían quinientas guineas al final de la noche. Se trataba de obras medievales, entre ellas algunos magníficos ejemplos de textos en inglés antiguo, justo lo que podría tentar al hombre al que había invitado a cenar. A la derecha se encontraban los manuscritos que no deseaba vender, es decir, su colección de obras dramáticas isabelinas y jacobitas. Algunas se las había comprado a un viejo amigo, ahora ya fallecido, el librero y gran coleccionista de muestras de impresión John Bagford. Recordaba perfectamente el día en que Bagford apareció ante su puerta con un fajo de documentos isabelinos que había encontrado pudriéndose en una casa solariega cercana a Exeter.

Warburton pasó la tarde compilando una lista de las obras dramáticas que aparecían en su colección. Guardaba esa lista en su escritorio, mientras que las obras las escondía en otro lugar para protegerlas de los ojos curiosos de su invitado. En la lista figuraban cincuenta y cinco títulos, entre ellos títulos de Robert Greene, Thomas Dekker, Christopher Marlowe y William Shakespeare. Casi todos, menos unos pocos, no se habían publicado nunca, y la mayor parte de las copias de Warburton eran únicas.

Tras completar el catálogo, recogió el montón de manuscritos y los llevó a la cocina, donde los guardaría en el armario más alto, un lugar donde ni siquiera el bibliófilo más persistente iría a buscar ningún tesoro. No se dio cuenta de que un título de su colección teatral, un volumen impreso con notas al margen de William Shakespeare, había quedado sobre la mesa junto a los manuscritos medievales.

Humfrey Wanley, conservador de la biblioteca de Robert Harley, y su hijo, Edward, llegaron a casa de John Warburton a las ocho en punto.

—Señor Warburton —dijo Wanley tendiéndole la mano—, es un placer conocer a tan distinguido coleccionista.

Cuando los dos hombres entraron en la biblioteca después de cenar, Wanley se esforzó al máximo por ocultar su entusiasmo, pues aunque muchos de los manuscritos que había sobre la mesa de la biblioteca eran bastante corrientes,

otros eran exquisitos.

—Creo que debe de tratarse de la mejor colección de manuscritos en inglés del siglo IX —dijo Warburton, abriendo un códice de fragmentos de los Evangelios.

—Espléndida, desde luego —corroboró Wanley—, aunque no la mejor.

—Sin embargo, solo eso debe de valer ya unas cien guineas —aventuró Warburton.

—No hablemos del precio de momento, mi querido amigo. ¿Qué le parece si tomamos un poco más de este excelente oporto?

Wanley procuró que el vino siguiera corriendo hasta pasada la medianoche. Él solo tomó un sorbo por cada vaso que apuraba su compañero, de manera que cuando los dos hombres comenzaron a colocar los manuscritos dentro de un cofre vacío, Warburton apenas se tenía en pie. Finalmente el anfitrión se derrumbó en una silla y dejó que Wanley terminara el trabajo.

Wanley se dio cuenta de que había llegado el momento, y aunque había algunos títulos sobre la mesa que todavía no había examinado, introdujo todo en el cofre y lo cerró con firmeza.

—Puedo pagarle en efectivo —dijo Wanley.

—Quinientas guineas —dijo Warburton arrastrando las palabras.

—No tanto —dijo Wanley en tono cortante—. Tendrá que firmar primero un documento de venta.

Colocó un papel sobre el escritorio y una pluma en la mano de Warburton.

—¿Cuánto, entonces? —preguntó Warburton. Miró el papel entrecerrando los ojos—. ¿Trescientos?

—Cien —dijo Wanley—. Es un precio justo, como sabrá.

No era un precio injusto, se dijo Wanley, aunque desde luego sí una ganga.

—¿Cien? —repitió Warburton—. Pero no puedo...

—Es eso o nada —dijo Wanley—. ¿Lo dejamos aquí?

—¡No, no! —gritó Warburton, pues no estaba tan borracho para no comprender que bajo su brazo había un montón de facturas que aquellas cien guineas saldarían de sobras.

Cogió la pluma, la mojó en el tintero y garabateó su nombre en el documento de venta. A la mañana siguiente se despertó con la cabeza en el escritorio y cien guineas en la mano.

Pasó un año antes de que Warburton tuviera ocasión de buscar los manuscritos teatrales que había guardado. Nada más abrir la puerta de la cocina, vio sobre la mesa de esta los ingredientes de una de las tartas de Betsy Baker. Betsy, su cocinera, preparaba unas tartas magníficas. Extendió los brazos para alcanzar el armario superior, donde había escondido sus manuscritos de los ojos escrutadores

de Humfrey Wanley, y se quedó sorprendido al encontrar apenas un puñado de papeles en lugar del grueso fajo que esperaba. Estaba comenzando a registrar los demás armarios en busca de los manuscritos perdidos cuando Betsy entró por la puerta del jardín.

—Buenos días, señor Warburton. ¿No ha tenido suficiente para desayunar?

—No, no —dijo Warburton—, el desayuno ha sido magnífico.

—Oh, gracias, señor Warburton. —Betsy cogió una página de *La reina de Córcega* de los manuscritos que él sujetaba—. Estoy harta de tener que llegar hasta ese armario tan alto para coger un papel.

—¿Perdón? —dijo Warburton—. ¿Quieres decir que...? —comenzó a preguntar, pero fue incapaz de rematar la frase.

—Esos papeles que dejó allí para mí. Tengo que forzar mucho la espalda cada vez que necesito uno. Es el secreto para una tarta perfecta, ¿sabe? —Betsy apretó la hoja en el recipiente de la tarta—. Hay que forrar el molde.

Humfrey Wanley extrajo el último de los libros de Warburton del cofre y observó que no recordaba haberlo comprado: era una copia estropeada y con anotaciones de una antigua novela de caballerías. Puesto que había anotaciones en las guardas, no colocó el ex libris de la biblioteca en el interior del volumen, sino que añadió el nombre de la persona para la que trabajaba a la lista de antiguos propietarios: « R. Harley, Oxford ».

Antes de que Wanley pudiera examinar más atentamente esa antigua novela e introducirla en el catálogo de la biblioteca, lord Harley entró en la sala con un visitante, un coleccionista de Cambridgeshire.

—Señor Wanley —dijo Harley—. A este amigo mío le gustaría coger prestados algunos volúmenes de la biblioteca para su investigación de la moda isabelina.

—Por supuesto, milord. La biblioteca está completamente a su disposición.

—Excelente, señor Wanley —dijo Harley, y salió de la habitación, dejando solos al bibliotecario y al visitante.

—Creo que ahí encontrará lo que busca.

Wanley señaló un estante sobre la mesa donde había estado desempaquetando los manuscritos.

—Gracias, es usted muy amable —dijo el visitante—. Solo será un minuto.

De hecho, el visitante tardó poco más de un minuto en encontrar los libros que buscaba. Se los enseñó a Wanley, el cual anotó los títulos en el cuaderno de libros prestados. Mientras lo hacía, el visitante tomó el delgado volumen que había sobre la mesa. Era una novela llamada *Pandosto*. Se dijo que le gustaría llevársela a la habitación esa noche para leerla antes de acostarse.

Pero aquella velada Robert Harley estuvo conversando con su visitante hasta

bien entrada la noche, y el oporto que tomaron después de la cena fue de tal calidad y cantidad que el invitado no se vio con ganas ni capacitado para leer antes de acostarse. A la mañana siguiente se marchó a su casa con el *Pandosto* en el equipaje.

Seis años más tarde, en 1726, Humfrey Wanley había muerto. Había pasado gran parte de los últimos años de su vida compilando para Robert y Edward Harley una biblioteca que era una de las mejores colecciones de libros y manuscritos de su tiempo. Con los años, los manuscritos se vendieron a la nación en 1753, y fue una de las colecciones fundacionales del Museo Británico y posteriormente de la Biblioteca Británica.

Pero el fino volumen que un visitante coleccionista había tomado prestado un día del verano de 1720 jamás regresó a la colección Harley. El hombre que se lo había llevado murió dos semanas después de volver a su casa, dejando el libro sobre su escritorio, junto a tres volúmenes sobre la moda isabelina que llevaban el ex libris del conde de Oxford y Mortimer. Su afligida viuda retornó los libros sobre la moda, pero el otro volumen lo colocó en un estante de la biblioteca de la casa y allí permaneció, casi invisible entre los gruesos infolios, durante más de ciento cincuenta años.

El baile anual de disfraces de Halloween de la Universidad de Ridgefield se celebró por primera vez en 1958 para festejar la finalización de los siete edificios construidos gracias a la familia Ridgefield, en cuyo honor se había rebautizado la facultad. Los miembros más veteranos del cuerpo docente murmuraban que el baile simbolizaba que aquella antigua facultad baptista y conservadora se había vendido al mejor postor, aunque tampoco lo murmuraban muy alto. Les gustaban las amplias salas de que disponía el profesorado, sus estudios privados en la nueva biblioteca, y el significativo aumento tanto de la inteligencia de sus alumnos como de sus propios salarios.

Aunque era un acontecimiento para todo el campus que se celebraba en el poco iluminado y excesivamente decorado gimnasio, Peter nunca había asistido al baile. Pero ahora Amanda quería ir por su cumpleaños, y Peter no podía decir que no. Hasta ese momento le había encantado la soledad en que había transcurrido su relación, pero también sabía que Amanda poseía una vida social aparte de sus encuentros con él en la cafetería o en la sala Devereaux. Cuando invitaba a Peter a acompañarla a cualquier evento, él siempre alegaba que tenía que estudiar, que su trabajo en la biblioteca no le dejaba mucho tiempo para mantenerse al día de sus asignaturas. Ella aceptaba esa excusa hasta cierto punto, pero no hubo manera de disuadirla en su deseo de entrar en el baile de Halloween del brazo de Peter.

—Además —dijo Amanda—, lo mejor de un baile de disfraces es que te puedes esconder. No serás Peter Byerly, sino Romeo.

—Ya sabes que Romeo muere al final.

—Sí —susurró Amanda—, pero también consigue acostarse con Julieta.

Peter no se atrevió a preguntar si eso era una promesa. Aunque seguía diciéndose que de momento no le importaba no acostarse con Amanda, cada vez le resultaba más difícil convencerse de que era cierto. En la velada del baile, se esforzó por concentrarse tan solo en el regalo que esperaba a Amanda en la sala Devereaux.

Amanda había pedido prestados sus disfraces en el departamento de Teatro, y Peter tuvo que admitir, mientras se miraba en el espejo alargado que había detrás de la puerta de su habitación, que no se parecía en nada a Peter Byerly. Calzas verdes, un elaborado jubón dorado y unas zapatillas a juego ocultaban bastante bien al auténtico Peter. Nunca había estado en el colegio mayor de Amanda, pero esta le dijo que podía vestirse allí mismo, pues su compañera de habitación había salido a cenar, y ella se vestiría en el cuarto de baño que había al final del pasillo. Peter pensó que era absurdo vestirse en su apartamento y luego recorrer ocho manzanas de Ridgefield disfrazado de Romeo.

Llamaron a la puerta, y Peter descorrió el cerrojo y dejó entrar a Amanda.

Estaba esplendorosa: un suntuoso tapiz de azul y plata caía en cascada de sus hombros hasta el suelo, y en el pelo se había anudado hábilmente unas cintas a juego. Pero lo mejor de todo era que se habían vestido para la escena del baile en casa de los Capuletos, que en sí mismo ya era un baile de disfraces, con lo que llevaban máscaras decorativas. Ese detalle consiguió que Peter fuera capaz de mezclarse con la multitud que había en el gimnasio sin que lo recorriera un sudor frío.

—Estás guapo —dijo Amanda sonriéndole mientras le ajustaba el jubón—. ¿Animado?

—Nervioso —confesó Peter.

Amanda le cogió la mano y se inclinó para besarle ligeramente los labios.

—No hay de qué preocuparse. Podemos seguir besándonos con las máscaras puestas.

—No es eso lo que me preocupa. Todos tus amigos llevan meses esperando para conocerme, Amanda. Incluso con la máscara, tengo la impresión de que se fijarán en mí.

—En primer lugar, no tengo tantos amigos, y en segundo, no tienes por qué hablar con nadie. Lo único que has de hacer es bailar conmigo y estar guapo.

—Luego puedes abrir tu regalo —anunció Peter.

—Yo también tengo un regalo para ti —dijo Amanda cogiéndole de la mano.

—Pero eres tú quien celebra el cumpleaños —repuso Peter.

—En realidad es un regalo para los dos —contestó ella empujándolo hacia la puerta.

Peter había imaginado que Amanda tendría decenas de amigos que lo asediarían en su entrada al baile. Se había preparado para la eventualidad centrándose en su identidad de Romeo, repasando mentalmente versos de la obra. Hasta que no llevaban diez minutos en el gimnasio sin que nadie le hubiera dirigido la palabra, con un vaso de ponche en la mano e incapaz de conversar de tan alta como estaba la música, no reparó en que Amanda no le había mentido al decirle que no tenía tantos amigos. Comprendió que solo tenía tres dignos de ese nombre: Jill, su compañera de habitación; Cynthia, una amiga de la infancia que también estudiaba en Ridgefield, y Alison, que, como ella, estudiaba historia del arte. Eran tres amigos más de los que Peter tenía, pero no exactamente el tropel de glamorosos sofisticados que había temido.

Cuando la música se transformó en una balada lenta, Amanda dejó el ponche sobre una mesa y entrelazó sus dedos con los de él.

—Baila conmigo —dijo.

Peter le permitió que lo condujera hasta el centro del gimnasio, en medio de centenares de cuerpos que se mecían apoyados unos contra otros. Amanda colocó la mano de Peter en su cintura y la suya en el hombro de él, y comenzaron a bailar. Al cabo de unos pasos, Peter se dio cuenta de que era ella

quien lo llevaba —no sabía absolutamente nada de baile—, pero el resultado superaba en elegancia a las parejas encorvadas que arrastraban los pies a su alrededor. Peter relajó el cuerpo lo bastante para decirle sin palabras: «Sí, llévame, te seguiré a donde quieras». Pudo ver el brillo de los ojos de Amanda a través de la máscara. «Aunque no diga nada, habla», se dijo Peter. Contrariamente a Romeo, comprendía a la perfección el habla silenciosa de su amor mientras ella lo llevaba en un amplio arco a través de la pista de baile.

Posteriormente, en medio del aire fresco que corría junto a la puerta, Amanda le presentó a sus amigas, de una en una.

—Así que este es tu Romeo —dijo Cynthia. Iba vestida de María Antonieta, con un tajo sangrante que le atravesaba el cuello—. Es un hombre de suerte por haber conseguido a nuestra Julieta.

—Ella enseña a brillar a las antorchas —dijo Peter, descubriendo que la combinación de la máscara, el disfraz y las palabras hacía que le resultara mucho más fácil charlar con Cynthia.

—No nos cuenta mucho de ti —comentó Cynthia—. Pero es que Amanda siempre ha sabido guardar un secreto. Lo único que he sacado de ella es un nombre.

—¿Y qué hay en un nombre? —dijo Amanda apretando la mano de Peter.

—Llamadme amor y habré sido bautizado otra vez —respondió Peter.

—¡Menuda pareja estáis hechos!

Cynthia se echó a reír y abrazó a Amanda. Antes de desaparecer entre el gentío, le estrechó la mano a Peter.

—Algún día tendrás que permitirme descubrir quién eres en realidad.

Peter se cuestionó si alguien más, aparte de Amanda, sabía quién era en realidad. De momento le alegraba que lo conocieran solo como un Romeo enmascarado. El joven Montesco le había ayudado a soportar su primera fiesta auténtica en la universidad. Se preguntó cuánto tardaría en tener que repetir aquella actuación sin el disfraz y con el rostro al descubierto.

Él y Amanda se quitaron las máscaras cuando salieron de la mano al aire fresco de octubre del campo. A lo lejos, las campanas de la capilla de Ridgefield dieron la medianoche.

—Parece que tu regalo de cumpleaños va a retrasarse un poco —dijo Peter.

—No me importa esperar —repuso Amanda—. Esta noche has estado maravilloso.

—Simplemente te he seguido.

—No tienes idea hasta qué punto me apoyo en ti, ¿verdad? El año pasado, cuando fui al baile, me sentí muy desgraciada. Me quedé en un rincón durante dos horas y rechacé a todos los que se me acercaron. Me sentía totalmente fuera de lugar. Esta noche me siento natural... bailando, besándonos en la penumbra e incluso manteniendo tontas conversaciones con mis amigas. Lo cierto es que me

has sido de gran apoyo en todo, Peter.

—Pensaba que eras tú quien me hacía de apoyo.

—Supongo que por eso se llama «atracción mutua» —dijo Amanda.

En la sala Devereaux, Peter entregó a Amanda su regalo de cumpleaños, envuelto con el mismo esmero con que lo había restaurado.

—Así que este es el motivo de tanto secretismo... —dijo Amanda, sopesando el paquete en la mano.

—Ábrelo —pidió con solemnidad Peter.

Amanda lo desenvolvió con mucho cuidado. A Peter no le sorprendió que no fuera de las que rompían el papel.

—Un libro —dijo con una sonrisa—. Supongo que debería haberme imaginado que sería un libro.

—Ábrelo —insistió Peter.

Amanda abrió el volumen, leyó atentamente el título y luego pasó varias páginas, deteniéndose para admirar cada una de las asombrosas ilustraciones.

—¡Es muy hermoso, Peter! Y la encuadernación es increíble. ¿Cómo has podido...? Sé que no debería preguntártelo, pero ¿cómo has podido permitirte algo tan... tan elegante?

—Solo me ha costado un dólar.

—Vamos, Peter, no seas tonto —dijo Amanda—. ¿Quién vendería un libro así por un dólar?

—Bueno, no tenía exactamente este aspecto cuando lo compré. Estaba hecho pedazos, y yo lo restauré y lo encuaderné para ti.

—Tú...

Amanda cerró el libro y vio, por primera vez, las iniciales que había en la tapa. Pareció perder completamente la capacidad de completar la frase mientras pasaba suavemente las manos por aquel cuero flexible. En compañía de Peter, Amanda casi nunca se quedaba sin palabras, y Peter se sintió muy orgulloso de haberlo logrado. También se percató de que se sonrojaba y bajó la vista hacia su jubón en un intento por ocultar su azoramiento. Comprendió que no debería haberse molestado, pues cuando levantó la vista vio los ojos de Amanda arrasados en lágrimas.

—No pretendía hacerte llorar —dijo.

En un instante, ella lo rodeó con los brazos. Temblaba al tiempo que sollozaba. Peter supuso que sin querer la había hecho revivir algún pesar desconocido de su vida. Quizá su tía había muerto en un trágico accidente mientras encuadernaba, o algo parecido. Pero por fin Amanda consiguió hablar a través de las lágrimas.

—¡Es el regalo más perfecto del mundo! —exclamó, y aflojó un poco su abrazo para que él pudiera verla sonreír mientras se enjugaba las lágrimas con la mano—. No me puedo imaginar cuánto... cuánto debes de amarme para hacer algo así.

—Mucho —dijo simplemente Peter, al tiempo que procuraba reprimir también las lágrimas ante la idea de que algo que había hecho hubiera afectado tanto a la mujer que amaba.

—¡Oh, Peter! —Amanda fijó en él sus ojos llorosos—. Yo también te quiero.

—Lo sé. —Peter sonrió, pues, aunque lo sabía, era la primera vez que ella se lo decía—. Sé que me quieres.

—Muy bien, ¡basta de llorar! —exclamó Amanda, aspirando profundamente—. Ha sido un regalo perfecto, dejémoslo ahí antes de que nos pongamos sensibleros. Además, ha llegado el momento de que desenvuelvas tu regalo.

—No veo ningún paquete.

—Me parece que no lo entiendes, Romeo —dijo Amanda. Cogió la mano de Peter y la guió hacia los lazos que anudaban la pechera de su vestido—. Ha llegado el momento de que desenvuelvas tu regalo.

*Kingham,
domingo, 19 de febrero de 1995*

No tenía por qué ir a Hay hasta media mañana, en busca de los libros que Julia Alderson pudiera haber vendido, de manera que durante el desayuno Peter se quedó examinando una vez más la lista de propietarios del *Pandosto*. Ciertamente, sería estupendo saber si el libro había sido un regalo de Shakespeare a Cotton o cómo había pasado de Matthew Harbottle a John Bagford, pero había dos cuestiones mucho más acuciantes: ¿quiénes eran A. H. y E. H.?, y ¿cómo había llegado el libro a Evenlode Manor? Si era una falsificación, lo más probable es que se hubiera realizado en el siglo XIX, cuando la reputación de Shakespeare estaba en su máximo apogeo. Si quería demostrar la autenticidad del libro, tenía que averiguar qué relación existía entre las crípticas iniciales, Evenlode Manor y el extraño comportamiento de Julia Alderson. Por desgracia, la única fuente de información fiable en casa de los Alderson era el ama de llaves, con la que solo podía encontrarse por casualidad. Quizá Martin Wells supiera algo de la familia, pero Peter no creía que el pintor recibiera con los brazos abiertos una visita sin anunciar un domingo por la mañana.

Hasta que no hubo terminado su segunda taza de té y su tercera tostada, no comprendió que las mañanas dominicales le ofrecían una oportunidad que ni pintada para relacionarse con las gentes del pueblo. El doctor Strayer había mencionado que ir a la iglesia era una buena manera de conocer a los aldeanos, pero en los últimos meses lo único que le había interesado menos que relacionarse con desconocidos había sido estar en compañía de Dios. A menudo se decía que sería más fácil si pudiera simplemente perder la fe, pero seguía siendo creyente, y lo que creía era que Dios era un cabrón.

El oficio religioso de las ocho ya había empezado cuando Peter se sentó sin hacer ruido en la fila de atrás de Saint Andrew, lejos de la pequeña congregación que se apiñaba en los primeros bancos. Había pasado delante de la entrada techada del cementerio centenares de veces en sus solitarios paseos vespertinos hasta el otro extremo del pueblo, pero nunca había entrado en el camposanto, y mucho menos en la iglesia. El interior era penumbroso y húmedo, y conservaba el frío con la eficacia de un termo.

La familia de Peter asistía a una iglesia baptista cercana solo en Nochebuena y Pascua, pero Amanda había introducido a Peter en la iglesia episcopal durante su tercer año en la universidad. Al principio él solo iba para complacerla, pero poco a poco acabó apreciando la belleza de la liturgia y la música. A lo largo de los años, la aceptación incondicional del Dios de su infancia había dado paso a una fe profunda y madura, alimentada por la compañía de Amanda. Cuando Peter perdió a su esposa no perdió su fe en Dios. Después de todo, si no creía,

¿cómo iba a poder culpar a Dios por lo ocurrido?

La liturgia anglicana y la episcopal eran lo bastante parecidas para que Peter supiera cuándo tenía que arrodillarse y cuándo tenía que estar de pie durante el oficio, y cuándo unirse a la oración o responder al pastor. Pero simplemente se quedó en silencio, ciñéndose el abrigo para protegerse del frío y del Todopoderoso. No comulgó.

La congregación y el órgano entonaron el himno final, y rápidamente el centro de actividad se desplazó a la parte posterior de la nave, donde una bandeja con un servicio de café pareció brotar de la nada mientras se iban repartiendo tazas a los fieles. Peter se unió tímidamente al círculo que se había formado y cogió una taza. Al principio nadie pareció fijarse en él, y ya comenzaba a pensar que había sido un estúpido al creer que iba a entablar conversación con un grupo de absolutos desconocidos en una iglesia, ni más ni menos, cuando una voz de hombre dijo jovialmente a su lado:

—Usted es el americano que arregló la casa de West Street.

Antes de que Peter pudiera contestar, o incluso descubrir quién se le había dirigido, una mujer añadió:

—Sí, le he visto por la tienda.

De repente Peter era el centro de atención, una pequeña celebridad y una diversión bienvenida en lo que generalmente era un ritual previsible. El hombre que había hablado en primer lugar dijo llamarse Alan, el sacristán. Era un hombre alto y corpulento con el pelo blanco, y para reunir la cantidad de tweed que llevaba debían de haberse esquilado varias ovejas. Cogió a Peter por el brazo y le fue presentando al círculo de gente que componía la población geriátrica de Kingham.

—¿Y qué hace un americano aquí, en Kingham? —preguntó un hombre bajito cuya mano estrechó mientras daba un sorbo de café.

—La verdad es que soy librero —respondió Peter—. Anticuario —añadió, como si eso explicara exactamente por qué se había instalado en el pueblo.

Esa revelación provocó un murmullo de aprobación entre sus contertulios, que no habría sido más entusiasta de haber dicho Peter que era filántropo o que le habían concedido un Premio Nobel.

—¿Y ha encontrado algún libro interesante en el pueblo? —preguntó Alan, brindando a Peter la oportunidad que buscaba.

—Ayer estuve viendo algunas cosas que no estaban mal en Evenlode Manor —dijo—. Aunque debo admitir que primero fui a Evenlode House por error.

Eso provocó una carcajada en los presentes.

—¡Pues menudo error! —exclamó un hombre.

—Evenlode Manor y Evenlode House en un día. Entonces ya ha visto nuestra «vieja rencilla» —dijo otro citando *Romeo y Julieta*.

—¿A qué se refiere? —preguntó Peter.

—Durante años los Alderson y los Gardner se han tenido inquina —explicó una mujer en la que Peter no se había fijado.

Era tan bajita e iba tan encorvada que parecía perdida entre los codos de los demás parroquianos, pero hablaba con una voz fuerte y clara.

—¿No hay un tipo que está escribiendo un libro sobre ello? —preguntó el hombre que había citado a Shakespeare.

—Sí que lo hay —dijo la mujer bajita—. Un caballero de Cornualles estuvo aquí hace unos meses. Mantuvo una larga charla con mi hermana mayor. Ella es la que conoce la historia realmente.

Que esa mujer, a la que le presentaron con el nombre de Martha, pudiera tener una hermana mayor parecía absurdo, pero la reiterada mención del enigmático caballero de Cornualles le reafirmó en su certeza de que la enemistad existente entre los habitantes de la elegante Evenlode Manor y de la ruinosa Evenlode House tenía algo que ver con la identidad de A. H.

—Parece fascinante —dijo Peter—. Sin duda es algo shakespeariano.

—Lo que ocurrió es triste —afirmó el párroco—. Los vecinos no deberían portarse así.

—Ahora no veo a ninguno de ellos cruzar el umbral de esta iglesia —observó Alan—. Y desde luego a usted no lo invitarán a tomar el té, párroco. O sea, que no van a escuchar sus lecciones sobre el buen comportamiento vecinal.

Eso provocó otra carcajada entre los feligreses, y de algún modo fue la señal de que aquel encuentro semanal había terminado. Las tazas de café regresaron a la bandeja, que se llevaron de inmediato, y los parroquianos se encaminaron a la puerta envolviéndose la cabeza con sus bufandas para protegerse del viento matinal procedente de Churchill que barría los campos.

El párroco siguió a su modesta grey para despedirlos de manera oficial, y Peter se encontró de repente solo, o eso pensaba.

—Venga a tomar un trozo de tarta, y Louisa y yo se lo contaremos todo —dijo una voz.

Peter bajó la mirada y vio a su lado a Martha poniéndose los guantes. Peter miró su reloj. Eran las 9.30. Le habría gustado coger ya el coche, pero la oportunidad de profundizar un poco más en la historia de los Alderson y sus vecinos era una tentación demasiado grande.

—Me encantaría tomar un trozo de tarta —dijo Peter, y le ofreció el brazo a Martha para acompañarla a la puerta.

Martha y su hermana vivían en una casita de tres habitaciones junto al camino que salía de la iglesia, a unos cien metros. Al cabo de un minuto de su llegada, Martha había añadido un buen montón de leña al fuego de la chimenea, había servido a Peter una gruesa porción de tarta de jengibre y, acto seguido, había desaparecido en el dormitorio en busca de su hermana. Louisa era todavía más bajita e iba más encorvada que su hermana. A Peter le recordó a Alicia, la

del País de las Maravillas, cuando aprieta la barbilla contra los zapatos. Desde su silla al lado de la chimenea, Peter bajó la mirada para saludarla y tuvo la sensación de dirigirse a una niña de ocho años extremadamente arrugada. Después de haber aposentado a su hermana en una silla, Martha volvió a desaparecer y regresó poco más tarde con una bandeja de té. Sirvió una taza para cada uno y a continuación se volvió hacia Louisa, quien todavía no había pronunciado una sola palabra.

—El señor Byerly quiere que le contemos todo lo que sabemos de los Alderson y los Gardner —dijo.

Una sonrisa de satisfacción se dibujó en la cara de Louisa, como si el único motivo de esa fase tardía de su vida fuera compartir el chismorreo de siglos pasados con cualquiera que no deseara escucharla.

—Es toda una historia, ya lo creo —dijo, e hizo una pausa para dar un sorbo de té antes de sumergirse en el relato—. El abuelo comenzó a trabajar para los Gardner de Evenlode House en la década de 1870; entonces no era más que un chaval. Me contaba historias de la familia cuando yo era una niña y caminábamos por los jardines. Los Gardner eran una familia amable y pacífica, o eso decía siempre mi abuelo.

Cuando Peter recordaba su encuentro con el actual señor Gardner, no eran esos los adjetivos que le venían a la mente.

—Mi abuelo afirmaba que los Gardner solo levantaban la voz cuando hablaban de un tema, y ese tema eran los Alderson. Había auténtico odio, no le quepa duda.

—¿Por qué? —preguntó Peter.

—No sé hasta dónde se remonta. Se cuenta que ambos fueron monárquicos en la Guerra Civil, y supuestamente escondieron a doscientos soldados entre ambos, pero no tengo ni idea dónde. En aquel entonces las casas no eran tan grandes. Pero en algún momento comenzó su desacuerdo. Sé que ambos querían construir un molino sobre el Evenlode hace al menos doscientos años. Los Gardner poseían toda la tierra que había al sur del río y los Alderson la del norte, pero nadie era capaz de decidir quién era el propietario del río. Sea como fuere, incluso antes de eso, no sé si ya estaban enfrentados. En la época en que mi abuelo trabajaba aquí, el señor Phillip Gardner era el cabeza de familia. Oh, menudas historias me contaba mi abuelo del señor Phillip. Se las daba de pintor, ya lo creo.

Peter casi se ahoga ante esta revelación. ¿Era posible que Phillip Gardner fuera A. H.? ¿Por qué motivo el hombre de Cornualles había estado haciendo preguntas en Kingham?

—¿Qué clase de pintor? —preguntó Peter.

—No muy bueno, imagino —respondió Louisa—. Mi abuelo decía que el señor Phillip intentó una y otra vez entrar en la Real Academia o en la Sociedad

de la Acuarela, pero que nunca lo consiguió. Decía que culpaba por ello al señor Alderson. Naturalmente, por entonces los Gardner culpaban de todos sus problemas a los Alderson. El abuelo aseguraba que culpaban a los Alderson de la riada que asoló el valle y mató a todos los corderos en la década de 1870. No estoy segura de cómo conseguían los Alderson controlar el clima.

—Entonces ¿ese tal Phillip Gardner era pintor?

Peter estaba impaciente por volver a ese tema.

—Bueno —dijo Louisa—, pintaba. Si eso lo convertía en pintor, no sabría decirle. La verdad es que encontró una manera más segura de mantener la propiedad. Se casó con una viuda rica de por Witney. Tampoco es que eso le saliera demasiado bien.

—Cuéntale lo de la amante —dijo Martha.

—Aunque nunca lo supimos con certeza —añadió Louisa—, los criados desde luego chismorreaban que el señor Phillip tomó una amante después de casarse. Pero le contaré una cosa: cuatro años después de casarse con la viuda, ella desaparece y él muere en circunstancias misteriosas.

—Se dictaminó que había sido un accidente —dijo Martha.

—No fue ningún accidente —replicó Louisa—. Al menos eso era lo que decía mi abuelo. Fuera como fuese, en cuanto el señor Phillip estuvo muerto y enterrado en la capilla familiar, nadie pareció tener mucho interés en la casa. Fue entonces cuando comenzó a caerse a pedazos.

—Tengo entendido que la amante está enterrada con él —susurró Martha.

—No me creo ni una palabra —espetó Louisa.

—Pero ¿cómo ibas a saberlo? Ni siquiera el abuelo puso jamás el pie en esa capilla.

—Me pregunto si sigue existiendo —dijo Louisa—. Cuando era niña, mi abuelo me la señalaba, y ya entonces estaba cubierta de enredaderas y medio derruida.

—¿Dónde se encontraba? —inquirió Peter, preguntándose si destapar el escándalo matrimonial de Phillip Gardner podría proporcionarle alguna pista acerca de A. H.

—Después de la casa, bajando la colina —dijo Martha—. Aunque dudo que Thomas se ofrezca para hacerle de guía.

—¿Thomas? ¿Es el que ahora vive en Evenlode House?

—Vive en una caravana, en el jardín, por lo que tengo entendido —dijo Martha.

—Sí, ese es —confirmó Louisa—. Es el sobrino bisnieto del señor Phillip.

—O sea —dijo Peter—, que ese tal Phillip Gardner fue un pintor frustrado, se casó con una viuda rica y cuatro años después murió misteriosamente.

—Exacto —corroboró Louisa—. Nadie acusó a la mujer de asesinato, pero lo enterraron con bastante celeridad, por lo que contaba mi abuelo.

—¿Era Phillip el que coleccionaba todos esos documentos y cosas? —preguntó Martha.

—Ah, sí, casi se me olvida.

—¿Qué tipo de documentos?

Peter procuró contener su entusiasmo ahora que otro dato parecía a punto de encajar en el conjunto del relato.

—En cuanto dispuso del dinero de la viuda, el señor Phillip se dijo que había llegado el momento de presumir un poco dado que sabía que el señor Alderson se las daba de coleccionista... de muebles y obras de arte, y que sentía especial debilidad por... ¿cómo lo llaman? Cartas y autógrafos de reyes, y ese tipo de cosas.

—Documentos históricos —soltó enseguida Peter recordando los que había visto en Evenlode Manor.

—Supongo que eso es lo que eran —dijo Louisa—. De todos modos, al señor Phillip también le dio por coleccionar cosas. Solía enseñárselas muy ufano a mi abuelo. Pero aquello solo duró un par de años.

—Solo lo hacía para molestar al señor Alderson —añadió Martha.

—Y desde luego lo conseguía —remató Louisa con una carcajada.

—¿Y qué pasó con la colección? —preguntó Peter, aunque estaba casi seguro de conocer la respuesta.

—No tengo ni idea —respondió Louisa.

—¿Cree que pudo vendérsela a los Alderson? —aventuró Peter.

—Cualquier Gardner preferiría quemarla en la chimenea, fuera cual fuese su valor —dijo Louisa.

—¿Y todo esto se lo contó al hombre de Cornualles? —preguntó Peter, casi seguro ya de que había topado con el escándalo que Liz Sutcliffe estaba tan impaciente por provocar en el mundo del arte victoriano.

—Ya lo creo —confirmó Louisa—. Era un señor mayor, aunque todavía joven desde mi punto de vista.

Louisa y Martha soltaron otra carcajada, y Peter se esforzó por compartirla aunque su mente ya estaba separando los hilos de la historia de Louisa para desenmarañarlos e hilvanar con ellos un relato en el que encajaran todos los datos.

—No recordará al nombre de ese caballero, ¿verdad? —preguntó Peter.

—Sí —afirmó Louisa—. Se llamaba Graham. Tenía una gran barba blanca.

—¿Y su apellido?

—Su apellido... —dijo Louisa frunciendo el ceño de repente—. La verdad es que no tengo ni idea.

—Ni yo —dijo Martha.

Phillip Gardner se apeó del tren de Oxford para adentrarse en la caverna de acero y cristal de la recién construida estación de Paddington. Tenía veinticuatro años y era la primera vez que visitaba Londres solo. Bajo el brazo llevaba un portafolio de pinturas, que, esperaba, lanzaran su carrera. Recorrió el andén hasta la entrada de la estación y detuvo un coche de punto.

—A la Real Academia de Arte —dijo al conductor.

Con un chasquido del látigo, el coche que transportaba a Phillip hacia su futuro se puso en marcha.

Benjamin Mayhew llegó a la estación de Paddington diez minutos antes de la salida de su tren. Se dirigía a una subasta de libros en la sala de música Holywell de Oxford; se trataba de la biblioteca de un profesor recientemente fallecido. Por un contacto que tenía en Oxford, Benjamin sabía que habría un número sustancial de libros a vela y pregón, pero cuando uno de sus colegas había entrado el día anterior en la tienda de Benjamin y le había preguntado si el viaje a Oxford valía la pena, Benjamin le había contestado que en aquella biblioteca no había nada más que un montón de aburridos tratados religiosos; no quería tener más competencia de la necesaria.

Cuando faltaban unos minutos para su partida, Benjamin se acercó hasta W. H. Smith, uno de los puestos de libros de la cadena omnipresente en las estaciones de ferrocarril inglesas. Benjamin hojeó los montones de periódicos y libros, y de repente su mirada se topó con un pequeño opúsculo escrito por el propio William Henry Smith. No fue la coincidencia, sino el título, *¿Fue lord Bacon el autor de las obras de Shakespeare?*, lo que le llamó la atención. Benjamin Mayhew jamás había visto que nadie expresara la idea de que el autor de las obras atribuidas a William Shakespeare fue alguien distinto de... el propio Shakespeare. Despertada su curiosidad por ver lo que tenía que decir sobre el tema el propietario de la cadena de puestos de libros de más éxito del reino, Benjamin compró un ejemplar del opúsculo, junto con el *Times*, y se apoltronó cómodamente en un vagón de primera clase rumbo a Oxford.

En *¿Fue lord Bacon el autor de las obras de Shakespeare?*, Benjamin leyó la argumentación de Smith según la cual Francis Bacon era el autor del canon shakespeariano. Smith calificaba a Shakespeare de «un hombre de escasa educación, indiferente a la opinión de los demás, ansioso por ganar dinero y que participaba activamente en la gestión de un teatro», pero decía que eso no era suficiente para que supusiéramos que «la simple circunstancia de que su nombre vaya asociado a esas obras lo convierta en el autor de ellas». De Bacon, escribía

sin embargo Smith, « su biografía es la que le habríamos atribuido a Shakespeare, si alguien nos hubiera solicitado que lo describiéramos a partir de los datos de sus propias obras». Smith conjeturaba por qué Bacon no habría querido asociar su nombre al teatro y opinaba que sus estudios de abogado explicarían los amplios conocimientos legales del autor de las obras de Shakespeare.

Cuando el tren entraba en Oxford, Benjamin ya había leído el opúsculo tres veces. Para un vendedor de libros antiguos, un rico mercader interesado por las controversias literarias podía acabar siendo un excelente cliente, se dijo. Esa tarde compró una buena cantidad de libros en la sala de música Holywell. Pagó más de lo que deseaba por una primera edición de *Investigación de la autenticidad de ciertos documentos misceláneos* de Malone, un volumen en el que este desenmascaraba al gran falsificador de Shakespeare, William Henry Ireland. Parecía un buen libro, se dijo, para ofrecérselo a Smith a bajo precio, y en la experiencia de Benjamin Mayhew, no había mejor manera de despertar el interés de un cliente que seducirlo con un ejemplar barato de un libro estrechamente relacionado con la pasión de su vida.

*Hay-on-Wye, Gales,
domingo, 19 de febrero de 1995*

La mente de Peter era un torbellino cuando salía de Kingham en dirección a Hay-on-Wye, con el *Pandosto* en el interior de un sobre de papel libre de ácido que iba dentro de su cartera de piel, colocada sobre el asiento trasero del coche. Phillip Gardner había sido un pintor frustrado que había culpado de su fracaso a su vecino Reginald Alderson. Gardner se había casado con una viuda rica y había comenzado a coleccionar documentos solo para irritar a Alderson. Cuatro años después había muerto, y por el pueblo circulaban rumores de que tenía una amante y de que lo habían asesinado. Peter estaba seguro de que en algún punto de ese misterioso relato se encontraba la clave que explicaba la acuarela robada y daba fe de la autenticidad del *Pandosto*. ¿Era posible que Reginald Alderson hubiera asesinado a Phillip Gardner a fin de hacerse con la colección de documentos? ¿O estaba confabulado con la amante de este último? ¿Y qué secretos se escondían en la capilla familiar?

Peter estaba casi seguro de una cosa. De algún modo, la colección de documentos únicos de Phillip Gardner había acabado en manos de su enemigo. Después de salir de la casa de Martha y Louise, mientras caminaba por el sendero, de repente se acordó de las iniciales entrelazadas E. H. escritas a lápiz en la esquina de cada uno de los documentos de Evenlode Manor. Al principio había creído que se trataba del monograma de un propietario anterior, pero en ese momento comprendió que E. H. quería decir Evenlode House. Y en el *Pandosto* que se encontraba a salvo en su cartera se leían las mismas iniciales.

Peter merodeó delante del escaparate de Church Street Books de Hay-on-Wye, fingiendo interés en los libros que se exhibían, los mismos que había visto cuatro días antes. Confiaba en que entrara algún cliente en la tienda y distrajera al librero. No tenía interés en entablar ninguna conversación innecesaria que comenzara con: «¿No es usted el tipo que robó la acuarela?».

Cinco minutos después, un cliente entró en la tienda y acaparó la atención del librero. El libro de Edmond Malone continuaba en el mismo estante en el que Peter lo había dejado hacía cuatro días. A su lado había dos volúmenes de William Henry Ireland en los que el autor detallaba su falsificación de los manuscritos de Shakespeare y un ejemplar de la pieza teatral de Ireland *Vortigern*, que había intentado colar como escrita por Shakespeare. En los cuatro libros se veían las iniciales E. H. entrelazadas en la guarda delantera.

Los dos libros siguientes que había en el anaquel eran de otro famoso falsificador de Shakespeare, John Payne Collier. De nuevo, ambos libros exhibían

el monograma de Evenlode House. Peter estaba detectando algo inquietante. Con toda probabilidad, Julia Alderson había eliminado su colección de libros escritos por y acerca de los falsificadores de Shakespeare de la biblioteca de Evenlode Manor para evitar que surgiera ningún recelo acerca de la autenticidad del *Pandosto*. Todo hacía pensar a Peter que esos libros habían formado parte de la biblioteca de un falsificador experto, cuya obra maestra se encontraba en ese momento en su propia cartera.

El siguiente libro del estante no hizo más que aumentar las suspicacias de Peter: *Notas y enmiendas del texto de las obras de Shakespeare*, el libro en el que Collier se basó para su falsificación más atrevida, que guardaba un parecido notable con el *Pandosto*. En 1852, Collier anunció un descubrimiento extraordinario. Había conseguido una copia del Segundo Folio de las obras de Shakespeare, impreso en 1632. En los márgenes del volumen había miles de notas y anotaciones textuales; según Collier, procedían de «manuscritos más puros» de las obras de Shakespeare. El folio prometía carnaza para generaciones de eruditos de Shakespeare. Collier, sin embargo, se negó a someter el volumen a examen, ocultándolo en la biblioteca del duque de Devonshire. Cuando el anciano duque murió, su hijo permitió que el Museo Británico analizara cuidadosamente el volumen. Era evidente que las notas al margen eran falsificaciones, y todo apuntaba a que el autor había sido Collier.

Peter tenía ahora en la mano un ejemplar del conocido libro de Collier, lujosamente reencuadernado en tafilete verde. En una esquina de la parte interior de la cubierta trasera, había un pequeño sello con la forma de una mariposa: la marca del encuadernador. En la guarda delantera se veía de nuevo el monograma E. H., y algo que arrojaba muchas dudas sobre las notas al margen del *Pandosto*. En lo alto de la página, con una letra irregular, leyó la inscripción: JOHN PAYNE COLLIER A PHILLIP GARDNER, 1877. Collier, el conocido falsificador de las notas al margen shakespeareanas, había conocido a Phillip Gardner, quien para Peter era el candidato mejor situado para ser el pintor A. H. y el antiguo propietario del *Pandosto*. ¿Era el *Pandosto* otra falsificación de Collier, oculto entre los documentos de Gardner, al igual que había escondido el Segundo Folio en la biblioteca del duque de Devonshire? ¿Quizá Collier nunca «descubrió» el *Pandosto* porque mucho antes de 1877 ya había sido desenmascarado como falsificador?

Peter mantenía la esperanza de que el *Pandosto* fuera auténtico, aunque iba rebajando sus expectativas. Descubrir una nueva falsificación de Shakespeare hecha por Collier, sobre todo una tan audaz, constituiría una pequeña onda en el estanque de estudios shakespeareanos, y no el tsunami que provocarían las notas marginales caso de ser auténticas, pero seguiría siendo un descubrimiento, digno de un artículo en una publicación especializada. El libro quizá alcanzara un buen

precio en una subasta, sobre todo si era, en realidad, una primera edición completa. Incluso sin las valiosísimas notas al margen de Shakespeare, sería un ejemplar único de un libro importante.

La colección de libros sobre las falsificaciones de Shakespeare que antaño habían formado parte de la biblioteca de Evenlode House, y era de presumir que más recientemente de Evenlode Manor, constaba de diez volúmenes. Los últimos tres eran los libros que habían desenmascarado a Collier y revelado sus falsificaciones. Peter formó un perfecto montón con los diez libros y los trasladó al mostrador.

—Ah, veo que ha vuelto —dijo el librero.

Peter mantenía la cabeza gacha mientras sacaba el talonario.

—Sí, tengo un nuevo cliente que está interesado en las falsificaciones literarias, y recordaba haber visto estos libros. Me llevo todo el lote.

—Sí, es una buena colección. La trajo una curiosa pareja hace unos dos meses. No parecían exactamente gentes de letras. Pero no creo que sea robada. Los títulos son un poco desconocidos para un ladrón de libros.

—Supongo que no recuerda el nombre de las personas que los trajeron... — Peter se preguntaba si John Alderson estaba conchabado con su hermana en el engaño—. Me gustaría averiguar algo acerca de su origen.

No era del todo correcto que un librero preguntara a otro acerca de la procedencia de su mercancía, pero si las razones eran eruditas más que comerciales, las reglas podían ser más flexibles.

—Déjeme pensar... —El hombre sacó el libro de registro de debajo del mostrador y pasó las páginas—. Era una señora discreta, sin mucha personalidad, si sabe a qué me refiero.

—¿Apocada? —dijo Peter.

—Eso mismo —afirmó el hombre—. Así es como yo la definiría. Pero extendí un cheque a nombre de él. —Recorrió con el dedo una entrada en el registro—. El caballero se llamaba Thomas Gardner.

A Peter no le resultó nada traumática la experiencia de perder la virginidad, y no solo por el entorno familiar de la sala Devereaux y los familiares brazos de Amanda, sino también porque el hecho de, hasta cierto punto, estar interpretando un personaje le permitió proteger su yo más íntimo. En lo relacionado con otros tipos de protección, Amanda se encargó de eso, igual que se encargaba de tantas cosas. Mientras hacían el amor sobre la mullida alfombra, entre los disfraces desperdigados por el suelo, ella le guió igual que lo había guiado en la pista de baile. Luego Peter se acurrucó contra ella y apoyó la mano en su vientre desnudo; notó que su piel se enfriaba lentamente bajo su tacto. Permanecieron en un silencio roto tan solo por su respiración acompasada, y Peter comprendió que nunca se había sentido tan a gusto como en ese momento.

Finalmente Amanda colocó una mano sobre la de él y habló en un susurro, la voz amortiguada por la alfombra a pesar del cavernoso espacio que los rodeaba.

—Esta ha sido mi primera vez.

—La mía también —dijo Peter.

Ella le cogió la mano suavemente y con ella recorrió su carne tersa.

—Procuremos que la segunda sea igual de buena.

El sábado por la mañana, dos días después de Halloween, Peter cruzaba el campus rumbo a la biblioteca con la cabeza gacha, la espalda encorvada y los libros apretados contra el pecho —una postura que había conseguido protegerlo del mundo exterior desde que iba al colegio—, cuando oyó una voz jovial a su lado.

—Buenos días, Romeo. ¿Me reconoces con la cabeza sobre los hombros?

Peter no tuvo otra elección que levantar la mirada. Se encontró con Cynthia, la amiga de Amanda, que en ese momento caminaba a su lado con una amplia sonrisa.

—Buenos días, Cynthia —murmuró—. Llegaré tarde a la biblioteca.

Aceleró el paso, pero Cynthia no aflojó el suyo y siguió sonriéndole. Aquello lo incomodaba.

—Yo también voy hacia allí —dijo alegremente. Peter sabía que eso tenía que ser mentira. Él era prácticamente el único estudiante de Ridgefield que iba a la biblioteca los sábados por la mañana—. Así podremos hablar. Es difícil mantener una conversación de verdad en un baile de disfraces. —Peter se dijo que eso era exactamente lo que le había gustado del baile—. Ya sabes que Amanda habla todo el tiempo de ti, siempre es «Peter y yo hicimos esto» o «Peter y yo hicimos lo otro». Pero es muy reservada a la hora de contarme cómo eres en realidad.

—Supongo que soy una persona reservada —contestó Peter, apretando los libros con más fuerza contra el pecho.

Aunque quería huir de esa conversación lo antes posible, tampoco podía negar que le entusiasmaba que Cynthia dijera que Amanda hablaba de él constantemente. De repente se le hizo un nudo en el estómago al pensar que a lo mejor Amanda le había dicho a su amiga «Peter y yo hicimos el amor». Mientras caminaban, no apartó la mirada del dibujo que formaban los adoquines del sendero.

—Vale, no pasa nada —dijo Cynthia—. Con ser reservado. Aunque yo no soy así. Todo el mundo sabe siempre cómo me siento, les guste o no, pero me imagino que Amanda ha sido siempre más bien reservada.

—Supongo que Amanda y yo nos parecemos —dijo Peter.

Cynthia lo agarró del brazo con suavidad e hizo que se detuviera. Peter consideró que sería un poco grosero seguir mirando el suelo, de manera que levantó la vista hacia ella, aunque evitando mirarla a los ojos. Las manos le sudaban tanto que temía que se le cayeran los libros.

—Escucha, Peter —dijo Cynthia—. Entiendo que eres un chico reservado, y seguro que tienes tus razones. Pero me gustaría ser tu amiga, de verdad, y la razón es muy sencilla. Conozco a Amanda desde que teníamos seis años. Es la mejor amiga que he tenido. Y nunca la he visto tan feliz como desde que sale contigo. Quizá no has tenido muchas novias, por lo que no puedes comparar a Amanda con otras chicas.

—Nunca había salido con nadie —murmuró Peter.

—Bueno, pues deja que te diga que lo que Amanda siente por ti... no es solo lo que una chica siente por un chico con el que sale. Está chiflada por ti, Peter. Y esa es la cosa. O tú también estás chiflado por ella, en cuyo caso me gustaría muchísimo ser amiga del hombre que va a pasar el resto de su vida con mi mejor amiga, o no lo estás, en cuyo caso necesito saberlo ahora mismo para poder decirle a Amanda que he tenido que darte una patada en el culo por romperle el corazón.

Cynthia no dejaba de sonreír, pero Peter intuyó que esa última amenaza no era una broma. Además, en un momento de la conversación habían dejado de sudarle las manos y estaba mirando a Cynthia a los ojos.

—No me resulta fácil decirte esto —confesó Peter—. Me refiero a que casi no te conozco. Pero sí, estoy chiflado por ella. Puede que ella todavía no lo sepa, pero soy el hombre que va a pasar el resto de su vida con tu mejor amiga.

Peter se dio cuenta de que le ardían las mejillas de orgullo por esa declaración, pero no apartó los ojos de Cynthia.

—Bien —dijo ella, entrelazando el brazo con el de él y arrastrándolo por el sendero que llevaba a la biblioteca—. Entonces no tendré que darte una patada en el culo.

—Y aunque sea algo que no se me da muy bien, me gustaría ser amigo tuyo.

—Peter, creo que vas a ser un amigo excelente.

Recorrieron el resto del camino a la biblioteca en un amistoso silencio, y Cynthia lo dejó en la puerta con un beso en la mejilla antes de volver a cruzar el campus en dirección a su residencia. Peter soltó una carcajada al empujar las pesadas puertas y preguntarse cuánto rato lo habría estado esperando.

Peter se quedó sorprendido al ver luz en la oficina de Francis Leland mientras arrojaba sus libros sobre la mesa de la sala Devereaux. Pensaba que podría tener las Colecciones Especiales solo para él hasta que Francis se presentara a trabajar por la tarde. Peter se colocó en su silla de costumbre y observó un ejemplar del *New York Times* abierto sobre la mesa y doblado para que se pudiera leer un artículo cuyo titular era: «Una galería afirma poseer el primer texto impreso en Estados Unidos». Cogió el periódico y comenzó a leer la noticia.

En el artículo se mencionaba que un comerciante de documentos raros de Salt Lake City llamado Mark Hofmann había descubierto un ejemplar del primer documento impreso en Estados Unidos, un pliego titulado «Juramento de un hombre libre». Supuestamente se había impreso en Cambridge, Massachusetts, en 1638 o 1639. Aunque se conocía la existencia de ese escrito, se ignoraba que hubiera sobrevivido ninguna copia.

—Es el Santo Grial de la bibliofilia estadounidense —afirmó Francis mientras Peter dejaba el periódico sobre la mesa.

—¿De verdad vale un millón de dólares? —preguntó Peter.

Ese era el precio de oferta de los librerías de Nueva York que se encargaron de vender el «Juramento» a Hofmann.

—Quién sabe por cuánto se vendería en una subasta —dijo Francis—. Es un ejemplar único. Un millón y medio no sería un precio exagerado. La pregunta es: ¿quién se lo puede permitir? Según el artículo, la Biblioteca del Congreso y la Sociedad de Anticuarios Americanos han llevado a cabo pruebas exhaustivas y han concluido que el «Juramento» es auténtico.

El artículo también relataba que Hofmann, quien había demostrado su afición a desenterrar documentos históricos, especialmente los que se relacionaban con la Iglesia mormona, hacía poco había resultado herido en una de las tres explosiones por bomba de tubo que habían tenido lugar en Salt Lake City. La policía local parecía considerar a Hofmann sospechoso de los atentados, pero no veía ninguna relación entre la violencia y el asombroso hallazgo del «Juramento».

—¿Qué harías si encontraras algo así? —preguntó Peter a Francis.

—Haría lo mismo que han hecho estos tipos —dijo Francis dando unos golpecitos en el periódico con un lápiz—. Desconfiaría y lo mandaría a los

expertos.

—¿Crees que estos expertos han utilizado las mismas técnicas que Carter y Pollard? —preguntó Peter.

—La ciencia forense está un poco más avanzada ahora que hace cincuenta años, pero sí, imagino que básicamente se han fijado en tres cosas. En primer lugar, en la procedencia, es decir, quiénes han sido sus propietarios. En el caso de algo tan antiguo y valioso tienes que preguntarte de dónde procede y cómo ha permanecido oculto tanto tiempo sin que nadie lo descubriera. A continuación debes fijarte en el contenido. ¿Hay algo en el texto que resulte incoherente con la época: la ortografía, el uso de las palabras, los anacronismos, etcétera? En el caso que nos ocupa es una cuestión poco importante, porque el texto del «Juramento» se cita en fuentes históricas. Cualquiera puede consultarlo. Por último están los materiales. ¿La tinta es tan antigua como se pretende? ¿El papel es de ese período? ¿Encajan el proceso de impresión y la tipografía con los de la época?

—O sea, ¿que crees que es auténtico? —dijo Peter.

—Me gustaría ver personalmente los informes de los forenses —respondió Francis— antes de poder afirmar con rotundidad que no es una falsificación. Aun así, todo parece indicar que es auténtico.

—El primer documento impreso en Estados Unidos —dijo Peter—. Eso sería impresionante.

—Sí —convino Francis—, y a lo creo que lo sería.

La vio por primera vez sentada delante de un lienzo de John Everett Millais en una exposición de la Real Academia celebrada en 1875. Él iba de camino a encontrarse con su librero preferido, Benjamin Mayhew, al que le iba a comprar un documento único, y había decidido detenerse en la exposición. Hubo un tiempo en que Phillip Gardner tuvo la esperanza de que su propia obra colgara en las paredes de la galería londinense, pero, tras repetidos rechazos por parte de la Real Academia y la Sociedad de Historia de la Acuarela, había acabado aceptando que no poseía un gran talento como artista. Sus habilidades técnicas no tenían parangón (y de no haber tenido la previsión de casarse, habría podido ganarse la vida de manera aceptable como copista), pero carecía de esa visión del artista verdadero para crear una obra original. Rechazado por el mundo del arte, pintaba sus mediocres acuarelas en privado, las colgaba en las paredes de su casa, en el campo, y visitaba anualmente la Real Academia para recordarse sus propias carencias. Cada año recorría las salas, deteniéndose de vez en cuando ante un lienzo que atraía a muchos visitantes para ver si podía detectar qué tenía de especial. Nunca lo conseguía.

En sus manos enguantadas, la mujer sujetaba un pequeño folleto en el que se veían profusas notas marginales y subrayados. Era una mujer alta, majestuosa, habría dicho Phillip, de pelo oscuro y con una intensidad en la mirada que le parecía a la vez fascinante y turbadora. Sus facciones eran marcadas y angulosas, pero bajo su vestido se percibían claramente unas curvas muy femeninas. Phillip no tenía costumbre de quedarse mirando en público a las mujeres. Aunque su matrimonio era una farsa que le proporcionaba una renta y a su esposa una casa solariega, podía conseguir todo el alivio sexual que precisara con unos cuantos chelines y un paseo a cierta calle próxima a Covent Garden. De manera que no sabía exactamente por qué esa mujer lo fascinaba. Quizá porque estaba tan inmóvil como la figura del cuadro, o porque se la veía tan segura de sí misma y serena. O porque era evidente que estaba sola.

La mujer tenía los ojos clavados en el lienzo, y se mantenía imperturbable cuando otro visitante se interponía entre ella y la imagen del cuadro, en el que se veía a un hombre que parecía un torero y llevaba en brazos a una mujer por un empinado camino pedregoso. La mujer entrelazaba los dedos detrás de la nuca del hombre, y su cara, visible por encima del hombro de este, no parecía aclarar, por lo que Phillip podía ver, si la estaba secuestrando, rescatando, o simplemente la llevaba en brazos de vuelta de un picnic porque ella se había torcido el tobillo. Phillip debía de haber pasado más tiempo del que pretendía intentando estudiar todas las posibilidades, pues cuando oyó una voz a su lado comprendió que quien se le dirigía era la mujer que él había estado observando, y que en ese momento se había levantado de su asiento.

—A Ruskín no le gusta —dijo la mujer, todavía mirando el cuadro, pero enseñándole su folleto—. Afirma que es un error de composición que un amante tenga un cuerpo sin cara y el otro una cara sin cuerpo.

A Phillip le sorprendió que una mujer que no iba acompañada fuera tan atrevida para dirigirse en público a un hombre que tampoco iba acompañado, pero esa infracción del protocolo quedó amortiguada en su mente por otros factores. En primer lugar, para su sorpresa, la mujer era americana. En segundo, no había duda de que era inteligente, y la conversación inteligente con una mujer era algo que echaba mucho en falta desde la doble tragedia de la muerte de su hermana y su propia boda. En tercer lugar, y quizá el factor más irresistible, estaba su aroma embriagador; no sabía cómo describirlo, pero la fragancia de ella lo rodeó cuando se volvió para mirarla, y en ese momento supo que tenía que poseerla.

—¿Son amantes? —preguntó Phillip—. No lo tengo tan claro.

—Naturalmente que lo son —respondió ella con una carcajada—. Se titula *La cumbre del amor*. —La mujer dio un paso hacia el cuadro y observó el lienzo entrecerrando los ojos. A continuación se volvió hacia él y lo miró a los ojos por primera vez—. Pero entiendo a qué se refiere. También podrían ser enemigos. La línea de separación es muy fina.

Phillip Gardner estaba tan encantado de que ella hubiera tomado su ignorancia por un agudo ojo crítico que no se dio cuenta de que poseía una asombrosa capacidad para confundir el amor y el peligro.

Hounslow, Inglaterra,
lunes, 20 de febrero de 1995

Peter pasó la noche en un hotel anónimo cerca del aeropuerto de Heathrow. Había ido en coche de Hay directamente a Londres, pero no deseaba tener que lidiar con el tráfico metropolitano. Aparcó en el aeropuerto y tomó el metro a la ciudad. Durmió poco, y no solo porque intentara desentrañar el misterio de por qué dos supuestos enemigos mortales como Julia Alderson y Thomas Gardner al parecer estaban confabulados. ¿Acaso el hombre de la iglesia que había citado *Romeo y Julieta* al describir la «vieja rencilla» entre las dos familias había acertado más de lo que imaginaba? Peter comenzaba a detectar un complot.

De algún modo, Julia y Thomas se conocieron y se enamoraron. Pero lo que los mantuvo separados no fue solo el enfrentamiento familiar, sino la pobreza de Thomas Gardner. Julia descubre un libro único en el que un famoso falsificador victoriano había garabateado unas notas marginales con la letra de William Shakespeare. Se entera de que un librero americano vive cerca. Ella y su enamorado conspiran para engañar a ese americano con la intención de que venda el *Pandosto* a un precio exorbitante a un cliente incauto, para así poder reconstruir Evenlode House y vivir allí felices para siempre, a pesar del desprecio de sus respectivos parientes. Pero ¿y si el americano descubriera la falsificación? ¿Hasta dónde llegarían para proteger su plan? Peter necesitaba averiguar todo lo que pudiera acerca del *Pandosto*, pero también necesitaba regresar a Evenlode Manor lo antes posible y fingir que no pasaba nada.

Aquella mañana Peter iría al único lugar donde a lo mejor podía obtener alguna respuesta: el Museo Británico. La primera vez que él y Amanda fueron a Inglaterra, en su luna de miel, Francis Leland le concertó una cita para que conociera a Nigel Cook, uno de los bibliotecarios del Museo Británico. «Necesitas un contacto si vas a hacer compraventa de literatura inglesa, —le había dicho Francis—. Tienen cosas que no encontrarás en ninguna otra parte». Le había parecido extraño pasar una tarde de su luna de miel en las mohosas salas y oficinas abarrotadas del departamento de libros —no exactamente tan romántico como dar un paseo en bote por Kew Gardens o como cenar en el Savoy—, pero Peter había acompañado a Amanda mientras esta hacía su primera visita a los sitios que más le apasionaban: la Tate y el Victoria and Albert Museum. A ella le alegró hacer lo mismo por Peter, y dejó que este le apretara la mano, nervioso y entusiasmado, mientras Nigel Cook los llevaba a través del laberinto de salas hasta su oficina.

Nigel había proporcionado a Peter una de las grandes emociones bibliográficas de su vida, similar a la de su primer encuentro del manuscrito defectuoso de *Hamlet*. Había permitido a Peter echar un vistazo a un manuscrito

de la biblioteca de Robert Cotton: un salterio del siglo XI magníficamente miniado que, según la descripción latina, guardaba relación con la catedral de Winchester y el obispo William de Wykeham. Nigel también había acompañado a Peter y a Amanda en una breve visita por el edificio: la sala de catalogación, las zonas para investigadores visitantes, un laboratorio para analizar tinta y papel, y el de conservación que se parecía mucho al de Ridgefield.

—Si alguna vez hay algo que pueda hacer por ti —había dicho Nigel mientras se despedían en las galerías públicas—, no dudes en llamarme.

Dio su tarjeta a Peter y este se la guardó en la cartera. Siete años más tarde todavía seguía allí.

Peter telefoneó a Nigel desde la habitación del hotel a las 9.05 de la mañana. Vaciló a la hora de presionar el último dígito, por su habitual miedo a ponerse en contacto con los demás, pero se secó la palma de la mano en la colcha y acabó de marcar. Nigel se acordó de él inmediatamente, y sin hacerle más preguntas aceptó proporcionarle lo que Peter le solicitaba. Naturalmente, este no había contado a Nigel toda la verdad. Habría sido injusto obligar al bibliotecario a mantener ese secreto.

—Tengo una primera edición del *Pandosto* —afirmó Peter—, que posiblemente no consta en ningún tratado.

Nigel se ofreció a proporcionarle la única pero incompleta copia de la primera edición y un cotejador Hinman. El laboratorio, según dijo Nigel, estaría encantado de llevar a cabo el análisis de la tinta y el papel. En pocos días tendrían los resultados.

—Y Peter —añadió Nigel—, me alegra tener noticias tuyas. Hablé con Francis hace unos meses y parecía preocupado por ti. ¿Estás bien?

Peter se quedó sorprendido ante el tono de prudente consideración con que el bibliotecario formuló la pregunta. Ciertamente había dado importantes pasos en los últimos días: había entablado conversación con completos desconocidos de manera intencionada, había regresado al mundo del libro y permitido que una nueva pasión lo arrancara de su guarida secreta. Pero decir que estaba bien... eso era ir demasiado lejos. Al cabo de una larga pausa, contestó la pregunta lo mejor que pudo:

—No lo sé.

La vacilación de Peter antes de marcar el número siguiente fue considerablemente más larga. Aunque siempre había detestado telefonar a cualquiera que no fuera Amanda, al menos sabía que Nigel se mostraría receptivo con sus preguntas. No estaba tan seguro en el caso de Liz Sutcliffe; todo lo contrario, de hecho: necesitaba preguntarle algo a lo que ya se había negado a contestar. Después de diez minutos de estar sentado en la cama mirando la tarjeta

de Liz, renunció a planear lo que iba a decirle y marcó el número, recordando la manera en que ella le había sonreído mientras comían el *vindaloo*. Experimentó una mezcla de sobresalto y alivio al oír la voz de Amanda.

—Le caes bien —dijo Amanda—. Estará encantada de oír tu voz.

Peter creyó que quizá lo estaba alentando a hacer algo más que una simple llamada telefónica, pero antes de que pudiera responder a Amanda, Liz cogió el teléfono.

—Peter Byerly, ¡vaya sorpresa!

Peter se quedó sin saber qué decir y durante un momento no se escuchó nada.

—Espero que no te hayas arrepentido de nuestro trato —añadió Liz.

De pronto, Peter tuvo la certeza de que el teléfono era absolutamente inadecuado para lo que necesitaba. Si quería tener alguna oportunidad de convencer a Liz de que lo ayudara, debía hablar con ella cara a cara.

—Hoy voy a Londres —consiguió decir por fin—, y me preguntaba si te gustaría ir a comer. Quiero decir, ir a comer conmigo.

—Sería estupendo ir a comer —dijo Liz—. Mi oficina está en Bloomsbury, pero podemos vernos donde quieras.

—Estaré trabajando en el Museo Británico.

—¿Qué te parece si nos encontramos en las escaleras del museo a la una?

—¡Estupendo! —exclamó Peter—. Eso sería estupendo. Te veo allí a la una.

—Genial —dijo Liz alegremente, y colgó.

Peter se detuvo en W H Smith para comprar el periódico de la mañana, y a continuación se instaló en un asiento del vagón de la línea Piccadilly rumbo a Londres. Solo después de haber leído toda la primera página del *Times* se dio cuenta de que a lo mejor Liz Sutcliffe había pensado que le pedía una cita.

La niebla matinal se había disipado por completo, y un sol invernal brillaba sobre Russell Square cuando Peter salió del metro. Aspiró el aire fresco y tonificante de la mañana mientras a paso vivo recorría las escasas manzanas que lo separaban del Museo Británico. Eran las diez y media cuando presentó su pase de lector al empleado que había en la puerta que conducía al departamento de libros.

—Encantado de volver a verte, Peter —dijo Nigel mientras lo acompañaba a una sala de lectura de dimensiones modestas en la que había una mesa de biblioteca en el centro y libros forrando las paredes—. Ha pasado mucho tiempo.

—Siete años —precisó Peter.

Por un momento temió que Nigel le preguntara qué había ocurrido durante ese período, pero no tenía de qué preocuparse. Peter debería haber recordado que Nigel era el inglés prototípico, por lo que le bastaba tener un solo tema de

conversación con alguien a quien conocía tan poco.

—Hoy hace un día estupendo —dijo—, aunque no creo que dure.

—Sin embargo, de momento podemos disfrutarlo —alegó Peter, sabiendo que, en las entrañas del Museo Británico, no era probable que nadie disfrutara del tiempo.

—He hecho que te traigan la primera edición del *Pandosto* y algunas obras de Robert Greene —explicó Nigel—. Encontrarás un cotejador Hinman al final del pasillo, en la sala que hay a la derecha. Haré que los ayudantes te traigan también algunos listados de las ediciones de 1592 y 1595 del *Pandosto*. Estas solo las tenemos en microfilm, pero puedes cotejarlas si lo precisas. Detesto dejarte aquí sin nada que hacer, pero tengo que volver al trabajo. En cuanto llegue el material, haré que te lo envíen.

Así fue como Peter de pronto se encontró solo en una sala forrada de libros muy por debajo de los turistas y los escolares que recorrían las galerías en dirección a la piedra Rosetta y los mármoles de Elgin. Depositó su cartera, donde guardaba el *Pandosto*, sobre la mesa y comenzó a examinar las estanterías. Los libros eran sobre todo obras de referencia clásicas: los gruesos y pesados volúmenes del *Oxford English Dictionary*, estantes de bibliografías y largas hileras con los volúmenes bajos y anchos del *Diccionario de biografías nacionales*, conocido por los eruditos como el *DBN*.

Peter se dijo que quizá podría investigar un poco el origen del *Pandosto* mientras esperaba; a lo mejor el *DBN* le proporcionaba alguna otra pista acerca de los demás propietarios. Sacó el libro de su cartera, diciéndose que ojalá lo hubiera devuelto a su estuche antes de salir de casa ya que el sobre de papel libre de ácido en el que lo había colocado parecía insuficiente para proteger ese tesoro. Abrió el *Pandosto* sobre la mesa y colocó la cartera de tal manera que nadie que entrara en la sala pudiera ver el libro. Volvió a leer la lista de propietarios, intentando bosquejar un relato que los relacionara entre sí.

R. Greene a Em Ball

Bart. Harbottle

Wm. Shakspeare, Stratford

R. Cotton, Augusto B IV

Matthew Harbottle, Red Bull Theater

John Bagford

John Warburton

R. Harley, Oxford

B. Mayhew para William H. Smith

A. H./E. H.

El autor había regalado el libro a su amante, y esta posteriormente se lo había vendido el librero Harbottle. Bartholomew lo había vendido o regalado a Shakespeare, quien se había inspirado en el librero para crear el personaje de Autólico. Shakespeare había regalado el libro a Robert Cotton, quizá en agradecimiento por permitirle tener acceso a su biblioteca. Más tarde Harbottle había obtenido el libro de Cotton, por medios legítimos o ilegítimos, y se lo había librado a un pariente, probablemente a su hijo. El joven Harbottle se había librado del libro en algún momento del siglo XVII, probablemente fuera de Londres, evitando así que este fuera consumido por el gran incendio de 1600, y con el tiempo había acabado comprándolo John Bagford, quien luego se lo había vendido a John Warburton.

Peter extrajo los volúmenes del *DBN* para buscar los nombres de Bagford y Warburton. Confirmó que Bagford había sido librero, pero que también había compilado una famosa colección de muestras de impresión. La biografía de Warburton observaba que «tras mucho beber e intentar confundir a Wanley, vendió, en julio de 1720, al conde de Oxford muchos manuscritos valiosos en las condiciones que Wanley impuso». Humfrey Wanley fue bibliotecario de Robert Harley, conde de Oxford. La colección que Harley y su hijo recopilaron fue donada al Museo Británico y acabó formando parte de la Biblioteca Británica. ¿Cómo era, pues, que el *Pandosto* no estaba en ella?

Peter extrajo de su cartera una grabadora de microcasetes y comenzó a dictar algunas notas. Había adquirido la costumbre de utilizar la grabadora cuando estaba en Ridgefield. En la sala de Libros Raros se prohibía el uso de plumas estilográficas, y Peter acostumbraba romper las puntas afiladas de los lápices nada más ponerse a escribir. Una grabadora era una manera fácil de tomar notas sin poner en riesgo materiales tan delicados.

Peter no encontró en el *DBN* el nombre «B. Mayhew», y estaba a punto de sacar el volumen que contenía los Smith cuando entró un joven cargado de libros.

—¿El señor Byerly? —preguntó.

—Sí —afirmó Peter.

—Creo que esto es para usted —dijo el joven, colocando los libros sobre la mesa.

Peter esparció los volúmenes del *DBN* y enseguida se puso a examinarlos. Casi todos llevaban sencillas carpetas protectoras, nada comparable a las complejas y elegantes fundas creadas a instancias de Amanda Devereaux, pero bastaban para proteger libros y opúsculos de cuatrocientos años de antigüedad del roce de tener que sacarlos de los estantes. A pesar de que había varias rarezas tentadoras, Peter buscó el libro que más le interesaba: el único ejemplar que constaba de la primera edición de 1588 del *Pandosto*.

Tal como Peter lo veía, la cuestión de la autenticidad del *Pandosto* de Evenlode Manor tenía una doble vertiente: la autenticidad del libro impreso y la

autenticidad de las notas al margen. La tarea de aquella mañana era comenzar a contestar a la primera cuestión. El ejemplar de la Biblioteca Británica del *Pandosto*, que extrajo meticulosamente de su estuche, no era completo: carecía del segundo cuadernillo. Si Peter podía demostrar que el ejemplar de Evenlode Manor era una primera edición completa y auténtica, sería algo importante aun cuando las notas al margen se hubieran falsificado.

Peter cogió los dos ejemplares del *Pandosto*, recorrió un estrecho pasillo hasta una sala no mucho más grande que un armario, ocupada casi por completo por una mole metálica de color gris, de uno ochenta de alto por uno cincuenta de ancho, que era el cotejador Hinman del museo. El cotejador, un instrumento de comparación óptico, lo había inventado un estudioso de Shakespeare, Charlton Hinman, a finales de 1940 para que le ayudara a la hora de comparar copias de textos. El investigador colocaba dos ejemplares de un libro sobre las dos plataformas de la máquina, a continuación miraba con un visor binocular y ajustaba la imagen para que, a través de una serie de espejos, los dos ejemplares se superpusieran de manera exacta. De este modo, uno podía comprobar a primera vista si los textos eran idénticos o si había alguna variación, pues las diferencias resultaban evidentes. Hinman había utilizado su cotejador para comparar copias del Primer Folio de Shakespeare, catalogando de manera minuciosa los distintos cambios y correcciones que se habían llevado a cabo durante la impresión.

Peter abrió cuidadosamente los dos ejemplares del *Pandosto* por la portada y los colocó con delicadeza en las plataformas del cotejador. Accionó el interruptor, y la máquina emitió un zumbido mientras las luces iluminaban los textos y los ventiladores comenzaban a girar. Peter se inclinó sobre el visor binocular y ajustó los mandos hasta que las dos páginas que flotaban delante de él poco a poco se fusionaron en una sola imagen nítida. Encajaban a la perfección. Durante la hora siguiente, Peter repitió ese proceso con todas las páginas, excepto con aquellas que faltaban en el ejemplar de la Biblioteca Británica. Todo encajaba impecablemente.

Hasta que no llegó a la última página, no reparó en que le dolía la espalda de estar inclinado durante tanto tiempo sobre el visor. Sin extraer los libros del cotejador, regresó a la sala de lectura, donde dejó que sus ojos se adaptaran un momento a la luz. Se estiró para aliviar la tensión de la espalda y dio varias vueltas alrededor de la mesa de la biblioteca. De repente vio, cerca de su cartera, un montón de fotocopias: los listados de las ediciones posteriores del *Pandosto* que el ayudante de Nigel había extraído de las copias en microfilm.

Peter sabía ya que todas las páginas de la primera edición de la Biblioteca Británica encajaban con el ejemplar de Evenlode Manor, pero ¿y el cuadernillo que faltaba? Si el *Pandosto* de Evenlode Manor era una falsificación, el texto tenía que haberse copiado de ejemplares existentes, y la única primera edición

de la que había constancia estaba incompleta. Si el texto del cuadernillo que faltaba encajaba con una edición posterior, entonces el ejemplar de Evenlode Manor despertaría sospechas.

Regresó al cotejador y extrajo el *Pandosto* de la Biblioteca Británica, sustituyéndolo por la fotocopia de la edición de 1592. Esa vez comparó solo las páginas que faltaban de la primera edición de la biblioteca. Sobre cada una de ellas el texto parecía moverse delante de sus ojos para indicar diferencias casi en todas las líneas. Lo mismo ocurrió en el caso de la edición de 1595. Tras extraer el *Pandosto* de Evenlode Manor del cotejador, Peter exhaló un largo suspiro de alivio. Había encontrado exactamente lo que deseaba. Ahora parecía haber solo dos posibilidades: o bien el *Pandosto* de Evenlode Manor era una auténtica primera edición, o bien se había falsificado de manera brillante a partir de una copia completa de la primera edición. De esas dos posibilidades, la primera era no solo la más atractiva, sino también la más probable.

Peter apagó la máquina y extrajo el *Pandosto* de Evenlode Manor y las fotocopias, las cuales colocó en su cartera por si tenía que utilizarlas posteriormente. Se sentó a la mesa de la sala de lectura y abrió el *Pandosto* por la última página, la guarda posterior repleta de notas. Había una gran mancha de tinta marrón en la esquina inferior derecha. Extrajo unas tijeras de su cartera y, con mucho cuidado, recortó un diminuto trozo de la esquina y lo colocó en un sobre. Esa muestra sería suficiente para analizar la antigüedad de la tinta y del papel. Devolvió el libro al sobre protector y lo introdujo en la cartera.

Peter llamó a la puerta de la oficina de Nigel para atraer la atención del bibliotecario y entregarle el sobre que contenía la muestra.

—Espero que sea del siglo XVI —dijo Peter—, pero existe la posibilidad de que se trate de una falsificación del siglo XIX.

—Analizaremos la tinta y el papel —afirmó Nigel—. No sé si podemos llegar a nada concluyente, pero te haré saber lo que averigüemos.

Peter anotó su número de teléfono en un papelito y se lo entregó a Nigel.

—¿Crees que sería posible tener los resultados antes de que acabe la semana? Voy un poco justo de tiempo —dijo.

—Haré lo que pueda —contestó Nigel sonriendo. A Peter le habría gustado una promesa más definitiva, pero no quería parecer el típico americano prepotente, así que no insistió—. ¿Cómo ha ido el cotejo? —preguntó Nigel.

—Bastante bien.

—Ahora mismo voy a salir a almorzar —dijo Nigel—, pero si necesitas algo, James, mi ayudante, regresará en unos minutos.

Ante la mención del almuerzo, Peter sintió un acceso de pánico. El reloj que había colgado en la pared de Nigel señalaba la 1.10 de la tarde.

—Debo irme —dijo Peter reculando para salir de la oficina de Nigel—. Tengo una cita. Llámame en cuanto sepas algo.

Avanzó por el pasillo a toda velocidad y recogió su cartera. Sin pararse a devolver los volúmenes del *DBN* a los estantes, se dirigió a la puerta y subió de dos en dos los escalones que llevaban a las galerías. Cuando llegó a la puerta principal del museo, era la 1.15.

Peter cruzó las puertas impetuoso, sin aliento después de la carrera que se había dado. El frío aire invernal le golpeó las mejillas con la fuerza de un bofetón, y lo recibió una ráfaga de viento que ascendió por la escalera de piedra. Un grupo de escolares deambulaba por la escalinata. Peter buscó a Liz entre la multitud, preguntándose si no se habría marchado. De repente lo asaltó el vivo recuerdo de otro día, años atrás, cuando se encontró con Amanda en esa escalera. También había llegado tarde.

—Supongo que la culpa es de Robert Cotton —había dicho Amanda, sonriendo y dando a Peter un rápido beso en la mejilla.

Aquel día había sido aún más frío, y sintió el beso en la cara mucho después de que Amanda lo hubiera llevado escalera abajo.

—¿Buscas a alguien? —dijo una voz que lo retornó al presente—. Imagino que si tu reloj aún va con la hora de Estados Unidos, has llegado con cuatro horas y cuarenta y cinco minutos de antelación.

—Lo siento —se disculpó Peter—. Estaba enfrascado en una investigación.

—Bueno —dijo Liz cogiéndole el brazo exactamente igual que solía hacerlo Amanda—. Al menos esa es una excusa que puedo entender.

Liz estaba distinta de la mujer que Peter había conocido tres días antes. Tardó un minuto en caer en la cuenta de que el cabello de ella, que el viernes por la noche era de un castaño apagado con mechas rubias, en ese momento presentaba un intenso y uniforme color miel. También parecía que se lo había cortado. Era un poco menos largo, pero sí considerablemente menos rizado, e incluso cuando el viento se lo alborotaba y algunas mechas le iban hacia la cara, no se despeinaba tanto como el viernes. El brazo de Peter estaba tenso casi hasta el punto del dolor allí donde Liz entrelazaba el suyo. Todos los músculos de su cuerpo parecían gritarle: «Cree que le has pedido una cita; no dejes que se engañe». Y sin embargo, a pesar de todo, Peter se descubrió diciendo:

—Me gusta tu cabello.

—Gracias —contestó Liz—. El viernes por la noche, cuando llegué a casa, me dije: Jesús, este tipo ha estado sentado delante de mí toda la noche viéndome esta mierda de pelo, por eso decidí que tenía que hacer algo, qué demonios.

Peter se sentía como si estuviera librando un combate entre su cuerpo, que intentaba apartarse ligeramente de Liz, y su boca, que estaba a punto de decir algo bonito. Ciertamente se lo había pasado bastante bien con ella el viernes por la noche, pero si entonces lo impulsaba la curiosidad por la acuarela, sus motivos de aquel día eran mucho más poderosos, y necesitaba que ella comprendiera que ese almuerzo no era una cita al uso.

—Han pasado muchas cosas desde el viernes —dijo, al tiempo que conseguía por fin desembarazarse del brazo de ella.

De repente se vieron atrapados entre un tropel de turistas que cruzaba Great Russell Street.

—Tendrás que contármelo todo —dijo Liz agarrando la mano desnuda de Peter entre la suavidad de su guante de ante, y lo arrastró más allá de Museum Street—. Conozco un fabuloso restaurante italiano; está ahí, en la esquina.

Peter se resignó a que le cogiera la mano; entendió que era algo necesario para evitar separarse en medio de la multitud que abarrotaba la acera. Al cabo de un momento habían doblado una esquina hacia la calma relativa de Coptic Street, donde sus librerías y galerías de arte tenían poco interés para la masa de turistas que inundaban Great Russell Street. Sin embargo, Peter no soltó la mano de Liz; se dijo que sería descortés.

Doblaron otra esquina y entraron en un diminuto restaurante italiano, pero ninguno de los dos volvió a decirse nada hasta que no los acomodaron a una mesa delante de la ventana.

—Tengo algo para ti —dijo ella; introdujo la mano en su voluminoso bolso y extrajo un sobre rígido de color beige—. Tu acuarela. Gracias por el préstamo.

Peter cogió el sobre. Debido a su entusiasmo por el *Pandosto*, aquello le parecía un poco menos importante que cuando había entregado el retrato, tres días atrás.

—De nada —dijo Peter, y guardó el sobre en su cartera.

—¿No quieres echarle un vistazo? —preguntó Liz.

—Me fio de ti.

—No es eso —contestó Liz—. Es solo que... me pareció como si, no sé..., como si tuvieras necesidad de mirarla de vez en cuando.

Aunque la acuarela, y lo que Liz supiera de ella, era el motivo de su encuentro de aquel día, la obsesión de Peter con esa imagen se había desvanecido considerablemente desde su descubrimiento del *Pandosto*. La pintura era un objeto sin valor que solo le interesaba a él por el fortuito parecido que guardaba con Amanda; el libro, en cambio, era posiblemente uno de los grandes descubrimientos de la historia de la literatura inglesa.

El camarero colocó dos vasos de vino tinto sobre la mesa y Liz levantó el suyo en dirección a Peter. Este respondió al brindis y su copa chocó con la de ella quizá con demasiada fuerza; el vino casi se derramó sobre el mantel blanco y perfectamente planchado. Peter dio un buen trago y dejó otra vez la copa sobre la mesa.

—Tómatalo con calma —dijo Liz—. Bueno, ¿qué ha ocurrido desde el viernes?

En su voz pareció asomar cierta inseguridad, y Peter de repente se sintió avergonzado de pensar tan solo en sonsacarle información y no en los

sentimientos que Liz, de manera legítima, pudiera albergar después de haber salido a comer dos veces en tres días con el mismo hombre. Sintió un arrebato de ternura hacia ella, algo que no había experimentado desde que perdiera a Amanda. Y era una sensación tan aterradora como inesperada.

—Tengo un problema —dijo Peter—. Quizá dos problemas.

—Te escucho. —Liz cruzó los brazos sobre el pecho y se recostó en la silla.

Peter no estaba seguro de por dónde empezar. Anhelaba con todas sus fuerzas conocer el nombre y la dirección del misterioso erudito de Cornualles que, al parecer, era la única persona del mundo que sabía algo de la identidad de A. H., y ahora estaba en una inmejorable situación para obtener esa información de Liz. Por otro lado, no podía evitar pensar, mientras observaba la postura defensiva de ella al otro lado de la mesa, que en el aire flotaban sentimientos no expresados, y que si primero no los abordaba, ella nunca le contaría nada.

—Me cuesta mucho enfrentarme a esto —dijo por fin Peter llevando a cabo un vago gesto con la mano que pretendía abarcarlos a los dos, pero que parecía una petición para que el camarero despejara la mesa.

—¿A esto? —repitió Liz

—Me refiero a ti y a mí.

—¿Qué pasa con nosotros?

Liz parecía apretar con más fuerza los brazos contra el pecho.

—Bueno, creo que a lo mejor..., quiero decir que es posible que yo... Puede que me gustes.

—Uau, desde luego sabes cómo poner una chica a tus pies —dijo Liz.

—Ya ves, este es mi problema. Es algo que no se me da nada bien —reconoció Peter—. En toda mi vida solo he salido con una mujer y no creo... y no creo haberla olvidado, por lo que no me gustaría que te hicieras una idea errónea.

—¿Y qué idea sería esa? —dijo fríamente Liz.

—Que me gustas. Quiero decir que me gustas... y ya sabes, de esa manera.

—Bueno, eres honesto. Cuando has dicho que esto no se te daba bien, sabías de lo que estabas hablando.

—Mira... —Peter notó que el sudor le perlaba la frente y que se quedaba sin apetito—. La verdad es que no sé cómo explicártelo, pero hay una gran parte de mí que no quiere que pienses que esto es una cita. Pero hay otra parte de mí, y es una parte de la que no era consciente hasta que no te he visto en la entrada del Museo Británico, que quiere que pienses que esto es una cita. ¿Puedes comprenderlo?

—En primer lugar —dijo Liz—, relájate porque esto no es una cita; no somos más que dos amigos que se han encontrado para almorzar. Y en segundo lugar, eso es todo lo que somos, Peter, dos amigos. Sé que no lo has pasado muy bien y, al parecer, hacer amistades no es uno de tus grandes talentos, pero confía en mí,

no es tan difícil. Además, para ser amigos lo único que tienes que hacer es más o menos pensar que a lo mejor te gusta. —Liz por fin sonrió y descruzó los brazos, tomando su copa de vino y levantándola de nuevo en dirección a Peter—. Y ahora, esta vez con más suavidad —dijo—. Por la amistad.

Peter hizo chocar su copa suavemente contra de ella y dio un buen trago al vino. Cuando volvió a dejar su copa sobre la mesa, Liz recogió la servilleta de Peter y le secó el sudor de la frente. Peter tembló ante la intimidad del gesto, pero antes de que se le ocurriera nada que decir, Liz se había vuelto a reclinar en su silla y decía:

—Todavía te interesa saber quién era A. H., ¿no?

—Pero ya no es por razones egoístas.

—¿Ya no es por razones egoístas?

—Bueno, es por razones menos egoístas que las razones originales.

—Eso resulta tranquilizador.

—Escucha... —Peter se esforzó por explicarse—. He encontrado otra cosa firmada por A. H., no una pintura, sino más bien un... documento. Estaba en una casa que estoy seguro que tu misterioso erudito de Cornualles visitó, solo que no creo que viera el documento.

Liz se inclinó hacia delante con un brillo en los ojos.

—¿Qué clase de documento?

—No te lo puedo decir.

—Creía que confiabas en mí.

—Y es cierto —afirmó Peter—. Es solo que necesito averiguar más de este... documento antes de poder contarte nada. A lo mejor te parece una locura, Liz, pero podría ser peligroso saber algo.

Peter recordó la mirada fría de Julia Alderson y el frío acero de la escopeta de Thomas Gardner. Si el *Pandosto* era una falsificación, se imaginaba que esos dos llegarían bastante lejos para guardar el secreto.

—No creas que parece tanta locura —repuso Liz—. Esta mañana he recibido una llamada de mi erudito de Cornualles. Yo no puedo contactar con él porque no tiene teléfono, pero de vez en cuando va al pueblo y me llama desde un teléfono público. Me ha dicho que me había mandado el manuscrito definitivo por correo urgente, pero nunca lo había visto tan... bueno, tan nervioso. Me dijo que estaba asustado.

—¿De qué? —preguntó Peter mientras le venía a la mente la imagen de Thomas Gardner paseándose por los parajes inhóspitos de Cornualles con una escopeta al hombro.

—No me lo ha contado. Solo me ha explicado que no dejaba de oír ruidos extraños y que estaba preocupado. Le he dicho que estaba paranoico. Vive en la linde del páramo de Bodmin. ¡Por el amor de Dios, naturalmente que oye ruidos extraños! Quiero decir que, por importante que sea para él y para mí el

manuscrito sobre A. H., el mundo ni se enterará. Y por celosos que puedan ser, en la Sociedad de Historia de la Acuarela nadie tiene la imaginación ni las pelotas para dedicarse al espionaje académico. Sin embargo, me preocupa que estuviera tan asustado.

—¿Te refieres a Graham? —preguntó Peter.

—¿Cómo sabes su nombre? —exclamó Liz, sorprendida.

—Como te he comentado, han pasado muchas cosas desde el viernes —dijo Peter sonriendo sobre el borde de su copa de vino.

—Hay más de un Graham en Cornualles —replicó Liz, también sonriendo.

«Es posible que el manuscrito de Graham no sea de gran importancia para el mundo en general, pero sí sería noticia de primera página un libro lleno de notas marginales escritas por Shakespeare. Y si el libro que Liz estaba a punto de publicar de algún modo amenazara esa noticia, quizá valiera la pena... bueno, crear... interferencias», se dijo Peter.

—Mira, Liz, haré un trato contigo. Si me dices cómo encontrar a este tal Graham, le haré una visita. Le preguntaré lo que tenga que preguntarle, y también me aseguraré de que no está en peligro. Y en cuanto me parezca seguro, prometo contarte todo lo que he descubierto. Tú serás la primera en saberlo, y te garantizo que es una historia realmente buena.

—¿Vas a ir hoy a Cornualles?

—Tengo el coche en Heathrow. Será ya de noche cuando llegue, pero sí, saldré en cuanto acabemos de comer.

—Y si crees que está en peligro, ¿lo traerás a Londres?

—Naturalmente —afirmó Peter.

—No será fácil. Es un maldito testarudo.

—No tienes más que darme su apellido e indicarme cómo llegar allí, del resto me encargo yo.

Peter confiaba en que un vistazo al *Pandosto* y el hecho de saber cómo se las gastaba Thomas Gardner convencería a cualquiera de que era mejor trasladarse a un lugar más seguro que la zona rural de Cornualles.

—Después de comer —dijo Liz mientras el camarero les colocaba delante dos cuencos de espaguetis—. Te lo contaré después de comer.

—¿De verdad? —se sorprendió Peter, quien había esperado más resistencia.

—Regresemos a tu otro problema, ¿de acuerdo, Peter?

—¿Mi otro problema?

—Ya sabes, el hecho de que... ¿Cómo lo has dicho? Ah, sí, que a lo mejor te gusto.

—Ah, eso —dijo Peter enroscando los espaguetis en torno a su tenedor mientras su apetito se evaporaba una vez más.

—Es evidente que no has superado lo de Amanda. —Peter asintió—. Y puesto que esto es un almuerzo entre amigos, puedes hablarme de ella. Así que

cuéntame algo de la difunta señora Byerly.

Peter vio a Amanda de pie al otro lado del restaurante, sonriéndole. Llevaba un vestido negro hasta los pies con un canesú ajustado con lentejuelas. Peter había olvidado ese vestido. Imaginó que la música de ópera italiana que sonaba de fondo lo había resucitado. « Cuéntale lo de la ópera », dijo la boca de Amanda en silencio, antes de desvanecerse.

—Nunca había ido al teatro antes de conocer a Amanda —comenzó a contar Peter, todavía mirando por encima del hombro de Liz en dirección al lugar donde se había aparecido Amanda—. En mi tercer año en la universidad Amanda me llevó a una producción estudiantil de *El Mikado*; le encantaban los victorianos. Y fue divertido. Más o menos a la mitad del segundo acto, me di cuenta de que lo estaba pasando bien, cosa inhabitual para mí en una sala llena de gente. Así que empezamos a ir al teatro. Primero a las representaciones estudiantiles de Ridgefield, y luego de vez en cuando íbamos hasta Raleigh para ver a alguna compañía profesional que estaba de gira. Recuerdo nuestro primer Shakespeare. Me chiflaban sus obras, pero nunca las había visto en escena. Se trataba de *Sueño de una noche de verano*. Nunca me había reído tanto en mi vida. Le tuve una veneración todavía mucho mayor al comprobar que había sido capaz de escribir chistes que aún me hacían reír cuatrocientos años más tarde.

» De todos modos, un verano, unos tres años después de habernos casados, Amanda y yo estábamos planeando visitar Londres cuando ella leyó que la English National Opera iba a poner en escena *Las bodas de Figaro*. Amanda siempre había adorado a Mozart y *Figaro*, pero nunca había ido a la ópera. Cuando descubrió que representaban su obra preferida en Londres, llamó y compró entradas, y luego fue a ver a su madre y le pidió prestados los viejos discos de *Figaro* de su abuela, junto con el libreto, que debió de escuchar cada noche durante un mes. Quería aprenderse todo el texto italiano, dijo, para poder disfrutar de la representación tal como el compositor había pretendido que fuera.

» De modo que llegamos a Londres, y Amanda está impaciente por ir a la ópera. Se ha comprado un precioso vestido largo y alquilado un frac para mí. Vamos demasiado elegantes, pero a Amanda no le importa. Estamos sentados en un palco, y ella está tan entusiasmada que cuando se apagan las luces y suena la obertura, me aprieta la mano de impaciencia. Entonces se levanta el telón y allí están, Figaro y Susana, cuando Figaro mide la habitación para colocar su cama de matrimonio y canta: “Cinco, diez, veinte, treinta...”.

» Bueno, la mano de Amanda queda inerte. La miro de reojo y advierto una expresión de horror en su cara. Lleva un mes aprendiendo italiano y la ópera es en inglés. Hago grandes esfuerzos para no echarme a reír porque la quiero mucho, pero ese momento tiene algo realmente hilarante. Y entonces me pongo a mirar la ópera... a la que debo decir que más o menos me llevó a rastras. Y puedo entender lo que dicen porque cantan en inglés. Y empiezo a meterme en la

historia y pronto me río de los chistes y me lo paso realmente bien.

» Cuando acaba la función, antes de darme cuenta estoy de pie aplaudiendo, y veo que Amanda también se pone de pie a regañadientes y que su ovación es más fría, pero yo no puedo dejar de aplaudir. Grito “Bravo” con todos los demás y me siento la mar de bien con mi frac, como si hubiera nacido para ser un caballero y estar en un palco de la ópera. Cuando acaban los saludos, me vuelvo hacia Amanda y veo que está llorando. Así que le cojo la mano y le digo que siento mucho que hayan estropeado su obra preferida, y que a lo mejor podríamos ir a Milán alguna vez para ver la versión original. Y ella me mira a los ojos y dice (y eso es algo que nunca olvidaré): “No es eso. Es que me siento muy feliz de que lo hayas pasado bien”. Se había pasado cientos de horas preparándose para aquella velada, y desde su punto de vista habían masacrado a Mozart, pero cuando todo acabó, se sintió feliz de que su marido, que la había acompañado a desgana, hubiera acabado disfrutando. Eso es amor.

Peter se secó una lágrima con el dorso de la mano mientras miraba las relucientes mejillas de Amanda al otro lado del comedor. Cuando ella volvió a desaparecer, se dio cuenta de que nunca había contado esa historia a nadie, ni siquiera al doctor Strayer.

—Maldita sea —dijo Liz, devolviendo a Peter al presente—. Me has hecho llorar. Y eso no tenía que pasar. —Se secó los ojos con la servilleta—. Debe de ser muy duro estar sin ella.

—Sí —reconoció Peter—. Lo es. —Se sintió bien al admitirlo, al no tener que fingir que todo iba de maravilla. Extendió el brazo y cogió la mano a Liz—. Gracias por escucharme.

Peter no había probado su plato de pasta cuando con una seña pidió que le llevaran la cuenta. Liz le anotó unas complicadas indicaciones y dibujó un mapa que lo ayudaría a llegar a la residencia de Graham Sykes en la linde del páramo de Bodmin.

Mientras se encaminaban hacia Russell Square, Peter de pronto recordó que en sus prisas por salir del Museo Británico había olvidado investigar el personaje de William H. Smith.

—¿Sabes algo de W. H. Smith? —preguntó a Liz.

—Bueno, sé que no venden los libros que publicamos —dijo Liz.

Peter tardó un momento en comprender que ella se refería a la cadena de quioscos. Era curioso que hubiera planteado la pregunta de ese modo en lugar de decir William H. Smith.

—De hecho me refería a una persona —aclaró Peter—. William H. Smith. Creo que debe de ser de la época victoriana.

—El monarca del mar —dijo Liz.

—¿Perdona?

—Creo que su padre comenzó el negocio familiar: vender periódicos en las

estaciones del tren. Pero fue el hijo el que hizo famoso el nombre de W. H. Smith. Era miembro del Parlamento y llegó a ser Primer Lord del Almirantazgo, creo que con el gobierno de Disraeli. Imagino que generalmente se lo considera un marinero de agua dulce que no merecía el nombramiento, y así fue como Gilbert y Sullivan lo convirtieron en el sir Joseph Porter de *H. M. S. Pinafore*. Ya sabes: « Soy el monarca del mar, el soberano de la armada de la reina » —cantó Liz—. Hace unos meses nos dieron una charla sobre él en la Sociedad del Teatro Victoriano.

—¿A cuántas sociedades perteneces? —dijo Peter.

—A varias —respondió Liz riendo.

—Me pregunto si será el mismo William H. Smith. El que busco probablemente estaba interesado en Shakespeare.

—Se lo preguntaré a Lawrence —dijo Liz—. Lawrence Smith... es el que dio la charla el otro día. Creo que es su sobrino nieto o algo así.

Se encontraban ya junto a la entrada de la estación de metro de Russell Square, y Liz repasó con Peter una vez más las indicaciones para llegar a la casa de Graham Sykes.

—Es un ave nocturna —le advirtió Liz—, así que ve a verlo cuando llegues, sea la hora que sea.

—Lo haré.

Sin comprender qué había pasado ni quién había dado el primer paso, Peter se descubrió abrazándola.

—Y llámame —le dijo ella al oído.

Liz se dio la vuelta y desapareció doblando la esquina, y Peter descendió a las ventosas profundidades del metro.

En una oficina lujosamente amueblada situada encima de su tienda, nada más doblar la esquina llegando de Saint Paul, Benjamin Mayhew estaba sentado ante un amplio escritorio contestando la correspondencia. Esperaba la visita de Phillip Gardner, su cliente más rentable, pero había pasado la una y no había señal del coleccionista. A lo mejor, se dijo Benjamin, el tren había llegado con retraso.

Benjamin llevaba veinte años trabajando en el negocio de los libros y había conseguido una clientela adinerada que le permitía vivir muy bien. Recordaba perfectamente el primer encuentro con su cliente favorito, William Henry Smith, el hombre de negocios que en ese momento era secretario del Tesoro en el gobierno de Benjamin Disraeli. Smith se había quedado fascinado por el libro sobre las falsificaciones shakespearianas de William Henry Ireland y, a lo largo de los años, se había convertido en un cliente habitual. A pesar de que Smith no era ni mucho menos coleccionista, sí era un hombre inteligente y ambicioso, con una curiosidad que hacía que los buenos libros fueran un elemento esencial de su vida. Para Benjamin era más que un cliente; había acabado convirtiéndose en un amigo, y el librero sentía por él un enorme respeto. Benjamin había proporcionado a Smith varios volúmenes que le habían servido de fuente documental para su libro de 1857, *Bacon y Shakespeare*, una ampliación de las ideas ya expuestas en el opúsculo que Benjamin había leído años atrás en aquel tren que lo había llevado a Oxford. Benjamin poseía un ejemplar de su libro, regalado por el autor, que guardaba en un lugar de honor de su oficina. Los dos hombres habían reído con ganas cuando, en el club de Smith, el autor había leído en voz alta el segundo capítulo del libro, titulado «Una breve historia de Shakespeare».

La historia de William Shakespeare es sin duda una historia negativa.

De toda su vida, lo único que conocemos de manera cierta es el período de su muerte.

No sabemos cuándo nació, ni cuándo ni dónde estudió.

No sabemos cuándo ni dónde se casó, ni cuando llegó a Londres.

No sabemos ni cuándo ni dónde, ni en qué orden se escribieron o se representaron sus obras; ni cuándo dejó de vivir en Londres.

Murió el 23 de abril de 1616.

—¿Esto es todo el capítulo? —había preguntado Benjamin, soltando una carcajada.

—Bueno —dijo Smith—, es todo lo que sabemos con certeza, así que es todo lo que tengo que decir.

Phillip Gardner había hablado por primera vez con Benjamin varios meses atrás, por culpa de su vecino.

—Me gustaría comenzar a coleccionar documentos históricos —había dicho a Benjamin en su tienda.

—¿Qué clase de documentos le interesan? —había preguntado Benjamin.

—Cualquiera que pudiera interesar al señor Reginald Alderson —había contestado Gardner.

Así fue como Phillip Gardner se convirtió en la clase de cliente que Benjamin más apreciaba: el que no llega motivado por la curiosidad intelectual ni la pasión literaria, sino por el odio. Reginald Alderson era un coleccionista apasionado de documentos históricos, y Phillip Gardner, en virtud de su nacimiento, estaba destinado a odiar a Reginald Alderson, por lo que Phillip utilizaría el dinero de su mujer para pagar cualquier precio que superara la oferta de Alderson en una subasta y haría lo que fuera para arrebatarle cualquier otra adquisición. Todo eso se lo contó Benjamin en su primer encuentro. Desde entonces, Benjamin había sido el principal proveedor de material de Phillip Gardner, quien pagaba sus facturas puntualmente y no ponía ninguna objeción a la hora de procurar a Benjamin una prima sustancial por cualquier artículo comprado delante de las narices de su rival.

Aquella tarde Benjamin haría una de esas compras en la sala de subastas de Sotheby's: una estrofa manuscrita de un poema del escritor isabelino Robert Greene. Benjamin sabía por su informante en Sotheby's que Alderson se había inscrito para pujar en la venta, y el único artículo de ese lote que podía interesarle era el poema de Greene. Benjamin había previsto comer en el centro con Phillip Gardner y luego dar su paseo habitual hasta la sala de subastas donde humillaría públicamente a Reginald Alderson, igual que había hecho tantas veces. Benjamin en ocasiones se preguntaba por qué Alderson seguía asistiendo personalmente a las subastas en lugar de enviar a un representante, pues los resultados eran siempre los mismos. A medida que la puja iba subiendo, Phillip Gardner asentía a Benjamin, este asentía al subastador, finalmente el lote era adjudicado a Phillip y Reginald Alderson salía de la sala hecho un basilisco ante las risitas reprimidas de los habituales, que sabían lo que estaba ocurriendo.

Generalmente, después de una subasta Gardner llevaba a Benjamin a su club, pero cuando llegó la hora de dirigirse a Sotheby's, y su cliente todavía no había llegado, Benjamin se resignó a que ese día celebraría su victoria en soledad. Tanto daba, pues el fragmento de Greene alcanzaría un buen precio, sobre todo si Reginald Alderson calentaba la puja, y un alto precio significaba una elevada comisión. La amistad de Phillip Gardner hacía muy feliz a Benjamin, pero lo que más le gustaba de ese hombre era el dinero de su mujer.

—Creo que ha llegado el momento —dijo Amanda a Peter cuando yacían entrelazados en la alfombra de la sala Devereaux, mientras el corazón y la respiración regresaban a su ritmo normal después de haber hecho el amor.

Habían pasado cinco semanas desde Halloween. Cinco maravillosas noches de sábado de pasión, pues Amanda era tan organizada con su vida sexual como con todo lo demás. Tampoco es que a Peter le importara. Con ello se evitaba torpes insinuaciones de palabra u obra, y cariñosos coqueteos en la parte de atrás del coche preguntándose hasta dónde podría llegar. Mientras recorrían las oscuras salas de la biblioteca hasta llegar a la sala Devereaux, justo después de las once de cada sábado, solo existía la impaciencia de la expectativa. Después de la primera vez, ya no se habían vuelto a disfrazar, y durante las cinco últimas semanas había ido exponiendo gradualmente su intimidad hasta llegar a ese momento perfecto: el cuerpo húmedo de Amanda apretado contra el de Peter, el brazo de este cubriendo el vientre de ella, y el pezón de Amanda, todavía erecto, rozando el pecho de Peter mientras ella le susurraba:

—Creo que ha llegado el momento.

—Tendrás que darme unos minutos más —dijo Peter.

Generalmente, Amanda se quedaba dormida después del sexo, y Peter la despertaba una hora o dos más tarde con un beso, una caricia o un susurro de deseo.

—No me refería a eso —dijo Amanda dándole un golpecito en el costado. Se apoyó sobre un codo y le dirigió una expresión seria—. Quiero decir que creo que llegado el momento de que conozcas a mi familia.

—Esperaba conocerlos cuando nuestros hijos acabaran la secundaria —dijo Peter, que sintió un nerviosismo en las tripas como nunca había experimentado entre las seguras paredes de la sala Devereaux.

—No son tan malos. De hecho, son bastante simpáticos.

—Pero son los Ridgefield —puntualizó Peter—. Ya lo paso bastante mal cuando conozco a alguien que no es de la realeza y no tiene una hija de la que estoy enamorado.

—Repite eso —dijo Amanda besándolo suavemente en el pecho.

—¿La parte de la realeza?

—No, la otra.

—¿La de que estoy chiflado por su preciosa hija Amanda?

—Sí —dijo Amanda recorriendo el abdomen de Peter a besos—. Esa parte.

Mientras sus labios revoloteaban sobre la piel de él, Peter se olvidó de los Ridgefield, se olvidó de que estaba nervioso y pensó solo en Amanda: en sus labios, su lengua, su boca y su piel, y en lo mucho que la amaba.

Más tarde, cuando cruzaban el campus en dirección al colegio mayor de

Amanda, en esas horas que mediaban entre el final de la última fiesta del sábado por la noche y el madrugón de la primera estudiante obsesiva de medicina para preparar su inminente examen final de bioquímica, Peter apretó la mano de Amanda y dijo lo que sabía que ella quería oír, y lo que, en ese momento de paz y oscuridad, cuando el aire nocturno había adquirido un matiz de frío invernal, casi había acabado creyendo él mismo.

—Me encantaría conocer a tu familia.

El lunes por la noche, mientras estaban sentados a su mesa habitual de la cafetería, Amanda invitó oficialmente a Peter a casa de sus padres para cenar juntos el sábado siguiente.

—¿El sábado por la noche? —repitió Peter.

Se dijo que ya sería bastante duro conocer a su familia, pero que fuera el sábado por la noche, cuando no pensaba nada más que en tener a Amanda enroscada en su cuerpo en el suelo de la sala Devereaux, podía ser simplemente insoportable.

—Tendremos que visitar la biblioteca el viernes —dijo Amanda rozándole la pierna con el pie—. No me gustaría que estuvieras... tenso.

—Confía en mí, no hay nada que puedas hacer para evitar que esté tenso —dijo Peter; no obstante, enseguida añadió—: Lo que no quiere decir que no debas intentarlo.

—Son solo mamá y papá —dijo Amanda—. Les caerás bien, y ellos te caerán bien a ti. ¡No muerden! Bueno, quizá papá un poco.

—¿Y de qué hablaremos? —dijo Peter—. Me refiero a que yo procedo de una familia que ni siquiera fue capaz de mantener una tienda en un pueblo donde no había competencia, y ellos son los Ridgefield, los hombres de negocios con más éxito del Sur. No tenemos nada en común.

—A ver, en primer lugar todos me amáis. Y hay otra cosa de la que mamá y tú podéis hablar. Probablemente sabes de su madre tanto como el que más.

—¿Su madre?

—Sí, ya sabes, Amanda Devereaux.

—¿Amanda Devereaux era la madre de tu madre? —repitió Peter—. Pero ¿por qué os apellidáis Ridgefield?

—Los Ridgefield no podían extinguirse —dijo Amanda—. Mi madre era la última de la estirpe. Su padre era Robert Ridgefield, y antes de morir le hizo prometer que bautizaría a sus hijos con el apellido Ridgefield. Mi padre se apellidaba Middleton, pero se lo cambió. Creo que eso le proporcionó influencia.

Peter se preguntó cómo se sentiría llamándose Peter Ridgefield, si los padres de Amanda insistían en que ella transmitiera el apellido familiar.

—¿Qué edad tenía tu madre cuando murió la suya? —preguntó Peter.

Con los nervios de conocer a los Ridgefield, se había olvidado por completo de que conocería a alguien que había mantenido un trato íntimo con Amanda Devereaux; muy íntimo, de hecho.

—Dieciocho —dijo Amanda—. Estaba en mitad de su primer semestre en Wellesley cuando la llamaron para que volviera a casa. Se trasladó a estudiar a Ridgefield para poder cuidar de su padre, quien falleció tres años más tarde. Creo que él vivió sus últimos años solo para ver la colección de libros de su mujer instalada en la nueva biblioteca, y luego ya se dejó morir.

—O sea, que tu madre recuerda muy bien a tu abuela.

—Eso creo —dijo Amanda—. Pero no habla mucho de ella. Mamá siempre ha sido de esas personas que viven el presente. Supongo que es lo que ocurre cuando eres joven y pierdes a tus padres con tan pocos años de diferencia.

—Así pues, no debo preguntarle por la otra Amanda —quiso asegurarse Peter.

—Al contrario, debes preguntarle. Está realmente orgullosa de lo que la abuela consiguió. Siempre lee la revista *Amigos de la biblioteca Ridgefield* de principio a fin, y de vez en cuando incluso compra un libro para añadir a la colección, ya sabes, algo que, según Francis, habría hecho especialmente feliz a la abuela. Que vea lo mucho que amas los libros de la abuela, y apuesto a que consigues que te cuente algunas historias.

—¿Y debo dejar que vea lo mucho que te amo a ti? —preguntó Peter.

—Como si pudieras ocultarlo —dijo Amanda deslizándolo en torno a su mano.

Al día siguiente Peter entró en la sala Devereaux y encontró a Francis Leland y Hank Christiansen estudiando minuciosamente un papelito.

—¿Qué tiene de fascinante? —preguntó Peter.

—Es un poema manuscrito de Emily Dickinson —respondió Francis.

—Jamás publicado —añadió Hank.

—Hace tiempo que lo tenemos. —Peter miraba el papel por encima del hombro de Hank—. Lo utilicé cuando redacté mi trabajo para la signatura de poesía del siglo XIX.

—¿Sabes de dónde procede? —dijo Francis.

—No —respondió Peter.

—Lo compramos hace un par de años con algo de ayuda de Sarah Ridgefield —aclaró Francis—. Procede de Mark Hofmann.

—¿El tipo que ha encontrado el «Juramento de un hombre libre»? —preguntó Peter.

—El mismo que viste y calza —dijo Hank—. Solo que ahora, después de los atentados de Salt Lake City, se rumorea en el negocio que quizá no todo lo que

vendió es lo que parece.

—¿Crees que el poema podría ser una falsificación? —preguntó Peter.

—Parece improbable —afirmó Francis.

—El papel pasó los análisis —dijo Hank—. Por lo que yo he visto, la tinta es del siglo XIX y la letra sin duda coincide con la de Dickinson.

—Si esto es una falsificación —aventuró Francis—, entonces Hofmann es uno de los falsificadores más brillantes de todos los tiempos.

*Cornualles, sudoeste de Inglaterra,
lunes, 20 de febrero de 1995*

Cuando Peter llevaba ya conduciendo una hora, era casi de noche, y si en invierno ya oscurecía temprano, las nubes cada vez más densas contribuían a acentuar el crepúsculo. Peter no solía circular por la autopista; tenía la impresión de que se perdía el paisaje, y casi nunca tenía prisa, aunque aquella noche era una excepción. El trayecto hasta Cornualles le llevaría hora y media, y luego tendría que seguir las intrincadas indicaciones de Liz hasta llegar a la casa de Graham Sykes en la completa oscuridad de las carreteras encajonadas de aquella zona.

Mientras avanzaba a cien kilómetros por hora, se volvió hacia la izquierda y vio a Amanda sentada en silencio a su lado, con el mapa en el regazo. Le encantaba guiarlo cuando viajaban por la campiña inglesa. Peter recordó la primera vez que se armó de valor para alquilar un coche. La libra estaba barata, y habían ido a Inglaterra para comprar libros.

Circulaban siempre por carreteras de dos carriles y se detenían en cada pueblo a rebuscar en las librerías. Cada sábado por la tarde asistían a las ferias de libros provinciales de los ayuntamientos. Pasaban días enteros en poblaciones llenas de librerías como Oxford, Cambridge y Bath, pero Peter había disfrutado sobre todo de los días pasados en pueblos más pequeños, donde el único librero recibía con los brazos abiertos a la joven pareja americana, y a menudo incluso cerraba la tienda una hora o dos para llevarlos a almorzar. Siempre cómodo cuando tenía a Amanda a su lado, Peter disfrutaba incluso hablando con aquellos hombres prácticamente desconocidos.

Había llevado a cabo su primera visita a Hay-on-Wye durante ese viaje. Amanda lo había guiado por lo que ella denominaba «la ruta de los paisajes», y habían cruzado el río Wye sobre un antiguo puente de peaje donde un anciano había salido de una cabina para aceptar sus monedas y levantar la barrera. Todo el viaje había estado impregnado de una sensación de aventura de la que Amanda había disfrutado especialmente.

—Me encanta no saber qué nos deparará el mañana —había dicho Amanda.

Un día comenzaba en Bath y terminaba en la playa de Southampton al atardecer. En Salisbury y Winchester se toparon con el oficio de visperas en la catedral después de que las librerías hubieran cerrado. Otro día acabaron de visitar las librerías de York antes de lo que habían previsto, hicieron una larga excursión a través de los páramos y acabaron cenando en un *fish-and-chips* que daba a la bahía de Whitby.

Peter sonrió al recordarlo y se volvió para preguntar a Amanda qué le había gustado más de aquel viaje, que en ese momento le parecía tan inocente. Pero

Amanda había desaparecido y el mapa de carreteras yacía solitario sobre el asiento del copiloto.

Las carreteras se iban estrechando a medida que Peter bordeaba el páramo de Bodmin, hasta que se encontró bajando un camino empinado y lleno de baches sobre el que se cernían unos árboles retorcidos. Esperaba haber seguido correctamente las indicaciones de Liz, porque tenía muy poca esperanza de conseguir que los escasos caballos del Vauxhall remontaran aquel camino en la oscuridad. Se preguntó si lo lograrían a plena luz. Al pie de la colina, el sendero terminaba delante de una verja que conducía a un pequeño pastizal en el que los faros de Peter iluminaron unas cuantas ovejas. Al otro lado del pastizal vio las luces de una pequeña casita de piedra; la residencia de Graham Sykes, esperaba. Peter tragó saliva. No imaginaba que nadie que viviera en un lugar tan aislado diera la bienvenida a un visitante nocturno, sobre todo teniendo en cuenta que Graham creía que su vida corría peligro.

Peter sacó la cartera del coche, trepó por un paso de escalera y puso rumbo a la casita. El cielo tapado ensombrecía la luna, y en medio de una oscuridad casi completa avanzó lentamente por el campo, notando que la humedad de la hierba le calaba las perneras del pantalón.

Cuando llegó a la casa tenía los zapatos cubiertos de barro. Primero llamó a la puerta tímidamente. Como no le contestaron, dio dos golpes más fuertes.

—¡Fuera! —gritó una voz procedente del interior—. A estas horas de la noche no creo que se traiga nada bueno entre manos.

—Señor Sykes —dijo Peter intentando hablar al mismo volumen que la voz que llegaba de la casa—, me llamo Peter Byerly. Soy amigo de Liz Sutcliffe. Me ha mandado porque está preocupada por usted.

—Una historia verosímil —replicó la voz.

—Es cierto, señor. Vengo en coche desde Londres, y me iría bien una taza de té caliente —dijo Peter, con la esperanza de ablandar al anciano ya que ningún inglés era capaz de negar una taza de té a un visitante.

—¿Es que no hay té en Londres? —dijo la voz—. ¡Fuera de aquí!

—Hay algo más —dijo Peter, para quien la otra cosa más acuciante era que se había puesto a llover, y no le atraía la idea de pasar la noche en su automóvil, calado hasta los huesos—. Llevo un libro conmigo. Algo que perteneció a A. H. Esperaba que usted pudiera ayudarme a averiguar si es una falsificación o no.

Siguió un largo minuto de silencio, mientras la lluvia continuaba cayendo sobre Peter. Al final volvió a oír la voz, pero el tono beligerante de antes había sido sustituido por algo parecido a la curiosidad.

—¿Qué sabe de A. H.?

—La verdad es que no gran cosa —reconoció Peter. Tras otra larga pausa, añadió—: Encontré una acuarela pintada por él, pero creo que Liz ya se lo contó. El otro objeto podría ser algo mucho más valioso. A no ser que la lluvia empiece

a empaparame la cartera, claro.

Después de otra pausa oyó que se descorrían los cerrojos, y al final la pesada puerta de madera se abrió por completo. En la entrada, enmarcado por la luz amarilla de la lámpara, había un hombre que parecía perfectamente capaz de protegerse. Graham Sykes medía más de un metro ochenta y era de hombros anchos, y tenía unos brazos gruesos que tensaban las costuras de su camisa de franela. Inclinaba el tronco un poco hacia delante, como un ave de presa. En una mano llevaba un atizador de hierro. Sus ojos profundamente hundidos clavaron en Peter una mirada hostil, y sobre ella este vio un mar de cabellos blancos que le cubría la cabeza y la cara y que se extendía sobre su frente en una sola línea ininterrumpida. El amplio corpachón del señor Sykes bloqueaba por completo la puerta mientras examinaba a Peter, empapado ya en el umbral, con la cartera debajo de su abrigo, con la esperanza de que no se mojara su contenido.

Finalmente Graham Sykes gruñó:

—Bueno, no se quede ahí bajo la lluvia. Pondré agua a hervir.

Se hizo a un lado y Peter entró para acceder directamente a una salita. El fuego agonizaba en la chimenea, pero la estancia era cálida y estaba bien iluminada. Su reacio anfitrión cerró la puerta y desapareció por otro vano, mientras la ropa de Peter goteaba sobre el suelo de piedra. Se quitó el abrigo y lo colgó junto a los que había en la pared, al lado de la entrada, se aseguró de que la cartera estuviera seca y a continuación se dirigió hacia el fuego para calentarse las manos sobre las relucientes ascuas.

Graham regresó de la cocina con dos jarras de té; él no era hombre de porcelana ornamentada. Aunque generalmente tomaba el té solo, Peter aceptó aquel brebaje sobrado de leche y azúcar sin quejarse, y echó un buen trago mientras Sykes hacía lo mismo.

—Siéntese —dijo Sykes señalando una butaca con los muelles hundidos que había junto a la ventana.

Peter trató de acomodarse, pero quedó sumido en las profundidades de la butaca.

—Y ahora suelte lo que tiene que decirme —continuó Sykes.

Peter comenzó a hablar despacio, clavando la vista en su jarra y sin atreverse a mirar la intimidadora figura de su anfitrión. Le contó que había descubierto la acuarela de una mujer que se parecía a su difunta esposa, aunque sabía que Liz ya se lo había explicado. Le relató que lo habían echado con cajas destempladas de la finca de Evenlode House, y que Julia Alderson le había hecho descubrir unos documentos ocultos en Evenlode Manor. Finalmente echó mano a la cartera y extrajo el *Pandosto*, que depositó sobre la mesita baja.

Sykes extrajo del bolsillo de la camisa unas gafas de leer y abrió el libro. Su cara permaneció impassible durante varios minutos mientras estudiaba concienzudamente el volumen, pasando las páginas despacio y regresando a

menudo a la lista de propietarios que había en la guarda delantera.

Peter sintió un acceso de pánico al contemplar su preciado *Pandosto* en las manos de ese hombre tosco y, al parecer, potencialmente violento. Intentó calmarse pensando que Sykes era un erudito, pero seguía sintiendo un sudor frío en la nuca.

—La misma biblioteca donde encontré este libro —dijo Peter procurando hablar sin alterarse— contenía varios libros sobre falsificaciones de Shakespeare.

—Así que tiene sus dudas —dijo Sykes volviendo a colocarse las gafas en el bolsillo, pero sin que su mano musculosa soltara el libro.

—Sí —dijo Peter—. He seguido la pista de casi todos los nombres de la lista de propietarios, pero cuanto sé de A. H. es que pintaba acuarelas y que usted ha escrito un libro sobre él.

—Y quiere saber si A. H. era falsificador.

—Me encantaría oír que no lo era —dijo Peter, todavía con la esperanza de poder probar la autenticidad del *Pandosto*—. Si es una falsificación, es brillante.

—Sería extraño que un falsificador firmara su obra, ¿no le parece? —preguntó Sykes.

—Extraño, pero no insólito —matizó Peter—. Sobre todo si utilizaba seudónimo.

De todos modos Peter ya lo había pensado. Quizá acabara descubriendo que A. H. era un impostor, que había falsificado todos los documentos de Evenlode Manor. Si ese fuera el caso, ¿por qué había firmado el libro cuando no había firmado nada más que sus acuarelas? La firma de la guarda del *Pandosto* podría permitirle mantener la esperanza de que las notas al margen eran auténticas.

—Y dígame, ¿quién se lleva el mérito?

—¿Perdone? —dijo Peter, que notaba que el sudor le recorría ya la espalda.

—¿Quién se lleva el mérito? ¿Quién hace pública la noticia? Si esto es auténtico —dijo Sykes dando unos golpecitos con el dedo en el *Pandosto*—, ¿quién se dirigirá al mundo y dirá: «Soy el hombre que ha resuelto el mayor misterio literario de todos los tiempos»? ¿Usted o yo?

Aunque Peter no había mencionado nada de Shakespeare ni del debate entre oxfordianos y stratfordianos, estaba claro que Sykes comprendía muy bien la importancia del libro. Y Peter tenía que admitir que había imaginado exactamente lo que Sykes había descrito. Peter Byerly alabado por todos los stratfordianos del mundo como su gran salvador. Peter Byerly, el librero que llevaba a cabo la mayor contribución a la literatura inglesa desde Robert Cotton. Un espantoso pensamiento cruzó su mente mientras contemplaba el aspecto de halcón de Graham Sykes, quien sujetaba el *Pandosto* entre sus garras. La gente mataba por menos.

—El descubrimiento ha sido mío —se limitó a decir Peter.

Sus palabras flotaron ominosamente en el aire durante varios segundos antes

de que Sykes respondiera.

—Sin mí, jamás sabrá lo que tiene en realidad.

—Podría esperar a que su libro saliera publicado —dijo Peter.

—Ahora ya no saldrá —afirmó Sykes—. Por la mañana telefonearé a Liz y le comunicaré que tengo que reescribirlo por completo a la luz de los nuevos datos.

—Mire —dijo Peter—, no es usted la única persona que necesito que me ayude con esto. Cuento con expertos forenses que están analizando la tinta y el papel; este es un trabajo en equipo. Pero yo soy el líder de ese equipo.

—Veremos.

Sykes devolvió el *Pandosto* a Peter, quien lo arrancó de las manos del anciano con una sensación de alivio.

Quizá Sykes fuera una persona difícil, incluso un callejón sin salida, pero al menos había conseguido que le devolviera el libro.

—Puede que una noche de sueño nos ayude a ver las cosas con más claridad durante el desayuno —dijo Sykes.

—No creo que mi coche consiga subir la cuesta en la oscuridad y en medio de esta lluvia —dijo Peter, para quien la perspectiva de compartir techo con aquel hombre en el que no confiaba no era mucho más atractiva que pasarla en su coche en una zanja de Cornualles.

—Tendrá que dormir en el granero —le espetó Sykes—. Le traeré una manta.

Diez minutos más tarde, Peter yacía sobre un montón de heno bajo una fina manta, el cuerpo acurrucado en torno a la cartera. El techo que lo cubría goteaba con la persistencia de la lluvia, y la manta no le ahuyentaba el frío que le calaba los huesos. Supuso que el anciano lo había mandado al granero para intentar quebrar su espíritu. Le enfurecía pensar que todas las pruebas que necesitaba para desentrañar el misterio de A. H. a buen seguro se hallaban en el cajón del escritorio situado a menos de treinta metros de donde se encontraba, y sin embargo, nada podía hacer para descubrir esos secretos.

Al alba, Peter consiguió dormir a intervalos durante más o menos una hora, pero estaba despierto cuando oyó cerrarse de golpe la puerta de la casa de Sykes. Se quedó inmóvil y callado durante unos minutos, apretando la cartera y contemplando la posibilidad de que el anciano entrara en el granero a grandes zancadas con el atizador o algo peor en la mano. Puesto que no oyó nada más, de repente recordó la promesa de Sykes de telefonar a Liz Sutcliffe. Ella había dicho que Sykes no tenía teléfono, y que se veía obligado a ir al pueblo más cercano si quería hacer una llamada. Y si Sykes se dirigía al pueblo, cualquier secreto que guardara en su casa estaba completamente desprotegido en ese momento.

—Es un ataque de pánico —dijo Francis Leland.

—Es un trastorno de ansiedad social —dijo Hank Christiansen.

—¿No creéis que es normal que esté nervioso antes de conocer a los padres de mi novia? —preguntó Peter.

Los tres estaban sentados en la oficina de Francis bebiendo café y hojeando catálogos de libros mientras hablaban.

—Sí, pero, Peter —dijo Hank—, no solo te pones nervioso cuando has de conocer a una chica o a sus padres, como la gente normal. A ti te pone nervioso conocer a cualquiera. Te he visto pasar al otro lado de la plaza para evitar cruzarte con un desconocido en la acera.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Peter, que creía haber ocultado perfectamente su ansiedad. Casi le pareció una intromisión que Hank supiera con tanta precisión lo que sentía.

—Porque yo hago justo lo mismo —dijo Hank al tiempo que ponía una mano sobre el hombro de Peter.

—Eso es imposible —afirmó Peter—. He visto cómo saludas a desconocidos en el laboratorio de conservación. ¡Demonios!, me acuerdo de cómo me trataste cuando nos conocimos. No se te veía nada nervioso.

—Exacto —dijo Hank—, en el laboratorio de conservación. ¿Alguna vez me has visto hablar con un desconocido en otra parte? ¿Alguna vez me has visto en un restaurante o en un bar?

La verdad era que Peter nunca había visto a Hank fuera de la biblioteca.

—O sea, que tú...

Peter no supo cómo terminar la frase. Simplemente no le cabía en la cabeza la posibilidad de que otras personas reaccionaran al mundo con el mismo temor que él. Siempre había supuesto que se trataba de una faceta exclusiva, aunque desagradable, de su personalidad.

—Padezco un trastorno de angustia social —dijo Hank—. Y también tengo un buen médico y tomo algunos medicamentos excelentes, de manera que si quiero ir a un restaurante, o al teatro, o salir con una chica, puedo hacerlo.

—Deberías visitar al doctor Strayer, Peter —le aconsejó Francis.

—Aunque tu trastorno no parece tan grave como el mío —opinó Hank—. Porque cuando tú sales con Amanda generalmente te sientes bien.

—Ella es un medicamento natural —dijo Francis sonriendo, y él y Hank se echaron a reír.

Dos días más tarde, Peter salía de su primera visita al doctor Strayer con una receta de ansiolíticos y una visión del mundo completamente nueva. Aquella

ansiedad irracional no era algo exclusivo de Peter Byerly. El descubrimiento lo entusiasmó y le asustó. Lo que había considerado su personalidad de repente se convertía en un trastorno tratable. Le preocupaba perder su identidad si comenzaba a tomar la medicación, aunque no tanto para no tragarse la primera de aquellas diminutas píldoras blancas una hora antes de que Amanda lo recogiera para ir a casa de sus padres.

La medicación no impidió que se pusiera nervioso cuando Amanda enfiló el largo y sinuoso camino de entrada que conducía al pórtico de columnas blancas de la residencia de los Ridgefield, una mansión típicamente sureña, pero sí le impidió tener náuseas. En la amplia escalinata que conducía a la puerta principal se encontraban Sarah Ridgefield y su esposo, Charles, antes Middleton. Sarah se parecía muchísimo a su madre, Amanda Devereaux. Su cara combinaba la belleza femenina con la fuerza viril, y aunque su marido era lo bastante alto y corpulento para haber jugado al fútbol americano en la universidad (Peter posteriormente descubrió que había jugado de *linebacker* en el equipo universitario), no había duda de que quien llevaba las riendas era Sarah. Cuando Amanda y Peter salieron del coche, el señor Ridgefield avanzó para abrazar a su hija, pero fue la madre de Amanda quien tendió la mano a Peter y dijo en tono seco:

—Peter Byerly, por fin nos conocemos.

Fue un apretón firme, y Peter procuró estar a la altura y no apartar la mirada de sus ojos verdes. Se quedó estupefacto al descubrir que se sentía perfectamente tranquilo mientras se daban la mano. Se dijo que eso no podía conseguirlo ningún medicamento. Había algo en los ojos de Sarah Ridgefield que Peter había visto tan solo en los ojos de su hija.

—Se parece muchísimo a su madre —observó Peter—. Soy un gran admirador suyo.

—Tengo entendido que también eres admirador de mi hija —dijo Sarah soltando la mano de Peter y apartándole una pelusa del hombro.

—Más que un admirador —aclaró Peter.

—Madre, ¿ya estás asustando a Peter?

Amanda se volvió para abrazarla.

—Todo lo contrario —explicó Sarah—. Ya que Peter es un devoto de Amanda Ridgefield y de Amanda Devereaux, esperaba que encontrara algo que admirar en la generación intermedia.

—Seguro que lo encontraré —dijo Peter mientras Sarah Ridgefield le guiñaba el ojo por encima del hombro de su hija.

En el momento en que Sarah se tomaba esa confianza, Peter tuvo la repentina revelación de que ahí estaba la madre que nunca había tenido. Sintió un arrebato de amor hacia Sarah como nunca había sentido hacia su madre. ¿Era posible, se dijo mientras subían la escalera y entraban en la casa, que durante todo aquel

tiempo esa familia estuviera predestinada a ser la suya? Y esa calidez interior, ese sentirse protegido y protector a la vez, ¿era lo que se experimentaba al tener una madre de verdad?

La cena fue deliciosa. Peter casi había esperado encontrarse criados con librea y fuentes de plata, pero comió un pollo frito en platos de plástico en la terraza de atrás, que daba a un jardín en pendiente que acababa en un pequeño estanque, al otro lado del cual una arboleda todavía conservaba en las ramas el color del otoño.

—No quedan muchos días en los que aún sea posible cenar fuera —dijo Charlie—, y nos encanta el aire puro.

Peter se pasó toda la velada sonsacando a Sarah historias de su madre, aunque no era necesario alentarla demasiado para que hablara largo y tendido de Amanda Devereaux. En cierto momento de la noche, Amanda cogió la mano de su madre y dijo:

—¿Por qué no me habías contado nada de todo esto?

—No lo sé —respondió Sarah—. Supongo que porque nunca me habías preguntado. —Le contó a Peter aquella vez, cuando era niña, en que su madre la llevó a Sotheby's de Nueva York para pujar por un Primer Folio de Shakespeare—. Estaba muy nerviosa —dijo—. Estaba convencida de que si movía un músculo el subastador pensaría que estaba pujando, de manera que me senté sobre las manos y me mantuve perfectamente inmóvil. El folio era el último artículo a la venta, así que debí de permanecer sentada de ese modo durante dos horas. Mi madre pensaba que aquello iba a ser para mí una gran fiesta, y acabé con los músculos doloridos durante una semana por haber estado tan tensa.

—¿Y compró el libro? —preguntó Amanda.

—Sí —contestó Peter—. El otro día estuve leyendo *El rey Lear* en ese volumen.

—¿De verdad? —dijo Sarah, encantada—. Maravilloso.

A la semana siguiente, Peter y Amanda estaban echados en el suelo de la sala Devereaux después de haber hecho el amor, como era habitual el sábado por la noche. Por primera vez eso era lo que le había parecido a Peter: habitual. No es que no le hubiera gustado, pero no lo había conectado con Amanda como antes. La había encontrado pasiva e impaciente por terminar. Ahora ella estaba boca arriba, sus dedos entrelazados con los de él, mirando al techo.

—¿Ocurre algo? —preguntó Peter por fin.

—Lo siento —se disculpó Amanda.

—No lo sientas, dime lo que es.

—Es una estupidez.

Peter se incorporó sobre un codo para poder mirar a Amanda a la cara.

—Estoy seguro que no es una estupidez —insistió Peter.

—Creo que estoy celosa —dijo Amanda.

—¿Celosa?

—Me he pasado la vida intentando encontrar una manera de acercarme a mi madre —explicó Amanda—. Quiero decir que ella era una glamurosa mujer con mucha vida social que iba a todos los bailes benéficos de Atlanta y Nueva York y yo me esforzaba mucho por ser simplemente normal. Ella no me comprendía ni yo la comprendía a ella. —Guardó silencio un momento y Peter la miró con aire socarrón—. Y luego —continuó, apartando el brazo de él—, apareces tú y en cinco minutos y a sois colegas de toda la vida.

—Creía que querías que nos lleváramos bien —dijo Peter.

—Y lo quería —afirmó Amanda—. Pero imagino que no quería que fuera tan fácil cuando para mí es tan difícil.

—¿Difícil? —preguntó Peter en tono áspero, incorporándose y alejándose de Amanda—. ¿Relacionarte con tu madre te resulta difícil? Sabes que en el último año le he dirigido tres frases a mi madre, ¿verdad? Tampoco es que estuviera lo bastante sobria para entender ninguna.

Sintió un repentino arrebato de rabia hacia aquella niña rica y mimada que se quejaba por no haberse llevado bien con su mami... y su mami era la encantadora Sarah Ridgefield, no una triste borracha.

—Lo sé, Peter.

Amanda le puso una mano en la espalda. Peter se volvió hacia ella, y en cuanto se hubo disipado su rabia, la abrazó.

—Lo siento —dijo—. Y siento que lo hayas pasado tan mal con tu madre.

—Peter, no tienes que lamentar mi inseguridad. La superaré. Y te quiero... Dios, te quiero mucho. —Una lágrima comenzó a rodarle por la mejilla cuando volvió a coger la mano de Peter, y esa vez la apretó con todas sus fuerzas—. Pero no siempre podrás protegerme de todo.

Peter rodeó a Amanda con sus brazos y ella lloró contra su hombro durante lo que parecieron horas, y cuando volvieron a hacer el amor fue hermoso. También fue distinto, pues Peter reconocía que Amanda, igual que él, no era perfecta. No se había dado cuenta de hasta qué punto la había idealizado, y si hacer el amor con una mujer ideal era fantástico, hacerlo con una mujer real era aún mejor.

En los meses siguientes, Peter se esforzó todo lo posible por volver a unir a Sarah Ridgefield y a su hija. A Amanda le dedicó amplias visitas guiadas por los tesoros de la colección Devereaux, le enseñó lo que sabía de libros raros y la incluyó en las muchas conversaciones que mantuvo con Sarah acerca de Amanda Devereaux. Peter también se hizo amigo del padre de Amanda. Aunque compartían pocos intereses, pues Charlie era banquero y jugaba al golf, los dos

desarrollaron una relación de camaradería basada principalmente en beber cerveza importada y hablar de los resultados deportivos. Peter nunca había seguido los deportes, pero descubrió que le gustaba el baloncesto.

Peter pasaba casi todas las vacaciones de Navidad en casa de los Ridgefield. Se había inventado el cuento de que sus padres estaban visitando a una hermana de su madre enferma para explicar por qué no iba esos días a su casa. Dormía en un cuarto de invitados alejado de la habitación de Amanda, si bien no lo suficiente para que ella no se metiera en su cama en más de una ocasión.

La mañana de Navidad, Sarah sirvió huevos benedictinos y se sentaron a desayunar junto al árbol de tres metros y medio que Peter había ayudado a decorar.

—Apuesto a que por Navidad echas de menos estar con tu familia —dijo Sarah a Peter.

Él no supo qué contestar. ¿Cómo iba a decir que no, que no los echaba de menos, que la Navidad en su casa (donde casi nunca había árbol, pocos regalos y nada de amor) era el día más deprimente del año? ¿Cómo podía explicar que para él los Ridgefield eran su familia? Por lo que al final dijo lo único que se le ocurrió:

—Sí, claro que los echo de menos. Más tarde los llamaré para ver cómo pasan el día de Navidad.

—Come un poco más de beicon —lo invitó Charlie.

Peter, con una punzada de culpa, amontonó otra ración en su plato.

La mañana de Nochevieja, Amanda se coló en la cama de Peter y le preguntó cuándo la llevaría a conocer a su familia. Peter intentó imaginarse a Amanda Ridgefield cenando en la diminuta cocina de la ruinoso casa de listones de madera donde vivía de niño. Naturalmente, sabía que ella lo podría sobrellevar con aplomo; el problema era que sus padres también estarían allí.

A principios de febrero Peter entró en la sala Devereaux y se encontró a Francis Leland y Hank Christiansen leyendo el periódico hombro con hombro.

—¿Te has enterado? —preguntó Hank—. Han arrestado a Mark Hofmann.

—¿El tipo que descubrió «Juramento de un hombre libre»? —dijo Peter.

—Que lo falsificó, con toda probabilidad —puntualizó Francis.

—Lo han arrestado por asesinato y fraude —dijo Hank.

—Al parecer, muchos de los documentos que vendió eran falsos —añadió Francis—. El tipo era un falsificador brillante. Pero parece ser que algunos de sus clientes comenzaron a sospechar cuando les dijo que estaba recopilando algo muy importante, de modo que les mandó unas bombas de tubo.

Peter se quedó estupefacto. El descubrimiento del «Juramento» por parte de Hofmann había sido para él la prueba de que todavía existían Santos Griaes a la

espera de ser descubiertos. El que se revelara que era una falsificación amenazaba su sueño de encontrar algún día su propio Grial.

—Apuesto a que nunca pensaste que el mundo del libro fuera tan peligroso —dijo Hank con una sonrisa sardónica.

—Bueno —intervino de nuevo Francis—, falsificar es contar una mentira. Y no importa lo buen mentiroso que seas, pues si cuentas muchas acabas cavándote un hoyo tan profundo que la única manera de salir parece ser el asesinato.

Aquella noche Peter y Amanda cenaron en casa de los Ridgefield. Impresionado por lo que Francis había dicho, y después de pasarse toda la comida manoseando la servilleta bajo la mesa, Peter colocó la mano sobre el brazo de Sarah y dijo:

—He de confesaros una cosa; no os he contado toda la verdad acerca de mis padres.

Y lo soltó todo: que eran unos borrachos que lo habían desatendido, y las mentiras que él mismo había inventado para poder pasar la Navidad con Charlie, Sarah y Amanda.

—Porque, si he de ser sincero —confesó Peter con lágrimas en los ojos—, vosotros sois mi familia.

Los Ridgefield hicieron exactamente lo que se esperaba de unos padres. Sarah lo abrazó y le dijo que todo iría bien y que podía contarle lo que quisiera en cualquier momento, y Charlie le dio una palmada en la espalda.

—Vamos a ver el partido de Duke —añadió.

En los meses posteriores al arresto de Mark Hofmann por el asesinato de Salt Lake City, poco a poco comenzaron a conocerse los detalles de sus actividades como falsificador. Cualquier documento vendido por Hofmann era motivo de sospecha, incluyendo documentos que habían cambiado la historia de los primeros años de la Iglesia mormona. A pesar del descaro de sus engaños y de los espeluznantes asesinatos, Peter no podía evitar admirar la pericia de Hofmann. Había engañado a todo el mundo, incluso a los expertos en documentos con más experiencia del país.

En el caso del «Juramento», había fijado su origen colocando una página en la que figuraba un himno impreso en la librería Argosy de la ciudad de Nueva York. Había escrito el opúsculo «Juramento de un hombre libre» sobre el himno, y luego había vuelto para comprarlo. Con ello consiguió un recibo de un librero respetado.

A continuación se puso a falsificar el «Juramento» sobre un papel del siglo XVII que había robado de una tienda de libros raros. Escribió el texto copiando un tipo de letra de la época y luego grabó los caracteres en una plancha de cinc

que utilizó para imprimir el « Juramento » . Utilizó una receta del siglo XVII para preparar la tinta y le añadió carbón que había recogido en una campana de cristal tras quemar un trozo de papel de la misma época. Con eso tuvo una tinta que pasaría todas las pruebas, incluyendo la datación por radiocarbono.

Peter tenía que admitir que había sido un trabajo brillante, y que había engañado a muchísima gente. Finalmente se demostró que el « Juramento » era falso utilizando una nueva técnica que medía la migración de los iones de la tinta a lo largo del tiempo, pero Hofmann casi había conseguido colar la mayor falsificación de todos los tiempos. Peter se preguntaba si había alguien en la historia de los libros raros que hubiera conseguido lo que Hofmann casi había logrado, si había falsificaciones en las estanterías de la sala Devereaux tan perfectas que nunca serían detectadas.

Peter y Amanda yacían entrelazados en el suelo de la sala Devereaux en la noche del sábado más tranquila del año. La graduación había tenido lugar el domingo anterior y la escuela de verano no comenzaría hasta la otra semana.

—Te he traído un regalo de graduación —dijo Amanda.

—Solo estoy en tercero —le recordó Peter—. Todavía no me he graduado.

—Bueno, es un regalo, y llega después de la ceremonia de graduación, ¿cómo quieres que lo llame, entonces?

—¿Qué es? —preguntó Peter.

—Está en el bolsillo de mis tejanos.

—Pero tus tejanos están en la otra punta de la sala.

—¿Y de quién es la culpa? —dijo Amanda.

—¡Está bien, está bien!

Peter fue gateando hasta el otro extremo de la sala, donde le había quitado los pantalones a Amanda nada más entrar por la puerta. Los exámenes finales y las fiestas de graduación los habían mantenido lejos de la sala Devereaux durante dos semanas, y aquel sábado habían entrado con cierta impaciencia.

—Aquí no hay nada más que las llaves del coche —dijo Peter.

—Esas son las llaves de tu coche.

—Yo no tengo coche, ¿cómo van a ser mías estas llaves?

—Tienes coche —dijo Amanda—. Es tu regalo de no graduación.

—¿Me has comprado un coche?

Peter se había pasado el primer año de su vida universitaria recorriendo a pie las calles de Ridgefield. En las escasas ocasiones en que iba a ver a sus padres, podía elegir entre pedir a alguien que lo llevara o llamar a sus progenitores y esperar a que alguno de los dos se presentara sobrio.

—Bueno, tampoco es que te haya comprado un Porsche ni nada parecido. Es un Volvo de cinco puertas que tiene seis años, pero me pareció que te iría bien

para trajinar libros. Dijiste que querías pasar el verano recorriendo librerías... Pues ahora ya puedes.

Peter cruzó la sala con los pantalones de Amanda en una mano y las llaves del coche en la otra. La desnudez de su novia casi lo distrajo de la pregunta que ansiaba formularle desde que averiguara que era una Ridgefield. Se había repetido a sí mismo una y otra vez que la respuesta no importaba, que su amor por Amanda no tenía nada que ver con su cuenta corriente; no obstante sentía curiosidad, más que curiosidad.

—Así pues, ¿cuánto tienes, un porrón de millones?

—No exactamente —dijo Amanda acogiéndolo en sus brazos—. Poseo un fondo fiduciario que cobraré cuando cumpla los veintiuno, y me dan una asignación. Es una buena asignación para una estudiante universitaria, sobre todo porque no como demasiado fuera ni compro chorradas... aunque he tenido que ahorrar casi todo el año para pagar tu coche.

—Eres un encanto —dijo, y le besó el hombro—. Yo no te he comprado nada.

—A lo mejor puedes llevarme alguna vez a dar una vuelta...

Amanda le acarició el pecho. Poco a poco fue bajando más y más, y Peter supo lo que pretendía, pero no estaba dispuesto a dejar el tema y ponerse a hacer el amor otra vez.

—Ese fondo fiduciario —dijo Peter— significa que serás... no sé, ¿rica?

—¿Por qué? ¿Vas a dejarme si únicamente tengo cinco millones?

—No, es solo que sé que procedes de una familia rica y todo eso... —Peter no acabó la frase.

—De verdad, Peter —dijo Amanda incorporándose y cruzando los brazos sobre el pecho—. Eres el único chico del que jamás imaginé que me iría detrás por el dinero, ¿y ahora quieres saber cuánto tengo?

—No es eso. No me importa el dinero... quiero decir, no exactamente.

—¿No exactamente?

—Es solo que el futuro que tengo planeado para mí, dedicarme a la compraventa de libros antiguos, no es un plan con el que vaya a enriquecerme. Y quiero poder mantenerme, pero tú estás acostumbrada a ciertas cosas, y bueno, no quiero que tengas la impresión de vivir en la miseria.

—¿Estarás conmigo? —dijo Amanda, suavizando el tono.

—Siempre —susurró Peter.

—Entonces nunca será la miseria. Eres lo único a lo que no puedo renunciar. —Amanda se inclinó hacia él y lo besó durante un minuto, con los senos rozándole el pecho—. Además, yo también trabajaré... al menos hasta que estemos preparados para tener críos.

Peter sintió un escalofrío. Era lo más cerca que habían estado de hablar en serio del matrimonio y la familia. Suponía que Amanda querría casarse, pero

seguía ahorrando dinero para comprarle un anillo y todavía no se lo había pedido oficialmente. En cuanto a los niños, sabía que a ella le encantaban, y a él le entusiasmaba la idea de tener éxito allí donde sus padres habían fracasado. La lengua de Amanda en su pezón lo devolvió a la realidad.

—Y ahora —susurró ella, deslizado la lengua hacia abajo por el pecho de Peter—, vamos a centrarnos en las cosas de las que no puedo prescindir.

Las primeras veces que Phillip Gardner se encontró con la joven que se refería sí misma solo con el nombre de Isabel, simplemente pasearon por Hyde Park y Kensington Gardens. Ella le contó que estaba haciendo un largo viaje por Europa, acompañada de su antigua institutriz, la señorita Prickett. Londres y su efervescente mundo artístico y teatral había seducido a Isabel hasta tal punto que había abandonado la idea de seguir viajando e insistido en que ella y la señorita Prickett alquilaran un piso en Chelsea. La señorita Prickett había argumentado que París, Florencia, Roma, Viena y Berlín tampoco es que estuvieran desprovistas de arte, pero Isabel se había mostrado inflexible: Londres era su ciudad. Ya había conocido a los Rossetti, que vivían a unas pocas manzanas, en Cheyne Walk, y a base de relacionarse con ellos había comenzado a codearse con los pintores, poetas y actores del momento.

—¿Sabe que el otro día —dijo Isabel mientras caminaban por la orilla del lago Serpentine—, paseando hasta la residencia del señor Leighton, llamé a la puerta y me dejaron entrar en su estudio simplemente por ser una americana de visita interesada en el arte?

—Extraordinario —respondió Phillip.

Había descubierto que responder con una palabra a las divagaciones narrativas de Isabel era suficiente para azuzarla a contar nuevas aventuras que contribuyeran a desviar la conversación de su propia historia y su creciente deseo por ella.

Su historia no deseaba revelársela, ni tampoco que estaba casado; en cuanto a su deseo, esperaba que con el tiempo fuera recíproco. Phillip ya había visitado el estudio de Leighton en Kensington, en busca del apoyo del gran pintor y socio de la Real Academia para que a él también lo admitieran en la augusta institución. Leighton había sido amable, pero la obra de Phillip no le había impresionado.

—Y la semana pasada vi a Ellen Terry interpretando el papel de Porcia en *El mercader de Venecia*. Le envié una nota entre bastidores durante el intermedio y me invitó a su camerino después de la representación. Estuvimos hablando veinte minutos de Shakespeare, Shylock y Henry Irving. Veinte minutos, mientras todos los lumbreras de Londres la esperaban. ¿Se lo imagina? Y ni siquiera sabía quién era yo.

—¿Y quién es usted? —preguntó Phillip.

Siempre estaba dispuesto a detectar cualquier insinuación de la verdadera identidad de Isabel, que exhibía un curioso silencio acerca de cualquier episodio de su vida anterior a su llegada a las costas inglesas. Cada vez que Phillip le preguntaba por su familia, ella se ponía a hablar de poesía o escultura, o apuntaba alguna observación que resultaba mucho más prosaica de lo que ella la hacía

parecer. «Debe de proceder de una familia rica —se decía Phillip—. O de lo contrario no habría emprendido un viaje tan largo por Europa. Y también debe de poseer cierta instrucción, o si no, no disertaría sobre arte y literatura de ese modo» .

—Soy una joven que está bastante cansada de caminar, gracias, señor —dijo Isabel—. ¿Regresamos a Chelsea?

Phillip paró un coche de punto justo delante del parque, y pronto traqueteaban en dirección a la residencia de Isabel en Wellington Square. Mientras estaban en Hyde Park, al aire libre, no se había visto tan embriagado por su perfume como en el coche. Cuando el conductor giró hacia King's Road por un instante ella se vio proyectada hacia él, y la combinación de su aroma y la presión de su cuerpo suave casi le hacen perder el conocimiento.

En la tranquilidad de Wellington Square, Phillip dijo al cochero que esperara mientras él acompañaba a Isabel hasta la puerta. No hizo caso de la manera en que el conductor le guiñó el ojo cuando lo dijo.

—La señorita Prickett no aprueba que pasee sola por el parque —dijo Isabel mientras permanecían en la escalera de acceso a la elegante casa adosada de color blanco, que poseía un pasamanos de hierro forjado.

—Pero no estaba sola —observó Phillip.

—Creo que todavía aprobaría menos que estuviera con usted. —Isabel asintió en dirección a una ventana que quedaba sobre ellos en la que las cortinas se habían entreabierto ligeramente—. No le quepa duda de que ahora nos está vigilando —añadió—. ¡Quién sabe lo que escribe en sus cartas a mi madre!

—Es posible que nuestra relación no sea demasiado convencional, pero desde luego es completamente inocente —dijo Phillip, deseando que fuera cualquier cosa menos eso.

Isabel se inclinó hacia delante como si examinara el jardín que, rodeado por una verja, ocupaba al centro de la plaza. Cuando su cabeza estuvo junto a la de Phillip, y sus ojos fijos en la lejanía, susurró:

—El próximo jueves la señorita Prickett se toma el día libre para visitar a su prima segunda, que vive en Brixton. No me encontraré muy bien, así que me quedaré en casa. A lo mejor le gustaría venir a visitarme.

Antes de que Phillip pudiera responder, Isabel se había dado media vuelta y se encontraba en lo alto de la escalera, donde abrió la pesada puerta y desapareció dentro de la casa. La intención de sus palabras no podía haber estado más clara, y la reacción que provocaron fue tan instantánea y poderosa que Phillip regresó trastabillando al coche y exigió al conductor que lo llevara de inmediato hasta Covent Garden, donde podía encontrar alivio.

*Cornualles, oeste de Inglaterra,
martes, 21 de febrero de 1995*

Peter recorrió el terreno empapado que lo separaba de la casa de Graham Sykes, y se quedó sorprendido al ver que no había cerrado con llave la puerta principal, sobre todo después de que la noche anterior casi no le dejara entrar. El fuego se había apagado y la sala estaba casi tan fría como el granero donde había dormido. Peter se quedó escuchando un momento, pero no oyó nada.

—Señor Sykes —dijo casi en un susurro.

Repetió aquel nombre en voz más alta, pero nadie contestó. O bien Sykes dormía profundamente o se había marchado. A la izquierda de la chimenea había un vano a través del cual Sykes había desaparecido la noche anterior para preparar el té. En lugar de una puerta, estaba cubierto por un retazo de tela azul claro salpicado de pintura. Peter recorrió la tela y se encontró con lo que solo podía ser el estudio de Sykes.

Había una pared forrada de estanterías de tosco pino; en las otras colgaban acuarelas y grabados victorianos, sobre todo paisajes, pero también algún retrato o alguna escena religiosa. Delante del vano de entrada había una ancha mesa de granja, al parecer utilizada como escritorio, sobre la que había, a un lado, una impresora. Vio papeles por todas partes: pilas de papeles en el suelo, en el escritorio, papeles que caían de las estanterías, papeles en los alféizares... Por un momento Peter se dijo que Sykes a lo mejor era un erudito bastante menos organizado de lo que había imaginado. Hasta que no se dio cuenta de que todas las pinturas y los grabados que había en la pared estaban torcidos, no comenzó a sospechar que algo pasaba.

Se le revolvió el estómago y notó que la frente se le cubría de sudor a pesar del frío que hacía en el cuarto. Los libros estaban fuera de las estanterías, boca abajo, con el lomo roto. Junto a la mesa había un archivador, todos los cajones estaban abiertos, y las carpetas de color manila y su contenido se veían esparcidas por el suelo. Sobre la mesa había una lámpara volcada con la bombilla hecha añicos. Habían registrado el estudio de Graham Sykes, y a juzgar por el té que todavía goteaba del borde de la mesa, no hacía mucho que había ocurrido. No le quedaban ya muchas esperanzas de averiguar qué sabía exactamente Sykes de A. H. Aun cuando la persona que había revuelto sus pertenencias no se hubiera llevado los documentos pertinentes, Peter tardaría horas en examinar todos aquellos papeles desperdigados. Se pasó la manga por la frente sudorosa y vio algo que dio la puntilla a sus esperanzas. En el centro de la mesa, junto a la impresora, había un cuadrado perfecto de madera limpia, enmarcado por una acumulación de polvo. Alguien había robado el ordenador de Graham Sykes.

Peter estaba seguro de que el responsable del robo se había presentado en

casa de Sykes buscando la misma información que él. No encontraría ningún documento acerca de A. H., ni que le indicara si era un falsificador o no, porque Thomas Gardner o Julia Alderson, o alguien cuya identidad Peter todavía tenía que descubrir, se había llevado esos papeles. ¿Y qué razón había para borrar el rastro de A. H. si el *Pandosto* era auténtico?

Delante de las estanterías había otro vano también cubierto por una tosca cortina: Peter supuso que llevaba a la cocina. Aunque había perdido completamente el apetito, se dijo que un vaso de agua le ayudaría a calmar los nervios, sobre todo si la utilizaba para tragarse uno de sus ansiolíticos. Apartó la cortina y entró en una cocina tan diminuta que apenas cabían en ella los fogones y un fregadero. Una sola ventana, hundida en el grueso muro de piedra, apenas dejaba entrar la suficiente luz de la mañana para que Peter viera en el suelo el cuerpo de Graham Sykes.

Al principio no comprendió lo que veía. Lo único que se le ocurrió fue que Sykes debía de estar muy incómodo durmiendo en el suelo de piedra, con un brazo doblado tras la espalda. Sin embargo, mientras los ojos de Peter se adaptaban a la luz, cayó en la cuenta de la macabra verdad. Sykes tenía la piel cenicienta, los ojos abiertos e inmóviles, y un oscuro charco de sangre se extendía por el suelo. En su cuello se dibujaba una perfecta línea roja. Y en el fregadero, al que Peter se volvió para vomitar, había un cuchillo de trinchar con mango de hueso cubierto de sangre.

Peter sintió una violenta arcada, pero solo expulsó un amargo regusto a bilis. Extrajo la cartera del bolsillo y sacó un sobrecito en el que había varias píldoras. Temía que la medicación poco pudiera hacer para remediar aquellas circunstancias, pero de todos modos se metió dos comprimidos en la boca, y sin molestarse en beber agua, los masticó hasta convertirlos en un polvillo amargo. Resbaló mientras salía reculando de la cocina, y al mirar lo que había en el suelo vio que estaba dejando un rastro de sangre.

Cruzó el estudio y la sala tambaleándose, y sin preocuparse por cerrar la puerta de la casa, salió al frío y húmedo aire de la mañana. Se detuvo un momento y aspiró profundamente para que la cabeza dejara de darle vueltas. Cuando le pareció que comenzaba a pasársele el mareo, echó a correr campo a través, patinando sobre la hierba húmeda. Sacó las llaves del bolsillo y, temblando, las introdujo en la cerradura del coche. Había encendido el contacto e iba marcha atrás, intentando enfilarse el morro del Vauxhall hacia la amenazante cuesta del camino por donde había bajado la noche anterior, cuando se dio cuenta de que se había dejado la cartera en el estudio de Sykes.

Se quedó sentado varios minutos en el coche en marcha, esperando que la medicación le hiciera efecto, y apagó el motor solo cuando se sintió un poco menos irracional, aunque con las mismas ganas de vomitar. Fueran cuales fuesen las consecuencias, sabía que tenía que recuperar el *Pandosto*. No había duda de

que el asesino ya se había marchado, y probablemente la policía aún tardaría horas en llegar. Quién sabía si no pasarían días antes de que alguien descubriera el cadáver de Sykes. Las huellas de Peter estaban ya por toda la casa, había dejado pisadas en el jardín y en el campo, y el rastro de sus neumáticos estaba en el camino de acceso. Si volvía a la casa, no daría a los forenses nada que no tuvieran ya.

Peter salió del coche y se dirigió lentamente hacia la casa. La cartera estaba justo donde la había dejado, en el suelo del estudio. Y cuando la estaba recogiendo, observó algo que no había visto: la tarjeta que le había dado a John Alderson, con la misma esquina rota, solo que ahora estaba manchada con la sangre de Graham Sykes. Sin duda, esa era la prueba de que Julia Alderson estaba implicada en el asesinato.

El primer esfuerzo de Peter por subir la empinada cuesta cubierta de barro acabó con el Vauxhall deslizándose hacia atrás hasta llegar al punto de partida, pero la segunda vez aceleró, y las ruedas giraron y escupieron barro hasta que por fin tocaron terreno firme, y consiguió llegar hasta arriba. Se encontraba a mitad de camino de Exeter cuando de repente se le ocurrió que el asesino no había encontrado lo que estaba buscando. Quizá Thomas y Julia habían conseguido silenciar a Graham Sykes y robarle el ordenador, pero todavía existía una copia de su manuscrito. Sykes se la había mandado a Liz Sutcliffe, y Peter comprendió que ella estaba en peligro de correr el mismo destino que Sykes. En la siguiente área de servicio frenó en seco junto a una cabina telefónica y saltó del coche para telefonear a Liz.

El contestador de Bloomsbury Art Publishers informó a Peter de que la oficina abría de nueve a cuatro los días laborables. Peter miró su reloj: eran las 10.15. Volvió a llamar y oyó el mismo mensaje. Liz Sutcliffe no tenía contestador en casa; el teléfono sonó y sonó. ¿Cabría la posibilidad de que Thomas y Julia ya hubieran llegado a Londres? Peter había supuesto que el ruido que había oído aquella mañana lo habían producido los asesinatos al huir, pero ¿y si habían matado a Sykes la noche anterior, tras lo cual Thomas y Julia habían ido directamente a Londres en busca del manuscrito sobre A. H.? Si en Londres todo iba bien, ¿no debería contestar alguien en la oficina de Liz? ¿Debía llamar a la policía? Si lo hacía, tendría que explicar que Liz estaba en peligro sin delatarse como principal sospechoso en el asesinato de Sykes. Mientras el pánico se apoderaba de él, Peter colgó el teléfono de golpe y regresó corriendo al coche. Dos minutos más tarde, cruzaba la autopista a ciento veinte por hora.

Había repasado una y otra vez los sucesos de la noche anterior y aquella mañana, y siempre llegaba a la misma conclusión: él era el culpable de la muerte de Graham Sykes. El asesinato solo podía ser un intento de ocultar algo que Sykes sabía de A. H., algo que podría arrojar más de una duda sobre la autenticidad del *Pandosto*, lo que impediría que Julia Alderson y Thomas

Gardner pudieran venderlo por una millonada con la mediación del crédulo librero americano al que, hasta el momento, habían hecho creer que había encontrado el Santo Grial de la literatura inglesa.

Le habían dado solo una semana para evaluar el *Pandosto*, sabiendo que era demasiado poco tiempo para detectar sus deficiencias... pues sin duda era una falsificación. ¿Por qué, si no, iban a matar a Sykes? Suponían que Peter haría analizar la tinta y el papel, pero sabían que A. H. era un maestro de la falsificación y que su obra superaría los análisis básicos. Pero había dos cosas con las que Julia y Thomas no habían contado. No esperaban que Peter descubriera los libros que demostraban la relación entre A. H. y el falsificador John Payne Collier, ni tampoco habían esperado que se enterara de la existencia del libro de Graham Sykes sobre A. H., de inminente aparición, que sin duda lo desenmascaraba como falsificador. Deberían estar al corriente de Sykes y su obra, pues el anciano había ido a meter las narices en Evenlode Manor. Peter imaginó que a Julia Alderson y su amante le había entrado el pánico cuando eso ocurrió, sabiendo que tendrían que vender el *Pandosto* antes de que Sykes publicara su libro. La presencia en Kingham de un librero americano les proporcionó la oportunidad perfecta. Julia sugirió a su hermano que le vendieran algunos volúmenes de la vieja biblioteca familiar, lo que le dio la oportunidad de dejar caer el *Pandosto* en manos de Peter. Sin duda ella y Thomas lo habían estado vigilando desde entonces, y cuando Peter llegó a Cornualles y encontró a Graham Sykes, solo había una manera de asegurarse de que el anciano no revelara su juego: asesinarlo y robarle el manuscrito.

De repente, la presencia de su tarjeta en el estudio de Sykes adquirió un sentido escalofriante. No la habían dejado allí por accidente. Peter no solamente había dejado toda clase de huellas en la escena del crimen, sino que le habían tendido una trampa para endilgarle el asesinato de Graham Sykes.

Si Peter no hubiera ido a Cornualles, Graham Sykes a buen seguro continuaría vivo y roncaría sonoramente en su cama, por no hablar de que Peter debería haberlo protegido, no ponerlo en peligro. Cuando imaginó el cuello de Liz Sutcliffe desgarrándose por la presión de un cuchillo de cocina, su pánico se transformó en cólera. Le sorprendió descubrir lo posesivo que se había vuelto con Liz y cómo le enfurecía pensar que alguien pudiera hacerle daño. Pero le gustó la cólera; se desembarazó de la náusea y el mareo y los sustituyó con determinación a la hora de enfrentarse a su miedo.

Mientras apretaba el acelerador en dirección a Londres, frecuentemente se volvía hacia el asiento de al lado con la esperanza de que Amanda se presentara y le dijera qué hacer, pero parecía más lejana que nunca. Se dijo que si estuviera allí lo calmaría, lo convencería de que todo iría bien, de que la policía acabaría descubriendo al auténtico asesino. En su ausencia, lo único que podía imaginar Peter era una película de Hitchcock se condena al inocente, se cierran

las puertas metálicas y se prepara el cadalso. Ciertamente el inocente siempre se salvaba en el último minuto, pero eso era en el cine. Y aunque ya no había cadalsos, eso no significaba que algún inocente no acabara pasando la vida en la cárcel.

Cuando se volvió a la izquierda por décima vez, le sorprendió descubrir que quien estaba sentada a su lado era Liz Sutcliffe, enroscando espaguetis en un tenedor.

—Quizá acelerar no sea lo mejor que puede hacer un hombre al que buscan por asesinato —se burló.

—Ya lo he pensado —dijo Peter—. Pero me ha parecido más importante encontrarte lo antes posible.

—¿Crees que no sé cuidar de mí?

—No creo que esperes la visita de un asesino.

—No esperaba conocerte y me las he arreglado bastante bien.

—¿Por qué no contestas al teléfono? —preguntó Peter.

Cuando nadie le respondió, se volvió y halló el asiento vacío. Pasó junto a una señal que indicaba que se encontraba a ciento cincuenta kilómetros de Londres, y puso el cuentakilómetros a ciento treinta.

Cuando acabó su tercer año de universidad, Peter pasó gran parte del verano en el Volvo familiar que Amanda le había regalado. La tapicería del asiento de atrás estaba muy rayada y a veces costaba mucho quitar el freno de mano, pero a Peter solo había dos cosas que le importaban del coche: le daba independencia y había sido un regalo de Amanda. Jamás giraba la llave del contacto, cerraba la puerta ni ponía una marcha sin pensar en ella.

Aquel verano hizo varias excursiones; primero viajes de un día a Raleigh y Charlotte, luego un fin de semana a Atlanta, y finalmente una visita de tres semanas a Nueva Inglaterra.

—¿Tres semanas? —dijo Amanda mientras estaban tumbados al sol junto a la piscina de Ridgefield.

—Tú fuiste la que me regaló el coche —le recordó Peter—. Y tú decidiste coger un trabajo.

Amanda trabajaba tres días a la semana en una galería de arte de Raleigh.

—Lo sé, pero te echaré de menos.

—Yo también te echaré de menos.

—Solo echarás de menos la cama —dijo Amanda.

Peter le había confesado que planeaba dormir en la parte de atrás del Volvo para ahorrar dinero. Charlie Ridgefield se había ofrecido para invertir en el negocio de Peter, pero este no había querido ni oír hablar de ello.

—La cama, y a quien la comparte conmigo —dijo Peter, sonriendo.

—Sí, ya me he fijado en que este verano no pasas mucho tiempo en tu apartamento.

Los padres de Amanda parecían contentos de tener a Peter en casa, y o bien no sabían, o bien no les importaba que Amanda se colara cada noche en la habitación de invitados.

—¿Quieres que vuelva a mi casa? —preguntó Peter.

—No —respondió Amanda con una sonrisa—. Te quiero aquí.

—Y aquí estaré.

—Sí, dentro de tres semanas —dijo Amanda fingiendo un puchero.

—Bueno, esta noche podemos divertirnos como despedida —dijo Peter.

—Diviértete tú —dijo Amanda arrojando la toalla sobre la cabeza de Peter—. Yo me voy a nadar.

Peter apartó la toalla a tiempo para ver cómo Amanda se zambullía en el agua. Se dijo que ojalá fuera artista y pudiera pintarla en biquini. Aun así, no sería capaz de plasmar su belleza.

Aquella noche se divirtieron, pero Amanda se negó a decir adiós.

Peter puso rumbo al norte y encontró librerías en cada población. Atravesó Pennsylvania y Nueva York, y pasó cinco días en Connecticut y Rhode Island antes de encaminarse a Cape Cod. Se adentró en Boston, y en el camino de vuelta aparcó el coche en Hoboken y tomó un tren a Nueva York. El espacio que utilizaba para dormir en la parte de atrás del Volvo se iba encogiendo lentamente a medida que las cajas de libros se multiplicaban.

Su temor habitual a conocer gente no parecía extenderse a los entusiastas de los libros, y una de las partes más inolvidables del viaje fueron las largas conversaciones que mantuvo con los libreros. Peter tenía la impresión de haberse unido a una fraternidad muy distinta de los escandalosos grupos de Ridgefield amantes de la cerveza, que lo apreciaban tan poco como ellos a él. La suya era una auténtica hermandad de hombres y mujeres que compartían una pasión.

Peter había ahorrado dinero de las horas extras trabajadas en la biblioteca, y aunque no aceptó el dinero de Charlie Ridgefield, sí permitió que Francis y Hank invirtieran pequeñas cantidades en su empresa en ciernes. En cambio, no hizo lo mismo con Amanda.

—Ya me has comprado el coche —dijo—. Con esta inversión es suficiente.

No consintió en que aquel verano ella efectuara ninguna otra contribución económica. Cada noche la llamaba a cobro revertido.

Compartía con Amanda sus descubrimientos del día: joyas infravaloradas que había encontrado en un polvoriento estante, encantadores pueblecitos con plazas verdes donde había almorzado, libreros que lo habían recibido con los brazos abiertos. Amanda hablaba sobre su trabajo en la galería de arte y también sobre los artistas y los coleccionistas que había conocido. Pero la mayor parte del tiempo no conversaban de nada, simplemente hablaban para oír la voz del otro, para estar juntos.

—Mi madre dice que te echa de menos —afirmó Amanda una noche mientras Peter estaba en la cabina telefónica de una gasolinera, en una carretera secundaria de Massachusetts—. ¿No es un encanto?

—Dile que yo también la echo de menos —contestó Peter. De hecho, se dio cuenta de que no solo echaba de menos a Amanda: echaba de menos a aquella familia de la que había acabado formando parte—. Y di a Charlie que el otro día pasé por el estadio de Fenway Park.

—¿Y tienes algún mensaje para mí? —quiso saber Amanda.

—Sí —dijo Peter—, pero no creo que la compañía telefónica lo aprobara.

Estaba en una cabina telefónica de Princeton la noche en que Amanda no cogió el teléfono a la primera señal y oyó que otra persona aceptaba la llamada a cobro revertido después de sonar durante casi un minuto.

—Peter, ¿eres tú?

—Sí, ¿con quién hablo?

—Soy Cynthia —dijo la voz—. Siento haber tardado en contestar. He venido a responder a tu llamada, pero he tenido problemas con la maldita llave. ¡Dios mío, lo siento, Peter! Estaba oscureciendo y no podía ver la cerradura. Y... esta maldita llave.

Peter notó el nerviosismo en la voz de Cynthia, y también que estaba llorando.

—Cynthia, ¿te encuentras bien? Pareces muy alterada.

—Es Amanda. Peter, tienes que venir enseguida. Es Amanda.

Peter sintió un vuelco en el estómago, ese nudo familiar que no había experimentado en semanas, pero que era capaz de aparecer como un trueno, sin el aviso previo de las nubes de tormenta.

—¿Qué le pasa a Amanda?

Amanda no se había encontrado muy bien en los últimos días. Pensaba que se debía a una intoxicación, y había comentado algo de unas ostras en mal estado en una comida al aire libre. Pero había dicho que se le había pasado. La noche anterior no habían sido más que unos retortijones; estaba a punto de tener el período, y esa vez la había dejado hecha polvo.

—¿Está ahí? —dijo Peter intentando no perder la calma. Con una persona histérica al teléfono había suficiente.

—Está en el hospital.

Peter sintió que el nudo del estómago se le apretaba, y le empezaban a sudar la frente y las palmas de las manos.

—Dame el número —dijo de manera lacónica—. Quiero llamarla. Necesito hablar con ella ahora mismo. ¿Cuál es el número?

—No puedes hablar con ella —dijo Cynthia—. Está en el quirófano.

En ese momento Peter experimentó la acometida de un ataque de pánico con todo su ejército. Cuando colgó, se le ocurrió que quizá así eran los ataques de pánico auténticos y justificables. Lo único que lo diferenciaba de sus ataques habitualmente racionales era que en ese momento Amanda tenía un problema grave.

—¿Qué demonios está haciendo en el quirófano? —dijo Peter dejando de fingir que estaba sereno.

—Crean que el apéndice se le ha perforado —dijo Cynthia. Ahora parecía estar llorando—. Esta mañana se sentía muy mal, y ya sabes que sus padres están en Francia, por lo que me llamó y me dijo que la llevara al médico, y este dijo... dijo...

—Respira, Cynthia —la alentó Peter, a quien le costaba mucho hacerlo—. ¿Qué dijo el médico?

—Dijo que tenía una especie de infección —concluyó Cynthia—. Le hicieron pruebas y una ecografía, y dijeron que el apéndice se le podía haber reventado.

Esta misma tarde la han llevado al hospital que hay cerca de Raleigh y ahora la están operando, y no me cuentan qué ocurre porque no soy de la familia.

Cynthia lloraba ya sin parar.

—Y una mierda no eres de la familia —dijo Peter sorprendido ante su propia furia—. ¿Qué han dicho antes de operarla?

Peter pudo oír que Cynthia respiraba profundamente.

—Han dicho que a lo mejor se pondrá bien, pero que depende de lo mucho que se haya extendido la infección. Han dicho... han dicho que en estos casos siempre hay un peligro de... de...

—Ahora mismo me pongo en camino —anunció Peter antes de que Cynthia pudiera terminar la frase.

No deseaba oírla pronunciar en voz alta lo que sabía que los dos estaban pensando. Aunque llevaba en pie desde las siete y ya eran casi las diez, se tragó uno de sus ansiolíticos, se metió en el Volvo y puso rumbo al sur.

Phillip Gardner yacía en brazos de su amante, y la menguante luz del sol de invierno recorría su piel pálida, perfecta. La señorita Prickett había tomado aprecio a su primo segundo, e Isabel había convencido a su institutriz de que viajara a Brixton todos los jueves. Habían sido los tres meses más gloriosos de la vida de Phillip. En la única ocasión en que, después de la boda de Phillip, la señora Gardner se había dignado a compartir el lecho de su marido, se había comportado de manera rutinaria y desapasionada. Isabel era todo lo contrario. Hacía el amor con un apasionado desenfreno que estremecía y a veces incluso asustaba a Phillip. Más de una vez Phillip había temido que por culpa de sus gritos los vecinos acabaran llamando a la policía; en otras ocasiones, cuando ella se derrumbaba sobre la cama, agotada por su actividad, Phillip temía por su salud. Cómo una criatura tan delicada era capaz de copular con tanta energía, era un misterio que intrigaba y maravillaba a Phillip. En aquel momento Isabel se encaramó encima de él, introduciendo su miembro en ella con mano diestra y moviéndose lánguidamente. Él llevó las manos a sus pechos y clavó los dedos en su blanda carne mientras ella aceleraba el ritmo. Phillip empujaba de manera incontrolable, agarrándola cada vez con más fuerza, sin saber si gritaba de dolor o de placer, o de ambas cosas, hasta que por fin Phillip, también con un grito, alcanzó su clímax.

Cuando Phillip despertó, casi una hora más tarde, encontró a Isabel sentada ante su tocador, pasándose el cepillo por los cabellos, que le llegaban a la cintura. A Phillip le encantaba admirar su pelo suelto y libre, le encantaba la manera en que le caía sobre los pechos descubiertos, cómo, a cada roce del cepillo, se le endurecían los pezones. Aunque estaba demasiado agotado para pensar en invitarla a volver a la cama, nunca se cansaba de mirarla. Allí, sentada en el escabel que había delante del espejo, dándole parcialmente la espalda, de modo que no solo podía verle el pelo, la mano, el cepillo y los pechos, sino también la blancura de su hombro desnudo, la curva de la cadera, el estrechamiento de su zona lumbar, e incluso un atisbo de la hendidura de sus nalgas, pasaba de mujer a obra de arte, comparable a lo más perfecto que hubiera visto en la Real Academia. Se dijo que ojalá pudiera pintar de un modo que hiciera justicia a su belleza y a la perfecta felicidad que sentía en ese momento.

—¿A qué hora tienes que irte? —dijo Isabel, captando su mirada en el espejo.

—¿A qué hora tienes que irte tú? —repitió Phillip en tono de broma.

—¡Yo vivo aquí!

—Querrás decir que estás aquí de visita. —Phillip se incorporó en la cama y le habló en un tono más serio—. Supongo que tus padres esperan que regreses algún día de tu viaje por Europa.

—Preferiría no pensar en ello —dijo Isabel.

—Yo tampoco —aseguró Phillip—. Pero no soporto pensar que cada vez que estoy contigo podría ser la última.

—Esta no será la última —afirmó ella, y su reflejo le sonrió.

Al menos le había sonsacado esa promesa: volvería a compartir el éxtasis con su amada Isabel. Phillip se levantó y se puso la ropa, sin dejar de mirar ni un momento los cabellos que le caían sobre los pechos mientras se cepillaba.

—Será mejor que coja el tren de Paddington de las cinco y diecisiete —dijo Phillip contestando a la pregunta anterior.

Se inclinó hacia delante y apretó sus labios suavemente sobre el hombro desnudo de Isabel, deslizando su mano hacia el costado para abarcarle un pecho y rozarle suavemente el pezón con el pulgar.

—¿Te importa si no te acompaño a la puerta?—dijo Isabel.

—En absoluto.

Phillip la dejó delante del espejo con una sonrisa en los labios y la última luz del día refulgiendo en su pelo.

Londres,
martes, 21 de febrero de 1995

Peter nunca había ido en coche a Londres, y aquella no parecía la mañana más adecuada para intentarlo. Vio una señal que indicaba la estación de tren de Reading y decidió que la manera más eficaz de ir a la ciudad sería tomar el tren hasta Paddington.

Dejó el Vauxhall en el aparcamiento de varios niveles y se llevó la cartera, pues no quería perder de vista ni un momento el *Pandosto*. Mientras hacía cola para comprar el billete, oyó las noticias de la mañana en un televisor que colgaba cerca del mostrador de venta. Sintió un repentino escalofrío al oír los titulares.

—Esta mañana, en Cornualles, la policía ha descubierto el cadáver de un anciano brutalmente asesinado que vivía en una casa bastante apartada. En este momento la policía está investigando la escena del crimen.

Peter había salido de la casa de Sykes hacía solo tres horas. Si el asesinato ya aparecía en las noticias, entonces había huido por muy poco. Pero ¿cómo podían haber descubierto a Sykes tan pronto? Su casa estaba a kilómetros del pueblo más cercano. Mientras Peter compraba el billete y se dirigía hacia los andenes, sintió que otro acceso de pánico le recorría el cuerpo. La policía sabía lo de Sykes porque Julia Alderson y Thomas Gardner habían denunciado el asesinato que ellos mismos habían cometido. Sin duda la policía había recibido una llamada anónima con un marcado acento de Cornualles: «Ayer por la noche vimos a un extraño americano rondar la casa del señor Sykes. Conducía un Vauxhall de color beige. Esta mañana salimos a dar un paseo y oímos unos gritos». No había otra explicación.

Se desplomó en el asiento del tren con destino a Londres y casi esperó, en otro momento digno de Hitchcock, ver su cara en el periódico del hombre que estaba sentado delante de él. ¿Qué le habrían contado a la policía Alderson y Gardner? Peter recogió el periódico abandonado que había en el asiento vecino y se escondió detrás de él durante la media hora que duraba el viaje hasta Paddington. Si alguno de los pasajeros se hubiera fijado en él, habrían pensado que le fascinaban los resultados del rugby.

En Paddington se esforzó por perderse entre la multitud y salió de la estación interurbana en dirección al metro. Estaba completamente convencido ya de que todos los agentes de la ley de las islas Británicas tenían una foto suya y habían recibido la orden de «detenerlo a toda costa». Nada más salir del metro a la relativa calma de Russell Square, se topó de cara con un agente uniformado. Una vez que el policía hubo pasado a su lado con indiferencia, Peter se permitió pensar que, a lo mejor, todavía no corría peligro.

Bloomsbury Art Publishers se encontraba en un edificio estrecho de Bury

Place, nada más doblar la esquina llegando desde el Museo Británico. Dos plantas más arriba, en una ventanita, estaban pintadas las iniciales B. A. P., la única indicación que se veía desde la calle de la oficina de Liz Sutcliffe. Peter abrió la puerta y accedió a un angosto pasillo que conducía a una escalera que formaba una curva bastante pronunciada. Junto a esta había un ascensor, pero Peter imaginó que caminar probablemente sería más rápido, así que enfiló la escalera. Pegada con cinta adhesiva a la puerta de Bloomsbury Art Publishers había una nota con el membrete de la empresa: MARTES: B. A. P. PERMANECERÁ CERRADA PORQUE EL PERSONAL ASISTE A UN SEMINARIO DEL GREMIO DE EDITORES INDEPENDIENTES. POR FAVOR, VUELVAN OTRO DÍA.

Así que era esa la razón por la que Liz no había contestado al teléfono... Peter se apoyó contra la puerta aliviado, pero se quedó sorprendido cuando esta se abrió y entró trastabillando en las oficinas en penumbra. En cuanto sus ojos se adaptaron a la luz, su alivio se desvaneció. Había papeles desperdigados por todas partes, las sillas estaban volcadas y los cajones de los escritorios estaban tirados de cualquier manera en el suelo. Habían registrado la oficina. Peter se aventuró a entrar un poco más y encontró una puerta con el nombre de Liz en ella. Su despacho era un caos. De manera inquietante, le recordó la escena que había dejado en el estudio de Graham Sykes unas horas antes.

Peter sabía que habían estado buscando el ejemplar del manuscrito de Sykes que Liz poseía. Lo que no sabía era si lo habían encontrado. Si era así, cualquier esperanza de averiguar la verdad acerca de A. H. a través de Sykes probablemente se había evaporado; si no, entonces Liz todavía estaba en peligro. Encendió la luz y lo inspeccionó todo en busca de alguna pista, pero había tanto desorden en la oficina que podría pasarse horas examinando aquellos papeles esparcidos, y no tenía tanto tiempo. En el suelo, junto a la ventana, encontró un calendario de mesa grande. Sobre el 21 de febrero Liz había escrito: «Trabajar en casa, Bob & S. para el seminario del GEI».

«Trabajar en casa...»

Pero Liz no había contestado al teléfono. Peter sintió que la náusea y el mareo regresaban.

Rebuscó entre los papeles que había en el suelo por si daba con alguno donde figurara la dirección de Liz. Acababa de recoger un sobre dirigido a ella, en el que constaba la dirección de un piso de Hampstead, cuando oyó las sirenas de la policía. Regresó a toda prisa a la zona de recepción y vio el brillo intermitente de una pequeña luz roja en una esquina. «Una alarma silenciosa», se dijo. Eso significaba dos cosas: que Thomas y Julia no podían llevarle una ventaja de más de diez minutos, y que la policía llegaría en cualquier momento.

Corrió hacia el pasillo, y estaba a punto de bajar la escalera cuando oyó voces abajo. En su desesperación, pulsó el botón del ascensor y se quedó

estupefacto cuando este se abrió de inmediato. Entró, apretó el botón del sótano y contuvo el aliento. Las puertas se cerraron y el ascensor bajó lentamente.

Peter oyó pisadas subiendo la escalera mientras él y la policía se cruzaban, separados tan solo por las puertas del ascensor. Cuando llegó al sótano, permaneció al pie de la escalera y escuchó un instante. Al no oír nada, subió rápidamente y salió por la puerta, pasando junto a dos coches de policía. En cuanto llegó al final de la manzana y hubo doblado la esquina, echó a correr por New Oxford Street en dirección a Tottenham Court Road, donde podría coger la Northern Line hacia Hampstead.

Peter llevaba casi dos días junto al lecho de Amanda, apretándole la mano y durmiendo apenas unos pocos minutos seguidos, cuando Sarah y Charlie Ridgefield por fin llegaron de Francia. Los médicos habían mantenido a Amanda inconsciente. « A fin de que pueda utilizar toda su energía para ponerse mejor », habían dicho. Pero eso fue todo lo que comentaron de su estado delante de Peter o Cynthia. Tampoco sirvió de nada que Peter dijera que era su novio. La información médica solo podía comunicarse a los miembros de la familia. Le dijeron que suerte tenía de que le permitieran permanecer en la habitación de Amanda después de las horas de visita. Desde su llegada al hospital, dormir y comer se habían convertido en algo secundario, y en su obsesión, incluso su ansiedad lo había abandonado. Peter se negaba a pensar en otra cosa que no fuera la absoluta recuperación de Amanda de lo que los médicos no le revelaban.

—Hemos extirpado a la paciente un apéndice perforado —informó el doctor Harris.

—Se llama Amanda —dijo Peter—. La paciente tiene un hombre: Amanda.

En los dos días anteriores, el doctor Harris se había mostrado severo y, a menudo, grosero, algo que Peter no pensaba perdonarle de ninguna manera por mucho que en ese momento mostrara una actitud más jovial. Peter estaba sentado en el sofá de la sala de espera, y Sarah Ridgefield le apretaba la mano con fuerza. Solo la promesa de oír por fin el pronóstico de Amanda había conseguido que Peter se apartara de su lado. El doctor Harris había dicho que era mejor comentar esas cosas lejos de la paciente, aun cuando Amanda, tal como él lo expresó, « seguía durmiendo » .

—Naturalmente —dijo Harris mirando su gráfico—, se llama Amanda. Le hemos extirpado un apéndice perforado, y la infección estaba bastante extendida.

—¿Cómo puede haber ocurrido? —preguntó Peter—. ¿Cómo es que se le ha perforado el apéndice?

—Presentaba algunos síntomas —dijo el doctor—, según la joven que la trajo.

—Cynthia —añadió enseguida Peter.

—Sí, Cynthia. Según ella, la paciente... quiero decir, Amanda, llevaba dos días enferma y experimentaba lo que creía que era dolor menstrual.

—¿Y cómo se encuentra ahora? —intervino Charlie.

—Está luchando contra una grave infección —afirmó el doctor Harris. Y añadió rápidamente—: Y está luchando bien. Le hemos administrado grandes dosis de antibióticos y tenemos fundadas razones para creer que se despertará dentro de un día o dos. Si todo va como esperamos tendrá que permanecer aquí

otra semana, pero su recuento de glóbulos blancos ya es mucho menor. Es fuerte.

—¿Qué no nos está contando? —preguntó Peter al tiempo que apretaba con más fuerza la mano de Sarah.

El doctor Harris había estado ensimismado en la gráfica, y todavía no había mirado a los ojos a los padres de Amanda.

—La infección estaba extendida, señor...

—Byerly —anunció amablemente Sarah—. Su nombre es Peter Byerly.

—Bueno, señor Byerly —dijo el doctor Harris—, como ya he dicho, la infección estaba muy extendida. En estos casos, no es extraño que surja una E. I. P.

—¿E. I. P.? —repitió Charlie.

—Una enfermedad inflamatoria pélvica —aclaró el doctor Harris—. Básicamente significa que la infección se extiende a la zona pélvica, donde puede afectar a la trompa de Falopio y los ovarios.

—¿Y ha afectado a la trompa de Falopio y los ovarios? —preguntó Charlie.

—Creemos que sí —dijo el doctor—. Es difícil estar seguro por completo en esta fase, pero me temo que es muy probable..., extremadamente probable, que la paciente... que Amanda quede estéril.

Peter vio que las lágrimas rodaban por las mejillas de Sarah y la atrajo hacia su hombro, donde ella lloró en silencio.

Una hora más tarde, Peter salió del hospital por primera vez en casi tres días. Había insistido en ser él quien le comunicara a Amanda su pronóstico, y anunció a todos que lo haría cuando ella estuviera preparada. Los Ridgefield se mostraron de acuerdo.

En su ausencia, las cartas se habían acumulado en el apartamento bajo la ranura para el correo. Peter se sentó en el suelo, y entre los vales de descuento y la publicidad buscó algo que sabía tenía que estar allí. Se quedó sorprendido al encontrar una postal que reproducía el retrato de Amanda Devereaux, en el dorso de la cual estaba escrito: «Bienvenido a casa, cariño. Te he echado de menos. Con todo mi amor, Amanda. P. S. ¡La abuela también te ha echado de menos!». En la mente de Peter apareció una imagen de él y Amanda, desnudos debajo del retrato de Amanda Devereaux, peleándose con un condón y riéndose mientras intentaban colocarlo en su sitio. Que las precauciones ya no resultaran necesarias a Peter de repente le pareció una pérdida incalculable, y por primera vez desde su llegada se echó a llorar de manera inconsolable.

Se desplomó contra la puerta, sollozando mientras rebuscaba entre el correo hasta que encontró lo que necesitaba. Apretó el sobre contra el pecho y siguió llorando profusamente durante otros diez minutos. Amanda había dicho a Peter que de vez en cuando era necesario un buen llanto, le había hablado de lo

purificador que podía llegar a ser, pero él nunca lo había experimentado. La sensación de pérdida era aún profunda, pero ya no la desesperación que se le había ido acumulando desde que el doctor Harris le notificara su pronóstico.

Rompió el sobre y leyó: « Se le ha preconcendido una línea de crédito de 5.000 dólares» . Pensó que aquello debería ser suficiente.

Le pareció extraño pedir dinero prestado a los Ridgefield, aunque Peter se había dicho que la Banca Ridgefield era, después de todo, una empresa que cotizaba en Bolsa. No era lo mismo que pedir un préstamo personal a Sarah Ridgefield. Además, confiaba en que, en pocas semanas, podría transformar el contenido de las cajas que estaban en la parte de atrás del Volvo en dinero más que suficiente para devolver el préstamo. Salió del banco, hizo una parada de camino al hospital y regresó junto al lecho de Amanda menos de tres horas después de haberla dejado.

Al día siguiente se despertó cuando la mano de Amanda comenzó a moverse débilmente dentro de la suya. Amanda abrió los ojos, los dirigió poco a poco hacia él, sonrió y susurró en un tono de gran satisfacción:

—Peter.

Phillip e Isabel tenían un pacto: si ella necesitaba ponerse en contacto con él fuera de los parámetros de sus encuentros regulares de los jueves, le mandaría un mensaje a través del librero de Phillip, Benjamin Mayhew. Phillip sabía que Mayhew sería discreto a la hora de transmitir los mensajes, y que una carta o un telegrama del librero no despertaría ninguna suspicacia en Evenlode House, donde la señora Gardner habitualmente era la primera en revisar el correo.

Phillip tuvo suerte, por tanto, de que la carta de Isabel llegara con el correo de la tarde, mientras su mujer estaba echando la siesta, y de que él reconociera, entre el montón de cartas que había sobre la bandeja de plata de la sala matinal, la delicada letra inclinada que había atisbado una vez en el escritorio de la sala de Isabel. Cogió la carta y se dirigió apresuradamente a su estudio, donde la señora Gardner, más desdeñosa aún con sus esfuerzos artísticos que la Real Academia, casi nunca se aventuraba.

Querido Phillip:

He de hablar contigo enseguida. Por favor, reúnete conmigo en el salón de té Fortnum & Mason, en Piccadilly, mañana por la tarde a las tres.

Tu Isabel

Phillip estrujó la carta y la arrojó a la chimenea, donde el fuego la consumió de inmediato. ¿Cómo podía haberse arriesgado tanto Isabel, si lo tenían todo tan perfectamente planeado? ¿De repente se había convertido en una boba? ¿O lo había hecho con la esperanza de que la señora Gardner lo pillara, poniéndolo entre la espada y la pared? Phillip le había dicho de la manera más clara posible que no había ninguna esperanza de mantener una relación a largo plazo. Aunque no amaba a la señora Gardner, nunca consideraría poner fin a su matrimonio. Necesitaba que ella mantuviera su dinero invertido en Evenlode House, era algo que debía a su familia.

Cogió el abrigo y pidió al ama de llaves, al encontrársela en la escalera, que informara a la señora Gardner de que su abogado lo reclamaba en Londres y que pasaría la noche en su club.

Cuando llegó a Londres dos horas más tarde, Phillip se fue directamente a Covent Garden, donde pasó una noche de disipación con dos mujeres de las que sospechó que eran madre e hija. No quería que le quedara una gota de energía sexual cuando se encontrara con Isabel. Pensó que así eliminaría una de las armas que ella siempre blandía contra él, y que podría reprenderla por sus actos

sin que ella lo tentara con un revolcón.

Encontró a Isabel sentada a la mesa que estaba casi al fondo de la sala, erguida y con aire remilgado, felizmente ignorante, o eso parecía, del desastre que podía haber causado caso de que su carta hubiera llegado unas horas antes. Lo había irritado más su solicitud de que se encontraran en un lugar público. Mientras su relación fue inocente, él estuvo contentísimo de verse con ella en Hyde Park o Kensington Gardens. Pero en cuanto Phillip tuvo algo que ocultar, le entró la necesidad de ocultarlo constantemente. Y sin embargo, ahora ella insistía en encontrarse con él no solo en público, sino en un salón de té que los conocidos de la señora Gardner frecuentaban.

Isabel estaba de espaldas a la puerta, de modo que Phillip se acercó por detrás y con el periódico dio un golpe sobre la mesa en un intento de sobresaltarla. Que ella ni parpadeara ni volviera la cabeza para mirarlo le pareció una mala señal.

—Buenas tardes, Phillip.

—¿Tienes la menor idea de los problemas que podrías haberme causado? —le espetó él en un susurro mientras se sentaba—. Has sido una boba al escribirme así a mi casa.

—No me importa —dijo ella sin vacilar.

—No, claro que no... Supongo que tampoco te importa quién te ha comprado ese broche de diamantes que paseas por todo Londres.

—Tenemos un problema más importante que el dinero o los diamantes —anunció Isabel sin reaccionar todavía a las palabras emponzoñadas de Phillip.

A este le irritaba que ella permaneciera tan plácida mientras la recriminaba. Cómo había disfrutado imaginando la riña que iban a tener: su cólera azuzando a Isabel a devolver el fuego en una batalla prolongada y ardua; cómo ella capitulaba al final y le imploraba perdón; cómo él la dejaba meditando sobre sus pecados antes de regresar por fin a sus brazos al cabo de un par de semanas. Pero Isabel no parecía dispuesta a interpretar ese papel.

—Nada es más importante que el dinero —dijo Phillip—. Pareces olvidar que el futuro de la familia Gardner recae sobre mí.

—El futuro de la familia Gardner recae en un lugar completamente distinto —afirmó ella, y por fin se volvió hacia él.

—No tienes ni idea de lo que estás diciendo.

—Al contrario, señor Gardner. Sé perfectamente lo que digo. Ya han pasado dos meses.

Isabel no había vuelto a llamarlo señor Gardner desde poco después de que se conocieran, y eso lo irritó.

—Dos meses, ¿desde cuándo?

—Desde que llevo a tu hijo en mis entrañas.

Por un momento, Phillip se quedó sin respiración. Fue incapaz de enfocar los ojos en Isabel, ni en su cara ni en su figura, e incluso el servicio de té que llegaba en ese mismo momento se volvió borroso. Todas sus bravatas eran poco menos que nada, y todo lo que le quedaba era... ¿qué? ¿Un hijo fuera del vínculo conyugal? ¿La destrucción de su matrimonio, de su familia, la pérdida de sus propiedades?

—¿Estás segura? —susurró Phillip.

—Totalmente —afirmó Isabel—. Una mujer se da cuenta de estas cosas, como acabo de descubrir.

—¿Lo sabe la señorita Prickett?

—Todavía no —dijo fríamente Isabel—. Pero pronto tendrá que saberlo. He decidido que el parto tenga lugar en Londres.

—¿Y qué les contarás a tus padres?

—Que me he matriculado en una escuela de arte.

—Eso no parece muy convencional.

—¿No le parece, señor Gardner, que ya ha quedado claro que no soy una persona muy convencional?

—Pareces haber pensado en todo —dijo Phillip.

—En todo no, señor Gardner. No tengo ni idea de cuál será la relación entre el niño y su padre.

Todo aquello había pillado tan por sorpresa a Phillip que tardó un momento en asumir el hecho de que el padre era él. Era una palabra que hacía mucho tiempo había dejado de relacionar con su persona. Después de su matrimonio, la señora Gardner le había dejado perfectamente claro que no le daría ningún heredero. Los hijos de su hermano heredarían Evenlode House, junto con la fortuna de la señora Gardner, y Phillip recuperaría la riqueza familiar tan solo sacrificando su propia felicidad. Después de haber renunciado a tanto, no podía permitir que nada interfiriera con ese plan.

—¿Y cómo sé que soy el padre? —dijo Phillip.

Si en aquel salón de té hubiera habido más gente, quizá Isabel no habría actuado como lo hizo; sin embargo, pareció una reacción instintiva. Le cruzó la cara de una bofetada, y aun cuando llevaba la mano enguantada, Phillip sintió una punzada de dolor en la mejilla. Ya había levantado la mano para devolver el golpe cuando oyó una voz chillona a su lado.

—Caramba, señor Gardner, ¿es usted? Ya me lo imaginaba. ¿Puede creer que acabo de decir al señor Thompson que sabía que era usted? —La voz pertenecía a una conocida de la señora Gardner, una mujer grandota cuyo nombre Phillip había olvidado, si es que lo había sabido alguna vez—. Espero verlo a usted y a la señora Gardner esta temporada en el Royal Ascot. ¡Me gusta tanto el Royal Ascot...! ¿Y a usted, señor Gardner? Estaba diciendo al señor Thompson lo

mucho que disfruto en el Royal Ascot. Pero ¿quién es esta encantadora jovencita?

Aquella mujer grandota, al parecer la señora Thompson, por fin dejó de hablar para respirar y dar un buen repaso a Isabel, a la espera de una explicación de por qué acompañaba a un hombre casado en un salón de té. Casi sin pararse a pensar, Phillip respondió:

—Es una joven americana. Mi hermano me ha pedido que la entreviste como posible institutriz para sus hijos.

—Una institutriz americana, qué cosa tan insólita —dijo la señora Thompson.

—Sí, y ahora, si me excusa, señora Thompson, debo proseguir con la entrevista.

—Desde luego, señor Gardner, desde luego. Lo entiendo perfectamente. Transmita mis saludos a la señora Gardner, y dígame que nos veremos en el Royal Ascot. —La señora Thompson cruzó el salón de té sin interrumpir su monólogo, aumentando incluso el volumen—. Era el señor Gardner. Te he dicho que era el señor Gardner. Asegura que nos veremos en el Royal Ascot.

—Y bien, señor Gardner —dijo Isabel cuando la señora Thompson por fin hubo desaparecido—. ¿He de seguir siendo la probable institutriz de su hermano o vamos a hacer planes en serio?

*Londres,
martes, 21 de febrero de 1995*

Desde su primera visita a Londres, a Peter le había encantado ir en metro. Amanda siempre prefería el taxi; decía que así podía contemplar la arquitectura de la ciudad, pero Peter afirmaba que el metro era más barato y a menudo más rápido. De todos modos, lo que más le gustaba era el anonimato. No tenía que decir a nadie adónde iba ni dar conversación al taxista. Y le encantaba el mapa. A nivel del suelo, Londres era una ciudad muy desconcertante, pero por debajo, gracias al exquisito mapa del metro, Peter la comprendía a la perfección.

Mientras avanzaba hacia Hampstead por la Northern Line, la adrenalina que había impulsado a Peter parecía haberse agotado, y tras desplomarse en el asiento le entró un vago temor. El tren acababa de salir de la tercera parada cuando Liz Sutcliffe apareció a su lado una vez más, todavía enrollando los espaguetis en su tenedor. Sus palabras no surgían de la imaginación de Peter, sino de su memoria. En algún momento de su almuerzo en el restaurante italiano, Peter había preguntado a Liz lo que tarde o temprano preguntaba a todo londinense que conocía: «¿Cuál es tu parada del metro?». Había descubierto que eso siempre funcionaba a la hora de iniciar una conversación, y aunque a menudo oía la risita de Amanda cuando lo preguntaba, esta le había confesado posteriormente lo bien que se le daba entablar conversación. «El metro rescata a un americano de su angustia social», decía.

«Belsize Park», dijo Liz Sutcliffe antes de meterse en la boca los espaguetis enrollados a su tenedor y desaparecer. Vivía en Hampstead, pero la estación de metro más próxima estaba una parada más cerca de Central London. Si Thomas Gardner y Julia Anderson le llevaban solo unos minutos de ventaja e iban a su casa pasando por Hampstead, a lo mejor Peter todavía tenía una oportunidad de llegar antes que ellos.

Se apeó del vagón en Belsize Park a toda prisa y encontró la calle de Liz en el mapa de la zona de la estación de metro. Salió corriendo de la estación y subió la colina, comprendiendo que aunque Thomas y Julia tendrían que recorrer un trecho mayor si venían de la estación de Hampstead, contarían con la ventaja de ir colina abajo. Dobló hacia una tranquila calle residencial que conducía al apartamento de Liz, y volvió la vista atrás y a continuación colina arriba para ver si podía divisar a Thomas y a Julia. Ni siquiera se fijó en la figura cubierta por una parka que lo adelantó a paso vivo y que, de repente, dio media vuelta y se detuvo.

—Peter, ¿eres tú? —Liz Sutcliffe estaba a su lado, con una sonrisa de perplejidad en la cara, las mejillas sonrosadas por el frío y la neblina de su cálido aliento disolviéndose al sol de mediodía—. ¿Qué haces aquí? —preguntó.

Peter se inclinó hacia delante, las manos en las rodillas, intentando recuperar

el aliento. Liz aguardó pacientemente, igual que haría con un perro o un niño. Peter consiguió por fin responderle entre jadeos.

—Asesinato.

—¿Perdona? —dijo Liz sonriendo aún de manera maternal, como si Peter jugara a algo cuya finalidad fuera demostrar que era un niño de seis años excepcionalmente inteligente.

—Sykes —añadió Peter—. Graham Sykes ha sido asesinado.

Liz enderezó a Peter tirándole del brazo para poder mirarlo a los ojos.

—¿De qué demonios estás hablando?

—Fui a verlo —dijo Peter, todavía jadeando—, y esta mañana lo asesinaron.

—¡Mierda! —soltó Liz—. ¿Cómo lo sabes?

—Lo vi —dijo Peter—. Fue horrible. Horroso. —Notó que se le reproducían la náusea y los escalofríos mientras recordaba la escena; esa vez no sintió pánico, sino repugnancia y dolor. Una lágrima le rodó por la fría mejilla—. Le cortaron el cuello —susurró.

—¡Maldita sea! —Liz se había quedado pálida—. ¡Cojones!

—Lo siento mucho —dijo Peter—. Se suponía que tenía que procurar que no corriera peligro. Se suponía que tenía que advertirle, pero él... Discutimos y... —Recordó la discusión con Sykes de la noche anterior. Si Peter no hubiera sido tan testarudo, quizá se habría acordado de avisar a Sykes de la amenaza de Thomas Gardner. Todo lo que podía ver en ese momento era la cara del muerto y toda aquella sangre—. Fue horrible, Liz.

—¿Cómo pudo ocurrir?

La pregunta quedó flotando un momento en medio del frío de la mañana mientras Peter intentaba borrar la imagen del cadáver de Sykes.

—Te lo explicaré todo —dijo por fin Peter aspirando profundamente y con la impresión de que regresaba de un abismo—, pero primero tengo que sacarte de aquí.

—¿A qué te refieres? —dijo Liz—. ¿Qué tiene que ver todo esto conmigo?

—Han registrado tu despacho —le comunicó Peter—, y es posible que ya estén en tu apartamento.

Antes de que pudiera detenerla, Liz echó a correr por la calle. Peter la alcanzó justo cuando ella se detuvo delante de su casa, en la acera de enfrente. Uno de los cristales de la puerta del edificio estaba roto, y en la segunda planta se veía una ventana completamente abierta. Debajo, en la acera, había montones de libros y papeles tirados por el suelo. Liz observaba la escena con los ojos como platos. Temiendo que Thomas y Julia todavía estuvieran en el apartamento, Peter cogió a Liz del brazo y se la llevó calle abajo.

—Tenemos que irnos de Londres, Liz —dijo mientras doblaban la esquina—. Ahora.

—Tengo el coche en la otra calle.

Sin pensarlo, cogió a Peter de la mano y lo arrastró hasta el final de la manzana. Una vez el Citroën se incorporó al tráfico que ascendía la cuesta de Haverstock Hill en dirección a Hampstead, Liz preguntó adónde se dirigían.

—A Kingham —respondió Peter, quien ya había reflexionado un poco sobre el asunto.

Aunque eso significara meterse en la boca del lobo, sabía que debía seguir fingiendo el papel de negociante con John Alderson, al menos el tiempo suficiente para resolver el misterio del *Pandosto* y quizá encontrar alguna prueba que lo exculpara del asesinato de Sykes e implicara a Julia Alderson y a Thomas Gardner.

Llevaba ya un rato en el coche cuando Liz preguntó:

—¿Qué buscaban?

—El manuscrito de Sykes —respondió Peter—. No lo encontraron en su casa porque él ya te lo había enviado. Imagino que no lo hallaron en tu despacho, de lo contrario no habrían ido a tu piso, a no ser...

—A no ser, ¿qué?

—Bueno, no solo intentaron arrebatar el manuscrito a Sykes, sino que lo mataron. Creo que porque él sabía lo que contenía. No está nada mal que hayan descubierto el manuscrito en tu piso. Me alegro de que no te encontraran a ti.

—Ellos no lo han encontrado en mi piso —dijo Liz.

—¿Como lo sabes?

—Porque me pasé la mañana leyéndolo en Hampstead Heath —dijo Liz metiendo la mano en el bolsón y extrayendo un fajo de papeles encuadernados—. Está aquí.

En los últimos dos días, Peter había reproducido en su mente la conversación que había mantenido con Amanda unas semanas atrás, la noche que ella le regaló el Volvo. Después de hacer el amor por segunda vez, se quedaron echados uno al lado del otro, las manos juntas pero no entrelazadas, la mirada perdida en aquellos techos tan altos.

—¿Te gustaba ser hijo único? —le preguntó Amanda.

—No lo sé —respondió Peter—. Supongo que con un hermano habría tenido alguien con quien hablar. Quizá me habría resultado más fácil... relacionarme con la gente. Pero también me habría preocupado que creciera en esa casa. Soy de los que se preocupan.

—A mí me habría gustado tener una hermana pequeña —reconoció Amanda.

—Y una mayor, ¿no? —dudó Peter.

—No. Supongo que puesto que fui la primera, y siempre pensé que podría llegar otra, jamás se me ocurrió tener una hermana mayor. Pero me acuerdo de que deseé tener una hermana pequeña. Para cuidarla, ¿sabes? Quiero tener varios hijos.

—¿Cuántos? —preguntó Peter tras una larga pausa.

—¿Quieres decir cuántos hijos me gustaría tener?

—Sí.

—Tres o cuatro —afirmó Amanda—. Si los primeros tres fueran chicos, intentaría tener una niña.

—O sea, ¿que te gustaría que fueran niñas? —preguntó Peter.

De pronto se imaginó a él y a Amanda caminando por el parque con dos niñas morenas con un vestido de volantes. La imagen le pareció tan aterradora como fascinante.

—Me gustaría al menos uno de cada —dijo Amanda—. Pero soy realista. ¿Y a ti?

—Si tú eres la madre, me da igual —respondió Peter, y Amanda apoyó la cabeza sobre su pecho y se quedó dormida casi al instante.

Después de eso, a veces Amanda hacía algún comentario espontáneo (aunque Peter sabía que en ella la espontaneidad no existía) referente a que le gustaría que su hija asistiera a clases de ballet o que su hijo estudiara en una escuela que no fuera la de Ridgefield. Peter comenzó a imaginarse como uno de aquellos padres que trabajaban en el hogar: se veía escribiendo catálogos de libros antiguos en el despacho de su casa mientras los niños se echaban la siesta.

Pero en ese momento estaba sentado junto a la cama de una mujer que nunca podría tener hijos, y la despertó suavemente.

—¿Cómo te encuentras, Amanda?

—Mejor. Más fuerte. Creo que puedo incorporarme.

Peter apretó un botón y la cama se levantó hasta dejar a Amanda en posición sentada.

—No tan erguida como te gusta —dijo Peter.

—De todos modos, me siento más humana —reconoció Amanda.

—Tenemos que hablar.

—Eso no ha sonado muy bien —dijo Amanda—. Además, pensaba que era la chica quien decía esa frase.

—Mientras estabas enferma han pasado algunas cosas.

—Peter, me estás asustando. ¿Ha muerto alguien?

—No ha muerto nadie —dijo Peter—. Es solo que has tenido una infección muy grave.

—Pero ¡han dicho que estaba remitiendo!

—Sí. Está desapareciendo. Vas a ponerte bien. Es solo que...

—No voy a ponerme bien, ¿verdad?

—La infección te ha afectado los ovarios —dijo Peter cogiéndole la mano—. Vamos a tener que replantearnos el tema de los niños.

—Oh —dijo Amanda, apartando la vista de Peter por primera vez durante la conversación. Se quedó mirando el azul pálido del cielo veraniego durante más de un minuto antes de que Peter la atrajera de nuevo hacia él. No intentó secarle las lágrimas que le caían por la mejilla—. Es solo que...

—Lo sé —dijo Peter—. Los dos lo queríamos. —Permanecieron en silencio un buen rato, mientras la mano inerte de Amanda yacía en la de él. Peter se dijo que debía dejar que Amanda asimilara la noticia antes de proseguir. Pero al final ya no pudo soportar el silencio y dijo—: También hay otra cosa. Una buena noticia.

—Me vendría bien oír una buena noticia —dijo Amanda forzando una sonrisa mientras se pasaba la manga por los ojos. Peter le apretó la mano con más fuerza y luego se apartó de la silla—. ¿Has perdido algo? —preguntó cuando él se arrodilló junto a su cama.

—Sí —dijo Peter—. Hace unos dos años. Perdí el corazón.

—Peter, ¿qué estás haciendo?

—Amanda Ridgefield... —Para su sorpresa, Peter no sintió pánico sino paz al decir—: ¿Quieres casarte conmigo?

Amanda se echó a llorar, pero Peter distinguió una sonrisa detrás de sus lágrimas. Se puso en pie y sacó un anillo del bolsillo.

—¿Qué te parece? —dijo.

Antes de que ella pudiera impedirlo Peter le colocó el anillo en el dedo.

—Peter, es... ¡es precioso! —exclamó entre sollozos.

Peter esperó pacientemente a que recobrarla la compostura. Al cabo de unos momentos, Amanda separó su mano de la de Peter y cogió un pañuelo de papel.

—No quiero que te cases conmigo por lástima, Peter —dijo Amanda.

—No siento lástima por ti. Mira, podemos adoptar, podemos hacer muchas cosas. Estoy dispuesto a lo que sea para hacerte... para hacernos felices. A lo único a lo que no estoy dispuesto es a salir de este cuarto sin estar prometido contigo.

—¿Y esto no es pedirme la mano por compasión?

—Amanda, tú me conoces. Nos conoces a los dos. Sabes cuánto te quiero. ¿Por qué crees que he estado comprando y vendiendo todos esos libros? Para ganar dinero para esto.

Señaló el anillo, que ya parecía formar parte natural de la mano de Amanda.

—¿De verdad?

—De verdad.

—Muy bien, pues, Peter Byerly... ¡Sí!

Aunque Peter a menudo lamentó la cicatriz que dejó en el corazón de Amanda su incapacidad para tener hijos, jamás se arrepintió de haber escogido ese momento para pedirle la mano. Su plan había sido comprar el anillo después de vender su Volvo lleno de libros y hacerle la propuesta el día de Halloween en la sala Devereaux, pero sintió la necesidad de compensar el pesar de Amanda, y también el de su familia, con un poco de alegría. Charlie y Sarah se sintieron casi tan felices como Amanda al ver el anillo en el dedo de su hija y enterarse de la noticia.

—Pronto podré llamarte «hijo». —Charlie dio a Peter una palmadita en la espalda en un gesto que no consiguió disimular su profunda emoción—. Espero que no te importe.

—No —dijo Peter—. No me importará en absoluto.

Cinco días más tarde, Peter llevó a Amanda a su hogar. Pasó el resto del verano en la habitación de invitados de la casa de los Ridgefield, ayudando a su prometida a recuperar la salud. Amanda parecía volver a ser la de siempre: leía en su estudio, reía y tomaba el pelo a Peter en la cocina y junto a la piscina, incluso hacían el amor cuando sus padres se iban a Nueva York para pasar el fin de semana. Pero desde aquella época surgió entre Amanda y Peter una barrera que nunca se mencionaba, y que antes no había existido, con relación al tema de los niños. Él casi nunca se daba cuenta, pero de vez en cuando, al observar un bebé en un restaurante o al cambiar de canal de televisión y toparse con una película de Walt Disney, lo sentía: esa ligera incomodidad, como si fueran dos amigos que accidentalmente se han visto desnudos. Peter aprendería que los matrimonios crean esas cicatrices, pero el hecho de no poder seguir gozando de una intimidad absoluta era lo que lo afligía, más aún que la esterilidad de Amanda. Que nunca llegara a reunir el valor para hablar de ese tema con ella fue algo que lamentaría el resto de su vida.

En la época en que nació su hijo, Phillip Gardner había convencido por fin a Isabel de que se mostrara razonable, aunque no había sido fácil. Las primeras veces que la visitó, con posterioridad a su encuentro en el salón de té de Fortnum, Isabel había insistido en que no quería dinero de Phillip, sino afecto y un padre para su hijo. Él le había explicado que esas eran las dos únicas cosas que no podía proporcionarle. Finalmente fue la señorita Prickett la que ayudó a Isabel a comprender que su situación era desesperada, cosa que Phillip le había agradecido.

Se decidió que Isabel regresaría a Estados Unidos cuando la criatura tuviera edad para viajar. Isabel diría que había encontrado al niño junto a la entrada de su escuela de arte y que, a pesar de las razones que había aducido la señorita Prickett, no había aceptado separarse de él. Isabel admitió que sus padres de buena gana adoptarían al niño y lo criarían como si fuera de la familia. Mientras tanto, podía contar con Phillip para lo que fuera, dentro de unos límites razonables. Él buscaría un médico, si eso resultaba necesario, y consintió en pagar un pequeño estipendio no a Isabel, que no lo aceptaría, sino a la señorita Prickett, quien lo utilizaría para comprar ropa y todo lo necesario para el bebé.

Isabel podía seguir poniéndose en contacto con él a través de Benjamin Mayhew, aunque Phillip había dado instrucciones a Mayhew para que no remitiera los mensajes a Kingham. Phillip podía encontrar una excusa para acercarse a Londres y visitar a su librero al menos una vez por semana, y de cualquier otra cosa que exigiera una atención urgente tendría que encargarse la señorita Prickett.

Desde su conversación en Fortnum, Phillip e Isabel habían seguido viéndose de manera regular, aunque esos encuentros habían sido completamente castos. A medida que Isabel se acercaba al momento del parto, las visitas de Phillip a donde ella se alojaba se limitaban por lo general a una breve conversación con la señorita Prickett, quien lo ponía al tanto de la salud de Isabel. En cuanto a las necesidades carnales, Phillip curiosamente se había sentido muy poco interesado en tales actividades desde que descubriera el estado de Isabel. También evitaba Covent Garden.

El niño, del que su padre solo sabía que se llamaba Phillip, nació una fría mañana de finales de noviembre. La señorita Prickett remitió de inmediato una carta a Benjamin Mayhew, pero en aquellos días Phillip estaba acompañando a la señora Gardner en un viaje a Yorkshire para visitar a su sobrina y no llegó a Londres hasta poco antes de Navidad. La primera vez que posó la mirada sobre su único hijo, el pequeño ya tenía tres semanas. Durante la prolongada ausencia de Phillip, Isabel había expresado un profundo deseo de no ver al padre de su hijo, así que la señorita Prickett llevó al niño dormido a la sala, donde se lo tendió

a Phillip.

—Creo que es mejor que no lo coja, señorita Prickett —fue la reacción de Phillip.

Le horrorizó el hecho de que quien de facto era la niñera le ofreciera el bebé a quien al fin y al cabo era un perfecto desconocido.

—Supongo que tiene razón, señor Gardner.

La mujer se sentó con el niño en los brazos durante unos minutos y luego lo llevó de vuelta a su habitación. En su ausencia, Phillip se marchó.

Mientras recorría las frías y penumbrosas calles de Londres hasta Hyde Park, donde antaño había paseado de manera tan inocente con Isabel bajo el sol de verano, y luego proseguía hasta Trafalgar Square y Fleet Street, donde estaba la oficina de Benjamin Mayhew, Phillip decidió que no debía volver a ver a su hijo. Apenas le había visto el rostro un instante, pero conocer al pequeño, enfrentarse cara a cara con la realidad de lo que había ocurrido, lo había destrozado completamente. Esa prueba de sus pecados engendró en Phillip el sentimiento de vergüenza y repulsión más espantoso que nunca había experimentado. Al mismo tiempo, sentía un vínculo intenso que lo relacionaba con esa pacífica criatura. Era su hijo, su legítimo heredero, y no debía conocerlo nunca. Phillip no soportaba la idea de regresar a la negrura emocional que habitaba ese angosto espacio entre el amor y la vergüenza. Al cabo de unos meses, Isabel y el niño se marcharían para siempre. Hasta entonces, debía evitar a toda costa volver a Londres.

Una tarde de marzo, el viento que llegaba de Churchill aullaba en torno a los tableros de Evenlode House, y el sol ya se ponía en el pálido azul del cielo de Cotswold. Phillip no envidiaba a los trabajadores que colocaban las piedras en la planta superior de la nueva ala oeste. La señora Gardner volvía a estar en Yorkshire visitando a su sobrina, que no estaba muy bien de salud. Phillip se había quedado a supervisar las obras, aunque aquel día no había gran cosa que supervisar, así que había permanecido en su estudio contestando a la correspondencia y leyendo. Acababa de colocar otro leño en el fuego y se había apoltronado en su butaca favorita cuando el ama de llaves (era nueva, y a Phillip siempre se le olvidaba su nombre) apareció en el vano de la puerta, silenciosa como un fantasma.

—¿Qué ocurre? —dijo Phillip, visiblemente molesto ante esa interrupción.

—Han venido a verle una joven y su dama de compañía —anunció la mujer—. Como no la conozco y no sabía si usted deseaba que la dejara entrar, le he pedido que espere en la puerta. Ella tiene un... Bueno, no estaba segura de que quisiera que la hiciera pasar a la sala, señor.

Desde una ventana de la última planta de Evenlode Manor, Reginald Alderson observaba por el ocular de un largo telescopio de latón, que apuntaba hacia la puerta principal de su vecino, a poco más de dos kilómetros de distancia. Había resultado útil pagar al jefe de estación unas cuantas libras para que le informara cada vez que la señora Gardner salía del pueblo, pero deseó que lo hubiera hecho antes. Sin embargo, Reginald era un hombre paciente. Había sido paciente todos los días que había seguido a Phillip Gardner por las calles de Londres, y se había visto recompensado al verlo hablar con una joven americana en la Real Academia. Había sido paciente al seguir a la chica y descubrir dónde vivía. Había sido paciente al esperar que la dama de compañía de la chica se tomara el día libre, ese día él se había sentado junto a la señorita Prickett en el tren que iba a Brixton y había mantenido la primera de varias útiles conversaciones.

—Menuda coincidencia —había dicho Reginald— que yo también viaje a Brixton en este tren todos los jueves.

Había sido paciente al esperar que la señora Gardner emprendiera un prolongado viaje sin la compañía de su marido, pero en cuanto esta se hubo marchado, la última fase de su plan se puso en marcha. Dos años atrás, no mucho después de que Phillip se casara con la señora Gardner, este había escrito a Reginald una carta burlona en la que le proponía comprarle su colección de documentos históricos. Por fortuna, Reginald había guardado aquella carta insultante, y no le costó mucho copiar la letra y escribir una nota en la que Philip « invitaba » a Isabel, a la señorita Prickett y al niño a presentarse en Evenlode House. Cuando Phillip los hubo echado, sabiendo, al igual que él, que la señora Gardner regresaba esa misma noche, Reginald los esperó delante de la verja y ofreció a su querida amiga la señorita Prickett y a la joven que estaba a su cargo alojamiento para pasar la noche. Una vez que el trío estuviera instalado en Evenlode Manor, el resto sería fácil.

A principios del otoño de su último año en Ridgefield, Peter estaba enfrascado en una lectura obligatoria para su asignatura de historia medieval en la sala Devereaux cuando Francis Leland dejó caer una polvorienta caja de cartón sobre la mesa, delante de él.

—¿Te gustaría hacer unas horas extras este año?—preguntó Francis.

—¿Han añadido más horas al día?—bromeó Peter.

Casi todas las horas que no dormía ya las pasaba en clase o en la biblioteca. Francis lo tenía trabajando en el departamento de Colecciones Especiales quince horas a la semana, y trabajaba con Hank en el departamento de Conservación siempre que podía. Como además tenía que cumplir con sus deberes académicos, su tiempo era más limitado. El decano se había hartado de que Peter se inventara clases inexistentes; aquel semestre lo tenía cargado de horas de literatura inglesa, historia y economía.

—Bueno, hay seis cajas más esperando, y creo que ya va siendo hora de que cataloguemos este material —dijo Francis—. Teniendo en cuenta tus... circunstancias personales y tu talento como catalogador, eres el hombre perfecto para el trabajo.

—¿De qué se trata?—preguntó Peter, lleno de curiosidad.

—Son las cartas y los documentos personales de la señora Amanda Devereaux —explicó Francis.

—¿Hablas en serio?—Peter se abalanzó hacia la caja—. ¿Por qué no me lo habías dicho antes?

—Para ser honesto —respondió Francis—, no se trata de nada prioritario. A los investigadores los documentos de la señora Devereaux les interesan tan poco como la propia dama. Pero ahora que te vas a casar con alguien de la familia, he pensado que a lo mejor te gustaría aprender a catalogar manuscritos y conocer a Amanda Devereaux al mismo tiempo.

—Puedes apostar a que sí.

Peter abrió la caja mientras apartaba su libro de historia, que quedó completamente olvidado.

A lo largo de los meses siguientes, Peter trabajó con los documentos Devereaux, clasificando concienzudamente su correspondencia con coleccionistas y vendedores de libros. Cada día contaba a Amanda algo nuevo acerca de su abuela, y su novia se mostraba complaciente con su apasionamiento, a pesar de que le costaba seguir la compleja lista de coleccionistas y libreros con los que su abuela había tratado. Los sábados, cuando él y Amanda pasaban la tarde en la casa de la familia Ridgefield, Peter se sentaba junto a la piscina o en el solárium y obsequiaba a Sarah Ridgefield con historias de la colección de su madre. Sarah mostraba un auténtico interés en lo

que Peter descubría.

—Cuando tuve edad suficiente para comprender lo que era el coleccionismo de libros, ella ya había frenado un poco —dijo Sarah—. Recuerdo un viaje a la casa de subastas de Nueva York, pero aparte de eso, mi madre no compartía conmigo esa parcela de su mundo.

—Pero ¿nunca tuviste curiosidad por echar un vistazo a sus papeles? —preguntó Peter.

—No habría servido de nada sin tenerte a ti para que explicaras quién era Rosenbach o Huntington... o los demás. Eres un guía excelente, Peter —dijo Sarah para, acto seguido, besarlo suavemente en la mejilla.

—Esta mañana estaba leyendo su correspondencia con Henry Folger —dijo Peter.

—¿Te refieres al fundador de la Biblioteca Folger Shakespeare? —preguntó Sarah.

—Exacto. Folger fue el coleccionista de Shakespeare por antonomasia. Al parecer, él y tu madre fueron muy buenos amigos. Imagino que Folger podía llegar a ser un rival molesto en lo tocante al coleccionismo de libros, pero las cartas que mandó a tu madre son muy amables.

Peter descubrió que Amanda Devereaux jamás pujó por un Primer Infolio de Shakespeare en vida de Folger, una cortesía hacia su amigo, el cual reunió docenas de Primeros Infolios, de lejos la recopilación más extensa del mundo. En una carta que Emily Jordan Folger escribió a Amanda dos semanas antes de la muerte de su marido, se leía: «No sabes cuánto valoraba Henry tu amistad, y sin duda habría estado encantado de que por fin adquirieras un Primer Infolio».

Pasaron más de quince años antes de que Amanda comprara el Primer Infolio acerca del cual Peter había leído tan a menudo.

—Muchos de los grandes coleccionistas eran amables con ella —dijo Peter—, y la trataban como a una igual, aun cuando en aquella época el coleccionismo de libros era algo casi exclusivamente masculino. Por descontado, no podía hacerse socia del Club Grolier. Eso la enfurecía bastante.

—¿Qué es el Club Grolier? —preguntó Amanda, que acababa de entrar en la habitación con una expresión en la cara que indicó a Peter que estaba decidida a no permitir que Sarah monopolizara la conversación de su prometido.

—Es un club de coleccionistas de libros de Nueva York —explicó Peter—. El club de coleccionistas de libros más antiguo de Estados Unidos, y todos los socios eran hombres hasta los años setenta.

—Eso debió de cabrear mucho a la abuela —dijo Amanda, sentada en el sofá junto a Peter.

—¡Amanda! —dijo Sarah—. Vigila tu lenguaje.

Peter había observado que últimamente el lenguaje de Amanda era un poco más subido de tono cuando estaba su madre cerca. Al preguntarle, Amanda se

había encogido de hombros y había dicho que lo único que intentaba era que su madre se apercebiera de su presencia, aunque Peter pensaba que había algo más. Puesto que los padres de Amanda no se habían escandalizado porque su hija decidiera casarse con alguien que no era de su clase, se había propuesto a escandalizarlos de algún otro modo. Peter lo veía como parte de un plan que Amanda parecía haber puesto en práctica desde su enfermedad: se trataba de situarse más en la órbita del mundo de Peter que en el de sus padres a la menor oportunidad. Suponía que para eso estaban los noviazgos, para que la novia tuviera tiempo de separarse del mundo de sus padres y acercarse al de su prometido, y, naturalmente, a Peter no lo sorprendía que la amistad que compartía con Sarah Ridgefield, que amenazaba con fusionar esos dos mundos, a veces irritara a Amanda.

—Lo siento, madre —dijo Amanda cogiéndole la mano a Peter y apretándola suavemente—. Continúa, Peter.

—Bueno, estaba tan cabreada por lo del Club Grolier —dijo Peter apretando la mano de Amanda para que quedara bien claro de parte de quién estaba su lealtad— que se convirtió en miembro fundador del Club Hroswitha.

—¿El qué? —preguntó Sarah.

—El Club Hroswitha —repitió Peter—. Era un club para damas coleccionistas fundado en 1944.

—¿Para... damas? —dijo Amanda con un leve desdén hacia esa expresión políticamente correcta.

—Así es como las mujeres se llamaba a sí mismas en 1944, querida —informó Sarah.

—En una ocasión se reunieron en el apartamento que tu madre tenía en Nueva York, Sarah —añadió Peter—. Al parecer el Club Hroswitha quedó debidamente impresionado.

—Las señoras de mi familia siempre han sabido qué hacer en una habitación llena de libros raros —dijo Amanda, y dio un pellizco furtivo a Peter.

—¿A qué te refieres exactamente, querida? —preguntó Sarah.

Pero por suerte Peter se libró de la posible incomodidad de la respuesta de Amanda cuando Charlie los llamó para cenar.

Londres,
martes, 21 de febrero de 1995

Liz insistió en escuchar el relato de Peter de su viaje a Cornualles antes de revelarle el contenido del manuscrito de Graham Sykes, así que mientras avanzaban a paso de tortuga por el tráfico de Londres, Peter le contó su visita al viejo erudito. No mencionó el tema del *Pandosto* y solo le dijo que Sykes se había interesado por el documento que Peter le había enseñado, pero incluso mientras ocultaba una parte de la verdad, comenzó a comprender que no tenía más remedio que confiar en Liz Sutcliffe. Le gustara o no, ahora ella andaba metida en el asunto. Tenía que conocer toda la historia.

—Confieso que no lo entiendo —dijo Liz—. El manuscrito de Graham trata de un escándalo que tuvo lugar hace ciento treinta años. Fuera del mundo de los chiflados por el arte victoriano, ¿a quién puede importarle? Ahí no hay nada por lo que merezca la pena... matar.

Peter aspiró profundamente y a continuación se lo soltó.

—¿Qué me dices de la reliquia más valiosa de la historia de la literatura inglesa? ¿Valdría la pena matar por eso?

—¿Cuánto dirías que vale?

—Millones.

—¿Y dónde está esa reliquia? —preguntó Liz.

—En el asiento trasero de tu coche —respondió Peter.

—Bueno, entonces sí que me siento a salvo. ¿Vas a contarme lo que está pasando?

Y así fue como Peter se lo explicó todo, desde su descubrimiento de la acuarela hasta su visita a Evenlode Manor y su hallazgo del *Pandosto*, y también sus sospechas de que Thomas Gardner y Julia Alderson intentaban encubrir el hecho de que el libro era una simple falsificación durante el tiempo suficiente para sacarle unos millones de libras a alguna candorosa institución americana como la Universidad de Ridgefield. Habían llegado a la M40 cuando acabó su relato, pero los vehículos estaban casi parados.

—Así que si A. H. es un falsificador —dijo Liz—, ¿entonces lo más probable es que el *Pandosto* sea falso!

—Exacto —afirmó Peter—. Veamos, ¿qué puedes decirme de A. H.? ¿Era Phillip Gardner?

—No lo sé —reconoció Liz.

—Pero yo creía que Sykes había escrito un libro para desenmascarar a ese tipo —alegó Peter.

—Si te he de ser sincera —dijo Liz—, el manuscrito me ha decepcionado un poco. Me parece que falta alguna información clave.

—¿Como la verdadera identidad de su protagonista? —preguntó Peter.

—Sykes no quería contármelo hasta que el libro no estuviera a punto de salir a la calle —dijo Liz—. Simplemente lo llamaba « el señor X ». Pero hay una cosa que sí sé. A. H. era un artista aficionado, y si no pudo entrar en la Real Academia y en la Sociedad de la Acuarela fue por culpa de alguien llamado Reginald Alderson.

—El antepasado de John Alderson —confirmó Peter—. Así que todo nos lleva a Kingham. A. H. debe de ser Gardner.

—Según Sykes, A. H. se casó con una viuda rica, lo que le permitió darse la gran vida y financiar la reconstrucción de su casa. Posteriormente tuvo una relación con una americana que vivía en Londres, y cometió el desliz de dejarla embarazada. Y eso en 1876 era un error muy grave en un hombre que, además, era un mantenido.

—Justo lo que me contaron las viejas hermanas —dijo Peter—, solo que ignoraban lo del embarazo.

—Alderson descubrió su relación con la americana y comenzó a chantajear a A. H., pero Sykes es un poco impreciso a la hora de mencionar cuál era exactamente el motivo de la extorsión. Alderson era bastante rico, y parece muy arriesgado que un hombre que ya es rico se dé al chantaje para ganar aún más dinero. Al parecer todas las obras de A. H. que se conservan cuelgan de las paredes de Evenlode Manor, aunque Sykes dice que se trata de pinturas muy poco imaginativas, sobre todo acuarelas, y puesto que Alderson impidió que A. H. ingresara en la Real Academia, ¿por qué querría sacarle unos cuadros que podría haber comprado casi por nada?

—Yo sé exactamente qué obtuvo de él —dijo Peter—. Lo he tenido en mi mano.

—¿El *Pandosto*? —preguntó Liz.

—Puede —respondió Peter—. Pero de las cosas que hay en Evenlode Manor, esa no es la única que procede de Evenlode House. Todos los documentos que había en la caja que Julia Alderson me enseñó estaban marcados con las iniciales « E. H. ». Alderson y Gardner eran coleccionistas rivales; Alderson debió de chantajear a Gardner para obtener de él su mejor material.

—¿En serio crees que un coleccionista se rebajaría al chantaje para conseguir algunos antiguos documentos? —preguntó Liz.

—No has tratado con muchos bibliófilos, ¿verdad?

Peter recordó hasta qué extremos habían llegado Thomas Wise y Mark Hofmann impulsados por su pasión. Quizá A. H. no fue un falsificador sino simplemente una víctima del chantaje. Quizá el *Pandosto* era auténtico.

—Hay un detalle en el que Sykes se muestra categórico —dijo Liz—: las fechas. Dice que el niño nació a finales de 1876; el chantaje comenzó la primavera siguiente y prosiguió durante unos dos años. A partir de entonces, el

rastro que Sykes seguía por lo visto se perdió. Por eso me cabreó tanto el manuscrito. Suscita más preguntas de las que responde. ¿Qué le pasó al niño? ¿Qué fue de la amante? ¿Por qué todo ese chantaje fue tan breve?

—¿De dónde sacaba Sykes su información, Liz?—preguntó Peter.

—Gran parte procedía de la correspondencia de A. H. con su librero. Un tipo llamado Benjamin Mayhew.

—¿Lo dices en serio?—preguntó Peter.

—¡Que me muera si no!—exclamó Liz.

—Benjamin Mayhew es uno de los nombres que figuran en el *Pandosto*.

—Bueno, eso parece lógico. ¿Quién demonios era entonces A. H.?

—Tenía que ser Phillip Gardner —dijo Peter—. Las pruebas encajan a la perfección. Es evidente que Sykes nunca vio la caja de documentos, o habría adivinado a qué obedecía el chantaje.

—¿Le hablaste de los demás documentos?—preguntó Liz.

—No —reconoció Peter—, solo del *Pandosto*. Francamente, en comparación, todo lo demás parecía una minucia.

—Hay algo más que has de saber —dijo Liz después de que hubieran recorrido unos cuantos kilómetros en silencio. El tráfico por fin se había hecho más fluido e iban a toda velocidad en dirección a Oxford.

—¿A qué te refieres?

—Bueno —dijo Liz—, te veo muy convencido de que Thomas Gardner y Julia Alderson son los asesinos de Sykes, y los responsables de haber puesto patas arriba mi casa y mi oficina.

—Han tenido que ser ellos.

—Pues no es posible que hayan sido los dos —objetó Liz— porque esta mañana llamé a Evenlode Manor desde un teléfono público de Hampstead mientras volvía del parque y hablé con Julia Alderson. Así pues, ella no podía estar en Londres registrando mi oficina.

—¿Y por qué demonios la llamaste?

Peter se inclinó hacia delante en su asiento por primera vez desde que salieran de Londres.

—Graham la mencionaba en sus agradecimientos como la persona que le había enseñado las acuarelas de A. H. Intenté convencerla para que nos dejara reproducirlas en el libro.

—¿Y qué te contestó?—preguntó Peter.

—Me espera mañana a las tres para tomar el té.

Benjamin Mayhew ocupó su asiento habitual en la sala de subastas de Sotheby's. Al otro lado de la sala, apoyado en la jamba de la puerta, estaba la habitual y taciturna presencia de Reginald Alderson. Mientras hojeaba el catálogo del día, Benjamin reflexionó acerca de lo decepcionante que probablemente iba a ser esa tarde para Reginald. Benjamin sabía que este coleccionaba documentos firmados por los reyes y las reinas de Inglaterra. También sabía que en la colección de Alderson faltaban las firmas de solo cuatro monarcas, y que los cuatro estaban representados en la subasta de esa tarde: cuatro documentos que abandonarían Sotheby's en compañía de Benjamin Mayhew rumbo a Evenlode House y a la colección de Phillip Gardner.

Benjamin dirigió otra mirada a Alderson y reparó en que, después de todo, no se le veía taciturno, como acostumbraba durante esas infructuosas apariciones en Sotheby's. Por el contrario, una tímida sonrisa se dibujaba en su cara en el momento en que se apartaba un mechón de pelo de la frente.

A medida que avanzaba la subasta, el comportamiento de Alderson le resultó todavía más extraño. No se movió de su lugar en la entrada, ni tampoco levantó la mano para pujar por ninguno de los documentos que, sabía Benjamin, tanto codiciaba. Aquello debió de resultar una decepción para el consignador, pues últimamente las animadas pujas entre Alderson y Mayhew habían hecho que los precios de los documentos alcanzaran nuevos récords, y entre los anticuarios de Londres se daba por supuesto que la subasta de aquel día no sería una excepción. Por el contrario, Mayhew compró con gran facilidad los cuatro documentos reales, así como algunos otros artículos selectos, sin que nadie le plantara cara. Todo aquello parecía divertir a Alderson, quien, cuando la maza cayó por última vez, levantó ligeramente el sombrero para saludar a Mayhew y desapareció de la sala, donde en ese momento todos comentaban lo ocurrido. Mayhew aceptó las felicitaciones de sus colegas casi sin escucharlos, y aunque estaba complacido de llevar nuevos tesoros a su mejor cliente, tenía la incómoda sensación de que Reginald Alderson tramaba algo.

Dos días después de la venta de Sotheby's, Phillip Gardner se presentó en Londres para reclamar sus trofeos. Phillip, lejos de tener ese aire triunfal que Benjamin estaba acostumbrado a ver tras una exitosa subasta, se adentró en el despacho del librero convertido en la viva imagen de una miserable derrota.

—No sabes lo que hemos conseguido —dijo Mayhew abriendo un gran portafolio sobre su escritorio y mostrando los documentos que ahora pertenecían a Gardner—. Algunas adquisiciones espectaculares, y a un precio excelente.

Phillip ni siquiera se dignó a mirar los documentos, sino que con un prolongado suspiro se derrumbó en una mullida butaca que había junto a la ventana.

—¿Conoces a un sujeto llamado Collier? —preguntó Gardner—. John Payne Collier.

—Conozco su trabajo —dijo Mayhew, desconcertado por la brusquedad de esa incongruente pregunta.

—Pero ¿no lo conoces personalmente? ¿No es cliente tuyo?

—No —reconoció Mayhew—. ¿Sigue con vida? Debe de ser muy viejo. Lo último que supe de él es que vivía en Maidenhead. Después de ese asunto con el folio de Shakespeare, su trabajo quedó un poco desacreditado.

—Falsificó las notas al margen, ¿no es eso? —preguntó Gardner.

—Eso creía todo el mundo. En aquella época yo era joven, y estaba empezando el negocio de los libros. Te puedo decir que aquello armó un gran revuelo.

—¿Y dices que vive en Maidenhead?

—Imagino que sí, si todavía no ha muerto, allí debe de continuar. ¿A qué viene este repentino interés por Collier?

—He estado pensando en comenzar una colección de libros sobre falsificaciones —dijo Gardner.

—Menudo cambio.

—No tanto —replicó Gardner—. Tengo la impresión de que un hombre que colecciona documentos debería saber todo lo que pueda de las falsificaciones, aunque solo sea para protegerse.

Benjamin conocía lo bastante las excentricidades de los coleccionistas para no poner en entredicho los motivos que había detrás de cualquier pasión recién adquirida y considerar ese nuevo interés como una oportunidad que le permitiría hacer más ventas.

—¿Solo te interesan los falsificadores de Shakespeare, o cualquier falsificación? —preguntó Mayhew.

—Supongo que cualquiera —dijo Gardner—. ¿Hay otros falsificadores de Shakespeare?

—Creo que podría conseguirte una bonita colección de libros sobre William Henry Ireland —respondió Mayhew—. Él fue el más grande. Falsificó manuscritos, cartas, todo tipo de cosas. Era un redomado sinvergüenza.

—¿Y en esos libros cuenta cómo lo hizo?

Por primera vez en la conversación, Benjamin Mayhew sospechó que sabía en qué estaba pensando su cliente.

El campus de Ridgefield era un derroche de cornejos y azaleas, y los alumnos habían regresado de las vacaciones de Semana Santa en pantalón corto y camiseta, cuando Peter extrajo el último fajo de cartas de la última caja de los documentos de Amanda Devereaux y por fin encontró algo que no podía compartir con Sarah ni con Amanda: una correspondencia que, única entre los documentos que había catalogado, mostraba a Amanda Devereaux no como coleccionista de libros, sino como mujer: la correspondencia entre Amanda Devereaux y su futuro marido, Robert Ridgefield.

Se habían conocido en la sala de subastas neoyorquina de Sotheby's, y ese primer encuentro los había dejado a ambos enamorados y adjudicados. Ella acababa de cumplir los cuarenta años; él le llevaba veinte. En sus primeras cartas hablaban de libros: Ridgefield no era un coleccionista serio, pero de vez en cuando pujaba por algún artículo que le resultaba atractivo. Se veían en Nueva York, donde Ridgefield vivía durante la mayor parte de la temporada. A Amanda le encantaba acudir en persona a las subastas importantes, y Ridgefield pronto aprendió a estar al corriente de la programación de Sotheby's y Parke-Bernet para no perderse ninguna oportunidad de encontrarse con ella.

En las cartas que Ridgefield dirigía a Amanda Devereaux poco a poco fueron apareciendo declaraciones de amor; las cartas que ella le dirigía se referían sobre todo a cuestiones bibliográficas, pero no rechazaba sus insinuaciones amorosas ni sus cada vez más frecuentes invitaciones a reuniones sociales. Este delicado baile entre un banquero de edad avanzada y una brillante coleccionista de libros culminó en la primavera de 1939. La última carta de aquella colección, que Peter se sintió obligado a ocultar tanto a Sarah Ridgefield como a su hija, estaba fechada el 2 de mayo.

Mi querido señor Ridgefield:

Le escribo para contestar a su amable propuesta del día veinticinco, que le agradezco. Durante muchos años me he considerado una solterona, y no he pensado en el matrimonio, pues para mí, mis libros han sido mi marido y mis hijos. Sin embargo, ahora que me acerco a una edad después de la cual una ya no puede retractarse de su posición, comienzo a considerar que un marido de carne y hueso, y unos hijos de similares características, si fuera esa la voluntad de Dios, enriquecerían mi vida de una manera que los libros, aunque siempre han sido para mí muy preciados, no lo han hecho nunca.

Es la posibilidad de tener descendencia lo que me impulsa a escribir. Durante años he ignorado la opinión de amigos y familiares de que la vida

de una mujer no puede estar completa sin hijos. Me he considerado una «chica moderna» que estaba por encima de esas cosas. No obstante, en años más recientes he acabado dando la razón a un gran coleccionista y compatriota que me dijo en una ocasión que los niños eran la mayor bendición de su vida y que su ausencia en la mía me provocaría una gran tristeza.

Usted ya no es joven, señor Ridgefield, y aunque puede que represente mi única oportunidad de añadir un marido a mi colección, no puedo aceptar su propuesta, en conciencia, sin decirle lo siguiente: en esta fase ya madura de mi vida, pues como sabe ya he completado cuatro décadas, siento un profundo anhelo de ser madre, y espero que mi marido respete ese anhelo. Es posible que a su edad no le entusiasme la idea de ser padre, y en ese caso comprendería su sentimiento. Si, aun así, está usted dispuesto a concederme la oportunidad de ser madre, con gran humildad y auténtico afecto aceptaré su propuesta de matrimonio.

Atentamente,

AMANDA DEVEREAUX

Era evidente que Ridgefield había aceptado las condiciones de la señora Devereaux; once meses más tarde nacía Sarah Ridgefield. Pero cuando Peter leyó esa carta, una aflicción sacudió su corazón al pensar en su Amanda. Porque por mucho que este fingiera ser indiferente al hecho de no poder tener hijos, sabía que llegaría el día en que ella sentiría en su vida el mismo vacío que su abuela había sentido. La diferencia radicaba en que en el caso de Amanda no había ningún banquero rico entre bastidores que le diera descendencia. Solo estaría Peter, procurando ayudarla a sobrellevar esa pérdida.

Dos semanas después de archivar la última de las carpetas que contenían los documentos Devereaux en la caja correspondiente, Peter Byerly se graduó en la Universidad de Ridgefield.

—Otro año más y te tocará a ti —dijo cuando se encontró con Amanda entre la multitud y esta admiró sus galas académicas.

Charlie Ridgefield le dio una palmada en la espalda y Sarah lo besó en la mejilla. Los padres de Peter llegaron tarde y se perdieron la ceremonia.

Durante tres años, Peter había conseguido evitar que Amanda y sus padres se encontraran cara a cara, y la apatía de estos había sido un factor no poco importante. Los Byerly se habían encontrado con Amanda dos veces: una en el campus y otra cuando ella insistió en que Peter la llevara a casa de sus progenitores para la cena del día de Acción de Gracias. En ambas ocasiones la presentó simplemente como Amanda y no mencionó que su familia era rica.

Aunque la mansión de los Ridgefield y la granja de los Byerly se encontraban en medio de varios acres de tierra sin urbanizar, y aunque entre ellos solo mediaban unos once kilómetros de distancia, los habitantes de esas residencias no podían proceder de mundos más distintos. Dos horas después de su graduación, en una recepción ofrecida en honor de Peter por Amanda y sus padres, ambos mundos colisionaron.

El padre de Peter, Joseph Byerly, presentaba un aspecto rígido e incómodo, enfundado en un traje planchado y adornado con una corbata mal anudada, que su esposa, Doreen, evidentemente le había obligado a ponerse para la ocasión. Merodeaba en un rincón del patio, a poca distancia de la única cosa del mundo de los Ridgefield que él comprendía: el bar. La presencia discreta del padre de Peter, a pesar de que se encontraba cada vez más ebrio, era con mucho preferible a la de la madre, cuyo remedo de vestido, de un color verde lima, parecía confeccionado con las cortinas de una caravana. Doreen Byerly se paseaba entre la multitud de profesores, padres y recién graduados, y la familia Ridgefield lo hacía como si fuera la anfitriona.

—Este es mi hijo, Peter —decía a cualquiera que la estuviera escuchando, lo bastante alto para que la oyeran desde la otra punta del camino de entrada—. Está prometido con Amanda Ridgefield, ¿sabe? Todo esto algún día será suyo.

Después de una hora de escuchar lo mismo, Peter buscó refugio en la habitación de invitados, donde Amanda lo encontró.

—¿Acaso el invitado de honor se está escondiendo? —le dijo en tono de burla, empujándolo hacia la cama y besándolo con fuerza en los labios.

—¿Estás segura de que quieres formar parte de mi familia?

Peter señaló con la cabeza en dirección a la puerta.

Se imaginaba a sus padres viviendo en la casa de invitados y asustando a los nietos cuando se acordó de que no habría nietos.

—Estoy dispuesta a aceptarte para lo bueno y para lo ligeramente embarazoso —respondió Amanda.

—No te preocupes, le pediré a papá que no vuelva a traer aquí a mamá hasta la boda. Se lo diré en cuanto se le pase la borrachera —bromeó Peter riéndose mientras Amanda le tiraba del cinturón—. Eso debería ser en 1995.

—Los padres están para avergonzarnos —dijo Amanda deslizándose una mano en el interior de los pantalones de Peter.

—¿Te das cuenta de que lo más granado de la sociedad de Ridgefield está al otro lado de esta puerta? —exclamó Peter.

—Ah, si supieran que la mojegata y remilgada señorita Amanda Ridgefield está siendo muy mala en la habitación de invitados con un recién graduado...

Cuando, media hora más tarde, Peter y Amanda regresaron a la fiesta, el señor y la señora Byerly se habían marchado.

Al final resultó que no regresaron para la boda. Dos meses después de la graduación de Peter, su padre se salió de la carretera mientras conducía su camioneta a ciento cincuenta kilómetros por hora por la I-40. En el interior del vehículo encontraron a su esposa y dos botellas de whisky vacías.

La noche después del funeral, mientras Peter se encontraba en brazos de Amanda en la estrecha cama del dormitorio de su infancia, se quedó muy afectado al pensar que ahora era un niño sin padres a punto de casarse con una esposa sin hijos. Aunque a lo largo de casi toda su vida sus padres habían sido una carga o una vergüenza, aunque no les perdonaba que lo hubieran desatendido, y a veces incluso los había odiado, seguían siendo sus padres. Por mucho que hubiera intentado fingir que no tenían nada que ver con él, sabía que había perdido una parte de su propio ser.

—Nunca hablabas mucho de ellos —dijo Amanda.

—No.

—Ya sabes que puedes hablarme de lo que quieras.

—Ya lo sé. —Peter apretó el brazo de Amanda—. Por eso te amo.

—¿Los querías?

Peter se quedó mirando el techo un buen rato antes de contestar.

—Ojalá lo supiera.

Oxfordshire, Inglaterra,
martes, 21 de febrero de 1995

Más o menos a la hora en que Peter y Liz cruzaban Woodstocky pasaban junto a la imponente verja de Blenheim Palace, Peter miró por el retrovisor y vio a Amanda en el asiento de atrás. Le guiñó un ojo, pero cuando Peter se volvió para hablarle, había desaparecido. En el asiento no había nada más que el portafolios que contenía su futuro: ya fuera la gloria o el desastre.

—Ah, se me había olvidado decírtelo —exclamó de pronto Liz. La atención de Peter regresó al asiento delantero—. He hecho averiguaciones acerca de W. H. Smith. Ayer por la noche telefoneé a Lawrence. Es el portavoz del que te hablé. Resulta que es un bisnieto sobrino.

—¿Y qué averiguaste? —preguntó Peter, que casi había olvidado esa línea de investigación.

—Bueno, si Shakespeare forma parte de este misterio, no resulta sorprendente que Smith esté implicado. Fue uno de los primeros antistratfordianos.

—Bromeas —dijo Peter.

—Creía que Francis Bacon era quien había escrito las obras de Shakespeare —afirmó Liz—. En la década de 1850 escribió un opúsculo, y me parece que poco después sacó un libro.

—Y es el mismo tipo que poseía la cadena de quioscos y era... ¿cómo lo llamaste, Lord del Almirantazgo o algo parecido?

—Sir Joseph Porter, Caballero Comandante de Bath en el *H. M. S. Pinafore* —dijo Liz con una risita—. El mismo.

—¿Por qué iba a pensar Smith que Bacon había escrito las obras de Shakespeare si había visto el *Pandosto*?

—¿Lo había visto? —preguntó Liz—. ¿Qué decía la inscripción exactamente?

Peter se volvió hacia el asiento de atrás y cogió la cartera. Con mucho cuidado extrajo el libro del sobre. Tembló solo de pensar a qué peligros había expuesto ese tesoro potencial en los dos últimos días. Suavemente abrió la tapa y leyó la entrada relevante en la lista de propietarios. «B. Mayhew para William H. Smith».

—De lo que hemos de deducir que Mayhew vendía libros a A. H. y también a W. H. Smith.

—Es posible —opinó Peter.

—Aunque no dice exactamente que Smith lo tuviera en posesión, ¿verdad?

—Y aunque fuera así —dijo Peter—, ¿y si lo averiguó después de haberse declarado oficialmente partidario de la autoría de Bacon?

—Eso podría haber sido un poco embarazoso.

—Imagínatelo —dijo Peter, entusiasmándose con esa hipótesis—. Mayhew

consigue de algún modo el *Pandosto*. El nombre anterior de esa lista es Robert Harley, que habría sido propietario en el siglo XVIII. Así que permanece escondido en alguna parte durante más o menos ciento cincuenta años.

» Mayhew conoce a W. H. Smith, pues es un cliente, y Mayhew no quiere que Smith se vea expuesto al bochorno de ver su teoría de Bacon refutada. Así que se hace construir un bonito estuche porque le resulta inconcebible no proteger dicho tesoro ya que, después de todo, es un librero: querría conservar el *Pandosto*.

—Sí, sois una raza muy noble —dijo Liz, sonriendo.

—Y entonces esconde el libro en Evenlode House, imaginando que A. H. no reparará en lo que es y así permanecerá a salvo, sin que nadie lo descubra, hasta después de la muerte de Smith.

—Me parece un poco arriesgado —adujo Liz—. Quiero decir que si A. H. coleccionaba documentos, sabía lo que tenía entre manos. Y si Mayhew quería esconderlo de verdad, ¿por qué no destruirlo?

—Eso no lo habría soportado —le hizo ver Peter—. No, si era un bibliófilo. Llevamos en la sangre conservar esas cosas.

—Vale, había olvidado vuestra moral y vuestra honestidad. Pero ¿y si Mayhew era un impostor que falsificó esa reliquia shakespeariana para extorsionar al enormemente rico W. H. Smith amenazándolo con rebatir su teoría de Bacon? —preguntó Liz—. ¿Acaso eso no tendría más sentido?

—Pero creemos que resulta más verosímil que el falsificador fuera A. H. —le recordó Peter—. Él era el artista.

—No obstante, también era amigo de Mayhew. A mí me parece que tú prefieres una versión de la historia que convierta al *Pandosto* en auténtico.

—Eso sería estupendo —admitió Peter.

—¿Y qué me dices de ese estuche del que me estabas hablando? ¿Dónde se encuentra?

—Lo dejé en casa —dijo Peter—. Pero sin duda es del siglo XIX, por lo que tuvo que fabricarlo uno de los últimos nombres de la lista... o al menos encargarlo.

—¿Y qué vamos a hacer exactamente cuando lleguemos a Kingham? —preguntó Liz—. ¿Acercarnos a Thomas Gardner y decirle: «Hola, ¿es usted un asesino? Y si lo es, ¿por qué?».

Peter recordó su último encuentro con Thomas Gardner. También recordó los rumores mencionados por las ancianas hermanas de Kingham: que Phillip Gardner había sido asesinado por su mujer y enterrado en la capilla familiar, quizá junto con su amante.

—Me encantaría ver el interior de la capilla de los Gardner —dijo Peter casi para sí.

—Espera un momento... creo que es posible que Graham la haya visto.

—¡Bromeas!

—Me comentó que había entrado en la vieja capilla de una casa rural cuando estaba investigando. Dijo que aquello lo puso nervioso porque el tipo que se la estaba enseñando llevaba todo el tiempo una maldita escopeta.

—¡Thomas Gardner! —exclamó Peter—. Tiene que ser él.

—De todos modos, Graham me contó que había pasado una hora examinando cada piedra de esa capilla con Gardner, o quien fuera.

—¿Y encontró lo que buscaba? —preguntó Peter.

—No, dijo que era un callejón sin salida. Pero comentó que tuvo la sensación de que el tipo de la escopeta ocultaba algo.

—Apuesto a que sí.

—Bueno —dijo Liz cuando giraron en dirección a Chipping Norton—, hagamos lo que hagamos cuando lleguemos a Kingham, tendremos que entrar en esa capilla.

La desgracia personal formaba parte del oficio de Benjamin Mayhew. Aunque generalmente vendía libros a aquellos cuyas vidas discurrían sin problemas, muy a menudo adquiría nuevas existencias cuando alguien perdía su profesión, su fortuna o la vida. Aquella mañana no era diferente, se dijo mientras desplegaba el *Times* sobre su escritorio y examinaba las necrológicas. Le sorprendió ver el nombre de cierto noble cuya biblioteca había visitado en diversas ocasiones. Benjamin le había vendido unos cuantos libros a lo largo de los años, aunque no los suficientes, quizá, para ser considerado el librero preferido de la familia. Sin embargo, recordaba perfectamente una visita llevada a cabo a su majestuosa residencia de Cambridgeshire, cuando el hijo mayor del difunto que estaba en la biblioteca había dicho: «Habrás que seleccionar un poco cuando padre ya no esté».

Sin duda era una biblioteca a rebosar; los libros se amontonaban de tal manera que era casi imposible encontrar alguno cuando se necesitaba, y tampoco apreciarlos por su belleza como objetos. Benjamin tomó el siguiente tren que salía de King's Cross. El hijo, cuyos comentarios acerca de la biblioteca Benjamin había recordado, identificó de inmediato el propósito de su visita.

—Me temo que llega demasiado tarde —dijo.

—Eso tengo entendido —afirmó Benjamin para expresar su pésame—. Echaré de menos la amistad con su padre.

—Usted y mi padre nunca fueron amigos —le contestó el hijo sin andarse por las ramas—. Y me refería a que llega demasiado tarde para los libros. Padre me dio permiso para vender casi la mitad de la biblioteca hace tres meses. —Al oírlo, en su fuero interno Benjamin se disgustó, furioso por el hecho de que algún otro librero se hubiera adelantado ante lo que sin duda era un tesoro escondido—. De todos modos, puede echar un vistazo a los infolios de Shakespeare. Padre insistió en conservarlos hasta su muerte, pero me alegrará librarme de ellos.

Benjamin recordó la actitud del difunto caballero hacia sus infolios shakespeareanos. Había mencionado que la leyenda familiar se refería ellos como el Segundo y el Cuarto Infolio, respectivamente. Pero él, al igual que su padre, se negaba a permitir que los sacaran de la estantería; de hecho, a que los tocaran. Eran un reverenciado tesoro familiar, una preciada reliquia de glorias pasadas que las generaciones presentes ya no se podían permitir. Si eran tan antiguas como el anciano había afirmado, casi con toda seguridad Benjamin podría venderlos a uno de sus adinerados clientes americanos con solo enviarles un telegrama. Siguió al hijo hasta la biblioteca, reducida ya de manera significativa.

—Espero que el precio sea alto —afirmó el hijo—. Eche un vistazo y yo

volveré dentro de media hora. Tengo cosas más importantes que hacer que mirar libros viejos. Están en el estante inferior, bajo el Gainsborough. —Dio media vuelta y dejó solo a Benjamin.

Con manos temblorosas, Benjamin extrajo lentamente del primer estante uno de los infolios apretujados que llevaban el nombre de W. SHAKESPEARE en el lomo. Le estremeció pensar que nadie más había tocado este libro al menos durante una generación. La encuadernación estaba en muy buen estado, y Benjamin sospechó que se había vuelto a encuadernar a principios del siglo XVIII. Abrió el libro con sumo cuidado por su parte central y se quedó mirando perplejo las páginas. No sabía si reír o enfurecerse. Estaban completamente en blanco.

Fue pasando las páginas hasta el final del libro sin encontrar una sola línea impresa. Repitió la operación hasta el comienzo del volumen y descubrió que solo estaba la portada de la edición del Segundo Infolio de las obras de Shakespeare, publicada en 1632. Sin embargo, lo que no estaba allí eran las obras. Después de la portada, seguían ocho páginas que comprendían parte del tercer acto de *Otelo*. El resto del volumen estaba en blanco. No era de extrañar que el padre del anciano no quisiera que nadie tocara los preciados infolios. Benjamin había visto anteriormente ese truco de encuadernación, que se utilizaba para hacer que un opúsculo u otra pieza breve pareciera un libro completo. No podía creer que el señor de esa mansión se hubiera dejado engañar así por su propio padre. Puso el libro a un lado y abrió el segundo volumen, el que supuestamente era un Cuarto Infolio de 1685. De nuevo la portada era correcta, y al pasar las páginas rápidamente Benjamin se dio cuenta de que todas estaban impresas. A lo mejor no había perdido el día por completo. Pero cuando comenzó a pasar las páginas más despacio, una a una, descubrió que faltaban varias obras. Sin *Hamlet*, *El rey Lear*, *Sueño de una noche de verano* y *Cuento de invierno*, un Cuarto Infolio era poco más que una curiosidad. Benjamin se dijo que lo único que tenía sentido era echarse a reír, aunque procuró no alzar la voz por respeto a los familiares del difunto.

Acababa de devolver los infolios a su sitio cuando observó, al fondo del estante, un fino volumen que al parecer había quedado comprimido entre los demás. A juzgar por la manera en que la mitad posterior de la tapa había quedado apretada, Benjamin dedujo que el libro llevaba allí al menos tanto como había durado la prohibición de mover los infolios, posiblemente más. La encuadernación, ajada y estropeada, parecía datar del siglo XVII o incluso antes. Con extrema cautela, abrió la tapa para ver si contenía algo por lo que hubiera merecido la pena el viaje.

Benjamin conocía bien las obras de Robert Greene pues había vendido muchos de los opúsculos del autor a clientes británicos y americanos, pero jamás había visto un ejemplar de ese, la primera impresión de una novela, *Pandosto*.

Sin embargo, no fue el libro en sí mismo lo que llamó la atención de Benjamin, sino las notas que había al margen. No tardó mucho en deducir qué era exactamente lo que tenía entre manos. En una conferencia pronunciada por su amigo William Henry Smith, en la que había propuesto su teoría de que Francis Bacon había sido el autor de las obras de Shakespeare, le había oído decir: « Si alguien me presenta una sola prueba contemporánea que relacione a William Shakespeare de Stratford con las obras publicadas bajo su nombre, me retractaré completamente de mi postura ». Pero más tarde, mientras los dos hombres paseaban hasta el club de Smith, este había confesado a Benjamin:

—Sería muy embarazoso si llegara a suceder.

—No te preocupes —había dicho Benjamin—. No ocurrirá.

Ahora Benjamin tenía delante ese documento. No se llegaba a imaginar cómo había podido sobrevivir sin que nadie lo descubriera durante más de doscientos cincuenta años, pero no dudaba que cuando ese ejemplar del *Pandosto* se hiciera público la primera consecuencia sería la humillación de Smith.

Si Benjamin intentaba comprar el *Pandosto*, sin duda el joven, que no tardaría en regresar a la biblioteca, comprendería lo que era, y al poco todos los tratantes y los coleccionistas de libros del mundo se presentarían en Sotheby's para una subasta pública. Era improbable que él, Benjamin, sacara ni un penique del libro. Si, por otro lado, eliminaba el libro para impedir que la vergüenza recayera sobre Smith, quizá algún día fuera recompensado por el Primer Lord del Almirantazgo. Cerró el libro y lo deslizó dentro de su periódico.

—No podría ofrecerle la cantidad que valen estos infolios —dijo al nuevo lord de la mansión unos minutos más tarde, reflexionando que, en cierto modo, era cierto.

—Siento haberle hecho perder el tiempo, entonces —dijo el joven—. Usted mismo encontrará la salida.

—No me malinterpretes —dijo Charlie Ridgefield echando un trago de bourbon —. Amo a mi mujer. Lo comprendes porque tú también la quieres, ¿verdad?

—Ahora es la única madre que tengo —afirmó Peter mirando su vaso vacío —, y ella me comprende mejor de lo que me comprendió nunca mi madre.

Los dos hombres estaban sentados en un rincón en penumbra del patio, detrás de la casa. Los otros invitados a la cena de ensayo de la boda se habían ido poco a poco a la cama, algunos a las habitaciones desocupadas de la casa y a la casa de invitados, y otros al hotel Marriott del centro de Ridgefield. La boda remataría tres días de acontecimientos que habían comenzado con la graduación de Amanda. Peter no se había fijado en qué momento exacto él y el padre de Amanda se habían quedado solos, pero hacía al menos media hora que no se veía a nadie en el patio. Si Charlie Ridgefield había planeado esa confesión prenupcial con su futuro yerno, o si la conversación en que Peter estaba inmerso en ese momento era simplemente una confluencia de oportunidad, emoción y Jim Beam, no sabría decirlo, pero Charlie le estaba hablando con más libertad de lo que lo había hecho nunca.

—Es solo que estar casado con una Ridgefield... bueno, es todo un reto —dijo Charlie—. Esta es una ciudad pequeña, Peter, y el mundo en que se mueven las personas tan ricas como los Ridgefield... es un mundo pequeño. Da igual lo enamorado que estés, hay gente que supondrá que te casas con una Ridgefield por una única razón, y solo esa.

—El dinero.

—Exacto.

—Yo sé por qué me caso con Amanda —dijo Peter—. No me importa nada lo que piensen los demás.

—¿En serio? —dudó Charlie—. Yo estudié empresariales en la universidad, y la verdad es que me gustan los negocios. Cuando me casé y senté la cabeza, decidí entrar en la banca, y me encantó. Me entusiasmaba la idea de empezar desde abajo e ir subiendo poco a poco, y saber que cada ascenso que consiguiera fuera algo que había ganado con mi propio esfuerzo. Bueno, pues en cuanto se enteraban de que estaba casado con Sarah Ridgefield, todo se iba al garete. Mi jefe suponía que no necesitaba un ascenso porque solo trabajaba por hobby. Cuando me ascendían, todos los demás asumían que era porque estaba casado con una Ridgefield, no porque lo mereciera. Pasara lo que pasase, ya me habían puesto la cruz y los clavos. Al final renuncié y me fui a trabajar para el banco Ridgefield. Ahí al menos podía seguir subiendo en el escalafón, y si la gente quería pensar que era gracias a mi apellido, bueno, pues que les dieran. —Charlie echó otro trago de bourbon.

—Pero yo no voy a dedicarme a los negocios —dijo Peter—. Creo que el

mundo de la compraventa de libros antiguos es un poco diferente del de la banca.

—¿De verdad? —exclamó Charlie—. Dime, Peter, ¿por qué quieres dedicarte a los libros?

—Porque son mi pasión —respondió Peter—. Sé que puede parecerle estúpido a algunos, pero es la manera en que quiero cambiar el mundo. Quiero que la gente encuentre los libros que amará y conservará para la generación que la suceda.

—Tu pasión, exacto. Y mereces respeto por eso, ¿verdad?

—Eso creo —afirmó Peter—. Como ya he dicho, jamás me ha preocupado lo que la gente piense de mí.

—Pero ¿cómo te sentirías si esa gente a la que vas a ayudar a encontrar los libros que han de amar, la gente que comparte tu pasión, creyese que no eres más que un niño rico que el único que hace es jugar? Esa misma gente que quieres utilizar para cambiar el mundo te mira y no ve una pasión, como mucho ve un hobby, algo con lo que pasas el tiempo entre partidas de golf y bailes de debutantes.

—Se equivocarían —dijo Peter, más alto de lo que pretendía pues de repente comprendió que Charlie estaba explicándole que su sueño de convertirse en un miembro respetado de la comunidad de los libros raros podía terminar en el momento en que dijera « Sí, quiero ».

—Puedes apostar las pelotas a que se equivocarían —convino Charlie—. Tú sabes que yo lo sé, pero en este juego, que se equivoquen no importa, hijo. Todo lo que importa es lo que la gente piensa, y en cuanto averigua con quién estás casado, es juego, set y partido. Bienvenido a los Ridgefield. —Charlie apuró su vaso y se puso en pie—. Te veré en el altar, hijo.

Charlie cruzó el patio tambaleándose en dirección a la casa, dejando a Peter solo en la oscuridad.

Peter y Amanda yacían sin aliento y entrelazados entre las sábanas; era su tercera noche en Londres y su quinta noche como marido y mujer. Los padres de Amanda habían insistido en pagarles la luna de miel, y los recién casados habían disfrutado de billetes de avión a Londres en primera clase y de una suite en el Ritz. A lo largo de esos días Peter había intentado, sin éxito, olvidar su conversación con Charlie Ridgefield.

—Las camas son fabulosas —dijo Amanda—. Las camas son incluso mejores que la alfombra de la sala Devereaux.

—Ya habíamos hecho el amor en una cama —le recordó Peter.

—Sí, pero estas sábanas son como... no sé, de ochocientos hilos. Te quiero y adoro esta cama.

—¿Puedo hacerte una pregunta, Amanda?

—Puedes preguntarme lo que quieras, señor Byerly. Después de todo, yo soy la señora Byerly. Me gusta como suena. La señora Amanda Byerly envuelta en los brazos del señor Peter Byerly y de unas sábanas de ochocientos hilos.

—¿Me amarías incluso sin las sábanas de ochocientos hilos? —preguntó Peter.

—Naturalmente. ¿De qué estás hablando?

—De algo que tu padre me dijo la otra noche.

—¿Después de la cena del ensayo? Dios mío, lo siento. Mi padre estaba borracho, ¿verdad? No se emborracha muy a menudo, pero cuando lo hace suele ponerse taciturno.

—No estaba taciturno —afirmó Peter—, solo era honesto.

—¿Qué te dijo? —preguntó Amanda trazando unos círculos indolentes sobre el pecho de Peter con su manicura impecable.

—Dijo que... bueno, supongo que dijo que la gente va a pensar que me he casado contigo por dinero.

—Pero tú sabes que no es cierto.

—¡Claro que lo sé! Pero afirmó que la gente no... no me tomará en serio... como librero, quiero decir. Pensarán que lo hago solo como hobby, que en realidad vivo de tu dinero.

—Bueno, eso no es más que una estupidez —opinó Amanda.

—¿De verdad? —exclamó Peter—. Si vivimos en una gran casa y conducimos un coche bonito y volamos en primera clase a Inglaterra siempre que queremos, la gente va a saber que no es el negocio de la compraventa de libros lo que paga todo eso.

—¿Qué estás diciendo, que papá es un mantenido?

—A veces se siente así.

—Cuando está borracho.

Amanda se apartó de Peter.

—Mira —aclaró Peter—, es estupendo que no tengamos que preocuparnos por el dinero, que podamos permitirnos vivir donde queremos y hacer lo que queremos, pero es solo que...

—¿Qué?

—Es solo que me gustaría saber que podemos conseguirlo por nuestros propios medios. Que lo conseguiríamos aun cuando no fueras una Ridgefield.

Amanda permaneció en silencio unos momentos.

—Peter —dijo por fin—, ¿me seguirías queriendo si no fuera guapa?

—Ya sabes que sí —respondió Peter.

—¿Y me seguirías queriendo si tuviera alguna enfermedad horrible o si fuera coja?

—Naturalmente.

—Naturalmente que sí. Porque mi aspecto y cómo funciona mi cuerpo forman parte de lo que soy. Bueno, pues ser una Ridgefield también es parte de lo

que soy. Durante mucho tiempo he intentado negarlo, pero tú eres el que me ha ayudado a comprender que no pasaba nada. Y ahora me pides que oculte quién soy...

—No te pido que ocultes quién eres —dijo Peter—. Quiero a tu familia, ya lo sabes. Y quiero que formen parte de nuestras vidas. Es solo que creo que sería bonito intentar... bueno, vivir del dinero que ganemos. ¿Sería tan terrible empezar en un apartamento, como casi todas las parejas casadas?

—No —susurró Amanda—. No sería nada terrible. —Deslizó sus manos en las de Peter—. ¿Podré decorar el apartamento?

—¿No te importa que por el momento no toquemos el dinero de la familia?

—Peter, soy capaz de renunciar a sábanas de ochocientos hilos y vuelos en primera clase, y coches lujosos, y mansiones, y todo lo que acompaña al dinero de los Ridgefield. Quiero decir que todo eso está bien, pero ¿a quién le importa? No es el dinero lo que a mí me importa, sino mi familia y tú... sobre todo tú. Te quiero. Tú, Peter Byerly, eres lo que necesito.

—Aunque tienes que reconocer que estas sábanas son estupendas —dijo Peter.

—Sí, pero creo que si voy a vivir en un diminuto apartamento y a comprar en el súper, definitivamente necesito hacer el amor unas cuantas veces más en estas sábanas.

Lo atrajo hacia sus brazos, y Peter sintió un arrebato de amor tan intenso que pensó que iba a estallar.

*Kingham,
martes, 21 de febrero de 1995*

Ya había oscurecido cuando Peter y Liz entraron en Kingham. Peter temía que alguien pudiera estar vigilando su casa, de manera que dobló por West Street después de cruzar la plaza y siguió atravesando el pueblo, deteniéndose en el aparcamiento de grava del hotel Mill House. Peter nunca había entrado en el hotel, aunque había pasado bastantes veces de camino a la estación de tren.

En el pequeño mostrador de recepción del vestíbulo de suelo de piedra, pidió dos habitaciones y dio el nombre de Robert Cotton. Liz había sugerido que, si vigilaban su casa, quizá el hotel tampoco fuera seguro. Cuando Peter fue a coger su tarjeta de crédito, ella lo apartó del mostrador y susurró:

—¿Es que nunca has visto series policíacas? Pueden rastrear las tarjetas. ¿Cuánto efectivo llevas?

Resultó que Peter solo llevaba efectivo para una habitación, y estaba pensando que el King's Head, a un kilómetro y medio de distancia, en Bledington, quizá fuera más barato, cuando Liz dio un paso al frente y dijo, con un acento americano extraordinariamente convincente:

—Una habitación doble con dos camas, por favor. Mi hermano y yo estamos acostumbrados a compartir.

Peter se derrumbó en la cama agotado en cuanto hubieron cerrado la puerta, pero Liz se paseó por delante de la ventana, que había abierto para dejar entrar el aire fresco de la noche.

—Todas las respuestas están ahí fuera —dijo escrutando la oscuridad—. Me voy a volver loca si me quedo aquí sentada toda la noche.

—Podrías dormir —sugirió Peter.

—¿Bromeas? Nunca he estado tan despierta. —Liz se apoyó en el alféizar y aspiró profundamente—. Por cierto —añadió—, gracias por venir a rescatarme. Has sido muy valiente.

Se sentó en el borde de la cama de Peter y le dio un beso en la mejilla.

Peter no había considerado que eso fuera valiente, pero encontró el beso sorprendentemente agradable. Justo cuando comenzaba a sonrojarse, Liz se puso en pie y dijo:

—Creo que bajaré al bar y traeré unos bocadillos. En Kingham no me conoce nadie, así que no hay peligro.

Cuando Liz se hubo marchado, Peter se quitó los zapatos y se cubrió con la colcha. Ya se estaba quedando dormido cuando vio a Amanda tumbada en la otra cama, mirándolo a través de la escasa separación.

—Así que durmiendo con otra mujer —dijo Amanda.

—No es eso —negó Peter.

—No me importa.

—Ya lo sé. Pero no es eso —repitió Peter, apenas capaz de enfocar los ojos de Amanda.

—Quiero que seas feliz, Peter.

—Soy feliz.

—¡Peter! —dijo Amanda, casi como una reprimenda.

—De acuerdo, a lo mejor no soy feliz —reconoció Peter—, pero en estos últimos días me he sentido más vivo que desde...

—Sentirse vivo es bueno —dijo Amanda—. Es un comienzo.

Peter se quedó echado durante varios minutos, pugnando por mantener los ojos abiertos y seguir viendo a Amanda.

—Liz es agradable, Peter.

—No es más que una amiga.

Peter no tenía ni idea de cuánto tiempo había pasado cuando Liz lo zarandó. En el lugar de Amanda ahora solo había una bandeja con bocadillos.

—Tengo noticias —dijo Liz mientras Peter se incorporaba en la cama.

Liz le ofreció un sándwich de queso y pepinillos, y Peter comenzó a mordisquear el pan.

—Creo que en el bar he conocido a esas amigas tuyas —comenzó a decir Liz—. No les he preguntado su nombre porque no quería dar la impresión de querer sonsacarles, pero debían de ser ellas. Al parecer, el martes es el día que salen. Bueno, no han parado de chismorrear. Resulta que te has perdido un auténtico drama rural. Thomas Gardner estaba cazando faisanes detrás de lo que queda de Evenlode House, a pesar de que ni siquiera es temporada de faisanes, cosa que yo no habría sabido, pero supongo que en el pueblo todo el mundo lo sabía, porque no dejaban de repetir ese aspecto concreto de la historia, que Thomas Gardner estaba cazando los malditos faisanes fuera de temporada, no en lo que le había ocurrido a Thomas Gardner mientras estaba cazando faisanes fuera de temporada.

Liz hizo una pausa para tomar aliento.

—¿Esta historia lleva a alguna parte? —preguntó Peter con cierta esperanza.

—Lo siento, lo siento —se disculpó Liz—. Cuando me entusiasmo, me pongo a parlotear. De todos modos, eso fue hace dos días, y al parecer Thomas dejó caer su escopeta o algo y se disparó, no estoy segura exactamente de cómo, hubo una discusión acerca de los detalles, pero por lo visto se disparó en una pierna.

—¿Que Thomas Gardner se disparó en una pierna?

Peter reprimió una carcajada al recordar cómo había corrido a toda velocidad desde el camino de entrada de Evenlode House para evitar el cañón de la escopeta de Gardner.

—Hace dos días Thomas Gardner se disparó en una pierna. Fue cojeando hasta la carretera principal y se derrumbó en el borde, donde lo encontró el

vicario. Lleva desde entonces en una cama del hospital de Chipping North.

Peter bufó sonoramente.

—O sea, que no pudo matar a Graham Sykes.

—Tanto Thomas Gardner como Julia Alderson tienen coartada —dijo Liz dando mordiscos a su sándwich y mirando fijamente a Peter con una sonrisa—. No te das cuenta de lo que esto significa, ¿verdad?

—¿Qué?

—Thomas Gardner está en el hospital de Chipping North. Se rumorea que a lo mejor vuelve a casa mañana, pero esta noche nadie está vigilando Evenlode House.

—La capilla —dijo Peter sintiendo que una descarga de energía volvía a correr por sus venas.

—Exacto —dijo Liz—. Si queremos ver el interior de la capilla, es esta noche o nunca.

Después de trepar por la tapia de su vecino de atrás, Liz y Peter entraron en la casa de este a través del invernadero, procurando ocultarse para que nadie los viera desde la calle. No encendieron ninguna luz, pero una pálida luna proyectaba la luz suficiente para que Peter encontrara lo que buscaba: una linterna, un mapa del servicio oficial de cartografía, una bolsa de plástico con cierre zip llena de ansiolíticos y su cuchillo de encuadernar, que encontró en la caja de material de encuadernación con la que Liz tropezó en la sala.

—Maldita sea, podrías haberlo recogido antes de salir —dijo Liz.

—No sabía que tendría que entrar a hurtadillas en plena noche... y acompañado.

Cuando Peter sacó el cuchillo de la caja y lo guardó en su cartera, Liz le preguntó para qué lo quería.

—No lo sé —reconoció Peter—, pero es el instrumento más afilado que tengo, y podría ser útil.

Cuando estaba a punto de salir, Peter se fijó en que la luz del contestador parpadeaba. Bajó el volumen y lo accionó.

«Peter, soy Nigel, del Museo Británico —decía una voz—. Ya tengo los resultados de los análisis. Sin duda el papel es del siglo XVI. La tinta es más problemática. Necesitaría unas pruebas más exhaustivas de las que podemos hacer aquí, y sin ella todo lo que puedo afirmar es que no es moderno. Fácilmente podría ser también del siglo XVI, pero no puedo asegurarlo. Si quieres, podría pedir una datación por radiocarbono, pero ese análisis podría ser un poco caro. Ya me dirás. Un saludo» .

—Así que a lo mejor el *Pandosto* es auténtico —dijo Liz.

—Puede que sí, y puede que no —dijo Peter.

El segundo mensaje era de Francis Leland:

«Todavía no he averiguado nada de Matthew Harbottle ni de Benjamin Mayhew —decía—, pero te vas a reír con lo que te contaré de William H. Smith. Llámame y te lo explico en detalle. Aun así, te avanzo que la versión abreviada es que fundó una cadena de quioscos de prensa y que fue uno de los primeros antistratfordianos» .

—No lo sabía —dijo Peter apagando el contestador.

De vuelta en el hotel Mill House, Peter estudió el mapa y descubrió, como sospechaba, un sendero en dirección a Cornualles que bordeaba el pie de la colina por debajo de Evenlode House.

—Sin duda será más seguro ir por aquí que por la carretera —dijo.

—¿Y la capilla? —preguntó Liz—. ¿Crees que estará cerrada?

—Es una pena que no tuviera una palanca en casa —comentó Peter—. No es una herramienta habitual en el ramo de los libros antiguos.

—Yo tengo una llave de cruceta en el coche —desveló Liz.

Y tras añadir esa arma a su arsenal, cruzaron el pueblo y tomaron el sendero que salía de Kingham a través de los campos a oscuras.

Peter nunca había seguido ese camino. Ni siquiera de día habría sido fácil ir por él, pues a menudo lo interrumpían cercas y setos, y había que encontrar una verja o un paso. En la oscuridad era casi imposible, pero les daba miedo utilizar la linterna. Cualquiera que estuviera vigilando desde la cresta, o desde las ventanas de Evenlode Manor, podría ver la luz avanzando por el valle hacia Evenlode House.

Después de casi una hora caminando con gran lentitud, por fin llegaron al borboteante río Evenlode. En lo alto de una colina, a la izquierda, apenas se atisbaba la lúgubre silueta de Evenlode House a la pálida luz de la luna.

—Según Louisa —susurró Peter—, la capilla se halla al pie de esta colina. O sea, que no debería estar lejos.

Progresaron lentamente por la ribera hasta llegar a una tapia de piedra.

—¿La linde de la finca de Gardner? —preguntó Liz.

—Seguramente —respondió Peter.

Liz trepó por la tapia con agilidad y saltó al otro lado. Peter era menos ágil y acabó desgarrándose la pernera del pantalón al saltar al suelo. A poca distancia delante de ellos, una pequeña arboleda era el único lugar que podía ocultar una capilla.

—Louisa dijo que la capilla estaba cubierta de enredaderas —observó Peter mientras tiraba de la mano de Liz en dirección a los árboles—. Tiene que estar ahí dentro.

Camaron agachados bajo unas ramas de poca altura y se adentraron en una oscuridad completa. Las ramas bloqueaban la escasa luz de la luna que conseguía filtrarse a través de la niebla que subía del río.

—Aun cuando la encontremos, ¿cómo conseguiremos entrar? —preguntó Liz.

—Tendremos que arriesgarnos a utilizar la linterna —contestó Peter.

Estaba hurgando en su cartera para sacarla cuando Liz soltó un grito:

—¡Joder! Eso no era un árbol. Esto que acaba de chocar contra mi rodilla no era un maldito árbol.

—¿Qué era?

—Parece la esquina de un muro de piedra —dijo Liz—. Y sí, estoy bien, gracias por preguntar.

Peter encendió la linterna y enfocó el haz de luz hacia el suelo. Surgiendo de la hiedra que había junto a la rodilla izquierda de Liz, se veía la esquina de una construcción de piedra caliza de Cotswold de color miel, no la piedra irregular y sin pulir de una pared seca, sino una piedra tersa y pulida por un mampostero. Rodearon la edificación, dando golpecitos con la llave de cruceta contra la pared cubierta de hiedra, pero solo oyeron el clinc, clinc del metal contra la piedra.

—Estoy segura de que tiene que haber una puerta en alguna parte —dijo Liz.

—Louisa dijo que la capilla se caía a pedazos, pero a mí este muro me parece bastante sólido.

Peter extendió el brazo para dar más golpecitos con la llave contra la pared, y cayó hacia delante a través de la hiedra, golpeándose la cadera con la dura piedra.

—Esto ha dolido.

—¡No me digas! —exclamó Liz—. ¿Estás dentro? Donde estoy yo no se ve nada.

Peter miró a su alrededor y comprendió que estaba en un pequeño porche. El pasadizo abovedado que llevaba al exterior estaba casi completamente cubierto de hiedra, pero al otro lado del porche se veía una pesada puerta de madera.

—He encontrado la entrada. —Peter extendió la mano hacia atrás a través de la hiedra y palpó en busca de Liz—. Dame la mano.

—Esto no es mi mano —dijo Liz con una risita, y deslizó su mano en la de él para que pudiera guiarla a través de la hiedra—. Al menos podrías invitarme a cenar antes.

—Lo siento —dijo Peter ruborizándose en la oscuridad.

—No pasa nada, hombre. Solo te estaba tomando el pelo. Es algo normal entre amigos. Además, no tienes ni idea de por dónde me has agarrado.

—Bueno, puedo imaginarlo.

—¡Pervertido! —dijo Liz dándole una palmada en las nalgas—. Ahora, por favor, dime que la puerta no está cerrada con llave.

Peter giró la anilla de hierro que colgaba de la puerta y levantó el pestillo.

—Parece que no —dijo.

Abrió la puerta y se adentraron en la capilla privada de la familia Gardner. No era tan pequeña ni estaba en tan mal estado como Peter había esperado,

aunque no sabía decir si la habían restaurado en el último siglo o si a Louise le fallaba la memoria. La nave tenía diez pasos de largo y cuatro de ancho, sin transeptos y con dos peldaños que subían a un diminuto presbiterio. El techo en pendiente tenía quizá siete metros de alto y estaba sustentado por vigas de madera. En lo alto de los muros había unas estrechas ventanas con barrotes. No había mobiliario, pero además de los numerosos monumentos conmemorativos de las paredes, había tres tumbas no empotradas sobre las que se distinguían efigies de piedra de los Gardner que yacían en su descanso eterno.

Peter y Liz caminaron lentamente hacia la otra estructura de la sala, el altar de piedra que había en el presbiterio. No se veía ninguna marca, salvo una cruz labrada en la parte de delante. Peter colocó su bolsa sobre la tersa piedra y con la luz apuntó hacia lo que habría sido la nave lateral de haber existido bancos en la capilla.

—Supongo que deberíamos comenzar a leer las lápidas —dijo.

Peter avanzó hacia la más grande de las tres tumbas no empotradas, y estaba a punto de comenzar a leer la inscripción cuando desde el fondo de la capilla le llegó un sonoro chirrido seguido de un escalofriante golpe seco.

—¡La puerta! —gritó Liz, que pasó corriendo junto a Peter, y este le fue detrás. La pesada puerta de madera, que habían dejado entreabierta, ahora estaba completamente cerrada—. Esta noche no había mucho viento.

—De todos modos, el viento no podría haber movido esta puerta —dijo Peter.

Intentó girar la anilla de hierro, pero no se movió, ni la puerta cedió cuando tiraron de ella. Apoyados contra la puerta de lo que ahora era, de hecho, su celda, los dos se quedaron sin decir nada durante un minuto. Peter esperaba la acometida de un ataque de pánico, e incluso metió la mano en el bolsillo para palpar la bolsita de píldoras que llevaba. En cambio, sentía una extraña calma. Más de la que había experimentado desde el asesinato de Sykes.

—A esta hora de la noche tardarán un rato en traer a la policía —dijo Peter—. Será mejor que nos pongamos manos a la obra.

Phillip mojó su pluma de oca en un frasco de tinta que había preparado a partir de una vieja receta que había leído en un estropeado cuaderno de cuero que tenía abierto sobre la mesa. La pluma se deslizó fácilmente sobre el papel mientras seguía los contornos de la letra que tenía delante. Resultó que la falsificación era una labor para la que Phillip Gardner estaba especialmente dotado. Durante toda su carrera como artista lo habían acusado de ser vulgar y poco original, poco más que un copista. Pero como copista no solo descollaba, sino que era un maestro. Las marcas que había sobre la página parecían fluir directamente de sus ojos a la punta de su pluma. Y con la guía del cuaderno había solventado el problema de conseguir plumas, papel pergamino y tinta de la época de cualquier documento que estuviera falsificando. Aquella mañana se trataba de una carta de lord Nelson a su amante, lady Emma Hamilton.

Las velas le proporcionaban una luz constante. En aquel aposento olvidado no corría el aire, y Phillip había descubierto que la luz de las velas era suficiente para trabajar. Cuando era artista había ocupado una amplia habitación en lo alto de la casa, con ventanas que daban a tres vientos. Un artista necesitaba luz, pero un falsificador necesitaba más bien guardarse de las miradas ajenas, y en aquel oscuro aposento Phillip había afilado la destreza de su oficio.

Había pasado casi un año desde que Phillip recibiera la carta de chantaje de Reginald Alderson amenazándolo con revelar la existencia de su amante y de su hijo bastardo a la señora Gardner. Phillip había pasado aquella noche en vela, preguntándose qué hacer. Parecía estar atrapado entre dos opciones inaceptables: entregar su colección al peor enemigo de su familia o perder a la señora Gardner, y con ello la capacidad económica para mantener Evenlode House. Cualquiera de las dos opciones lo destinaría a un lugar de oprobio en los anales de la familia Gardner. No fue hasta que la luz del crepúsculo se abrió paso a través de la niebla cuando Phillip consideró una posible solución. Si él no era más que un copista, tal como afirmaba la elitista institución de la Real Academia, ¿por qué no usar entonces su talento para salir de ese apuro?

Los manuales de falsificación no eran fáciles de conseguir, pero años atrás Phillip había leído algo sobre la falsificación shakespeariana de John Payne Collier. Con el tiempo, los expertos lo habían desenmascarado, sin embargo Reginald Alderson no era ni mucho menos un experto. Así pues, Phillip se había presentado ante Collier como un comprensivo estudioso que trabajaba en una historia de las falsificaciones del siglo XIX.

—Estoy seguro de que fue usted la víctima, y que el engaño fue obra de otro —había dicho Phillip a un envejecido Collier—. Pero quizá podría usted proporcionarme unos rudimentos del mundo de la falsificación.

Sus falsos halagos le habían conseguido mucho más que unos rudimentos.

Collier había mostrado a Phillip varios de sus libros, y más importante aún, lo había dejado varios minutos a solas en su estudio mientras él iba a limpiar el servicio de té. En el cajón inferior del escritorio de Collier, Phillip había descubierto un viejo cuaderno forrado en piel con notas acerca de las técnicas de falsificación: cómo hacer instrumentos de escritura de la época, obtener papel y pergamino antiguo, preparar tinta de períodos distintos y hacer que los documentos nuevos parecieran viejos. No le resultó difícil llevarse el volumen a escondidas. Si lo había escrito el propio Collier u otra persona, ni lo sabía ni le importaba; lo importante para Phillip Gardner era que iba a serle útil.

Benjamin Mayhew estaba sentado en un rincón de la sala de un club exclusivo con un puro en una mano y una copa de brandy en la otra. Su anfitrión, William Henry Smith, sostenía desde hacía algún tiempo la teoría de que Francis Bacon era quien había escrito las obras de William Shakespeare, una teoría que no había expresado en público en muchos años, pero la cual, cuando Benjamin lo azuzaba, se sentía feliz de explicar. En los estantes del despacho de Benjamin, apenas a unos kilómetros de distancia, había un libro capaz de hacer trizas la teoría de Smith. Este no era tan solo uno de los clientes más antiguos de Benjamin sino, con mucho, el de mejor posición social. Benjamin había acabado disfrutando de esas esporádicas veladas como invitado en un club del que jamás podría hacerse socio por méritos propios. Cuando un criado volvió a llenarle la copa de brandy, se dijo que quizá podría hacer algo más que ocultar el *Pandosto* para proteger la reputación de su viejo amigo.

—¿Alguna vez te ves con el señor Collier? —preguntó Benjamin a Phillip Gardner mientras los dos estaban sentados en la sala que había sobre la librería de Benjamin.

—Sí —contestó Gardner—. Es un anciano interesante. Me regaló ejemplares de algunos de sus libros para mi colección. Naturalmente le dije que creía que él no era más que una víctima inocente. Creo que estaba bastante senil para creerme.

—Probablemente lo cree —dijo Benjamin—. De todos modos, en sus tiempos fue un hombre brillante.

—¿Crees que la falsificación es algo brillante? —preguntó Gardner.

—Es una forma de arte, ¿no?

—Si al fraude lo llamas una forma de arte... —replicó Gardner.

—¿Y si te dijera que uno de esos documentos es una falsificación?

Benjamin movió la mano para señalar cuatro documentos que había sobre su mesa, documentos que le había costado mucho obtener para poder plantear esa

cuestión a Gardner. Eran dos documentos de la corte en pergamino del siglo XV y dos cartas del siglo XVIII. Ninguno de ellos se refería a nadie importante, con lo que Benjamin podía confiar en que Gardner los estudiaría sin vistas a adquirirlos, algo que, sabía perfectamente, podía conducir a la ceguera.

Gardner examinó los documentos durante varios minutos, colocando cada uno a la luz en diversos ángulos antes de pasar al siguiente. Finalmente cogió una carta fechada en 1756, pasó un dedo por la superficie del papel y casi de inmediato lanzó un breve bufido.

—Bueno, está claro que es este —afirmó—. Y debo decir que es una falsificación bastante mala.

—¿Por qué lo piensas? —preguntó Benjamin, y a casi convencido de que lo que sospechaba de Gardner era cierto.

—Fíjate en cómo la pluma ha raspado el papel —respondió Gardner—. Eso no ocurre con una pluma de oca. Está escrito con una pluma de punta metálica, y estas no se produjeron en masa hasta la década de 1820. Es una carta doméstica normal, de manera que se puede suponer con toda seguridad que habría sido escrita con algo al alcance de todo el mundo, y en 1756 las plumas con punta de metal desde luego no lo estaban.

—Pareces todo un experto.

—Como ya te he dicho, he estado coleccionando libros sobre falsificaciones. Uno tiene que protegerse, ya sabes.

—Sí, pero los libros sobre falsificaciones no te enseñan el tacto que tiene el papel cuando se ha escrito en él con plumilla metálica —dijo Benjamin—. Aun así, no te preocupes, no contaré a nadie tu secreto.

—¿Qué secreto?

—Solo hay dos clases de personas que podrían detectar tan rápidamente esta falsificación —dijo Benjamin levantando la carta—. Alguien con una amplia experiencia en el campo de la detección forense o un experto falsificador. Tú no eres lo primero; así que solo pudo deducir que eres lo segundo.

—¿Me estás acusando de ser un falsificador? —dijo Gardner.

—Yo no lo llamaría exactamente una acusación —dijo Benjamin—, sino más bien un cumplido.

Desde el día en que Reginald Alderson dejara de pujar por primera vez en contra de Phillip Gardner, Benjamin había sospechado que algo extraño ocurría. El repentino interés de Gardner por la falsificación había despertado aún más sus recelos. La única explicación que se le ocurría era que Gardner estaba pasando copias falsificadas de documentos a Alderson, por alguna razón que no podía imaginar.

—Vamos a ver —dijo Gardner—. ¿Cuál es tu juego? ¿Eres tú el que contó a Alderson lo de Isabel?

—¿Cómo dices? —exclamó Benjamin, que no acababa de ver la relación

entre la joven americana cuyas cartas le habían encargado entregar a Gardner y esa conversación sobre falsificaciones.

—Me está chantajeando, ¿sabes? —Gardner estaba furioso—. Reginald Alderson amenazó con contárselo todo a la señora Gardner. No hace falta que te diga que, si lo averigua, perderás un buen cliente.

—Mi querido amigo —dijo Benjamin sonriendo—. No tengo intención de contar nada a la señora Gardner. Y, francamente, me había olvidado por completo de tu joven amiga. Da la casualidad de que necesito un buen falsificador, un falsificador mejor que el hombre que escribió la carta que tan pronto has descubierto que era falsa.

—Entiendo.

Gardner se calmó un poco. Cogió la carta falsificada de la mesa y soltó una risita antes de estrujarla para hacer una bola con ella y luego arrojarla al fuego.

—En ese caso —dijo—, has acudido a la persona adecuada. Da la casualidad de que soy un falsificador de primera.

A los pocos meses de su regreso del viaje de novios, Peter había aceptado la propuesta de Amanda de que, siempre y cuando vivieran modestamente, podían gastar algo de lo que ella denominaba con delicadeza su «renta independiente». El negocio de Peter crecía despacio, y Amanda comenzó a trabajar como decoradora de interiores, pero un poco de dinero extra significó que después de un año en un apartamento pudieron mudarse a una casita en un barrio más antiguo, no lejos del campus. Había que hacer reformas en la casa, y Peter pasaba los fines de semana aprendiendo a rascar pintura, pulir suelos y colocar placas de yeso laminadas.

—Es como encuadernar un libro —le dijo a Amanda un día cuando volvió para almorzar cubierto de pintura—. Solo que más grande.

El verano antes de comprar la casa habían viajado otra vez a Inglaterra. Fue el primero de lo que acabarían siendo viajes semianuales para comprar libros. Volaban en clase turista y se alojaban en pensiones en las que el cuarto de baño generalmente estaba al final del pasillo. Amanda nunca se quejaba.

En la primavera de 1993, cuando Peter comprendió que su siguiente viaje a Inglaterra coincidiría con su quinto aniversario de boda, se dijo que quizá había llegado el momento de viajar de una manera un poco menos económica.

—Tienes nuevos clientes —le dijo una noche a Amanda en la cama—, y yo también. ¿Por qué esta vez no nos alojamos en un hotel?

—A mí me gustan esos hostales campestres, pero desde luego creo que deberíamos pasar la noche de nuestro aniversario en el Ritz.

Y eso hicieron. Peter ya había olvidado el tacto de aquellas sábanas.

Una semana después, deambulando por Cotswold en busca de librerías, Peter y Amanda descubrieron el pueblo de Kingham y decidieron almorzar de picnic en la plaza.

—Es un pueblo perfecto, ¿verdad? —dijo Amanda mientras se tumbaban en la hierba después de almorzar.

—Es un sitio tranquilo —opinó Peter—. Deberíamos quedarnos un par de días.

—¿Crees que hay algún lugar donde alojarse?

Y se pusieron a deambular por el pueblo en busca de habitación, y así fue como descubrieron el cartel de SE VENDE delante de una casita apareada. Luego ya no recordaban quién lo había sugerido primero, pero a la fresca brisa de mayo, mientras estaban delante de la casita vacía, de repente se vieron viviendo en ella.

—Hay que hacer arreglos —observó Peter.

—Venimos a Inglaterra continuamente —dijo Amanda—. Sería estupendo tener una base de operaciones.

—Lo sería.

Y de pronto a Peter se le apareció la vívida imagen de un fuego que crepitaba en la chimenea, él con una taza de té en la mano y Amanda leyendo un buen libro en un lluvioso día de invierno. Era de las cosas más seductoras que había imaginado nunca.

—¿Por qué no? —dijo Amanda—. Nos lo podemos permitir.

—¡Tú te lo puedes permitir!

—Todavía no te he hecho ningún regalo de aniversario —afirmó Amanda.

Y sin más discusión, lo decidieron. Aún no habían pisado aquella casa, llevaban en Kingham poco más de una hora, pero aquello parecía perfecto. Tres meses después, Peter y Amanda eran propietarios de una vivienda en Inglaterra; dos meses después comenzó un lento proceso de reformas.

—Gracias —dijo Peter a Amanda la noche en que la venta se hizo efectiva, mientras estaban en la cama de su casa de Ridgefield.

—¿Por qué? —preguntó Amanda.

—Por la casa.

—De nada —respondió ella apretándose contra él.

—Tener una casa en Inglaterra hace que me sienta como un auténtico librero.

—¿Todos los libreros tienen casa en Inglaterra? —preguntó Amanda.

—La verdad es que no conozco ninguno que la tenga —respondió Peter—, pero me da... no sé, cierta legitimidad cuando me presento como experto en libros ingleses.

—Cariño, es que eres un experto en libros ingleses —afirmó Amanda.

—Va a ser estupendo, ¿verdad?

—Habrá que trabajar un poco —añadió Amanda—, pero sí que lo será.

—¿Cuánto crees que tardarán las reformas?

—Bueno, si los contratistas ingleses se parecen a los de aquí, me sorprendería que tardaran menos de un año —dijo Amanda—. A lo mejor el que viene podemos ir por Navidad.

—¡Eso sería estupendo! —exclamó Peter.

Amanda le estaba acariciando el pecho, arriba y abajo, y él se quedó inmóvil durante varios minutos, disfrutando de la lenta excitación que llegaba con la promesa de hacer el amor.

—Estas sábanas son extremadamente suaves —murmuró Amanda mientras Peter subía la mano por su costado y se la pasaba por el pecho.

—Esperaba que te dieras cuenta —dijo Peter—. Son un humilde regalo para ti. Tienen ochocientos hilos.

Kingham,
martes, 21 de febrero de 1995

Peter y Liz llevaban casi una hora atrapados en la capilla Gardner y no estaban más cerca de descubrir ningún secreto que cuando la puerta se había cerrado para dejarlos incomunicados allí dentro. Habían examinado todos los monumentos conmemorativos de las paredes, así como las tres efigies de piedra, pero aparte de seguir el árbol genealógico de la familia Gardner desde el siglo XVI, no habían conseguido nada. No habían encontrado ninguna señal de Phillip Gardner.

Estaban sentados sobre el frío suelo de piedra, con la espalda apoyada contra la puerta inamovible, cuando Peter, que recorría el interior de la capilla con la luz de la linterna, vio un dibujo perceptible en las marcas que había en algunas partes del suelo.

—Creo que hay tumbas ahí —dijo reptando hacia delante y pasando los dedos por esas finas líneas.

—No veo lo que dice —observó Liz—. Las palabras están casi borradas.

—Dudo que nuestro amigo Phillip lleve muerto tanto tiempo para que esta piedra esté tan lisa —aventuró Peter.

—¡Aquí hay otra! —indicó Liz.

Sin perder un segundo, comenzaron a gatear por el suelo de la capilla, distinguiendo ocasionalmente parte de un nombre o una fecha. Estaban delante de los peldaños del presbiterio, y mientras Peter iluminaba con la linterna una piedra para intentar leer lo que decía después de la fecha, que era 1705, Liz dejó caer la llave de cruceta justo delante del haz de luz, y los dos se quedaron helados al oír un sonido hueco que pareció crear un eco debajo de ellos.

—¿Qué ha sido eso? —dijo Peter.

—Lo siento, se me ha caído la...

—Hazlo otra vez —pidió Peter.

Liz volvió a coger la llave y la dejó caer de nuevo contra la piedra, y el inquietante sonido a hueco volvió a flotar en el aire durante un segundo.

—Aquí debajo hay algo —dijo Liz.

—O, para ser más precisos, aquí debajo no hay nada —puntualizó Peter—. Al menos nada sólido. Déjame ver esa llave.

Liz le pasó la llave de cruceta y Peter intentó encajar el extremo plano en el suelo, en el borde de la piedra, pero las losas estaban tan juntas que no cabía ni un pelo, lo que le impedía hacer palanca con la llave.

—¿Cómo vamos a levantar la piedra?

—Dame la llave, Peter.

—No servirá de nada. No hay sitio para...

Pero antes de que Peter pudiera terminar la frase, Liz había dejado caer la

llave con fuerza en el centro de la loseta, y el sonido de esta al partirse resonó por toda la capilla. La piedra se hizo añicos y los trozos se desperdigaron en la oscuridad.

—Ha funcionado —dijo Liz.

Ambos se arrodillaron en el borde de un agujero que tenía poco más de medio metro de lado. La oscuridad parecía devorar el haz de la linterna de Peter cuando la enfocó en el boquete, pero mucho más abajo creyó atisbar el fondo.

—Yo iré primero —dijo Peter.

—¿Estás loco? —exclamó Liz—. No tienes idea de lo que hay ahí abajo.

—Por eso voy yo —insistió Peter.

Su valentía lo sorprendió: era una sensación que no había experimentado desde la pérdida de Amanda. Metió los pies por el agujero y poco a poco introdujo el resto del cuerpo, retorciéndose para poder colarse por aquella estrecha abertura. Consiguió colocar los brazos por encima de la cabeza y a continuación se encontró sujetándose al suelo de la capilla con las puntas de los dedos, colgando en el vacío. Por encima de él todavía distinguía la cara preocupada de Liz Sutcliffe, iluminada por el resplandor de la linterna, pero en el momento en que los dedos comenzaron a dolerle, la cara de Liz quedó sustituida por la de Amanda, quien le lanzó un beso y le susurró: « Confía en mí; déjate ir ».

Peter se soltó, y sintió una ráfaga de aire frío mientras se hundía en la oscuridad y caía con un golpe seco sobre un áspero suelo de piedra. Sintió un agudo dolor en el tobillo cuando las piernas le cedieron, pero tras permanecer echado un momento jadeando, se puso en pie, sintiéndose relativamente ileso.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Liz.

En su voz había una sombra de pánico. Peter levantó la mirada hacia el cuadrado de luz sorprendentemente pequeño que veía a unos tres metros sobre su cabeza, y distinguió la preocupada cara de Liz.

—Estoy bien —afirmó Peter—. Tírame la bolsa de la linterna y te ayudaré a bajar.

—No pienso bajar ahí —dijo Liz—. Tengo suficiente con estar atrapada aquí arriba. Sufro un poco de claustrofobia.

—Creo que esta sala es bastante grande —informó Peter—. Pásame la linterna.

Liz se inclinó hacia el agujero. Dejó caer la bolsa y luego la linterna en las manos de Peter. Este rápidamente recorrió con la luz la sala en la que se encontraba en ese momento. A un par de pasos había una pesada mesa de roble. La empujó para colocarla debajo del agujero y se subió encima.

—Mira, Liz. Ahora puedo ayudarte a bajar. No es un espacio más pequeño que el de arriba.

—Lo que no hace que me sienta mejor —arguyó Liz—. Por otro lado, tú tienes la linterna.

Se sentó en el borde del agujero, con los pies colgando sobre la cabeza de Peter, aspiró profundamente y se dejó caer despacio. Peter la agarró primero por los pies y luego por las pantorrillas, y a continuación, cuando Liz soltó completamente las manos, dejó que el cuerpo de ella se deslizara por sus brazos hasta que quedó de pie, sana y salva, sobre la mesa. Liz siguió rodeándolo con los brazos durante casi un minuto, y Peter se dio cuenta de que temblaba. La abrazó con más fuerza, para consolarla, se dijo, pero cuando ella le devolvió el abrazo con la misma intensidad, sintió una especie de cosquilleo por todo el cuerpo. Por un instante se olvidó de lo que buscaba y se preguntó si debería besarla.

—¿Cómo planeas salir de aquí? —dijo Liz apartándose de él y bajando de la mesa.

—Estoy seguro de que la policía nos ayudará a salir cuando vengan a arrestarme por asesinato —respondió Peter, que acababa de quitarse de la cabeza cualquier ridícula idea romántica.

—¿Qué es este sitio? —preguntó Liz una vez bajaron los dos de la mesa.

Peter todavía no había examinado atentamente la sala en sus prisas por bajar a Liz sin que corriera peligro. En ese momento, mientras estaba en el centro de la sala, recorrió lentamente cada superficie con la linterna. Estaban en la cripta de la capilla. El techo alcanzaba su altura máxima en el punto por el que habían entrado, mientras que en otros lugares unos arcos bajos creaban una serie de huecos. El primero que iluminó Peter no contenía ningún altar ni ninguna tumba, sino herramientas, botellas, mesas y sillas.

—Parece una especie de taller —opinó Liz.

—Eso es exactamente —dijo Peter—. O eso era.

Avanzó hacia una de las mesas y examinó una serie de botellas tapadas con corcho, junto a las cuales había una hilera de plumas de ganso y estilográficas de aspecto antiguo. En el siguiente rincón descubrió una pequeña prensa manual y, más allá, otra mesa con herramientas meticulosamente dispuestas. Peter reconoció un cuchillo de encuadernar entre estas.

—¿Por qué alguien iba a necesitar una prensa, plumas antiguas y tinta, y todo este material y útiles de encuadernación?

—Parece todo lo necesario para falsificar libros del siglo XVI —dijo Liz.

—Justo lo que yo estaba pensando.

—¿Así que crees que el *Pandosto* es una falsificación? —preguntó Liz.

—Cada vez lo parece más —respondió Peter mientras iba avanzando a través de los huecos que circundaban la sala. En uno no había más que leña vieja amontonada contra la pared del fondo; en el siguiente vio un sarcófago de piedra sin adornos—. Sujétame la linterna —dijo—. Creo que esto es una tumba.

Liz enfocó la linterna hacia la tapa del sarcófago, pero Peter no podía ver la inscripción, así que se subió al sepulcro y pasó los dedos por las letras mientras leía en voz alta:

—« Tras dejar su sello, Phillip Gardner, 1832-1879; amado hermano, y todos sus secretos descansan aquí» .

—¿Amado hermano? —repitió Liz.

—A. H. —aclaró Peter—. ¡Lo hemos encontrado!

—¿Qué significa eso de « todos sus secretos descansan aquí» ? —dijo Liz.

—Tendremos que mirar dentro.

—Pero es un sepulcro. ¡No puedes profanar una tumba!

—No la estoy profanando —dijo Peter—. Pero aquí no solo está enterrado Phillip Gardner, y mientras estoy sentado esperando a que vengan a arrestarme, pienso averiguar sus secretos. Pásame la llave de cruceta.

Los primeros intentos por parte de Peter de retirar la tapa del sarcófago apenas provocaron unos cuantos arañazos en la piedra. Golpeó la losa con la llave, con la esperanza de que se rompiera, igual que había ocurrido con la piedra de entrada a la cripta, pero esa losa era mucho más gruesa. Tras quince minutos de esfuerzo infructuoso, Peter se desplomó contra la pared, jadeando y sudoroso.

—¿Cómo vamos a sacar esto? —dijo resollando.

—No creo que podamos —dijo Liz.

—¿Acaso no entiendes que tengo que saberlo? Si me voy a pudrir en una prisión inglesa por un asesinato que no he cometido, al menos debo conocer toda la historia del *Pandosto*.

—No vas a ir a la cárcel —dijo Liz.

—No estés tan segura.

—Además, creía que para ti el verdadero misterio era esa acuarela que se parecía a...

—Que se parecía a Amanda —susurró Peter.

Casi se le había olvidado cómo había empezado todo aquello. Había sido Amanda quien lo había conducido hasta allí. ¿Qué habría hecho ella? Cuando levantó la mirada, la vio sentada a la mesa donde estaban dispuestos los frascos de tinta y las plumas.

—No se puede solucionar todo por la fuerza, Peter —dijo Amanda.

—Lo sé —reconoció Peter.

—¿Qué es lo que sabes? —preguntó Liz.

—Que no lo puedo solucionar todo por la fuerza —respondió Peter mientras veía desvanecerse a Amanda.

—Estaba pensando lo mismo —dijo Liz, que se encontraba a cuatro patas examinando la base de la tumba de Phillip Gardner con la linterna.

—¿Qué hemos de usar, pues, si no es la fuerza? —preguntó Peter.

—¡Una llave!

—¿Perdón?

—Aquí hay algo que parece una cerradura.

—No veo ninguna llave por aquí —dijo Peter.

—Bueno, dudo que la dejara al alcance de cualquiera.

—Un momento, ¿qué decía la primera parte de la inscripción? —preguntó Peter.

—« Tras dejar su sello» —respondió Liz—. ¿Qué significa eso? ¿Qué clase de sello? ¿Se refiere al *Pandosto*?

—« Tras dejar su sello» —murmuró Peter para sí mientras pasaba el dedo por la mesa donde estaba el material de encuadernación. Sobre una serie de estantes situados sobre la misma, había hileras de herramientas de latón con mango de madera, como las que había utilizado para decorar la encuadernación de *Tras el viento del norte* de Amanda—. Me pregunto si se refería al sello del encuadernador.

—¿Qué es eso, Peter?

—Los encuadernadores a veces poseen un sello especial que dejan en todos sus trabajos para identificarlos como suyos.

—O sea, que tendremos que probar con todas estas herramientas...

—No —dijo Peter—. Acabo de darme cuenta. Ya he visto el sello de Gardner. Su ejemplar del libro de Collier, el que le dedicó. Era una reencuadernación. Gardner debía de haberlo encuadernado él mismo.

—¿Cuál era el sello?

—Una especie de mariposa —respondió Peter—. La había puesto en el interior de la cubierta trasera. Dame la linterna.

A Peter no le llevó más de cinco minutos encontrar el sello en forma de mariposa entre las herramientas de Gardner.

—Prueba con esto.

Peter entregó a Liz la herramienta de estampar y él enfocó la linterna en el diminuto agujero de la piedra para que ella insertara la herramienta.

—Encaja —dijo Liz—, pero no gira.

Peter se acordó de cuando Hank le enseñó a utilizar sellos de latón sobre un trozo de cuero nuevo.

—Aprieta el mango con el pulpejo de la mano —dijo—, y luego muévelo adelante y atrás muy suavemente, empezando por la derecha y yendo hacia la izquierda.

—¿Qué te hace pensar que...?

—Tú inténtalo, ¿vale? —la interrumpió Peter en tono impaciente.

—Muy bien, muy bien. No te pongas nervioso.

Peter contuvo el aliento y observó cómo los hombros de Liz se tensaban al aplicar la presión al sello. No pasó nada.

—Ahora aumenta la presión poco a poco —respondió Peter con los ojos cerrados y recordando la sensación de cómo el cuero cedía a la presión del sello—. No aprietes demasiado o romperás el cuero.

—¿Qué quieres decir con que...?

Pero Liz se interrumpió al oír un sonoro chasquido que resonó por toda la cámara. Peter abrió los ojos y vio aparecer una grieta entre la tapa de piedra del sarcófago y la tumba.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Liz.

—Creo que acabas de abrir la tumba de Phillip Gardner —respondió Peter.

—Estoy segura de que el difunto estará encantado —dijo Liz, y se incorporó.

Peter ya se había puesto a empujar la tapa de piedra. Descubrió que se deslizaba fácilmente; tanto, que antes de poder evitarlo la tapa ya había caído al suelo, donde se rompió en medio de un estrépito. El ruido tardó varios segundos en apagarse, y pasaron varios más antes de que el polvo acabara de asentarse.

—¡Fantástico! —exclamó Liz—. Ahora estamos atrapados en una cripta con un cadáver que no podemos volver a sepultar. Cada vez me siento más cómoda.

—No hay cadáver —dijo Peter apuntando con la linterna hacia la tumba.

—¿Qué quieres decir con que no hay cadáver?

Liz dio un paso cauto hacia la tumba.

—Aquí dentro no hay ningún cadáver. Solo una caja de metal.

—¿Una caja de metal? ¿Y qué contiene? ¿Son sus cenizas?

—Lo dudo —respondió Peter mientras tiraba de la caja de metal.

Le sorprendió que la caja, que emitió un sonoro chirrido al rozar la piedra, fuera aproximadamente del tamaño y la forma del Primer Folio de Shakespeare. La sacó de la tumba y la llevó hacia la mesa que había en el centro de la sala. No tenía cerradura, y Peter abrió la tapa con goznes sin ninguna dificultad.

—¿Un fajo de papeles? —dijo Liz al contemplar la caja.

—Nos queda algo de tiempo antes de que se agoten las pilas de la linterna —afirmó Peter—. Vamos a leerlo, ¿de acuerdo?

Sobre el montón de papeles había un sobre lacrado con una sola palabra escrita en una perfecta caligrafía inclinada: «Phillip». Peter sacó el cuchillo de encuadernador de la cartera y abrió el sobre con un corte limpio. Extrajo el contenido, desdobló las cuatro hojas y leyó en voz alta. La primera página estaba escrita con la misma letra que se leía en el sobre.

Yo, Phillip Gardner de Evenlode House, Kingham, ordeno por la presente que mis propiedades pasen a los hijos de mi hermano Nicholas. No incluyo en este legado el contenido de esta caja, ni cualquier otro ejemplar de mi colección de libros y documentos raros, los cuales, dondequiera que se encuentren, dejo en su totalidad a mi hijo, nacido con el nombre de Phillip Gardner, o a su heredero vivo más joven.

—Debía de referirse al hijo bastardo —supuso Liz—. Si no, ¿por qué hacer un testamento secreto?

—¡Así que Sykes tenía razón! —Peter examinó de nuevo el testamento—. Pero ¿qué quiere decir eso de « dondequiera que se encuentren » ?

—¿Podría ser porque algunos de ellos formaban parte de la colección de Reginald Alderson? —aventuró Liz.

—Es posible —convino Peter—. Me pregunto si el hijo tiene algún heredero vivo. No creo que John Alderson se sintiera muy contento si tuvieran que cumplirse las condiciones de este testamento.

—Pero ¿cómo te sería posible demostrar, Peter, que los documentos de Alderson realmente pertenecieron a Phillip Gardner?

—Quizá esto podría ser de ayuda —contestó Peter, y extrajo una carta con las palabras EVENLODE MANOR impresas en la parte de arriba.

Señor Gardner:

He pasado una velada de lo más reveladora con mi querida amiga la señorita Evangeline Prickett y la joven que estaba a su cargo. Imagínese mi consternación al descubrir que la señorita Isabel había dado a luz un niño y lo había llamado Phillip Gardner. No le aburriré con los truculentos detalles de la relación que condujeron al nacimiento de ese bastardo, pues creo que ya los conoce bastante bien. Sin embargo, intuyo que la señora Gardner encontrará esta historia de lo más reveladora. Caso de que desee impedir que averigüe la verdad acerca de su marido, tendrá que transferirme su colección de documentos históricos y literarios. Comprendo que la pérdida de toda la colección podría despertar sospechas, así que creo que lo mejor es que me los vaya enviando de uno en uno o de dos en dos durante los próximos meses. Así puede decir que ha perdido interés y que ha vendido sus piezas para financiar las importantes obras que lleva a cabo en Evenlode House.

Le encantará saber que no pujaré contra usted la semana que viene en la subasta de documentos reales. Espero que los artículos lleguen a mi casa una semana después de la venta. No espere ninguna comisión.

REGINALD ALDERSON

—La carta de chantaje —dijo Liz.

—¡Exacto!

Peter dejó las cartas sobre la mesa y con gran excitación sacó el siguiente documento del sobre. Era una pequeña hoja de papel de carta sobre la que se leía, en una letra apretada y temblorosa:

Mi queridísimo Phillip:

Te mando esta carta a través de tu librero, el señor Mayhew, tal como me pediste, y te prometo que será la última, pero debo decirte que tu hijo y yo hemos llegado sanos y salvos a Estados Unidos. Mi familia se ha mostrado más comprensiva de lo que podrías pensar y, contrariamente a lo que había sugerido, no he tenido que contarles que era un expósito. Tanto la señorita Prickett como yo hemos sido honestas con mi familia acerca de lo ocurrido en los últimos meses. Todo lo que mi padre ha pedido es que el joven Phillip se críe con nuestro apellido familiar, y no con el de Gardner. Después del amor y la aceptación que ha demostrado hacia su deshonrada hija, no me queda más remedio que aceptar su petición. Que sepas, por favor, que fuera lo que fuese lo que he significado para ti, nadie podrá reemplazarte en mis sentimientos.

Siempre tuya,

ISABEL

—Así que regresó a Estados Unidos—dijo Liz.

Había una hoja más sobre la mesa.

—Esta también está escrita por Gardner—dijo Peter mirando la firma—.

Pero no está dirigida a nadie. Empieza sin encabezamiento.

Peter comenzó a leerla.

No tengo por costumbre hacer confesiones, pero si en esta he sentido poco aprecio por mi esposa o por la familia que me queda; si he resultado un fracaso tanto en mi carrera profesional como en mis finanzas; si la moralidad nunca se ha encontrado entre mis prioridades, hay algo que siempre me ha importado y he cuidado: mi colección. Fueran cuales fuesen los oscuros impulsos que me llevaron a coleccionar, he acabado dándome cuenta de que en esos manuscritos, documentos y cartas se encuentra mi única oportunidad de dejar algo al mundo. A pesar de la ruina económica y matrimonial con que me amenazó, preferiría destruir todos esos documentos antes que ceder su propiedad al señor Reginald Alderson. Confieso aquí que gracias al chantaje de mi vecino descubrí mi auténtica vocación como artista. Puede que algunos la llamen falsificación; para mí fue simplemente conservación: conservación de mi propia paz durante una breve época, conservación de mi colección para siempre.

Mientras que esta confesión se dirige a aquellos de mis herederos que algún día puedan encontrar y resucitar la colección, he escrito una pareja al señor Alderson en la que con gran placer le informo de que los documentos que ha obtenido mediante extorsión en los últimos dos años

valen tan poco como mis acuarelas, cuya exposición él impidió. Algunas cuelgan en las paredes de las casas de algunos amigos; las demás han de ser destruidas, exceptuando un grupo selecto que le he mandado al señor Alderson. Sonríe al pensar que sus descendientes algún día canten sus alabanzas. Para asegurarme de que el señor Alderson no engaña a los demás como yo lo he engañado, he incluido en cada una de mis falsificaciones una pista referente a su origen; creo que mi técnica es indetectable, pero una meticulosa lectura del texto de cada documento revelará un fallo. De este modo, los Alderson se verán obligados a vivir a perpetuidad con el engaño de que fue víctima su antepasado.

Después de mi muerte, puede que el señor Alderson crea durante unas horas que ha ganado, que posee una importante reliquia literaria: el libro que le entregaré en breve. Posteriormente le llegará al señor Alderson mi última carta, y sabrá la verdad no solo acerca de esa importantísima reliquia, sino de todos esos documentos que él considera tan valiosos. La venganza será por fin mía.

Sospecho que el antepasado que creó el secreto de esta cripta lo hizo para proporcionar un ilegítimo acceso a casa de los Alderson, no un amistoso comercio. En cualquier caso, utilizaré este secreto no solo para entregar mi última falsificación, sino también para regalar a Reginald Alderson mi pequeña colección de libros sobre ese arte. Si se dará cuenta de que han aparecido de manera inexplicable en sus estanterías, es algo que a lo mejor no sabré nunca.

No tengo nada de qué disculparme ante la señora Gardner. A mi Isabel, si alguna vez lee estas líneas, quiero manifestarle que al final solo pensaba en tí, mi amada. Perdona por lo mal que me porté contigo y que Dios te bendiga.

PHILLIP GARDNER,
22 de noviembre de 1879

—No me extraña que en la caja que hay en Evenlode Manor conste «no venderlos» —exclamó Peter—. Todos los documentos son falsificaciones.

—Y estos deben de ser los originales —dijo Liz sacando el resto de los documentos de la caja.

—Exacto. —Peter repasó rápidamente el montón de documentos—. Qué extraño verlos aquí, después de haberlos visto antes.

—¿Y qué me dices del *Pandosto*? —preguntó Liz—. ¿Podría tratarse de la «gran reliquia literaria»?

Peter extrajo el libro de su estuche y lo abrió sobre la mesa.

—«Una meticulosa lectura del texto de cada documento revelará un fallo»

—dijo—. He examinado el texto meticulosamente.

—¿Y las notas al margen? Sin eso, no es más que un libro raro, ¿verdad?

—También las he leído —adujo Peter.

—Sí —dijo Liz—, pero cuando las leíste eras alguien entusiasmado por haber descubierto una gran reliquia shakespeariana, no alguien que estaba buscando un fallo.

Liz se puso a examinar las notas al margen.

—¿Qué crees que quería decir con « fallo » ? —dijo Peter.

—Algo textualmente incorrecto, supongo —opinó Liz—. Alguna referencia a algo que Shakespeare no podía saber, o un anacronismo. Ya sabes, que Hermione lleva un reloj digital. Cosas como esa.

Peter miró sobre el hombro de Liz mientras esta pasaba la página y seguía lentamente con el dedo la letra garabateada en los márgenes. Aunque a cada minuto que pasaba parecía menos posible, una parte de él quería creer que William Shakespeare de Stratford-upon-Avon había escrito esas notas. Seguía entusiasmado con la idea de enseñar algún día el *Pandosto* a Francis Leland, como si el aprendiz presentara el Santo Grial a su maestro. Era una fantasía a la que no estaba dispuesto a renunciar.

—¿En qué año murió Shakespeare? —preguntó Liz cuando la punta de sus dedos se detuvo cerca del final de la página.

—En 1616 —respondió Peter—. ¿Por qué?

—¡Por todos los demonios! Escucha esto: « Muerte de Garinter injusta como la ejecución de Raleigh » .

—No sabemos lo que pensó Shakespeare de la ejecución de Raleigh —dijo Peter—. Puede que le pareciera injusta.

—Te equivocas, Peter. Sabemos exactamente lo que pensaba Shakespeare de la ejecución de Raleigh.

—Liz, fíate de mí, he leído la bibliografía y ...

—Peter, sabemos lo que pensaba Shakespeare. No pensaba nada. Porque cuando Raleigh fue ejecutado, Shakespeare llevaba ya dos años muerto.

—¡Raleigh fue decapitado en 1618! —dijo Peter recordando de repente la fecha de sus clases de historia de Inglaterra—. ¿Cómo es posible que se me pasara por alto?

—Porque es algo sutil —dijo Liz—. Y no lo estabas buscando.

Peter observó cómo el Santo Grial se disolvía en un fascinante ejemplo de falsificación del siglo XIX. A juzgar por la presencia de una prensa en la guardia de Gardner, supuso que ni siquiera el texto era auténtico, aunque probablemente había sido copiado de una auténtica primera edición del *Pandosto*. Como mucho podría valer unos cuantos miles de libras en una subasta, por lo que tampoco se podía decir que careciera de valor, pero estaba lejos de ser algo extraordinario. Una vez contestada la acuciante cuestión de la semana anterior, de repente fue

consciente de la cruda realidad de su situación. Estaba atrapado bajo tierra en una remota capilla de un pueblo. Era el principal sospechoso de un brutal asesinato y había abundantes pruebas que lo incriminaban. Y ahora era el cuidador de un libro que no constituía más que una diminuta onda en el mar de los estudios shakespearianos y que pasaría totalmente inadvertido en el mundo en general.

—Apuesto a que Mayhew encargó a Gardner la falsificación del *Pandosto* —dijo Liz, que parecía muy entusiasmada a la hora de desentrañar el misterio del libro—. Le dijo a Gardner que dejara una pista textual, igual que había hecho en sus otras falsificaciones. Debió de planear que se descubrieran y que luego se desvelara que era una falsificación. Eso habría supuesto un bochorno para los stratfordianos.

—Y al mismo tiempo dejaría en buen lugar a su amigo William H. Smith.

—¿Y qué es ese «acceso ilegítimo» a casa de los Alderson y eso de colocar en secreto libros en su biblioteca? —dijo Liz recordando la confesión en el lecho de muerte de Gardner.

—«Sospecho que el antepasado que creó el secreto de esta cripta lo hizo para proporcionar un acceso ilegítimo a casa de los Alderson, no un amistoso comercio», leyó de nuevo Peter.

—No pensarás...

—Tiene que haber un pasaje —dijo Peter—. Un pasaje que va de aquí a Evenlode Manor.

—Pero ¿por qué?

—Quién sabe por qué —dijo Peter cogiéndole la linterna e iluminando el fondo de uno de aquellos huecos—. Ni siquiera Phillip Gardner sabía por qué. A lo mejor es una especie de rollo tipo Romeo y Julieta. —Lo único que encontró Peter fue una pared sólida, y rápidamente pasó al siguiente hueco—. A lo mejor esa enemistad entre las familias no era más que una comedia... quiero decir, al principio. Esta capilla tiene al menos cuatrocientos años de antigüedad, a juzgar por las tumbas. Ven, ayúdame a mover estos tablones.

Había llegado a la pieza que no contenía nada más que un montón de leña vieja arrumbada contra la pared del fondo. Liz y Peter tardaron varios minutos en quitar todos los tablones, durante los cuales el silencio de la cripta dio paso al golpeteo de la madera sobre la piedra mientras la apartaban de la pared. Cuando el último tablón tocó el suelo, retornó el silencio, aunque el polvo todavía flotaba en el aire y se pegaba a la cara sudorosa de Peter. Este recogió la linterna y apuntó con ella hacia el hueco, donde iluminó la pared del fondo. Allí, en el centro del arco, había una estrecha puerta de toscos tablones. Peter tiró de la manija y la puerta se abrió, revelando un tramo de escalera de piedra que descendía hacia la oscuridad.

Todo gran artista, se dijo Phillip Gardner, tenía su obra maestra preferida, y la suya era la falsificación del *Pandosto*, que le había llevado casi un año completar. Desde luego era ciertamente frustrante que esa obra maestra pasara inadvertida, pero el saber que a la larga acabaría avergonzando a la familia Alderson era para él recompensa suficiente.

Phillip había comenzado cubriendo las guardas del libro con papel nuevo, ocultando cualquier prueba al observador casual de que los garabatos de los márgenes eran de William Shakespeare, pues la falsificación propiamente dicha del *Pandosto* requeriría ayuda externa y no deseaba levantar sospechas. A continuación hizo fotografiar el texto de cada página. Procuró escoger un fotógrafo que no tuviera estudios superiores y ninguna relación con el gremio del libro. Encontró un estudio en Manchester que se adecuaba a la perfección a sus necesidades.

Mientras tanto, con la ayuda de Benjamin Mayhew, comenzó a coleccionar el papel sobre el que se imprimiría el *Pandosto*. Era un libro en cuarto, por lo que cortando hábilmente páginas en blanco de la parte posterior de volúmenes en folio del mismo período Phillip fue capaz de reunir las hojas sobre las que se iban a imprimir cuatro páginas del nuevo *Pandosto*. Luego podía doblar esas hojas por la mitad para encuadernarlas.

El siguiente paso fue convertir las fotografías en planchas de cinc a partir de las cuales poder imprimir el texto. Después de tapar las notas al margen en las fotos, explicó al propietario del taller de Birmingham donde encargó las planchas que estaba haciendo un facsímil de un ignoto libro antiguo con fines académicos. Tres semanas después recogió las fotografías y las planchas de cinc. Las primeras las arrojó a la chimenea de la sala; las planchas las utilizó para imprimir el texto del *Pandosto* en el papel que Mayhew y él habían estado reuniendo. Había preparado una buena cantidad de tinta a partir de una de las recetas de Collier, y Mayhew lo había ayudado a encontrar y comprar una prensa manual, que tardó unos meses en aprender a manejar.

La impresión cincográfica no era tan profunda en el papel como cuando los tipos se componían manualmente, por lo que una vez que se hubo completado la impresión, Phillip comenzó la parte más tediosa de su trabajo. Cogió un trozo diminuto y pulido de hueso y repasó cada letra, apretando lo justo para imitar la impresión creada por una prensa de tipo móvil del siglo XVI. Había practicado la técnica durante semanas en borradores antes de aprender a aplicar la cantidad justa de presión, y sus primeros intentos habían dejado el papel lleno de agujeros y desgarrones.

Cuando hubo completado la falsificación del texto, Phillip comenzó la parte

divertida: copiar meticulosamente las notas al margen utilizando una pluma de oca, tinta del siglo XVI, un ojo experto y una mano firme. Para copiar cada borrón y cada mancha puso en práctica toda la experiencia adquirida en la falsificación de documentos. Únicamente hizo un cambio: añadió la línea que supondría el desprestigio del *Pandosto* y de Reginald Alderson: «Muerte de Garinter injusta como la ejecución de Raleigh».

Durante su labor de falsificación, Phillip se había interesado en todos los aspectos de los libros de arte, y aunque estaba lejos de ser un encuadernador experto, había reunido algunas herramientas y material de encuadernación, y había conseguido reencuadernar con éxito varios de sus propios libros. Para encuadernar el *Pandosto*, sin embargo, simplemente compró un libro de tamaño similar en una vieja encuadernación y cosió el bloque del texto recién impreso en las viejas tapas. Al mismo tiempo, eliminó las guardas falsas del *Pandosto* original, revelando de nuevo la lista de propietarios.

—Un hermoso trabajo —afirmó Benjamin Mayhew al hojear el *Pandosto* falsificado.

—No está acabado del todo —dijo Phillip—. Todavía tengo que raspar los bordes de las páginas. Casi me da rabia tener que dárselo a Alderson. Se ha convertido en... bueno, le he cogido mucho cariño a esta falsificación.

—No deberíamos encariñarnos con nuestros libros —opinó Mayhew—. Después de todo, no son más que objetos.

—Ah, pero es que tú eres un librero, no un coleccionista de libros. Además, este es creación mía.

—Lo que debería provocarte aún más satisfacción cuando Alderson quede en ridículo.

—¿Cuál es exactamente tu plan? —preguntó Phillip.

—Lo tengo todo planeado —respondió Mayhew—. Un colega mío ofrecerá tu *Pandosto* a Alderson por un precio irresistible. Este colega fingirá no saber lo que tiene entre manos. Cuando Alderson dé a conocer el libro ante la opinión pública, mi amigo William Smith descubrirá que es una falsificación gracias a tu pequeña clave. Smith se sentirá feliz, pues los stratfordianos quedarán abochornados; tú te sentirás feliz porque Alderson se verá humillado, y yo me sentiré feliz porque mis dos mejores clientes se sentirán felices. Y ahora tengo algo que hará que el *Pandosto* luzca todavía mejor aspecto cuando lo vea Alderson.

Mayhew mostró a Phillip un estuche con lomo de cuero del que extrajo una elaborada carpeta. En el interior colocó la obra maestra de Phillip, volviendo a doblar meticulosamente las solapas y deslizándolo en el interior del estuche.

—Imponente, como debe ser —dijo Phillip cogiéndole a Benjamin el suntuoso estuche—. ¿Qué has hecho con el original?

—Yo me encargaré —dijo Benjamin.

—Es una lástima destruirlo.

—No hay elección, amigo mío, no hay elección. Tu falsificación conserva las auténticas notas al margen para las futuras generaciones. Algún estudioso con iniciativa acabará descubriendo que es imposible que te las inventaras todas.

—Me pregunto —dijo Phillip— si podrías entregarme un documento de venta. Para que pueda saber que fue mío, aunque por poco tiempo.

—¡No veo por qué no! En cuanto a lo demás, déjame a mí —pidió Benjamin.

Phillip deseaba sentirse triunfante mientras subía la escalera de Evenlode House a su regreso de Londres tras su reunión con Benjamin Mayhew. Había creado una obra maestra, había cumplido con su primer encargo como artista y se había asegurado el futuro bochorno público de Reginald Alderson. Sin embargo, también había sido cómplice de la destrucción de un gran tesoro literario. Era uno de los dos únicos hombres vivos que conocían con absoluta certeza la verdadera identidad del escritor inglés más importante, y había aceptado llevarse ese secreto a la tumba.

Apenas había comenzado a girar la manija cuando la puerta delantera se abrió de golpe. Delante de él, con una carta apretada en una mano y una expresión de ira en la cara, se encontraba una mujer que no había visto en varios días.

—Buenas tardes, señora Gardner —dijo.

—Señor Gardner, cuando nos casamos solo exigí una cosa a cambio de mi sustancial apoyo económico: exigi fidelidad. Tal vez parezca extraño desear algo así de un hombre al que ni amo ni respeto, pero considérelome mi pequeña excentricidad.

—Sí, he tenido un delicioso viaje a Londres —dijo Phillip pasando junto a su mujer al entrar en el vestíbulo—. Gracias por preguntar.

—¿Tan delicioso como los viajes que ha emprendido a Londres para ver a Isabel? —dijo la señora Gardner.

Peter recordaba con exactitud fotográfica el momento en que Amanda le dijo que tenía dolor de cabeza. Entonces no pareció importante, por lo que Peter no sabía por qué lo recordaba exactamente, pero así era. Acababan de regresar de su último viaje a Londres para encontrarse con que había otra demora en las reformas de su casa de Kingham, y Amanda, que generalmente se lo tomaba con una carcajada y haciendo el comentario de que los contratistas eran iguales en todo el mundo, en su frustración había dado un puñetazo sobre la mesa del teléfono.

—Empiezo a pensar que nunca veré este proyecto acabado —dijo.

Se quedó de pie junto a la ventana, donde el sol del atardecer iluminó unos mechones sueltos de su pelo, arrugando la frente y frunciendo los labios en un gesto de consternación. A lo mejor Peter recordaba ese momento porque casi nunca veía enfadada a Amanda.

—¿Te encuentras bien?

—Estoy bien —respondió Amanda, y en un segundo su tensión pareció desvanecerse—. Me duele la cabeza, eso es todo.

Después de una siesta y una taza de té, Amanda se encontró mejor, y ninguno de los dos le dio más importancia. Que le doliera la cabeza otra vez en el vuelo de vuelta de Estados Unidos la semana siguiente tampoco fue nada del otro mundo: a Peter también le dolía. ¿Y quién, en la cabina de clase preferente, no tenía dolor de cabeza, con aquel bebé que no paraba de llorar? Peter se dijo que la próxima vez dejaría que Amanda comprara billetes de primera clase.

Una semana después de volver a casa, Sarah y Charlie Ridgefield ofrecieron una fiesta para celebrar el sexto aniversario de boda de Peter y Amanda.

—Cuando fue vuestro quinto aniversario —dijo Sarah—, estabais fuera comprando libros, así que lo celebraremos este año.

Aquella mañana Amanda no se había encontrado bien (le dolía otra vez la cabeza y tenía el estómago revuelto) y Peter había insistido en que se metiera en la cama, sin atreverse a expresar la fantasía secreta que albergaba: que, por algún milagro, se hubiera quedado embarazada. Aquella tarde, mientras Amanda dormitaba en el sofá de la sala con las cortinas echadas, Peter recordó la expresión de su cara cuando, dos semanas atrás, él pidió una Coca-Cola en lugar de un té en la cafetería de la Tate Gallery: ¿acaso había otra palabra para describir su expresión irónica, cariñosa y protectora que la de «maternal»? ¿Cómo era posible que Amanda no engendrara un niño algún día? Peter se dijo que quizá, si sus últimos síntomas no indicaban que había ocurrido un milagro, había llegado el momento de sacar a la luz el tema de la adopción. Peter

necesitaba ser padre de algo aparte de su negocio de libros, se dijo, y Amanda necesitaba ser madre de algo además de su casita inglesa.

Cuando llegó la hora de la fiesta, Amanda se encontraba mucho mejor, aunque aquella velada Peter casi no la vio. Cynthia, que escribía para un periódico de Virginia, había vuelto a Ridgefield para pasar el fin de semana. Amanda y Cynthia llevaban casi un año sin verse, y a pesar de sus conversaciones telefónicas semanales, que duraban una hora, estaban impacientes por ponerse al día y se pasaron casi toda la velada juntas en un rincón del patio. En cuanto a Peter, después de ese desagradable período de volver a encontrarse con amigos de la familia que no había visto desde la boda y con los que no sabía de qué hablar, se sentó a una mesa en compañía de Charlie Ridgefield. Su suegro no había mencionado el tema del dinero desde la noche anterior a la boda de Peter. Esa noche, en cambio, los dos hablaron de los viajes a Europa y de la siguiente temporada de fútbol y del equipo de Ridgefield.

Peter no dejó de observar a Amanda con el rabillo del ojo, y se preguntó qué secretos compartía con Cynthia y si incluían la dichosa noticia que compartiría con él cuando regresaran a casa. Pero cuando acabó la fiesta Amanda estaba agotada y preguntó a Peter si tenían que volver a casa.

—¿No podríamos quedarnos en la habitación de invitados?—preguntó.

Peter le contestó que sí. Amanda dormía y a profundamente antes de que él acabara de cepillarse los dientes.

Había días en que, sin previo aviso, la vida de las personas cambiaba de una manera crucial. Cuando Peter despertó el 14 de mayo de 1994, bañado en el sol matinal, sospechó que ese sería uno de esos días. Estaba convencido de que la noche antes Amanda había compartido alguna noticia trascendental con Cynthia, y estaba seguro de que aquel día se la comunicaría. La remota esperanza de que ella pudiera estar embarazada había tomado cuerpo en una casi absoluta certeza. Cuando se levantó, mientras su mujer todavía dormía a pierna suelta, se pasó diez minutos delante del espejo del cuarto de baño practicando expresiones de sorpresa.

Peter, Sarah y Charlie ya habían desayunado, y este último estaba diciendo que a lo mejor iría a la oficina un par de horas a pesar de ser sábado, cuando oyeron un chillido que provenía de la planta de arriba. Peter supo enseguida que no se trataba de un chillido de cólera, sino de dolor. Fue el primero en llegar junto a la cama de Amanda, donde la encontró sujetándose la cabeza con las manos y meciéndose adelante y atrás, gimiendo en voz alta, pero Charlie Ridgefield lo apartó y cogió a su hija en brazos.

Amanda volvió a chillar mientras Charlie bajaba los escalones de dos en dos, seguido de Peter y Sarah.

—Ve al coche —fue todo lo que consiguió decir Sarah.

Peter vio las lágrimas resbalando por sus mejillas y corrió en dirección al BMW de Charlie, aparcado en el camino de entrada. Charlie se deslizó en el asiento de atrás con Amanda en brazos, quien todavía seguía gritando al parecer de dolor, y antes de que Peter decidiera adónde ir, Sarah abrió la portezuela del conductor y se metió de un salto. Peter apenas había tenido tiempo de sentarse a su lado y Sarah ya se había puesto en marcha a toda prisa, escupiendo gravilla a su paso.

En el asiento de atrás, Charlie apretaba contra su pecho a Amanda, que estaba más tranquila. De vez en cuando Peter oía a las palabras « Mi cabeza », pero aparte de eso, sus gritos no eran más que gemidos ahogados. Sarah derrapaba por la carretera principal haciendo chirriar neumáticos rumbo al hospital Ridgefield. Peter se sentía completamente impotente, poco más que un espectador en un drama familiar ajeno.

Sentado en el asiento del copiloto del coche nuevo de Charlie Ridgefield, Peter Byerly, que dos horas antes se había levantado lleno de esperanzas, poco a poco iba siendo presa del temor de que su vida había terminado.

Kingham,
martes, 21 de febrero de 1995

—Mira —dijo Liz—, me he quedado encerrada en esta capilla contigo y he descendido hasta esta maldita mazmorra, pero esto es una locura. No bajaré esta escalera que lleva a Dios sabe dónde.

—No vamos a salir por donde entramos. —Peter metió el contenido de la tumba de Gardner en su cartera—. Así que podemos probar a salir por aquí.

Mientras contemplaba el agujero negro que se abría ante él, Peter se acordó de inmediato de Alicia cuando seguía despreocupadamente al Conejo Blanco hasta su madriguera. La imagen claustrofóbica de Alicia, tal como se veía en el manuscrito del Museo Británico, surgió por un instante ante sus ojos, pero, por el momento, la curiosidad y la adrenalina parecían estar derrotando al pánico y la claustrofobia, y comenzó a bajar con cautela los húmedos peldaños de piedra, pasando los dedos de una mano contra la áspera pared mientras con la otra agarraba la linterna y el asa de su cartera con más firmeza aún que antes.

—Peter —lo llamó Liz desde arriba—, hay algo más al fondo de la caja. ¿No quieres leerlo?

—Lo leeremos cuando lleguemos al final de esta escalera —dijo Peter bajando otro peldaño.

—¡Aquí arriba está muy oscuro sin la linterna! —exclamó Liz con un asomo de histeria en la voz.

Peter se detuvo y apuntó con la linterna al camino que había recorrido.

—Bueno, pues entonces baja —le dijo.

Hubo un silencio, y a continuación oyó unos pasos lentos en la escalera. Al cabo de un minuto notó la mano de Liz en el hombro y comenzó a avanzar otra vez con ella detrás.

—¿Te he mencionado que sufro claustrofobia? —dijo Liz—. Oh, espera, sí que te lo mencione... cuando me atrajiste a este agujero infernal.

—Yo también tengo claustrofobia —reconoció Peter, pero mientras seguía bajando se sentía extrañamente sereno—. Esto tampoco está tan mal.

—Eso es lo que tú te crees —dijo ella.

La escalera se curvaba ligeramente en el descenso, con lo cual, cuando Peter llegó abajo, no tenía ni idea de en qué dirección caminaba. Delante de él, la linterna reveló un pasadizo angosto y de poca altura que bajaba en pendiente y desaparecía en otra curva. El túnel era apenas lo bastante alto para que Peter pudiera avanzar erguido y no tenía mucha más anchura que la de sus hombros.

—Han sido cincuenta y dos peldaños —dijo Liz mientras su mano apretaba con más fuerza la espalda de Peter.

—¿Los has contado?

—¿A qué profundidad crees que estamos? —preguntó Liz—. No, mejor no

me contestes.

Peter comenzó a avanzar, pero se lo impidió el tirón que Liz le dio a su camisa.

—¿Estás seguro de que debemos hacer esto? —dijo Liz—. No me gusta, de verdad que no.

—No parece peligroso en absoluto.

—No puedo ver —añadió Liz—. Me tapas toda la luz que proyecta la maldita linterna.

—La verdad es que esta linterna ya no da mucha luz, así que es mejor que no nos detengamos —dijo Peter.

—Bueno, ahora ya me siento mucho mejor —ironizó Liz, pero esa vez siguió a Peter cuando este echó a andar, aunque no le soltó la camisa—. ¡Al menos eres más alto que yo! —Forzó una carcajada—. Será tu cabeza la que se parta contra el techo.

Peter ya había considerado esa posibilidad, y mientras avanzaba arrastrando los pies movía la linterna arriba y abajo, iluminando ahora el suelo, ahora el techo. Aceleró un poco el paso, casi arrastrando a Liz detrás de él, con la esperanza de alcanzar una salida antes de que la linterna se apagara del todo.

—Me pregunto si aquí es donde escondían a los soldados en la Guerra Civil —aventuró Peter.

—Me pregunto si alguno de ellos murió aquí abajo —dijo Liz. Después de caminar otro minuto, añadió—: Vamos por una pendiente bastante empinada.

—A lo mejor tenemos que ir por debajo del río.

—¡Joder! —Liz se detuvo otra vez—. Yo no puedo hacer eso. No pudo caminar por debajo de un puto río. Tenemos que volver.

—¿Alguna vez has conducido por el túnel Lincoln? —preguntó Peter.

—No, nunca he conducido por el maldito túnel Lincoln —respondió Liz—. Soy de Londres. Tenemos puentes.

Peter notó el sobre de píldoras en el bolsillo de la chaqueta y se preguntó si no debería darle una a Liz, pero decidió que lo mejor sería simplemente seguir avanzando.

—Vamos —dijo—. Puedes hacerlo. Estoy contigo. Toma, cógeme la mano.

Peter extendió la mano que tenía libre y Liz se la agarró con fuerza, casi chafándole los dedos, pero él no se quejó. Si podía transmitirle algo de su calma a través de ese contacto, valía la pena sufrir un poco de dolor.

—¿Preparada? —preguntó Peter.

—No... Pero vamos de todos modos.

Caminaron sin decirse nada durante varios minutos, y los únicos sonidos que se oían en el túnel eran la respiración agitada de Liz y los zapatos de ambos deslizándose sobre las piedras. Peter no mencionó que la linterna daba ya tan poca luz que apenas servía para nada, y que solo manteniendo la cartera delante

de él podía detectar cualquier obstáculo. Cada pocos segundos Liz apretaba su mano con fuerza, y Peter descubrió que se alegraba de que ella lo necesitara. Se dijo que mientras Liz precisara que le transmitiera calma, mantendría el pánico a raya.

—Creo que estamos comenzando a subir otra vez —dijo al cabo de unos minutos.

—¿Hacia la luz? —quiso saber Liz—. ¿Ves alguna luz?

—Todavía no —dijo Peter intentando tirar de ella más rápidamente. Acababa de sentir un repentino escalofrío, como si la humedad del río se filtrara en el pasadizo, pero esperaba que hubiera sido solo porque había llegado a la zona más profunda del túnel, donde acechaba un frío secular.

—¿Por qué está tan oscuro? —se quejó Liz al cabo de un momento—. Esto está oscuro de cojones. ¡Peter, para! Para... Esto está demasiado oscuro.

Liz se detuvo otra vez, tirando con fuerza tanto de la mano de Peter como de su camisa. Él notó que el brazo de Liz se deslizaba alrededor de su pecho y que su cabeza se apretaba contra su espalda en el momento en que la linterna se apagó del todo. Estaban en medio de una oscuridad completa. La oyó llorar en voz baja.

—No pasa nada —dijo Peter—. Cierra los ojos y deja que te guíe.

Peter aspiró profundamente y dejó que su relajación se transmitiera a Liz a través del contacto de su espalda. De repente recordó el modo en que Amanda se le acercaba furtivamente por detrás y lo rodeaba con los brazos, apretándose a él hasta que Peter notaba la presión de sus pechos.

—Sigue —se animaba Amanda—. Puedes hacerlo. Puedes llegar al otro extremo. Puedes conseguirlo.

Peter continuó avanzando y dejó que Liz aflojara su presión, pero sin soltarle la mano. Ahora su respiración parecía más regular.

—¿Tienes los ojos cerrados, Liz?

—Sí.

—Escucha, piensa que estás recorriendo el pasillo de tu piso en plena noche. Baja los peldaños de uno en uno.

Caminaron durante lo que a Peter le pareció una eternidad. No se atrevía a hablar por temor a aumentar el pánico de Liz. La pendiente del suelo se iba haciendo más pronunciada, pero a pesar del ascenso avivó el paso todo cuanto se atrevió. Procuró no pensar en la posibilidad de que no hubiera salida, de que tuvieran que dar media vuelta en aquel sitio tan angosto y volver sobre sus pasos.

—¿Hasta dónde crees que hemos llegado? —preguntó Liz.

Desde que entraran en el túnel, Peter no la había oído hablar con tanta calma.

—No creo que falte mucho —respondió Peter, que no tenía manera de saberlo, pero tampoco se le ocurría otra cosa que decir.

¿Habían recorrido un kilómetro? ¿Dos? Sin duda, de haber caminado todo ese rato fuera, en la superficie, ya habrían llegado a Chipping North. Peter había

intentado no pensar en el tiempo ni en la distancia, pero calculaba que había transcurrido una hora desde que bajaran la escalera de la cripta.

—Peter —lo llamó Liz.

—¿Qué ocurre? —dijo Peter sin dejar de avanzar.

—Esto suena distinto.

—¿Todavía tienes los ojos cerrados?

—Sí, y esto suena distinto. Más hueco o algo parecido.

—A lo mejor estamos llegando al final —aventuró Peter.

—¿Y si no podemos salir? —dijo Liz, haciendo temblar la mano de Peter en la suya—. ¿Y si cuando lleguemos al final no podemos salir?

—Podremos salir.

—No lo sabes —dijo Liz levantando la voz—. ¿Cómo puedes saberlo? ¿Y si tenemos que volver? No creo que pueda volver. Cristo bendito, vamos a morir aquí, ¿verdad? ¡Vamos a morir en este puto lugar!

Se detuvo otra vez obligando a Peter también a parar. Ahora él oía con toda claridad sus sollozos.

—No vamos a morir —dijo Peter.

—¿Cómo lo sabes? —gimoteó Liz, y su voz resonó por el túnel—. ¿Cómo puedes saberlo?

—Te diré cómo lo sé. —Peter apretó con suavidad la mano de Liz—. Aspira profundamente y escúchame.

Oyó que su respiración se iba tranquilizando y que se apagaban los sollozos que la habían ahogado.

—Dímelo —susurró Liz.

—Es algo que nunca le he contado a nadie, pero puedo confiar en ti, ¿verdad?

—Sí —dijo Liz en voz baja.

—Muy bien. —Sin soltarle la mano, Peter siguió avanzando mientras hablaba—. Desde que murió mi esposa, Amanda, a veces habla conmigo. No es que me imagine su voz o que recuerde cosas que dijo, sino que se me aparece y dice cosas. A veces en los momentos en que realmente la necesito, y a veces cuando menos me lo espero. Como el día en que almorzamos en el restaurante italiano, ¿te acuerdas?

—Sí.

—Bueno, pues Amanda estaba allí. Durante un momento, la vi al otro lado del comedor, y me dijo que te contara la historia de cuando fuimos a la ópera.

Liz se quedó callada.

—Sé que pensarás que estoy loco, pero, créeme, no lo estoy. Siempre que ella me dice que haga algo, resulta ser lo más adecuado. En todo caso, ella estuvo aquí hace un rato, no mucho después de ponernos en marcha, y dijo que lo conseguiríamos. Dijo que llegaríamos al otro lado y saldríamos.

—¿De verdad? —dudó Liz.

Peter se sintió aliviado al no detectar en su voz ni escepticismo ni sarcasmo, sino esperanza.

—De verdad —afirmó Peter, y mientras pronunciaba esas palabras, tropezó con algo y casi cayó hacia delante.

—¿Qué es?

—Creo que otro tramo de escalera —dijo Peter tanteando la oscuridad con el pie.

—No puedo volver a bajar —se quejó Liz—. De verdad que no puedo.

—No bajan —dijo Peter—. Suben.

Comenzaron el ascenso.

Peter no se había quedado sin resuello durante aquella caminata bajo tierra, pero en ese momento jadeaba a medida que la escalera ascendía y ascendía en una curva incesante.

—Este es el peldaño cincuenta y dos —dijo Liz—. Los mismos que bajamos.

Pero la escalera seguía subiendo y subiendo en la oscuridad. Al final Peter se detuvo.

—Tengo que descansar.

—No pares —dijo Liz—. Puedo soportar el dolor en las piernas si por fin salimos de aquí. —Y siguieron subiendo—. Ya llevamos doscientos —informó Liz unos minutos después—. Por cierto, ahora tengo los ojos abiertos.

Peter levantó el pie para subir el siguiente peldaño, pero no lo encontró.

—Creo que hemos llegado arriba del todo —dijo deslizándose el pie hacia delante por la tersa piedra.

Avanzó y su cartera golpeó algo sólido. Se detuvo y por encima del sonido de sus jadeos pudo oír a Liz.

—Que haya una salida —decía—. Que haya una salida.

Peter soltó la cartera y la mano de Liz. Ella se agarró a su camisa mientras él palpaba la superficie que tenía delante.

—Es madera —anunció Peter.

—¿Una puerta?

—Debe de serlo —dijo Peter, aunque sabía que a lo mejor no era más que otro muro sólido.

Con las manos palpó la barrera comenzando por la parte de arriba y bajando lentamente, sin apretar mucho con las puntas de los dedos por si había astillas.

—Vamos —dijo Liz—. Encuentra la salida.

Justo en el momento en que Peter oyó cómo se le volvía a acelerar la respiración a Liz, palpó algo duro y frío.

—Un momento... Esto parece un picaporte.

Bajó lo que parecía un pestillo de hierro y con el hombro empujó la madera. Un instante después accedió trastabillando a una luz cálida y cegadora, empujado por Liz. Por un momento no consiguió ver nada, y solo oyó a Liz llorando y

riendo al mismo tiempo. Antes de que sus pupilas se adaptaran lo suficiente para poder inspeccionar el entorno, oyó la voz de John Alderson.

—Ah, señor Byerly. Me alegro de que se haya dejado caer por aquí. Y veo que ha traído a una amiga.

Peter no se dio cuenta de que llevaba una hora con los músculos tensos, pero se sintió relajado cuando Alderson lo invitó a sentarse y a continuación invitó a Liz a acomodarse junto al fuego. Liz todavía temblaba, pero levantó la mirada hacia Peter y sonrió, y él supo que se recuperaría. Aún no le había expresado su temor de que si el pasadizo los llevaba hasta Evenlode Manor, lo recibiera Julia Alderson blandiendo la escopeta de su amante. En cambio, encontrarse con la amabilidad de su hermano fue sin duda un alivio.

—Tiene cara de haber pasado una noche horrible —dijo John.

Peter supuso que debía de estar cubierto de barro y arañazos. Volvió a sentir el dolor del tobillo que se había torcido, olvidado hasta entonces porque había estado concentrado en la excursión bajo tierra.

—Hay un túnel —dijo Peter—. Un túnel que llega hasta la capilla de la familia Gardner.

—¡Extraordinario! —exclamó John.

—Mi amiga padece un poco de claustrofobia. Y llevamos ahí abajo un buen rato.

—He oído hablar de ese pasadizo —dijo John—. Mi abuelo solía contar historias de un negocio secreto entre los Alderson y los Gardner, una cooperación soterrada mientras a la vista de todos continuaba la enemistad familiar. Nunca lo creí hasta que una noche Thomas Gardner apareció borracho en mi biblioteca.

—Entonces ¿lo sabía? —preguntó Peter.

—Oh, sí —respondió John—, aunque nunca he tenido valor para recorrerlo. Me pasa como a su amiga, no me gustan los lugares angostos. —Cerró la puerta del pasadizo, que desapareció en el revestimiento de madera sin que fuera posible detectar el contorno, y entregó su cartera a Peter—. El señor Gardner utilizó el túnel en diversas ocasiones, aunque nunca encontró lo que yo esperaba que encontrara en su cripta familiar.

Antes de que Peter pudiera silenciarla con una mirada, Liz, que parecía muy recobrada, dijo:

—¿Se refiere a la colección de documentos de Phillip Gardner? Nosotros los hemos encontrado.

—¿Así que los han encontrado? —John sonrió—. Es lo que esperaba que hicieran cuando los encerré.

—Que usted... —dijo Liz incapaz de articular el resto de sus pensamientos e intentando disculparse ante Peter con una mirada.

—Supongo que le gustaría verlos —dijo Peter, tan tranquilo como si estuvieran discutiendo el cierre de un simple negocio.

Abrió la cartera, metió la mano y sacó el fajo de documentos.

—Póngalos sobre la mesa, si lo desea. —John introdujo la mano en el bolsillo de la chaqueta—. Y no se hagan ilusiones de ir a ninguna parte.

Sacó una pistola e indicó a Peter que se dirigiera a la mesa de la biblioteca sobre la que había examinado el *Pandosto* por primera vez. Casi parecía imposible que hubiera transcurrido menos de una semana.

—¿Que usted nos encerró? —Liz, con una mezcla de curiosidad y cólera en la voz, finalmente completó la pregunta—. Maldito cabrón.

—En los últimos días he estado bastante ocupado intentando ir por delante de ustedes dos —dijo Alderson—. No todo ha ido exactamente como lo tenía planeado, pero al final ha salido bien... y ustedes me han traído una bonita gratificación. —Asintió en dirección al montón de documentos.

—Pero eso no le pertenece —objetó Liz—. Ni siquiera pertenece a Thomas Gardner. Phillip Gardner lo legó a los descendientes de su hijo ilegítimo. Hemos encontrado su testamento.

—Querida, nadie más aparte de ustedes llegará a ver ese testamento, y varios de los principales tratantes de documentos están al corriente de que tengo una antigua colección familiar que estoy dispuesto a vender. Le aseguro que nadie pondrá en entredicho que yo sea el propietario.

—Pero si usted nos ha encerrado... —dijo Peter—. Quiero decir, que nosotros pensábamos que eran Thomas Gardner y Julia quienes...

Peter dejó su reflexión en el aire.

—¿Mi hermana Julia? Sí, ella tendría que haber echado una mano, pero entonces ese idiota de Gardner va y se consigue una coartada en el peor momento posible. Tampoco es que confiara en que Gardner me hiciera el trabajo sucio, pero habría sido una magnífica cabeza de turco. Por eso, para empezar, le pedí a Julia que lo sedujera.

—¿Así que sabía lo de Thomas y Julia? —preguntó Peter.

—Naturalmente que lo sabía —dijo Alderson—. Fue idea mía. Al igual que fue idea mía tentarlos a usted con el *Pandosto*. Pero resultó ser demasiado curioso, y hubo que tomar medidas.

—De manera que fue usted el que...

—Yo soy el que mató a Graham Sykes, registró la oficina y el apartamento de esta joven buscando su maldito libro... Sí, hice todo eso. Y si Thomas Gardner no se hubiera pegado un tiro, habría cargado con la culpa en cuanto Julia hubiera testificado contra él. Por suerte para mí, usted dejó un reguero de pruebas en su contra en el lugar del crimen. Yo diría que lo condenarán en un abrir y cerrar de ojos.

—Yo testificaré en su favor —dijo Liz poniéndose en pie y dando un paso en dirección a Alderson.

—Eso no será necesario. —Alderson la apuntó con la pistola y le indicó que

volviera a su silla—. Porque no habrá juicio.

Liz se sentó de nuevo. Estaba muy pálida.

—Y ahora —dijo Alderson, volviéndose hacia Peter—, creo que tiene usted algo que me pertenece.

—El *Pandosto*.

—Mi hermana le dio una semana para ultimar la venta. Su tiempo está a punto de terminar.

—Es una falsificación —informó Peter—, pero imagino que ya lo sabe, o lo habría llevado a Sotheby's o a Christie's.

—Sí —dijo John—, pero era mucho más fácil llevárselo a usted. No creía que dispusiera de los recursos ni de la inteligencia para demostrar que era una falsificación. Y naturalmente, su ego lo llevó a creer que había encontrado un gran tesoro. ¿Me equivoco?

—No del todo —reconoció Peter.

—Es una lástima, de verdad. Si hubiera sido usted un poco menos inteligente, ahora algún americano rico estaría babeando sobre el *Pandosto*, usted y yo seríamos bastante ricos, y yo no me vería obligado a asesinar a dos personas más y a tener que empezar otra vez con un nuevo librero.

—¿Dos personas más? —exclamó Liz.

—Bueno, no puedo dejarles con vida, sabiendo lo que saben. Cuando cuente a la policía que el asesino de Graham Sykes y su acompañante me siguieron hasta mi propia casa, naturalmente les parecerá lógico que me defendiera. ¿Tomamos una copa? —Alderson señaló con su pistola una licorera de cristal tallado—. No soy una persona totalmente incivilizada.

Mientras Phillip Gardner oía los incesantes golpes y pisadas de los criados que hacían las maletas de la señora Gardner, volvió a leer la carta que había terminado con su matrimonio y con sus esperanzas de salvar Evenlode House de la ruina. Sin embargo, esa pérdida palidecía junto al dolor que brotaba en su pecho cada vez que leía las palabras que en ese momento daban vueltas delante de él. Solo ahora comprendía que podría haber vivido con la vergüenza de condenar a la ruina su herencia familiar, pero el hecho de primero haber perjudicado y luego perdido a la única mujer que había amado era más de lo que podía soportar.

Su triunfo sobre Reginald Alderson le parecía infantil, dadas las circunstancias, y el dolor de perder a Isabel se unía a la vergüenza por su complicidad en la destrucción de un gran tesoro. Solo ahora se le ocurría pensar que podría haber hecho dos falsificaciones, y devolver una a Mayhew como si fuera el original mientras él conservaba el auténtico *Pandosto*. No era por codicia que lamentaba que ese plan no se le hubiera ocurrido antes, sino por el repentino e intenso deseo de conservar una importantísima pieza de la historia literaria. Pero Phillip había quedado cegado por el odio y la arrogancia.

Mientras leía una y otra vez la carta de la señorita Prickett, veía con creciente claridad cómo debía actuar. Tras reunir unos cuantos documentos y libros, abandonó la casa por la puerta de la cocina y llevó a cabo una última excursión a la guarida en la que había ejercido sus artes de falsificador. Mientras él entraba en la capilla, la señora Gardner subía a la calesa que la llevaría a la estación. Nunca volverían a verse.

A la menguante luz del breve día de noviembre, Benjamin Mayhew caminaba a paso vivo por Piccadilly en dirección a Saint James's Street, donde cenaría con William Smith en su club. Se había librado del *Pandosto*, y aunque sabía que le habría acarreado fama, también podría haberle acarreado la ruina y una mancha en su reputación, pues, para empezar, había robado el libro. Técnicamente, ya ni siquiera era su libro; había entregado a Phillip Gardner un documento de venta.

Solo él y Gardner conocían la verdad del *Pandosto*, y Benjamin se dijo que a lo mejor debería escribir toda la historia del libro y lo que demostraba, solo por si le ocurría algo. Si se decidía a hacerlo, naturalmente procuraría que el secreto se mantuviera hasta después de la muerte de William Smith.

Absorto en sus pensamientos, Mayhew se bajó de la acera para coger Haymarket imaginando la sorpresa de algún futuro estudioso al descubrir que la

famosa falsificación del *Pandosto* en realidad se había copiado de una reliquia auténtica. La imagen fue lo bastante poderosa para no dejarle oír el sonido de unas pezuñas al acercarse, y podría decirse de manera acertada que cuando Benjamin Mayhew fue atropellado por el coche de punto, no tuvo ni idea de qué lo golpeó.

Mientras Benjamin Mayhew exhalaba su último suspiro sobre las losas de Haymarket, Phillip Gardner trepaba por el agujero que había en el suelo de la capilla familiar, utilizando la cuerda que había dejado caer en la oscuridad unas horas antes. Había llevado a cabo sus últimos preparativos. Estaba orgulloso de la manera en que había aplicado sus habilidades artísticas a labrar una inscripción apropiada en su tumba de la cripta. A continuación encerró en esa bóveda su colección de documentos, junto con su confesión y las cartas de Isabel y la señorita Prickett. Por lo demás, su tumba seguiría vacía. «Que sea un monumento a la necesidad —se dijo—, un vacío tributo a lo que le ocurre a un hombre que coloca el dinero por encima del amor, la rivalidad sobre la integridad, y la falsificación sobre la realidad».

Solo había tardado una hora en dar los últimos toques al *Pandosto*. Al final de la lista de propietarios, añadió dos nombres. El primero lo consideró una póliza de seguros. Caso de que el *Pandosto* llegara a manos de los estudiosos, quería dirigir la atención de estos hacia Mayhew, con la esperanza de que el librero admitiera que, aparte de la única adición de Phillip, las notas al margen estaban copiadas de la propia letra de Shakespeare. Así que añadió la inscripción: «B. Mayhew para William H. Smith». Y debajo escribió en lápiz, con su letra: «A. H. / E. H.». Aunque casi nadie captaría su significado, a Reginald Alderson le serviría de recordatorio de quién había engañado a quién.

Phillip esperaba que Mayhew lo perdonara por el cambio de planes, pero sabía por experiencia propia que la angustia privada podía ser más dolorosa que la humillación pública, y quería que Alderson supiera hasta qué punto lo habían embaucado. Alderson tendría una noche de dicha cuando encontrara el *Pandosto* sobre la mesa de su biblioteca; pero esa dicha quedaría hecha trizas a la mañana siguiente, cuando recibiera la última carta de Phillip. Si Alderson alguna vez lo había considerado bastante estúpido para hacer pública la existencia del *Pandosto*, Smith todavía podría burlarse de los stratfordianos, pero a Phillip y a no le importaba hacer feliz ni a Mayhew ni a Smith.

Antes de sus subrepticias entregas a Evenlode Manor, Phillip había regresado a sus dos únicos amores: la pintura e Isabel. En apenas una hora había creado lo que sabía que era su segunda obra maestra, y su única obra realmente original.

La había pintado tal como la recordaba en el apogeo de su belleza, cepillándose el pelo delante del espejo después de hacer el amor. Mientras Phillip evocaba aquella memorable tarde, le parecía que era la única vez en su vida en que había sido plenamente feliz. Al recordar de nuevo el rostro de Isabel y dejar que fluyera a través del pincel de su recuerdo al papel, sintió, por primera y última vez en su vida, lo que significaba ser artista.

Después de que la pintura se secara, se quedó más de una hora contemplando a Isabel: la única cara que lo había mirado con un amor incondicional, la cara que él había traicionado y desterrado.

Incluso después de introducir la acuarela en el libro en el que permanecería escondida en la biblioteca de Alderson, incluso después de volver a colocar en su sitio la falsa tumba que ocultaba la entrada a la cripta, Phillip seguía viendo aquella cara. Esperaba que su pintura llegara a ver alguna vez la luz del día, no para ser recordada, sino para que su bienaventurada Isabel pudiera sonreír, al cabo de los años, a algún alma afortunada.

Cuando regresó, la casa estaba en silencio. Los criados se habían ido con su ama, pues sabían quién les pagaba el salario. La lluvia había comenzado a caer cuando Phillip trepó de una ventana de la casa principal a lo alto de un muro del ala oeste, aún sin acabar. Tres plantas más abajo, a través de la niebla, pudo ver cómo se amontonaba la piedra caliza recién traída de la cantera, la última entrega de materiales de construcción, llegada apenas unos días antes. Phillip se preguntó si la señora Gardner habría pagado la factura.

Peter, sentado en la sala de espera del hospital una hora tras otra mientras Amanda se sometía a una serie interminable de pruebas, se sentía más solo que nunca. Ciertamente Sarah y Charlie Ridgefield estaban con él, sentados al otro lado de la sala —de vez en cuando alguno de ellos se ponía en pie y miraba por la ventana—, pero no hablaban, ni entre sí ni con Peter, y este tenía la impresión de que de alguna manera lo culpaban por lo que le había ocurrido a Amanda. Racionalmente sabía que eso no podía ser cierto, y la idea de decir cualquier cosa antes de conocer el diagnóstico del médico era tan abominable para ellos como para él, pero aquel día no era probable que la razón consiguiera derrotar a la emoción, y mientras el tiempo transcurría a ritmo glacial, Peter se devanaba los sesos pensando en qué podía haber hecho enfermar a Amanda. Ni siquiera era capaz de mirar a Sarah ni a Charlie, por lo que no vio el momento en que la madre de Amanda se puso en pie y cruzó la sala. Se dejó caer en el sofá, al lado de Peter, y le cogió la mano sin decir nada. Seguía sin ser capaz de mirarla, pero sintió las cálidas lágrimas en su mejilla mientras sus emociones finalmente admitían lo que su razón había sabido siempre: que no estaba solo.

El gesto de Sarah por fin otorgó a Peter la fuerza necesaria para hacer algo más que esperar. Fue al pasillo, y desde un teléfono de pago llamó a Cynthia.

—Voy enseguida —dijo la amiga de Amanda, y Peter percibió tanta compasión, apoyo y dolor compartido en esas palabras que se echó a llorar otra vez.

—¿Te importaría hacer algo por mí antes de venir? —le preguntó Peter.

—Lo que quieras.

—¿Te importaría pasar por casa y traerme una cosa?

Una hora más tarde por fin apareció un médico para hablar con ellos.

—Estamos estudiando los resultados de la resonancia magnética —les comunicó—. No sabremos nada concluyente hasta dentro de un rato.

—¿Qué saben que no sea concluyente? —dijo Charlie Ridgefield—. ¿Qué sospechan que es? ¿Qué es lo más probable?

—Preferiría no especular hasta que obtengamos los resultados —afirmó el médico.

—Si lo que pretende es no herir nuestros sentimientos no diciéndonos lo que teme que sea, no lo está consiguiendo —dijo Charlie con un asomo de cólera en la voz—. Es imposible que estemos más asustados.

—Le hemos administrado una buena dosis de calmantes y sedantes —explicó el médico—, o sea, que está semiconsciente. Pero creo que sería una buena idea que uno de ustedes entrara a verla.

Sarah hizo ademán de coger su bolso, pero Charlie le puso la mano en el hombro.

—Debería entrar Peter —dijo, y entonces él supo que su suegro no lo culpaba de nada, que no había intentado mantenerlo al margen.

—Venga conmigo —indicó el médico.

«Qué hermosa es», se dijo Peter cuando por fin vio a su esposa en la cama del hospital. Aquella mañana, cuando Charlie la había llevado a urgencias, estaba muy pálida, pero había recuperado el color, y aunque sabía que ella diría que llevaba el pelo hecho un desastre, a él no le importaba. Era lo más hermoso que había visto nunca. Se sentó a su lado, y Amanda tardó un momento en enfocar su mirada hacia él y susurrar: «Peter». Y en esas dos sílabas y en esos ojos Peter lo vio todo: la chica sentada erguida en la sala de lectura de la biblioteca; sus charlas nocturnas en la cafetería; la ternura con que hacían el amor en la sala Devereaux; los viajes a Inglaterra, cogiéndose la mano cuando el avión despegaba. En aquella hermosa mujer vio todo lo bueno y noble de su vida.

—Me salvaste, ¿sabes? —dijo Peter—. Nunca te lo había dicho, pero me salvaste.

Peter tenía miedo de que Amanda no comprendiera de qué estaba hablando, pero ella sonrió y le susurró:

—Lo sé. —Sacó una mano de debajo de las sábanas y añadió—: Dame la mano mientras duermo.

Peter obedeció y la miró a los ojos fijamente. A Amanda se le aquietó la respiración, y él recostó su cabeza contra su pecho y escuchó el sonido de su corazón, rezando para que el médico no llegara nunca. No quería conocer los resultados de las pruebas, ni el diagnóstico, ni la tasa de supervivencia, solo quería estrechar la mano de Amanda para siempre y escuchar cómo su corazón seguía y seguía latiendo.

—No podemos garantizar el éxito de una operación —dijo el doctor Owen—, pero hay razones para ser optimistas.

Peter estaba de pie en un pequeño consultorio en compañía de Sarah, Charlie y el neurocirujano, quien señalaba una serie de imágenes por resonancia magnética. Lo único que se le ocurría a Peter es que parecían obras de arte contemporáneo. Amanda la habría detestado.

—Con este tipo de tumores, hay casos de recuperación completa, pero debo advertirles que el porcentaje de personas que sobreviven cinco años es solo del diez por ciento.

—Ella estará en ese diez por ciento —dijo Charlie abrazando a su esposa.

—Naturalmente, hay que tener en cuenta las complicaciones que pueden surgir a causa de la operación. Aplicar el bisturí al cerebro siempre es arriesgado.

Por segunda vez en su vida Peter se armó de valor para comunicar el

diagnóstico a Amanda. Y esa vez tenía que decirle que padecía un tumor cerebral, que tendría que sufrir una operación de varias horas y someterse a varios meses de radiación, y que incluso entonces las probabilidades de sobrevivir no eran muy altas. Amanda estaba despierta cuando Peter entró en su habitación, más despierta que durante su última visita.

—Tengo algo para ti —dijo Peter—. Lo ha traído Cynthia.

Le enseñó el ejemplar de *Tras el viento del norte* que Peter le había encuadernado ocho años atrás. Amanda siempre guardaba el libro junto a la mesita de noche, incluso cuando viajaban.

—¡Es tan hermoso! —dijo Amanda—. Creo que me sedujiste con este libro.

—Hank afirma que es la mejor encuadernación que he hecho nunca.

—Eso es porque lo encuadernaste con muchísimo amor, y a lo sabes, Peter.

Amanda apretó el libro contra su pecho, y Peter se mordió la lengua con fuerza para no llorar. Ella siempre había sido la fuerte, pero ahora Peter sabía que era él quien tendría que ser una roca, y no estaba seguro de estar a la altura.

—Tengo noticias del médico —dijo.

Aquella noche Peter durmió en la habitación de Amanda, aunque apenas pegó ojo, sentado en una silla junto a la cama. En la oscuridad de la noche, notó que ella le tocaba la mano y se inclinó hacia delante para mirarla a los ojos en la penumbra.

—¿Qué quieres, Amanda?

—Hazme el amor.

—¿Estás loca? —Peter reprimió una carcajada—. Estamos en la habitación de un hospital.

—Lo sé. —Amanda tiró de Peter con tanta fuerza que él no tuvo más remedio que levantarse de la silla y tumbarse en un lado de la cama—. Pero mañana me van a afeitar la cabeza y a hacer un agujero en el cráneo, y luego se pasarán seis meses lanzándome una radiación venenosa, de manera que tardaré bastante en volver a estar atractiva.

—Pero aquí no podemos —dijo Peter mientras ella comenzaba a desabrocharle la camisa.

Ella le rodeó la nuca con las manos y lo atrajo hacia sí, besándolo larga e intensamente.

—Y estoy asustada —le susurró al oído—. Estoy tan asustada que te necesito dentro de mí, porque cuando me haces el amor todo lo demás desaparece.

Y así fue como Peter se deslizó bajo las sábanas y durante una hora todo lo demás desapareció, y volvieron a estar en el suelo de la sala Devereaux, locamente enamorados, riendo y deseando que no los pillaran, y lloraron cuando alcanzaron el orgasmo, y ninguno de los dos supo decir, mientras luego yacían

abrazados, si habían sido lágrimas de dicha, de amor, de miedo o de tristeza, o de todas esas emociones juntas.

—Ha sido rápido —les dijo el médico—. Ha ocurrido cuando estaba en la sala de recuperación, al salir del quirófano. Todavía estaba anestesiada. No ha sentido nada. Las apoplejías no son un efecto secundario infrecuente en este tipo de dolencia. Hemos hecho todo lo que hemos podido para reanimarla, pero la paciente ha expirado.

«Como la suscripción de una revista —se dijo Peter—. El período durante el cual se me permitía ser feliz ha expirado» .

Peter pasó la semana siguiente caminando como aturdido. Quizá hablara con Sarah y Charlie Ridgefield, con Cynthia y otros amigos de Amanda que acudieron al velatorio y al funeral, pero si fue así, su cuerpo llevó a cabo esas conversaciones sin el consentimiento ni la cooperación de su mente o su corazón. Eran partes que tenía congeladas, permanentemente congeladas, se dijo, y lo que estaba congelado procuraba evitar enfrentarse a la magnitud de la pérdida.

En el entierro, Peter temió que la capa de hielo pudiera derretirse en el momento en que depositó sobre el ataúd de Amanda un libro azul encuadernado en piel: su queridísimo ejemplar de *Tras el viento del norte* en el que Peter había derramado tanto amor. Cuando se incorporó, Cynthia le tendió la mano, pero él la apartó y bajó corriendo la colina hasta donde estaban aparcados los coches. Antes de que nadie pudiera alcanzarlo, se había encerrado en el asiento de atrás de un sedán y había dado al conductor su dirección. Cerró las cortinas, desconectó el teléfono, e intentó encontrar una manera de vivir que no implicara... bueno, cualquier cosa.

Olvidar a Amanda era algo que ni se planteaba. Cuanto había en su casa le recordaba a ella. No solo los muebles, las alfombras y el color de las paredes (todo lo había elegido Amanda), sino también el vaso en el que ella bebía diariamente su zumo de naranja, y las palomitas de maíz de microondas que le había comprado para comer cuando miraban una película juntos. Amanda estaba en todas partes, y en ninguna.

Y entonces ella comenzó a visitarlo. Al principio solo lo observaba mientras leía un libro o se servía cereales en un cuenco, pero no tardó en comenzar a hablarle. Peter casi nunca le contestaba, pero escuchaba. Y cuando ella dijo que, por favor, visitara al doctor Strayer, Peter lavó algo de ropa y salió por primera vez en casi un mes. Había perdido diez kilos, estaba pálido y entrecerraba los ojos a la luz del sol que llevaba tanto tiempo sin ver, pero condujo los casi cinco kilómetros que lo separaban de la consulta del doctor Strayer para acudir a la cita que había concertado con él el día anterior.

Peter se negaba a utilizar la palabra «recuperación»; afirmar que

comenzaba su recuperación supondría admitir que Amanda se había ido. Y como Peter no estaba dispuesto a tomar las medidas necesarias para afrontar su dolor, el doctor Strayer, que temía que su paciente se retirara a su casa en penumbra para siempre, le hizo una lista. Diez cosas que Peter necesitaba para salvar su vida.

Peter pegó la lista en la nevera con cinta adhesiva, pero tres meses después de la muerte de Amanda continuaba sin prestarle demasiada atención. Seguía manteniendo las cortinas echadas, el teléfono desconectado, y solo salía para visitar al doctor Strayer y para ir a comprar comestibles ya bien entrada la noche. Desde el funeral solo había visto una vez a Sarah y a Charlie, el día en que lo habían convocado al despacho del abogado para firmar los papeles relacionados con el reparto del patrimonio de Amanda. A pesar de la evidente preocupación de los padres de esta, Peter estuvo seco con ellos y se fue del despacho antes de que la tinta se secara. Nadie habría imaginado que el hombre vacío que cruzaba apresuradamente el aparcamiento acababa de heredar poco más de catorce millones de dólares.

Justo después del día del Trabajo, el primer lunes de septiembre, cuando los estudiantes volvían a ocupar el campus de Ridgefield, Peter repitió los movimientos diarios de abrir el correo y descubrió una factura del contratista que había estado reformando la casa de Inglaterra. «Importe final», decía la factura. La reforma había terminado. De repente a Peter le pareció que marcharse de Ridgefield era lo mejor que podía hacer. Tres días más tarde recogió sus libros de referencia y los mandó a Oxfordshire. Un taxi lo esperaba a la puerta de su casa para llevarlo al aeropuerto. Mientras permanecía en la cocina, junto a su maleta, echó un último vistazo a la casa antes de apagar las luces. Cuando el taxista hizo sonar la bocina con impaciencia, Peter reparó en la nevera y en la lista del doctor Strayer pegada en ella. La arrancó de la puerta y se la metió en el bolsillo de la chaqueta.

Mientras la lluvia se dibujaba en regueros en los ventanales de la biblioteca, Reginald Alderson leía la extraordinaria colección de notas al margen del ejemplar del *Pandosto* que había aparecido en la mesa de su biblioteca la noche anterior. Era un paquete que no había llegado por correo; supuso que Phillip Gardner lo había entregado en persona, aunque no había tenido la oportunidad de preguntar a su mayordomo. Se estremeció al pensar que ahora era el guardián de ese tesoro, pues sabía lo suficiente acerca de Shakespeare para no ignorar que el *Pandosto* era un documento extraordinario. Jamás había imaginado que chantajear a Gardner resultara tan fructífero.

Tan absorto estaba en el libro, imaginando que quizá lo convertiría en el coleccionista más famoso de la tierra (« el *Pandosto* de Alderson », lo llamaría la prensa), que no se fijó en una hilera de diez libros situados en el estante inferior de su biblioteca que no estaban allí el día anterior. Ya se veía pronunciando una conferencia en un abarrotado Museo Egipcio cuando el mayordomo llegó con el correo de la mañana.

Reginald estaba acostumbrado a distinguir la letra inclinada de Phillip Gardner en los paquetes que contenían documentos procedentes de la colección Gardner. El paquete de aquel día era voluminoso, y Reginald imaginó que contenía nuevos tesoros. Abrió el sobre y extrajo el contenido. Cuando una docena de acuarelas mediocres se derramaron sobre la mesa, tuvo un mal presentimiento. Cogió la carta que había encima de las pinturas y la leyó. Las palabras de Gardner le provocaron un dolor del pecho que no se mitigó cuando volvió a respirar. Todas sus fabulaciones de presentar su preciado *Pandosto* a un público entregado se desvanecieron. Estaba a punto de arrojar aquel libro carente de valor al fuego cuando regresó el mayordomo, esa vez acompañado del agente de policía del pueblo.

—Lamento molestarle, señor —dijo el agente—, pero se ha producido una muerte en Evenlode House. La del señor Phillip Gardner.

Entre sus muchas responsabilidades en la parroquia, durante los tres últimos años Reginald Alderson había ejercido de juez de primera instancia, un cargo en gran medida testimonial pues en todo ese tiempo no había habido en la parroquia una sola muerte que despertara sospechas.

La investigación de la muerte de Phillip Gardner tuvo lugar en la sala de Evenlode House. Reginald Alderson había ordenado que encendieran la lumbre, pues los criados habían desaparecido misteriosamente. No dio demasiada importancia a ese hecho, ni a la desaparición de la señora Gardner durante el

curso de su interrogatorio al único testigo, el contratista que había encontrado el cuerpo del difunto sobre un montón de bloques de piedra caliza. Aparte del agente de policía, su ayudante y el testigo, la única persona de la sala que oyó el rápido veredicto de Reginald declarando aquella muerte accidental fue el hermano menor del difunto. Reginald se dijo que aquel dictamen sería la mejor manera de impedir posteriores investigaciones que revelaran su colección de falsificaciones o incluso que había chantajeado a Gardner. Puesto que Reginald tenía en su poder la única prueba de que Gardner se había suicidado realmente, nadie cuestionó el veredicto.

Phillip Gardner fue enterrado justo delante de la capilla familia. El único asistente al funeral, Nicholas Gardner, que tuvo que cargar con las deudas de una propiedad que nunca había deseado, no tenía ni dinero ni ganas para elegir una lápida.

Reginald Alderson colocó primero el *Pandosto* y luego su mal habida colección de falsificaciones en una caja de madera que marcó con la etiqueta NO VENDER NUNCA, y la encerró en una vitrina de su biblioteca. Durante el resto de sus días, que fueron muchos, llevó la llave de esa vitrina en un cordón de cuero que le colgaba del cuello, un recordatorio constante de cómo lo habían engañado.

No lo volverían a engañar. Reginald pasó el resto de su vida de un astuto negocio a otro, llenando las arcas de la familia mientras Evenlode House, abandonada y descuidada por Nicholas Gardner, se iba deteriorando. El 26 de diciembre de 1898, durante un vendaval, todo el pueblo de Kingham e incluso algunos habitantes de Chipping North oyeron el estruendo provocado por la inacabada ala oeste de Evenlode House al derrumbarse. Al día siguiente, Reginald Alderson se pasó por allí para regodearse en silencio con el derrumbe de la casa de los Gardner.

Tres días más tarde, Reginald, que no debería haber salido a la intemperie a su edad, yacía en su lecho de muerte. Por primera vez en casi veinte años, se quitó el cordel de cuero del que llevaba colgada la llave y se lo ofreció solemnemente a su hijo. A continuación contó a Edward Alderson la historia del *Pandosto* y de los documentos falsificados, y le hizo jurar que protegería la llave con su vida y que solo compartiría los secretos de la caja oculta con su heredero.

Edward Alderson vivió hasta casi los noventa años, lo suficiente para ver cómo moría su hijo en la Gran Guerra, y su nieto en la Segunda Guerra Mundial. Hasta 1955 no transmitió el secreto de los documentos de Evenlode a su bisnieto, John Alderson, que acababa de cumplir dieciocho años. John, quien siempre había tenido mucho aprecio a las acuarelas que desde niño habían colgado en su dormitorio, se quedó consternado al descubrir el papel que desempeñaban en

aquel secreto familiar.

Durante cuatro décadas John había mantenido ese secreto, pero a principios de la de 1990 perdió una fortuna en bonos basura, y a medida que aumentaban las deudas de la propiedad familiar, y su propio hijo comenzaba pedirle su herencia, John consideró la posibilidad de que aquella caja que llevaba tanto tiempo escondida pudiera resultar una salvación. Y un día la señorita O'Hara regresó de la tienda y mencionó de pasada que se había instalado en Kingham un americano que se dedicaba a la compraventa de libros raros.

Kingham,
miércoles, 22 de febrero de 1995

Las campanas de Saint Andrew dieron la medianoche en el momento en que John Alderson movía la pistola hacia Peter con un gesto indolente.

—Será mejor que sirva usted —dijo—. Yo apuntaré con el arma a su amiga por si decide intentar algún heroísmo estúpido.

Peter cruzó la habitación. Sobre la bandeja que había junto a la licorera encontró dos copas de cristal. Le alegró de poderle dar la espalda a Alderson, aunque fuera por un momento.

—¿Whisky? —preguntó cuando retiró el tapón de la botella para verter el licor lentamente en las copas.

—He descubierto que me calma los nervios cuando me hallo en una situación apurada —dijo John—. A lo mejor a usted le pasa lo mismo.

—¿Quién ha dicho que estoy nervioso? —exclamó Peter, aún sorprendido de no estarlo.

—A casi todo el mundo le da el tembleque cuando se enfrenta a la muerte —dijo Alderson.

—O sea, que ya es usted un experto.

—Mi experiencia ha sido con Graham Sykes. Aunque yo diría que se puso más beligerante que nervioso. De hecho me mordió el brazo antes de poder liquidarlo.

Peter intentó ocultar su repugnancia ante la imagen de aquel terco anciano luchando por sobrevivir. Se dio media vuelta y entregó una copa a su anfitrión.

—Me ha malinterpretado —dijo Alderson—. Las copas eran para ustedes.

—Ella no bebe —dijo Peter, lanzándole una mirada a Liz para que no dijera nada, que produjo exactamente el efecto que pretendía—. Y francamente, creo que yo no debería. ¿Cómo sé que no ha envenenado el whisky?

—Es usted como todos los americanos —le espetó Alderson—. Ha leído demasiadas novelas de misterio ambientadas en viejas casas inglesas. ¡Cuánto mal ha hecho Agatha Christie a la imagen de este país!

—Aun con todo —dijo Peter ofreciéndole una copa a Alderson.

—Muy bien —aceptó Alderson—. Salud. —Apuró la copa de un solo trago y la colocó sobre la mesa que había junto a su silla—. Ya ve, no tengo convulsiones ni me sale espuma por la boca. No es más que un buen trago de whisky.

—He observado que no ha brindado a mi salud —dijo Peter dándole un sorbo a su copa y volviendo a colocarla sobre la mesa.

—Eso habría sido un poco hipócrita, ¿no le parece? Y ahora, por favor, devuélvame el *Pandosto*.

Peter metió la mano en su cartera y extrajo el libro cuya historia había

estado investigando los últimos días. Tras sacarlo de su sobre protector, se lo entregó a Alderson.

—Es posible que la falsificación realmente sea suya —anunció Peter—, pero estoy seguro que habrá mucho que debatir acerca de quién posee el original.

—No existe ningún original —dijo Alderson quitándole el libro a Peter—. Es decir, hubo uno, pero fue destruido hace mucho.

—Se equivoca —dijo Peter—. Yo he tenido el original en mis manos. Y no está lejos de aquí.

—Lo dudo.

—Puede dudarle todo lo que quiera, pero es cierto.

Liz lanzó una mirada interrogativa a Peter y él negó con la cabeza de manera apenas perceptible.

—Es cierto, yo también lo he visto —afirmó Liz.

—Ahora sé que los dos mienten —dijo Alderson—. Solo hay que ver cómo le ha temblado la voz.

—A lo mejor es porque está a punto de matarme —dijo Liz.

—La verdad es que ella está mintiendo —declaró Peter sin inmutarse—. Pero yo no.

—Da la casualidad —dijo Alderson, levantándose y dirigiéndose al escritorio que había delante de las ventanas cubiertas por cortinas— de que tengo la prueba de que el original fue destruido. —Abrió el cajón del cual su hermana Julia había extraído la llave de la vitrina del *Pandosto* la semana anterior y sacó un pequeño sobre marrón—. La última carta de Phillip Gardner a mi bisabuelo. Quizá le gustaría leerla.

Arrojó la carta a Liz sin soltar la pistola, que sujetaba en la otra mano. Mientras ella recogía el sobre del suelo, Alderson regresó a su butaca.

Liz sacó la carta del sobre, la desdobló y se situó delante del fuego mientras leía la letra ya familiar de Phillip Gardner.

Señor Alderson:

Cuando lea esta carta habré puesto fin a mi vida, de manera que ya no podrá vengarse de lo que he hecho. Cada uno de los documentos que tan cruelmente me ha arrebatado en los últimos dos años son una falsificación. Debo darle las gracias por ayudarme a encontrar mi verdadera vocación artística. La prueba es mi obra maestra, el *Pandosto* que ha recibido hace poco.

Cada documento de su colección incluye una pista para demostrar que es falso, y si usted o sus herederos intentaran vender alguno de ellos, sin duda se revelaría su falsedad. Los originales los he puesto a buen recaudo para mis herederos. Por desgracia, la excepción es el *Pandosto*. Aunque

el original me pertenecía, fue destruido por Benjamin Mayhew, pues deseaba proteger la reputación de otro cliente.

O sea, señor Alderson, que le he derrotado. Ahora que me encamino a mi descanso eterno, deberá usted vivir sabiendo que su chantaje ha sido en vano.

—Así que fue destruido —dedujo Liz.

—Por desgracia, así es —dijo Alderson, que parecía muy relajado en su butaca.

—¡Tonterías! —lo contradijo Peter—. Lo único que prueba esta carta es que Gardner creía que Mayhew lo había destruido.

—Fue destruido —dijo Alderson con una voz casi soñolienta.

—Chorradas —masculló Peter—. Mayhew era un librero. Es posible que deseara proteger la fantasía de William H. Smith de que Francis Bacon había escrito las obras de Shakespeare, pero seguía siendo un librero. Es imposible que usted lo comprenda como yo.

—¿Porque usted también es un librero? —dijo Alderson en tono despectivo.

—Exacto. Y le digo que ningún librero, ni siquiera uno que estuviera implicado en falsificaciones y encubrimientos, destruiría un tesoro como el *Pandosto*.

—Es muy arrogante, señor Byerly —dijo Alderson—. Cree que todo el mundo piensa igual que usted. Algo muy americano.

—Es posible —reconoció Peter—, pero tengo razón, y usted sabe que la tengo. Si no creyera que existe al menos una posibilidad de que el original haya sobrevivido, ya me habría matado.

Peter estaba sentado en el borde del escritorio, obligando a Alderson a volverse ligeramente en su butaca a fin de seguir apuntándolo con la pistola. Aquello parecía suponer un esfuerzo para Alderson, a quien le temblaba un poco el brazo mientras intentaba seguir apuntando.

—Si lo que dice es cierto —observó Alderson—, si los libreros ponen tanto empeño en conservar los tesoros, entonces me dirá dónde está el original, aun cuando sepa que voy a matarlo. Hará cualquier cosa para asegurarse de que el *Pandosto* se descubra y sobreviva.

—Cierto —dijo Peter poniéndose en pie y colocándose delante del escritorio mientras asentía discretamente a Liz—. Y se lo voy a decir. Pero a cambio tendrá que perdonarle la vida a mi amiga.

Alderson se volvió hacia la chimenea para mirar a Liz, pero ya era demasiado tarde. Mientras Peter hablaba, Liz se había colocado sigilosamente detrás de la butaca de Alderson. Un segundo antes de que ella actuara, Alderson hizo un amago de ponerse en pie, pero su cuerpo no respondió, y su mano, que aún sujetaba la pistola, se agitaba sin control. Antes de que pudiera darse la vuelta

para ver a Liz, esta dejó caer el atizador sobre el brazo de Alderson, lo que provocó un espantoso crujido. Alderson aulló de dolor al tiempo que el arma caía de su mano y resbalaba por el suelo en dirección a Peter.

Peter cogió la pistola justo a tiempo para apuntar a Julia Alderson cuando esta entró a toda prisa en la sala. Ya no era aquella chica tan apocada que había conocido la semana anterior, sino una mujer serena, despierta y en tensión, dispuesta a hacerse cargo de la situación. Aun así, en cuanto se vio encañonada por el arma de su hermano, dio media vuelta en dirección a la puerta. Peter cruzó la sala en dos veloces zancadas y agarró a Julia del brazo, arrastrándola hacia el centro de la habitación y cerrando la puerta.

—Usted no va a ninguna parte.

Por un momento, no se oyeron más que los jadeos de Liz, la respiración regular de los demás y algún esporádico crepitar procedente de la mortecina lumbré. John Alderson había perdido el conocimiento.

—Señorita Alderson —dijo por fin Liz—. Me temo que llega un poco pronto para el té.

—He llamado a la policía —le espetó Julia—. Puede que haya sido más listo que mi hermano, señor Byerly, pero aun así le condenarán por asesinato.

—A mí me parece improbable —dijo Peter soltando el brazo de Julia, pero sin dejar de apuntarla—. Creo que esto indicará a la policía quién es el verdadero asesino.

Peter metió la mano en su cartera abierta y extrajo la minigrabadora que había utilizado para tomar notas en la Biblioteca Británica. Apretó el botón y el chirrido de la cinta al rebobinarse llenó la sala. Luego apretó otro botón y el chirrido fue sustituido por la voz de John Alderson.

—« Yo soy el que mató a Graham Sykes, registró la oficina y el apartamento de esta joven buscando su maldito libro... Sí, hice todo eso» .

—Y la marca de los dientes de Graham Sykes que su hermano tiene en el brazo debería ser más que suficiente para que lo condenaran —dijo Peter.

Hubo otro paréntesis en la conversación mientras todos los presentes asimilaban las implicaciones del contenido de la cinta.

—¿Podemos llevar a mi hermano al hospital? —pidió Julia por fin. La derrota la había desinflado.

—Llama a una ambulancia —dijo Peter a Liz—. Explicales que el señor Alderson ha sufrido una sobredosis de ansiolíticos.

Cuando Peter y Liz finalizaron su declaración ante la policía, el cielo comenzaba a iluminarse por el sur. John Alderson estaba en el hospital, donde sería arrestado unas horas más tarde por el asesinato de Graham Sykes. A Julia Alderson se la llevó la policía y fue acusada de conspiración para cometer asesinato. La policía

también se llevó todos los documentos —falsificaciones y originales—, junto con la cinta de Peter donde estaba registrada la confesión de John Alderson.

—Aquí no se trata tan solo de asesinato —dijo un agente a Peter mientras introducía los documentos en la parte de atrás del coche patrulla—. Alguien tiene que decidir a quién pertenecen estos documentos.

—Y no se olvide de este —dijo Peter entregándole al agente la brillante falsificación del *Pandosto* obra de Phillip Gardner.

Mientras el agente arrojaba el *Pandosto* al interior del vehículo policial y desaparecía, Peter apenas sintió una leve punzada de pesar por la pérdida.

La policía se ofreció para llevar a Peter y a Liz de vuelta a Kingham y dejarlos en la casa de él.

—¿Y nuestra habitación en el hotel Mill House? —dijo Liz cuando el coche se alejaba de Evenlode Manor.

—Tengo una magnífica habitación de invitados —anunció Peter—. Nadie la ha utilizado nunca.

Pero cuando llegaron a la casa ninguno de los dos tenía muchas ganas de dormir, de manera que Peter preparó un té y sirvió una taza a cada uno.

—Sabes que me has salvado, ¿no? —dijo Liz tras dar un buen sorbo de té.

—¿Ah, sí?

—En ese maldito pasadizo. No habría podido recorrerlo sin ti.

—Tampoco te habrías quedado atrapada sin mí.

—De todos modos —insistió Liz—, me has salvado. Así que gracias.

—No hay de qué —respondió Peter—. Y gracias a ti por romperle el brazo a Alderson.

—No ha sido nada —dijo Liz riendo—. Lo hago continuamente. ¿Qué era eso que le metiste en la bebida?

—Sedantes —explicó Peter—. Sufro ataques de pánico.

—Pues me engañaste —dijo Liz—. Más bien parecía yo la que tenía un ataque de pánico.

—Espera hasta mañana, cuando te baje la adrenalina —bromeó Peter—. De todos modos, llevaba un sobre de píldoras en el bolsillo de mi chaqueta, y creo que quedaron aplastadas mientras me retorcía para pasar por el agujero del suelo de la capilla. Se me ocurrió darte una en el túnel... Fue entonces cuando me di cuenta de que habían quedado reducidas a polvo. Así que cuando Alderson me ofreció una copa, me imaginé en una novela de Agatha Christie y metí el polvillo en la suya.

—Y lo desafiaste a que bebiera.

—La verdad es que no me imaginaba que fuera tan estúpido como para picar.

—Supongo que debería haber leído más novelas de misterio —dijo Liz soltando una carcajada.

—Me pregunto qué le impulsó a hacerlo.

—¿Hablas de Alderson?

—No, de Phillip Gardner. ¿Por qué decidió suicidarse? ¿Crees que se sentía culpable por lo del *Pandosto*?

—Probablemente fue por la carta de la señorita Prickett —dijo Liz.

—¿Qué carta?

—No me dejaste que te la leyera. —Liz sacó un sobre del bolsillo de su chaqueta—. ¿Recuerdas que te dije que había algo más en la caja que encontraste en la tumba de Gardner? Era esto. La he leído mientras tú hablabas con la policía.

—¿Qué dice?

Liz desdobló el grueso papel.

—Bueno, en un lado Gardner ha escrito otra confesión.

Leyó:

Nada más recibir esta carta me dirigí a mi taller, donde pinté la única auténtica obra de arte que ha surgido de mí, un retrato de mi amada Isabel. Al igual que el resto de mis creaciones, lo escondí en la biblioteca de Reginald Alderson. Allí permanecerá, tras haber huido ileosa de Evenlode House, y todo lo inmortal que he sido capaz de crearla, hasta que algún alma afortunada vuelva a mirar otra vez sus ojos.

—Así que mi retrato...

—Es de Isabel —dijo Liz—. La amante de Phillip Gardner.

—¿Qué más dice la carta?

Liz dio la vuelta al papel y siguió leyendo:

Querido señor Gardner:

Le escribo para compartir con usted una noticia muy triste para ambos. Hace un mes la señorita Isabel enfermó y ayer por la noche abandonó este mundo, que le ha traído tanta dicha y tanto pesar. Hablé confidencialmente con ella unas horas antes de que muriera, y solo pensaba en usted. Ha de saber que no le culpa de ninguna manera por lo que ocurrió. Me pidió que le escribiera y que le dijera que al final ella solo sentía amor por usted. Si alguna vez desea ponerse en contacto con su hijo, puede hacerlo a través de mí, pues la familia Devereaux ha tenido la amabilidad de mantenerme como institutriz de Phillip. Sé que usted amaba a Isabel y que ella le amaba a su vez; yo también la amaba, y espero que comprenda que comparto su pérdida.

Atentamente,

EVANGELINE PRICKETT

—¿Cuál has dicho que era el nombre de la familia?—preguntó Peter.

—Devereaux. ¿Por qué? ¿Has oído hablar de ellos?

—¡Dios mío! —exclamó Peter—. ¿Te acuerdas del testamento de Gardner? ¿Recuerdas que confesó que había dejado sus libros y documentos al heredero más joven de su hijo?

—Lo recuerdo.

—Creo que es posible que sea yo.

En cuanto Liz hubo dicho el nombre, Peter recordó el árbol genealógico que había encontrado entre los papeles de Amanda Devereaux. El padre de Amanda era Phillip Devereaux; la madre de este se llamaba Isabel, y su padre figuraba simplemente como « desconocido » .

—¿Podrías ser tú el legítimo propietario de todos estos documentos? — exclamó Liz.

—No solo de estos documentos, sino también del *Pandosto*.

—Pero el *Pandosto* es una falsificación —dijo Liz—. Nosotros lo hemos demostrado.

—No el que tiene la policía, sino el auténtico.

—Sí, ¿y a qué venía todo eso de que sabías dónde estaba el auténtico *Pandosto*? Solo te estabas marcando un farol, ¿verdad?

—No me importa lo deshonesto que fuera Benjamin Mayhew —dijo Peter—. Ningún librero destruiría nada tan excepcional como el *Pandosto*. Y no te podría asegurar que sé dónde está, pero tengo una idea bastante aproximada.

Peter metió la mano en la cartera y sacó el cuchillo de encuadernador. Sobre la mesa del invernadero se encontraba el elaborado estuche plegable dentro del cual se guardaba el *Pandosto*. Parecían haber transcurrido meses desde que Peter identificara ese estuche ideado para que el *Pandosto* pareciera un libro mucho más grueso, como una construcción victoriana. Abrió la pestaña interior e insertó el cuchillo allí donde aquella se unía al cuerpo de la caja. Con un veloz movimiento desgarró limpiamente la tela. Giró la caja y repitió el movimiento en otros dos lados, dejando una solapa de tela suelta pegada a un lado. Peter soltó el cuchillo y tiró hacia atrás de la pestaña. Allí, en el acogedor lugar donde había permanecido durante más de un siglo, había un maltrecho libro de color marrón, del mismo tamaño e igual forma que el *Pandosto* que Peter había transportado por Inglaterra durante los últimos días.

Volvió la carpeta del revés y el libro cayó sobre la mesa. La encuadernación estaba más ajada que la del *Pandosto* falso. Peter abrió lentamente la tapa. Liz se asomó por encima de su hombro y leyeron la lista de nombres en la guarda, una lista en la que se incluía Wm. Shakspeare, Stratford, aunque no se mencionaba a Mayhew, ni a Smith, A. H. o E. H. El último nombre de la lista era el de Phillip Gardner. En la página dieciséis no había ninguna mención a la muerte de Walter

Raleigh.

En el centro de la guarda posterior, donde iba pegada al libro, había una impresión rectangular.

—¿Qué es eso?—dijo Liz.

Peter deslizó el cuchillo bajo un borde suelto de esa parte de la guarda y separó el papel de la encuadernación. Levantó la tapa de atrás y un papelito doblado cayó revoloteando sobre la mesa. Dejó el libro, desdobló el papel y leyó:

Harbottle:

Disculpad que os envíe un mensajero, pero tengo asuntos que atender en Stratford. Creo que encontraréis algo de vos mismo en *Cuento de invierno*. Os pido perdón por haber pintarrajeado vuestro *Pandosto*, pero os lo devuelvo con mi agradecimiento.

W. SHAKESPEARE

—Es el auténtico—dijo Liz con un susurro de sobrecogimiento.

—Eso parece—afirmó Peter sonriendo—. Eso parece.

Kingham,
viernes, 23 de junio de 1995

Peter se enderezó la corbata una vez más delante del espejo antes de bajar corriendo la escalera para tomar un desayuno rápido y una taza de té. El tren a Londres no salía hasta dentro de una hora, pero era una mañana de verano tan bonita que tenía ganas de ir caminando a la estación.

Después de cuatro meses, un equipo de abogados y genealogistas de Oxfordshire, Luisiana y Carolina del Norte habían llegado a la misma conclusión que Peter aquella mañana en su casa de Kingham: el heredero vivo más joven de Phillip Devereaux, hijo ilegítimo de Phillip Gardner, no era otro que Peter Byerly. Según el documento de venta encontrado entre los papeles que había en la tumba de Phillip Gardner, él había sido el propietario legal del auténtico *Pandosto*; se decidió que la falsificación también era de su propiedad.

Durante ese periodo, Peter regresó a Carolina del Norte para pasar una larga temporada con los Ridgefield. Él y Sarah daban largos paseos casi cada día por Ridgefield Gardens, contemplando los narcisos en flor y luego los cornejos y las azaleas. A veces hablaban de alguna de las dos Amandas, pero lo más habitual era que no hablaran de nada importante. Peter descubrió que eran amigos, y eso le gustó.

Peter había llevado el *Pandosto* a Ridgefield para enseñárselo a Francis Leland, quien también había puesto la adecuada expresión de sobrecogimiento. Con la ayuda de Hank Christiansen habían llevado a cabo algunas reparaciones poco importantes en el libro, de modo que estaría a punto para esa mañana. El *Pandosto* falso se lo había entregado a Francis para que lo archivara en la sala Devereux en compañía de las demás falsificaciones de Thomas Wise. Peter también había donado el retrato de Isabel Devereaux pintado por Gardner al departamento de Colecciones Especiales, donde se exhibía en una vitrina bajo el retrato significativamente más importante de la nieta de Isabel, Amanda.

Cynthia lo había visitado a finales de abril, y ella y Peter se habían quedado hasta tarde mirando películas antiguas por televisión. Una noche, ella se colocó a su lado en el sofá, deslizó un brazo a su alrededor, lo atrajo hacia ella y lo besó suavemente. Fue bastante agradable, se dijo Peter, pero no deseaba que las cosas fueran más lejos.

—¿Es por Amanda? —preguntó Cynthia.

—No —respondió Peter—, es solo que...

—No te gusto.

—No, sí me gustas... Me gustas como amiga. Te has portado estupendamente, Cynthia.

—Bueno, podemos ser solo un par de amigos que tienen un rollo. Quiero

decir, que estamos en los noventa.

—Ya lo sé. Es solo que...

—Dios mío, hay otra mujer, ¿verdad? —dijo Cynthia sonriendo y dándole un golpecito a Peter en el hombro—. Tienes novia.

—Bueno, yo no la calificaría exactamente de novia —dijo Peter.

—Muy bien, ¡cuéntamelo todo!

Cuando Peter regresó a Inglaterra en junio apenas había un puñado de personas que conocían la existencia del *Pandosto*, pero eso cambiaría en pocas horas, en un acto televisado internacionalmente donde presentaría el volumen ante la Biblioteca Británica, como homenaje a Amanda Byerly. Después de la ceremonia el libro pasaría a formar parte de la exposición permanente de la colección, en una vitrina que incluía piezas de la colección de Robert Cotton. Después de todo, Cotton había sido el último propietario legítimo del *Pandosto*, que Peter supiera.

En años venideros, algunos de los antistratfordianos más veteranos seguirían negando la autenticidad de las notas al margen del *Pandosto*, aunque había pasado todas las pruebas, incluyendo la prueba de migración de iones que finalmente reveló la falsificación de Mark Hofmann del opúsculo « Juramento de un hombre libre ». El profesor Kashimoto, tal como había prometido, se retractó de su postura, primero en una llamada telefónica privada a Peter y posteriormente en un congreso literario en San Francisco. Muchos otros lo siguieron, y los pocos que continuaron proclamando que los autores de las obras eran el conde de Oxford, Christopher Marlowe o Francis Bacon fueron menguando a medida que pasaban los años. La mayoría de los estudiantes de literatura inglesa del mundo habían visto el *Pandosto* directamente o en alguno de los muchos facsímiles que se habían divulgado, y ya no eran un fértil campo de reclutamiento para los antistratfordianos, y al final de la década aquellos que negaban a William Shakespeare su legítimo lugar en la historia de la literatura no eran más que un puñado de excéntricos, culpables de aquello de lo que habían acusado al mundo académico durante muchos años: de sacar conclusiones sin prestar atención a las pruebas documentales.

Sarah y Charlie Ridgefield habían llegado a Londres en avión la mañana anterior y se alojaban en el hotel Russell, junto con Francis Leland, Hank Christiansen y Cynthia. Peter había insistido en pagar las suites de todos ellos.

Peter estaba terminando de lavar los platos del desayuno cuando vio a Amanda de pie en un rincón de la cocina. En los últimos meses no la había visto mucho, aunque mantuvieron una charla después de que Cynthia lo besara.

—Para ti ha sido un gran día —dijo Amanda.

—Para los dos —observó Peter—. Es un regalo en tu honor.

—Es lo que siempre quisiste: encontrar un libro que cambiara la historia de la literatura.

—Ojalá pudiera compartirlo contigo.

—Estaré ahí —dijo Amanda.

—Te echaré de menos, pero ya no duele tanto como antes.

—No volverás a verme —anunció Amanda.

—Lo sé.

—Siempre te amaré, Peter, pero ahora tengo que irme, y tú también.

Y Amanda desapareció.

Peter respiró hondo y echó otra mirada a su alrededor. Después de la ceremonia, Liz iría a pasar el fin de semana con él, y quería que todo estuviera perfecto. Las encimeras estaban limpias, los platos en su sitio; lo único que desentonaba era la lista arrugada del doctor Strayer, todavía clavada en el tablón de los mensajes. Peter leyó rápidamente la lista y soltó una risita. En un hábil movimiento la arrancó del tablón y la arrojó a la basura.

Dos minutos después caminaba a buen paso hacia la estación con el *Pandosto* bajo el brazo. La cálida brisa de verano lo arrastraba hacia el centro de la vida.

Agradecimientos

Quiero dar las gracias a docenas de personas que han inspirado este libro, y han contribuido a que creciera y se consumara, sobre todo a mis mentores en el mundo del coleccionismo de libros: Bob Lovett, Stuart Wright, el difunto Stan Marx y Justin Schiller; a aquellos que nutrieron mi vida de escritor, sobre todo Phyllis Barber, Chris Noël, Walter Wetherell, Diane Lefer, Sandra Adams y Peggy Elam; a mis primeros lectores: Janice Lovett, Stephanie Lovett y Nina Weigl, por sus excelentes consejos; a David Lovett, por presentarme a mi agente; a Anna Worrall, por su apoyo en mis comienzos; a David Gernert, por su fe en el libro y su perspicaz consejo a la hora de revisarlo; a todos los de la Gernert Company que han contribuido al nacimiento del libro; y a Kathryn Court y Tara Singh, por su amable orientación y sus magníficas correcciones.

Gracias a todos los bibliotecarios del mundo que habitan lugares como la sala Devereaux y que me han ayudado en la investigación, abriéndome las puertas de sus santuarios a lo largo de los años.

También me gustaría dar las gracias a los habitantes del Kingham real, un lugar más encantador, acogedor y pacífico que como he representado a su homólogo en la ficción. En particular, gracias a la familia Stockwell por su amor y su amistad a lo largo de muchos años.

Al igual que son muchas las personas responsables de la elaboración del libro que usted tiene en las manos, hay también muchas fuentes que contribuyeron a crear las partes históricas de la novela. Estoy especialmente en deuda con las siguientes: para los detalles sobre William Shakespeare y sus colegas escritores de la época isabelina, *Roaring Boys: Shakespeare Rat Pack*, de Judith Cook; *Will in the World: How Shakespeare Became Shakespeare*, de Stephen Greenblatt; y *Shakespeare*, de Bill Bryson; para las descripciones acerca de la reparación, restauración y encuadernación de libros, *A Degree of Mastery: A Journey Through Books Arts Apprenticeship*, de Annie Tremmel Wilcox; y para la saga de las falsificaciones de Mark Hofmann, *Salamander: The Story of the Mormon Forgery Murders*, de Linda Sillitoe y Allen Robert. Todos los libros citados en el texto fueron, no hay ni que decirlo, fuentes importantes, y las citas, con alguna pequeña corrección, se han extraído de las fuentes originales.

Por encima de todo, quiero expresar mi gratitud a mis hijos, Jordan y Lucy, por su amor e inspiración, y a mi esposa, Janice, cuyo amor y fe me sustentan cada día.

Nota del autor

Todos los libros publicados que se mencionan en el texto y sus detalles bibliográficos son reales, aunque, evidentemente, algunos ejemplares, inscripciones y notas al margen se han inventado para esta narración.

Que se sepa, no se conservó ningún ejemplar completo de la primera edición del *Pandosto* de Robert Greene, en el que se basó Shakespeare para escribir *Cuento de invierno*. Solo se conocen dos ejemplares del cuarto defectuoso de *Hamlet*.

He inventado escenas, acciones y diálogos para personajes históricos, pero los detalles básicos biográficos de las siguientes personas se ajustan más o menos a lo que aparece en el texto: los escritores isabelinos y sus conocidos: William Shakespeare, Robert Greene, Christopher Marlowe, Thomas Nashe, George Peele, John Lyly, Emma Ball (y su hijo Fortunatus), la señora Isam y Richard Barbage; los coleccionistas de libros bibliotecarios: Robert Cotton, John Bagford, John Warburton, Humfrey Wanley, Robert y Edward Harley, y Henry Clay y Emily Jordan Folger; los falsificadores William Henry Ireland, Thomas Wise, John Payne Collier y Mark Hofmann; y los bibliógrafos y eruditos Edmond Malone, John Carter, Graham Pollard, William Henry Smith y Charlton Hinman.

Para la literatura inglesa es una triste verdad que la combinación del descuido de John Warburton y la ignorancia de su cocinera Betsy Baker condujeran a la destrucción de más de cincuenta manuscritos de obras isabelinas y jacobitas, de las cuales solo cinco llegaron a conservarse a través de fuentes distintas. Las demás se perdieron para siempre.



CHARLIE LOVETT es escritor, profesor y dramaturgo, de cuyas obras para niños se han hecho más de tres mil representaciones. Anteriormente se había dedicado a la venta de libros antiguos y ahora es un coleccionista ávido. En la actualidad, él y su esposa viven a caballo entre Carolina del Norte y Oxfordshire. Está previsto que *El coleccionista de libros* se traduzca a una decena de idiomas.